MARY GAITSKILL

Mal comportamiento

MARY GAITSKILL

Mal comportamiento

Traducción de María Faidella

RANDOM HOUSE

A mis hermanas, Jane y Martha

Todas las convenciones conspiran
para hacer que este fuerte adopte
el mobiliario del hogar;
no sea que veamos dónde estamos,
perdidos en un bosque encantado,
niños asustados de la noche
que nunca han sido buenos ni felices.

W. H. AUDEN,
«1 de septiembre de 1939»[*]

TARJETA DE SAN VALENTÍN

Joey sabía que su relación con Daisy le podía arruinar la vida, pero eso no le detuvo. En realidad, le gustaba la idea. Hacía mucho tiempo que no tenía la sensación de que su vida estuviera en peligro de arruinarse todavía más y le divertía pensar que aún era posible.

Trabajaba con Daisy en la oficina de una inmunda librería de lance en el Lower East Side de Manhattan. El despacho era un espacio de baldosas cuadriculadas entre toscas estanterías de metal gris atiborradas de libros y una pared sucia surcada en su parte inferior por delgadas tuberías blancas. Por todas partes había cajas de libros, papeles desparramados, ceniceros, vasos de plástico, sillas rotas, cada tanto algún ratón que pasaba como un rayo. Los clientes deambulaban hasta donde empezaba la sección, buscando la salida. Daisy, que tenía su sitio cerca del pasillo de separación, siempre estaba levantándose de su mesa para ayudar amablemente a algún viejo desconcertado y sudoroso con gafas torcidas.

La mesa de Joey estaba a un metro escaso en diagonal de la de Daisy y mientras iba al dispensador de agua la miraba fijamente, haciendo sonar las chapas de identificación de epiléptico que llevaba alrededor del cuello y suspirando. Luego volvía a su mesa y le lanzaba gomas elásticas. Por lo general, ella no se daba cuenta hasta que tenía la máquina de escribir rodeada de garabatos de goma roja. Entonces levantaba la mirada, sonreía de aquella manera dulce y aturdida y con sus dedos largos seguía revolviendo papeles lentamente.

Había estado observando a Daisy durante casi un año antes de dar el primer paso. Llevaba ocho años viviendo con Diane y se resistía a cambiar una relación tan estable. Además, quería a Diane. Habían

pasado unos ocho años tan estupendos que ahora su relación era casi un sistema.

Había conocido a Diane en Bennington. Le impresionaron la reputación que tenía en el departamento de arte, la calidad del LSD que vendía y su tosquedad. Era una mujer de treinta y tres años, alta y guapa, con los hombros tiesos y firmes, y estaba tan tensa que tenía los músculos constantemente agarrotados. Por consiguiente, era muy musculosa, a pesar de que no hacía otra cosa que no fuera tumbarse en el desván y tomar drogas. Él la mantenía con su trabajo de contable en la librería y vendiendo drogas. Ella colaboraba con la pensión que le daba el gobierno como enferma mental reconocida.

Se pasaban tres días y medio a la semana colocados con Dexedrina. Lo habían estado haciendo religiosamente durante todo el tiempo que llevaban juntos. Empezaban los jueves por la mañana, primer día de trabajo de Joey. Joey se pasaba todo el día en la tienda y cuando volvía a casa trabajaba en sus proyectos. Desmontaba el ordenador y lo esparcía por el suelo en montoncitos de color gris. Se sentaba en cuclillas y jugaba con las piezas durante horas antes de volver a montarlo. También hacía otras cosas. Una vez sacó una serie de fotos en azul y blanco del esqueleto de vaca que tenían en la sala de estar. Grababa cintas con ruidos que le sonaban bien. Programaba el ordenador. A veces simplemente cogía los juguetes de cuerda de la estantería de los juguetes y jugaba con ellos mientras escuchaba discos. Antes, Diane trabajaba en sus cuadros de enormes manchas. El domingo, el suelo del desván estaba cubierto de papeles encerados cubiertos de manchas de pintura acrílica rociadas con agua que se entremezclaban formando regueros de color púrpura apagado. Solía trabajar en un cuadro durante meses y después lo destruía. Ahora ya no pintaba. Los ratos que pasaba levantada los dedicaba a mirar la televisión, a sacar a pasear a los perros o a trazar gráficos de biorritmos en el ordenador.

El domingo, Joey volvía del trabajo con ojeras y los tendones sobresaliéndole de una manera muy rara. Diane tenía dos pequeñas ensaladas preparadas en sendos boles rojos a juego que le había

regalado su abuela. Encima siempre había un rábano húmedo y cortado en forma de flor. Se comían la ensalada y se iban a dormir hasta el lunes por la noche. Entonces Diane encargaba sushi en el restaurante japonés de la esquina y cuando lo traían lo disponía en una larga tabla de cortar de madera. Lo cubrían de sal y limón y se lo comían con los dedos. A veces venía gente a comprar drogas y ponían discos y charlaban. Después se iban a dormir. Para cuando llegaba la mañana del jueves ya estaban frescos y preparados para volver a quedarse despiertos hasta el domingo.

Hacían el amor una vez al mes. No duraba mucho porque los dos creían que era monótono y porque a Diane le fastidiaban casi todas las cosas que la gente suele hacer para que dure más. Sin embargo, cuando Joey empezó a pensar en Daisy, abandonó del todo sus requerimientos amorosos a Diane, y ella se ofendió.

Estaba ofendida por otras cosas también. La molestaban sus juguetes de cuerda. Cuando los encontraba tirados por el suelo les daba patadas. Tampoco le gustaban los rollos de pecana helados que él comía los miércoles por la mañana. Se quejaba del aspecto asqueroso que tenían, y después se comía la mitad.

Daisy también vivía con alguien, pero iba por toda la tienda comentando su infidelidad como si no tuviera otra cosa de que hablar. A Joey le gustaba mirarla cuando andaba de una mesa a otra con pasos ligeros, con sus deportivas blancas y los tejanos que le rozaban entre los pequeños muslos a cada zancada. Tenía que saber qué pensaban Evelyn y Ariel y todos los demás de que Fulanito no la llamara cuando había dicho que lo haría. Luego quería saber qué les parecía si ella le llamaba y le cantaba las cuarenta. O algo parecido. Su supervisor, Tommy, la aguantaba porque era el tipo de homosexual a quien le encantaba oír los problemas sentimentales de las chicas. No aprobaba sus devaneos a escondidas de su novio, pero le gustaba tener la oportunidad de moralizar cada vez que otro hombre la arrastraba por el fango, como decía ella. Daisy se lamentaba: «Tommy, yo intento que se vaya, pero él no se irá. No puedo hacer nada al respecto».

Una vez Joey oyó que Tommy comentaba con otro supervisor que

Daisy trabajaba muy mal. «Pero es un caso especial —dijo Tommy—. Nunca la despediría. ¿A qué otra cosa podría dedicarse?».

Joey sintió una punzada de afecto incrédulo. ¿Era posible que Daisy fuera menos competente que los otros vagos de la sección de mecanografía? Allí todos trabajaban mal excepto Evelyn. Evelyn era la única chica, aparte de Daisy. Era una mujer enérgica, de mandíbula cuadrada, que podía mecanografiar ochenta palabras por minuto. Llevaba tejanos ceñidos y camisas vaqueras y se pintaba los ojos con una gruesa línea negra que se le corría en el rabillo del ojo. El pelo con mechas rubias le caía sobre la cara y le daba un aspecto brutal de máscara. En la mesa tenía una colección de libros sobre diferentes asesinos de masas, y podía contar la historia personal de cada uno de ellos.

Los otros tres mecanógrafos eran homosexuales gordos y taciturnos que se pasaban el día sentados a la mesa del despacho comiendo galletas y quejándose. Hacía años que trabajaban en la librería y todos hablaban desesperadamente de «salir de allí». Ariel era el más antiguo. Medía un metro noventa y tenía los hombros redondos y recatados, las caderas grandes y unos pechos cuadrados y carnosos que le avergonzaban. Tenía la cabeza pequeña, la nariz larga y torcida y unos grandes ojos castaños que eran dulcemente cándidos o tristes, según el momento, pero que por lo demás reflejaban una inexpresividad perturbadora. Había disfrutado de una breve notoriedad en los círculos de punk rock por su música de piano eléctrico. Hablaba de su éxito pasado con una voz sumisa y melancólica, y mostraba viejas fotos en las que aparecía vestido de negro y con gafas oscuras en forma de mariposa. Era muy susceptible y Tommy se aprovechaba de su susceptibilidad para burlarse de él.

—Ariel es el alma de la sección —decía Tommy mientras correteaba de un empleado a otro con montones de papeles—. Cuando alguno de vosotros necesite inspirarse, que mire a Ariel.

—Por favor, Tom, vas a hacerme llorar —replicaba Ariel con tono fúnebre.

—¡De eso es justo de lo que estoy hablando! —chillaba Tommy.

Cuando Joey empezó a fijarse en Daisy se preguntaba por qué aquella mujer joven y bonita había elegido trabajar en una tienda inmunda y ruinosa en medio de homosexuales desgraciados. A medida que fue pasando el tiempo, ya no le pareció tan inapropiado. Ella se sentía cómoda en la sección de mecanografía. Se lo pasaba muy bien escuchando lo que contaban los chicos de sus aventuras en bares de cuero gais, donde los hombres se hacen mamadas en cabinas abiertas o se mean sobre otros hombres. Ella contaba chistes verdes sobre Helen Keller. Hablaba de sus amistades masculinas y de su pintura. Siempre estaba inclinada sobre la mesa de Evelyn, murmurando y riéndose de algo, o mirando números atrasados de la revista *True Detective* de Evelyn. Llevaba camisetas con estampado de personajes de dibujos animados y pantalones de color llamativo. El pelo castaño a lo garçon le marcaba una curva suave que terminaba a cada lado de los pómulos altos. Cuando andaba mantenía los hombros y la larga nuca erguidos de una manera voluntariosa, un poco como hacen los patos, pero las caderas y la cintura tenían un movimiento fluido y suave.

Los hombres heterosexuales acudían siempre a su mesa a hablar con ella de sus poemas o de sus ideas políticas mientras ella les miraba y asentía. Incluso los gais desplegaban cierta fanfarronería en su presencia. Tommy no dejaba de asegurarle que su príncipe estaba a la vuelta de la esquina.

—Lo intuyo, Daisy —decía exultante—. ¡Estás a punto de tropezarte con el hombre de tu vida!

—¿De verdad lo crees, Tom?

—¡Pero si está clarísimo! ¿No estás emocionada?

Entonces Ariel se levantaba y avanzaba pesadamente hacia ella, se doblaba por la cintura y le ponía los gruesos brazos carnosos alrededor de los hombros. Joey podía ver cómo la mano pequeña y blanca de Daisy aparecía por el ancho costado de Ariel y pacientemente le daba unas palmaditas.

Y por si no fuera suficiente ser la rompecorazones del grupo del

sótano, además era amable con la gente más desagradable y repulsiva. Había una vieja grotesca que venía a la tienda de vez en cuando en busca de su amabilidad. La mujer tenía por lo menos sesenta años, y llevaba la cara cubierta de una espesa capa de maquillaje de color naranja. Compraba best-sellers espantosos y manuales de autoayuda con tapas de color rojo chillón. Se quedaba media hora junto a la mesa de Daisy contándole lo deprimida que estaba. Daisy apagaba la máquina de escribir y se giraba hacia ella con la barbilla apoyada en la mano. La escuchaba muy seria, asintiendo cada tanto, y permitía que la mujer le regalara bolsitas de caramelos duros y la besara en la mejilla. Todos hacían comentarios groseros sobre Daisy y la «vieja bollera loca». Pero Daisy seguía siendo atenta y cortés con aquella desdichada criatura, aunque a menudo se burlara de ella cuando ya se había marchado.

Joey no se imaginaba haciendo el amor con Daisy, al menos no con detalle. Era más la idea de estar junto a ella, de protegerla. Era evidente que estaba muy confusa. Andaba buscando respuestas por todas partes, tratando de que alguien le dijera lo que tenía que pensar. «Solo quiero escuchar tu punto de vista», decía.

Había un cliente al que ella llamaba «el hombre de las respuestas» porque se jactaba de predecir el futuro por la «escritura automática». Era un apuesto señor mayor vestido con trajes caros que parecía haberse hecho un lifting. Hacía años que frecuentaba la tienda. Cada vez que entraba, Daisy se lo llevaba a un rincón y le hacía preguntas. El hombre garabateaba las respuestas con trazos finos de tinta roja y se las entregaba con una mirada imperiosa, terriblemente personal. Ella se quedaba destrozada o contentísima. Después correteaba por ahí contando lo que él le había dicho, examinando las hojas de papel llenas de garabatos rojos. «Dice que mis cuadros empezarán a tener éxito dentro de un año y medio». «Dice que no hay ningún hombre que valga la pena a mi alrededor y que no habrá ninguno durante meses». «Dice que David se irá de casa el mes que viene».

—No te tomarás en serio esas tonterías, ¿no? —preguntaba Joey.

—La verdad es que no —decía ella—. Pero es interesante.

Volvía a su mesa, metía los papeles en el cajón y se ponía a mecanografiar, con la cara aún resplandeciente y ufana porque alguien que probablemente estaba loco le había dicho que algún día sería famosa.

Empezó a pensar en ella en casa. Se imaginaba su cuerpo apoyado contra el suyo, su brazo rodeándola. Se la imaginaba vestida con un quimono blanco, mirándole furtivamente tras un abanico, la pintura de los ojos frunciéndose al sonreír. Diane empezó a sospechar.

—Estás a mil kilómetros de distancia —dijo por encima de la ensalada del domingo—. ¿Qué te pasa?

—Estoy pensando.

El tono de Joey dejó claro que la queja de ella era inútil, y se quedó asustada y enfadada. No dijo nada más, que era lo que él quería.

No se acostó con ella aquella noche, aunque estaba agotado. Estuvo dando vueltas por el loft, golpeando los muebles con la fusta de montar de Diane, molestando a los gatos, haciéndoles corretear por el suelo, la mirada temerosa y la cola erizada. Los ojos se le secaron en las órbitas. Tenía la espalda dolorida y agarrotada de haber pasado tres días levantado.

Empezó a hacer cosas para llamar la atención de Daisy. Contaba chistes. Se masajeaba la cara con agua de colonia. Se ponía pantalones rojos y una navaja enfundada prendida del cinturón. Se abría de piernas o hacía el pino. Hablaba del activo papel que había desempeñado en el departamento de teatro de Bennington y de sus clases con André Gregory. Mencionaba el curso de kárate que había seguido una vez y agujereaba de un puñetazo una caja de libros. Al final ella decía: «¡Joey ha hecho de todo!», con una emocionada nota de triunfo en la voz.

Durante mucho tiempo se limitó a mirarla. Eso solo le hacía tan feliz que tenía miedo de intentar algo más. Quizá fuera mejor conservar la

sombra alada de Daisy bien segura en la cámara de sus recuerdos que tocar a la chica de carne y hueso y perderla.

Decidió entregarle una tarjeta el día de San Valentín.

Pasó días enteros buscando material. Encontró lo que quería en un viejo libro infantil ilustrado. Era una acuarela descolorida de tres amapolas compartiendo un campo con unos tréboles de tono rosado y algunos hierbajos inocentes. Una abeja de color miel y ojos soñadores subía por un tallo. Un saltamontes verde mar volaba por un cielo azul borroso y desvaído, los ojos medio cerrados de felicidad, las peludas patas delanteras colgando ridículas, las patas traseras pateando jubilosamente el aire. Era un dibujito distorsionado y febril. Los colores estaban todos mal. Le hizo pensar en el paraíso.

Lo arrancó del libro y lo cubrió con un papel de seda para que la escena, cubierta por el brumoso velo amarillento del papel, fuera más remota y misteriosa. En la parte de abajo dibujó con trazos irregulares cinco corazones de tamaños diferentes y los pintó de rojo. Debajo escribió: «Voici le temps des assassins».

Llevó la tarjeta al trabajo durante unos cuantos días antes y después de San Valentín. Docenas de veces estuvo a punto de dársela, y cada vez se echó atrás. La examinaba cada día, preguntándose si era suficientemente buena. Cuando llegó a la conclusión de que era perfecta, pensó que tal vez fuera mejor guardarla en el cajón, donde solo él sabría que la había hecho para ella.

Por fin le dijo:

—Tengo una tarjeta de San Valentín para ti.

Ella fue corriendo a su mesa, sonriendo ávidamente.

—¿Dónde está?

—En mi cajón. Pero aún no quiero dártela.

—¿Por qué no? San Valentín fue hace una semana. ¿Me la das ahora? —Posó las manos sobre sus hombros como suaves garras—. Dámela ahora.

Cuando se la entregó, ella le abrazó y se apretó contra él. Joey soltó una risita sofocada y la rodeó con el brazo. Tristemente dejó escapar a su sombra cautiva.

Esa noche no pudo comerse la ensalada de espinacas. El rábano, alegre flor roja y blanca, era un cebo inútil. Diane, sentada delante de él, hacía trabajar las mandíbulas glacialmente. Estaba sentada con la espalda completamente erguida y el cuello tan tieso que parecía mentira que pudiera tragar. Joey picó un poco de ensalada, dando infinitas vueltas a las hojas. Miraba a Diane sin verla, suspirando, los ojos secos en las órbitas.

—Pareces un idiota —dijo ella.

—Lo soy.

Al día siguiente llevó a Daisy a almorzar, aunque él no podía comer nada. Pidió una ensalada, que le trajeron en un cuenco beige de plástico. Sobre un lecho de tiritas de zanahoria descolorida había rábanos acusadores cortados en láminas. Los ignoró. La contemplaba mientras comía su plato de fideos chinos blancos y verdes, rizados y bien untados de aceite, aderezados con trocitos brillantes de carne viscosa y verduras. Daisy los pinchaba serenamente con el tenedor, tres cada vez.

—No te puedes imaginar lo que esto supone para mí —dijo él—. Hace mucho tiempo que te observo.

Daisy sonrió, pensó él, indecisa.

—Eres tan dulce y suave. Eres como una delicada flor blanca.

—No, no lo soy.

—Ya sé que probablemente no lo eres. Pero lo pareces, y con eso me basta.

—¿Y qué pasa con Diane?

—Voy a dejar a Diane.

Ella soltó el tenedor y le miró. Masticaba seriamente y con dulzura. Él le sonrió.

Daisy engulló el bocado de forma suave y rotunda.

—No dejes a Diane —dijo.

—¿Por qué no? Te quiero a ti.

—Querido —dijo—, esto se nos está yendo de las manos. ¿Por qué no

te comes la ensalada?

—No puedo. Me estoy medicando.

—¿Te estás qué?

Se obligó a comer las hojas pálidas y las tiras de zanahoria.

Salieron del restaurante y dieron la vuelta a la manzana. Daisy adelantaba la cabeza resistiendo el empuje del fuerte viento; el corto abrigo gris le ondeaba por detrás como una vela. Joey le tomó la mano enguantada.

—Te quiero —dijo—. Es lo único que me importa. Quiero cubrirte con mi manto protector.

—Vamos a sentarnos aquí —dijo ella.

Se sentó en un saliente liso de ladrillos amarillos, situado frente a un edificio de apartamentos que reflejaba la imagen del ladrillo amarillo sobre el vidrio gris oscuro que enmarcaba la triste figura borrosa de un portero. Joey se sentó junto a ella y le cogió la mano.

—Tengo que contarte algunas cosas acerca de mí —dijo Daisy—. No aguanto muy bien la admiración.

—No me importa si la aguantas bien o no. Está ahí.

—Pero ¿no serás desgraciado si no te correspondo?

—Estaré decepcionado, supongo. Pero me quedará el placer de sentirla por ti. No tiene por qué ser correspondida. —Tenía ganas de cogerle la cabeza entre las manos y apretar.

Daisy le miró fijamente.

—Hace poco le dije esto a alguien —dijo—. ¿Crees que se trata de una moda o algo así?

El viento le echó el flequillo para atrás, dejando al descubierto una frente blanca. Él besó aquella desnudez repentina. Daisy dejó caer la cabeza sobre el hombro de Joey.

Una anciana con un abrigo rosa, que llevaba en el ojal una flor de lentejuelas con una exuberancia de pétalos perturbadora, les miró y sonrió. Tenía la tez blanca endurecida por las arrugas y el maquillaje rosa, y parecía que le costara sonreír bajo tanto peso. Se sentó en el corto murete de ladrillo, a medio metro de ellos.

—No me explico bien —dijo Daisy. Alzó la cabeza y le miró con

aquellos ojos enormes e inquietos—. Si eres bueno conmigo, probablemente te haré desgraciado. Ya me ha pasado con otras personas.

—Tú no puedes hacerme desgraciado.

—Solo soy amable con la gente que se porta más bien mal conmigo. Una vez alguien me dijo que me mantuviera alejada de un tío porque pegaba a las chicas. Decían que le había roto la mandíbula a su novia.

Hizo una pausa, para dar más énfasis, supuso él. La anciana empezaba a parecer deprimida.

—Así que empecé a flirtear con él como una loca. ¿Verdad que es algo enfermizo?

—¿Qué ocurrió? —preguntó Joey, interesado.

—Nada. Se fue a Bellevue antes de que pudiera pasar nada. Pero es horrible, ¿no? De hecho yo quería que aquel loco me pegara. —Hizo otra pausa—. ¿Estás asqueado?

—Pues no lo sé.

La anciana se levantó despacio, con la cabeza gacha, y se alejó penosamente con pasos rígidos. El abrigo se le abrió de golpe. Las piernas veteadas de azul eran extrañamente hermosas.

Daisy se giró para mirarla.

—¿Ves? —dijo—. Está asqueada aunque tú no lo estés. Le hemos estropeado el día.

Cada día después del trabajo acompañaba a Daisy hasta una esquina a dos manzanas de su apartamento para no encontrarse a su novio, David. En la esquina había una farmacia que tenía en el escaparate coloridos frascos de perfume dispuestos en un nido de papel crepé. El farmacéutico, un hombre de mediana edad con una barriga enorme y aspecto decepcionado, salía a la puerta y miraba cómo se despedían. Era una esquina muy concurrida; el tráfico pasaba furiosamente por la calle y la gente andaba con paso decidido, mirando a uno y otro lado, asiendo con fuerza paquetes, carteras y enormes radios vociferantes, la mirada concentrada pero vacía. Daisy se mostraba callada y frágil como

una espadaña, el guante negro de lana en la mano de Joey, los ojos escudriñando ansiosamente la calle por si venía David. Le decía adiós a Joey varias veces, pero él la atraía hacia sí cogiéndola por la solapa en cuanto ella se giraba para cruzar la calle. Después de retenerla por segunda vez, ella suspiraba y bajaba la mirada, luego empezaba a rebuscar en los bolsillos trocitos de papel inservibles que convertía en copos de nieve y dispersaba como mensajes inútiles en la papelera de metal atiborrada de basura que había debajo de la farola, como si, ya que estaba aprisionada en la esquina, tuviera que aprovechar para hacer algo útil como limpiarse los bolsillos.

Aquel día, cuando por fin la dejó marcharse, Joey se quedó un momento contemplando cómo ella cruzaba con paso firme la calle a través del espantoso desfile de gente. Después caminó media manzana hasta una tienda de golosinas con un letrero de neón naranja y compró unas cuantas bolsas blancas de pastillas de goma. Luego tomó un taxi y se fue a casa como un sultán. Ignoró la mirada agria que Diane le dirigió mientras cruzaba la sala de estar y se encerró en el dormitorio con sus pastillas de goma.

Imaginó que rescataba a Daisy. Ella iba andando por la calle, con aquel aspecto etéreo y distraído en la cara. Un coche rugía al doblar una esquina repleta de basura, ella se quedaba clavada en medio de la calle, la cara pálida y desvalida como un conejo agazapado. Él aparecía de la nada dando un salto, la arrastraba a un lado cogiéndola de un brazo, los dos trastabillando hacia la acera, hacia la seguridad, la cabeza de ella protegida por su brazo. O la abordaba un adolescente agresivo que la agarraba por el abrigo y la empujaba contra la pared. De repente, él atacaba. Las piernas del gamberro volaban por el aire cuando Joey lo arrojaba violentamente contra una pared de ladrillo que se desmoronaba. «Si le haces daño, te…».

Lanzó un suspiro de felicidad y se tomó otra píldora y un puñado de pastillas de goma.

—Mi madre no me comprendía ni podía hacer nada por mí —dijo

Joey—. Ella creía que estaba haciendo lo que debía.

—Pues a mí me parece una bruja —repuso Daisy.

—No, no. Hacía lo que podía, dadas las circunstancias. Por lo menos reconocía que yo era más inteligente que ella.

—Entonces ¿por qué permitió que su novio te pegara?

—No me pegó. No era más que un tipo gordo y odioso que disfrutaba haciéndole una llave a un crío de doce años y luego preguntándole qué le había parecido el jueguecito.

—Él te pegó.

Estaban en un bar pequeño y oscuro. Los suelos y las mesas eran de vieja madera crepitante, y en una de las paredes había una ventana de media luna con vidriera de colores. Las mesas estaban llenas de marcas de cuchillo, las patatas fritas eran largas y gomosas. Las camareras se desplazaban como dinosaurios con pequeñas manos torpes y tenían venas de color morado en las piernas, aunque eran jóvenes. Eran simpáticas, sin embargo, y miraban directamente a los ojos.

Daisy y Joey habían ido allí a almorzar y se habían sentado en los reservados de respaldo alto. Joey no comía, y a esas alturas Daisy ya sabía por qué. Bebía y la observaba comerse su hamburguesa con mordiscos calculados y comedidos.

—Aún no entiendo por qué se casó con ese cerdo asqueroso. Se lo pregunté y me contestó: «Porque me hace sentir estable y segura».

—Sinceramente, no me da la impresión de que él fuera muy estable.

—Supongo que lo era, comparado con mi padre. Pero papá normalmente estaba demasiado borracho para bajar las escaleras sin caerse, y era impensable que pudiera conservar un trabajo. Quiero decir, estamos hablando de alguien que murió en un pabellón psiquiátrico cantando «Joey, Foey, Bo-Poey, Bananarama Oh-Boey». Cualquier capullo de mierda es un tío estable comparado con eso. Pero… ¿Tom? Por lo menos mi padre tenía clase. Ni muerto habría sido capaz de ponerse esas cosas tan feas de dacrón que lleva Tom.

Daisy se apoyó en el rincón del respaldo y le miró solemnemente.

—Cuando me dijo por teléfono que iba a casarse con el tío Tom, me alegré. Por lo menos podría volver a casa en lugar de vivir con mis

parientes que eran de la Ciencia Cristiana y que me hacían ir a la escuela con aquellos horribles pantalones a cuadros.

—Tu madre no debería haberte mandado a vivir con ellos —dijo Daisy.

Se sentó erguida y se acercó el vaso, atrapando la pajita con un movimiento rápido del labio.

—Ella creía que era lo mejor que podía hacer al morir mi padre. Pero no sabía que mis parientes me odiaran tanto.

—No entiendo cómo pudo pensar que estaba bien permitirle a ese tío que te echara de casa a los dieciséis años.

—No me echó. Yo sabía que la disputa constante sobre si yo era mariquita o no le hacía daño a mi madre. Yo me di cuenta de que era mucho más adulto que ellos y que me tocaba a mí cambiar la situación.

Daisy se reclinó en el asiento cogiendo el vaso con las dos manos mientras sorbía por la pajita, las mejillas palpitando ligeramente. Del fondo del vaso subieron gorgoteos discretos al sorber el final de la bebida. Joey sonrió y le cogió la mano. Daisy le apretó los dedos. Él engulló su alcohol, con el pulso latiéndole desbocado. En realidad no le habían echado de casa cuando tenía dieciséis años. Ya había cumplido los dieciocho cuando Tom perdió los estribos al ver el póster anti-Vietnam que tenía y le rompió la nariz.

Daisy dejó el vaso sobre la mesa con un movimiento torpe. Se apoyó contra él. Él le acunó la cabeza con el brazo y pidió otra ronda.

—No se lo podían creer cuando conseguí aquella beca para Bennington. Ni siquiera les dije que la había pedido. Ya se sentían inferiores a mí.

—¿Dejaste la universidad para volver con tu madre? —Su voz sonaba algo borrosa desde debajo del hombro.

—La dejé porque no podía soportar a la gente. No podía soportar la idea del arte. El arte solo es bueno en el momento en que se hace. Después está muerto. No es más que mierda seca. Los artistas son como la gente que acumula su mierda.

Daisy se apartó de él para coger su nueva bebida.

—Yo soy artista. Diane es artista. ¿Por qué te gustamos?

Joey besó la vena azulada del cuello de ella y gozó del latido insensato de su propio corazón.

—Eres como una sombra hermosa.

Ella le lanzó una mirada de inquietud.

—Te gusto porque soy como tú.

Él sonrió con indulgencia y le acarició el cuello.

—Tú no eres como yo. No hay nadie como yo. Yo soy un fenómeno.

Con aspecto cansado, Daisy se apartó de él y se centró en su vaso.

—Eres un inadaptado. Como yo. No pertenecemos a ningún lugar.

—Uf.

Metió la mano por debajo de la blusa y le tocó los pequeños pechos. Ella apoyó la frente en su cuello y le puso la mano entre las piernas. Su voz aleteó en la piel de él.

—La semana que viene David tiene una actuación fuera de la ciudad. ¿Te quedarás en casa conmigo?

—Quizá.

A veces, sin embargo, pensaba que Daisy era un poco tonta. Lo pensaba cuando miraba a Diane y se fijaba en la línea dura y marcada de su boca, la nariz fuerte, los músculos de sus brazos desnudos que se flexionaban cuando se hurgaba furiosamente las uñas. Ella no hacía preguntas molestas sobre las drogas. Nunca pensó en si era una inadaptada, o en tener un lugar en la sociedad. Ella detestaba la sociedad. Se quedaba sentada como una roca, con los ojos de pesados párpados entornados imperturbablemente, la inclinación de la cabeza en perfecta armonía con sus brazos enjutos y severos y el cigarrillo descansando en sus dedos inteligentes.

Pero era demasiado tarde. Diane no pensaba dirigirle más la palabra, si no era para insultarle. Cambió los días de medicación para que no coincidieran con los de él. A veces ni siquiera se medicaba. Decía que la hacía llorar.

La encontró llorando un día al volver del trabajo. Era tan raro ver a Diane llorando que pasaron unos minutos antes de que él se diera

cuenta de que tenía la cara mojada de lágrimas. Estaba sentada en el viejo sillón morado junto a la ventana, con una pierna doblada hacia arriba de manera que la rodilla le resguardaba la cara. Tenía los hombros encogidos y con la mano se agarraba con fuerza el largo pie desnudo. Lo miró cuando pasó por delante. Esperó hasta que puso la mano en el pomo de la puerta y entonces dijo:

—Te estás viendo con alguien.

Él se detuvo y la miró, agradecido y aliviado de que ella hubiera sido la primera en hablar del tema.

—Quería decírtelo. Pero no sabía cómo.

—Eres un cobarde de mierda.

—No es nada serio —dijo él—. No es más que una obsesión.

—Es Daisy, ¿verdad? —Pronunció el nombre como si fuera una enfermedad.

—¿Cómo te has enterado?

—Por la manera como decías su nombre. Era nauseabundo.

—No era mi intención que esto ocurriera.

—Eres un saco de mierda.

Fue entonces cuando se fijó en el brillo de las mejillas y del mentón. Las lágrimas corrían desconsolada y conmovedoramente sobre su rostro inmóvil. Joey dejó caer la bolsa de pastillas de goma y se acercó a ella. Se sentó en el brazo del sillón y le pasó los brazos alrededor del cuerpo rígido y tembloroso.

—Lo siento —dijo.

—Es lo mismo que la otra vez —dijo ella—. Con Rita. Es tan repugnante…

—Si puedes estar conmigo mientras dure todo esto, espera que termine…

—Quiero que a final de mes estés fuera de esta casa. —Las lágrimas titilaron a través de su voz, que tembló como la luz del sol en un charco. Joey deseó hacerle el amor—. Eres la persona más cruel que he conocido en mi vida. —La voz casi era un jadeo. Bajó del sillón de un salto y se alejó, dando al pasar una patada a la bolsa de pastillas de goma, que se esparcieron por el suelo.

Joey esperó hasta que ella hubo salido de la habitación y luego recogió apresuradamente un puñado de pastillas rojas, naranjas y verdes. Se las comió mientras miraba por la ventana. Abajo en la calle había dos drogatas con chaquetas horribles encorvados junto al agujero retorcido de una valla alambrada. Soy un saco de mierda, pensó.

Y se fue a su habitación a soñar con Daisy.

A la mañana siguiente se acercó a la mesa de Daisy y se sentó junto a ella, encima de una caja de libros en la que alguien había dibujado con tiza la imagen nada lisonjera del supervisor del departamento de envíos. Ella sostenía con las dos manos una taza de poliestireno llena de té e iba dando sorbos, mirando por encima del borde con ojos sombreados de oscuro.

—Dijo que yo era la persona más cruel que había conocido en su vida.

—Bueno, en realidad, no eres tan malo. Lo que pasa es que ella no sale mucho de casa. No sabe lo que hay por ahí fuera.

—Tú no me conoces.

Ella dejó la taza.

—Yo hablé con David anoche. También lloró. Se quedó allí tumbado mirándome con aquellos ojos enormes. Fue horrible. —Cogió un trozo de cartulina y empezó a barrer los excrementos de ratón que había sobre la mesa, formando un pulcro montoncito—. Así que ahora lo saben los dos.

—Y esta noche podemos ir a la ópera. Tengo entradas para *Die Walküre*. Si te medicas, podemos pasar toda la noche fuera.

—No quiero medicarme. —Sacó la papelera manchada de café de debajo de la mesa e hizo caer las cagadas de ratón con un diestro toque de cartón.

Daisy nunca había ido a la ópera.

—¿Saldrá gente con corazas y cascos con cuernos? —preguntó—. ¿Habrá un dragón de cartón piedra y cosas volando por el aire? — Miraba fijamente el telón del escenario.

—Probablemente no —dijo Joey—. Me parece que es una puesta en escena con influencias del impresionismo alemán, lo cual quiere decir que evitan en lo posible los trajes y los decorados. Ponen el énfasis en el simbolismo y en el diseño minimalista. Fue una reacción contra el período anterior que…

—Yo quiero ver un dragón volando por el aire. —Cogió un caramelito rosa de la cajita que él había comprado, se lo metió en la boca y empezó a chuparlo ruidosamente. Se lo pasó al lado de la mejilla y preguntó—: ¿Por qué te gusta la ópera?

—No lo sé, a veces me gusta la música, me gusta ver cómo montan las producciones. Me gusta mirar a la gente.

—A mí también.

—A veces tengo la fantasía de que la ópera es asaltada por psicópatas o terroristas o algo así, y yo salvo a todo el mundo.

Daisy dejó de chupar el caramelo y se giró para mirarle.

—¿Cómo?

—Salto desde la barandilla de los palcos, bajo agarrándome al telón hasta que estoy en paralelo con la cuerda. Entonces salto hacia la cuerda, me balanceo en el aire…

—Eso es imposible.

—Bueno, ya lo sé. Es una fantasía.

—¿Por qué tienes fantasías así? —Parecía inquieta.

—No lo sé. Da lo mismo.

Siguió observándole, casi afligida.

—Me parece que es porque te sientes alejado de la gente. Quieres que ocurra algo excepcional para que puedas demostrar que les quieres, y que mereces que te quieran.

Él atrajo la cabeza de ella sobre su hombro y la besó.

—Hay veces en que me gustaría machacarte —dijo.

Daisy dejó su cajita de caramelos en el regazo y le agarró con fuerza por la cintura.

Salieron de la ópera pasada la medianoche. Fueron a un restaurante con luces de neón regentado por unos camareros viejos que llevaban chaqueta roja, varios de ellos con violentos tics de mandíbula. Daisy le

convenció para que pidiera una ensalada y un batido; estaba preocupada porque no comía suficiente. Joey bebía a sorbitos su batido, un tanto incómodo, mientras la miraba comer queso fresco con salmón. Ella hablaba de la desgraciada relación que había mantenido con su padre, haciendo pausas para ladear la cabeza y recoger con la lengua los trocitos de cruasán que caían. Los camareros correteaban alrededor de la mesa, algunos con tres bandejas llenas de comida en cada mano velluda.

Joey intentó que se tomara unas píldoras para aguantar hasta más tarde, pero ella dijo que se sentía culpable por David. Además había un trabajo de arte que quería hacer. Suspiró y miró al suelo. Intentó separarse cuatro veces hasta que él la dejó ir. Joey se la quedó mirando mientras se alejaba y pensó: Ya es demasiado tarde para comprar pastillas de goma.

Cuando abrió la puerta del apartamento, Diane le dio un bofetón en la cara. Se quedó tan anonadado que permaneció allí plantado y dejó que ella le pegara tres veces más antes de agarrarla por la muñeca.

—¡Cerdo hijo de puta! —chilló—. Has ido a la ópera con ella. ¡Siempre habíamos ido a la ópera juntos y hoy has ido con esa zorra!

—Ni siquiera se me ocurrió que quisieras ir.

—Claro que quería. Estaba esperando que volvieras del trabajo. —La voz se le cortó por el llanto—. Nunca pensé que fueras con esa zorra.

—Ella no es una zorra.

Blandió la mano libre y lo agarró por la oreja. Tiró del lóbulo hasta arrancarle el pequeño aro azul que llevaba.

—¡Mierda! —chilló Joey. Se dejó caer de rodillas y empezó a tantear el suelo con las manos—. ¿No puedes controlar tus actos?

—Me importa un bledo controlar mis actos. ¡Lárgate ahora mismo!

—¿Puedes esperar a que encuentre mi pendiente?

—No me importa tu puto pendiente. Lárgate antes de que te mate.

—Dios, qué irracional eres.

Después de salir dando un portazo se quedó fuera escuchando por si oía sollozos. No oyó nada. Le sangraba la oreja y le ardía la cara, pero se sentía extrañamente animado. Lamentaba que Diane estuviera tan

afectada, pero estas rabietas violentas tenían algo de emocionante. Era el tipo de historias de las que a él le gustaba hablar.

La calle hervía de drogatas y de chavales con radios enormes. Estaban alineados confusamente contra los edificios y salían a gatas por entre los huecos de las tapias y vallas. Le murmuraban a su paso: «Tengo azules, tengo rojas, tengo verdes y negras, las mismas de la semana pasada».

Anduvo tres manzanas hasta el apartamento de Eliot; no esperaba que Eliot abriera la puerta, pero tocó el timbre de todas maneras. Se sobresaltó cuando la voz recelosa de Eliot salió disparada del racimo de agujeritos que servía de interfono.

—Es el FBI —dijo Joey.

Hubo un silencio forzado antes de que sonara el zumbido. Cuando Joey llegaba a la puerta del apartamento, Eliot asomó la cabeza con un dedo sobre los labios. El pelo fino y castaño le formaba un halo ratonil, los ojos grandes de finas pestañas histéricamente abiertos y brillantes.

—Haz lo que quieras, pero no menciones las drogas —susurró—. Si tienes que referirte a ellas por algo, di «goma» o cualquier cosa. Sobre todo sé discreto.

—Está bien —dijo Joey.

—Han puesto micrófonos —explicó Eliot—. Hemos puesto el apartamento patas arriba pero todavía no hemos encontrado nada. ¿Estás seguro de que no te han seguido?

Joey asintió con la cabeza. Eliot estiró el cuello y echó una ojeada al corredor vacío, parpadeando con fuerza con los ojos húmedos. Satisfecho, dejó entrar a Joey.

Rita estaba tumbada en el sofá delante de una pantalla de televisor parcialmente desmontada que ofrecía una imagen sin sonido. Le colgaban los largos pies por el extremo del sofá, las manos lánguidas al final de las muñecas delgadas de venas prominentes. Tenía la cabeza caída a un lado sobre el cuello esbelto e indolente, casi saliendo del sofá. Cuando vio a Joey levantó la cabeza y se le iluminaron los ojos

oscuros.

Él la saludó con la mano y se sentó en una silla de respaldo duro.

—Diane me ha echado de casa —dijo.

—¿Ah, sí? —dijo Eliot. Se puso de rodillas y empezó a buscar entre los discos esparcidos por el suelo.

—Da igual. De todas maneras, pensaba irme. Estoy enamorado. Todo ha terminado entre Diane y yo.

—Deberías haber tomado esa decisión hace cinco años —dijo Rita.

Eliot se dio media vuelta, agitando un disco.

—Tienes que escuchar esto. Es lo más increíble del mundo.

—Por Dios, ese disco salió hace diez años —dijo Rita—. Solo que tú acabas de oírlo por primera vez.

Eliot sacó el disco de la funda, la tiró al otro lado de la habitación y se arrodilló delante del tocadiscos. Levantó la aguja y la examinó, soplando delicadamente.

Rita estiró las largas piernas para incorporarse y se sentó con las pequeñas rodillas juntas, las puntas de los pies tocándose.

—¿De quién estás enamorado?

—¿Sabes? Rita todavía pone aquellas estúpidas películas caseras en las que tú estás en la bañera —dijo Eliot—. Se masturba mirándolas. Es divertidísimo. Se las enseña a todo el mundo.

—¿Quién es? —preguntó Rita.

—Una chica de la tienda que se llama Daisy.

—Ah. Supongo que era de esperar. —Se inclinó hacia la mesa atestada de cosas buscando una cerilla. La melena oscura le cayó delante de la cara con el movimiento grácil de un ala recogiéndose. Se irguió dejando ver otra vez el rostro. Las líneas bajo los ojos eran profundas y manchadas de maquillaje negro—. ¿Tienes pastillas, Joey?

Eliot pegó un brinco.

—¡No digas eso! —chilló.

—Ay, la madre que te parió —dijo Rita—. ¿Tienes… calcetines?

—Claro. —Joey le vertió un colorido puñado en la palma de la mano.

—¿Qué tratas de hacerme? —masculló Eliot—. ¿Trabajas para ellos o qué?

Joey miró a su alrededor; realmente habían destrozado el apartamento. Había plantas muertas volcadas en sus macetas rotas, cojines destripados que derramaban gomaespuma amarilla por todo el suelo, cajas de cartón con las tapas arrancadas y el contenido esparcido. El archivador estaba volcado, con los cajones abiertos liberando una danza blanca de papel. Por suerte, las botellas rotas estaban recogidas y amontonadas en un rincón.

La colección de libros raros de Eliot estaba a salvo en una estantería muy formal al lado del sofá. Joey pudo ver los tres Bartolov que le había vendido él. Eliot había experimentado un temor reverencial cuando descubrió que el que le proporcionaba las píldoras a Joey era Alexander Bartolov, el famoso poeta.

—Vamos, Rita, una mamadita —dijo Eliot—. No voy a correrme ni nada.

—Ni hablar —dijo Rita. Se recostó en el sofá con la mano blanca y delgada sobre los ojos. Sus largas piernas lánguidas recordaban al saltamontes volador de la tarjeta de San Valentín de Daisy.

—Aún la pones caliente, ¿sabes? —comentó Eliot—. Aún tengo que oír hablar de cuando la atabas y le dabas unos azotes.

—¿Podríamos cambiar de tema? —preguntó Joey.

—Bueno —dijo Eliot alegremente—. De todos modos, yo me voy al baño. Tengo náuseas.

—No te relajes —dijo Rita—. Volverá enseguida.

—Me parece bien —dijo Joey.

Cogió una revista de la mesa. Estaba abierta por una foto de una mujer enmascarada y vestida con un traje rojo de caucho que un hombre estaba inflando con una bomba. En la página siguiente aparecía una chica desnuda, atada con correas, de rodillas sobre el suelo del cuarto de baño. Un joven de aspecto vulgar se le acercaba por detrás con una manguera. Ella miraba por encima del hombro, los labios abiertos con una expresión de miedo llena de timidez. A Joey le sorprendió lo bonita que era. Tenía los pómulos y los hombros como los de Daisy.

Daisy y Joey salieron del cine cogidos de la mano.

—No tenemos adónde ir —dijo Daisy—. Hace un mes que no estamos solos en una habitación. Y David no va a marcharse.

Caminaron sin soltarse de la mano.

—Me siento fatal por David —prosiguió ella—. Es una persona tan inocente y encantadora… Es la persona más pura que conozco.

—No existen las personas puras.

—Tú no conoces a David. Tiene unos ojos tan desvalidos… Cuando le tocas, es como si no hubiera nada entre tú y él. —Le miró burlonamente—. Tú no eres así. Cuando te toco, no te siento en absoluto.

—No hay nada que sentir.

—No digas esas cosas de ti mismo. —Le soltó la mano y le frotó la espalda con la mano enguantada—. De todas maneras, está bien que no seas como David. Incluso siendo como eres, me preocupa que te muestres tan amable conmigo.

Él le rodeó el cuello con el brazo.

—No sé qué te hace pensar que tengo la intención de ser amable contigo.

Ella giró la cabeza y le besó. Él le cogió un puñado de cabellos y le mantuvo la cabeza tirante hacia atrás mientras la besaba.

Se sentaron en los fríos escalones de piedra de un bloque de apartamentos. Se desabrocharon la chaqueta y se apretujaron bien, él poniendo una mano a cada lado del suave cuerpo abrigado de ella.

—Eres tan raro —dijo Daisy—. Es difícil hablar contigo.

—¿Ah, sí?

—Siempre hablas tú. Nunca escuchas lo que te digo.

—Parezco raro porque soy especial.

—Creo que es porque tomas demasiadas píldoras.

—Deberías empezar a tomar tú también. ¿Sabías que el gobierno se las da a los soldados que van a entrar en combate? Agudizan los reflejos, los sentidos, todo.

—Yo no voy a entrar en combate.

Se oyó un sonido procedente de arriba. Se giraron y vieron que en lo alto de las escaleras había una atractiva pareja de mediana edad muy bien vestida. Joey percibió un parpadeo de admiración en la expresión de Daisy cuando miró a la mujer alta y rubia con su traje de noche. La pareja empezó a bajar.

Joey y Daisy se levantaron y se apretujaron contra un rincón de la piedra para dejarlos pasar. El hombro de él rozó a Joey. El hombre tosió, bastante innecesariamente.

—Perdonen —dijo la mujer—. Es que da la casualidad de que vivimos aquí.

—Tienen sitio de sobra —repuso Daisy agriamente.

—Ustedes no tienen por qué estar aquí —dijo el hombre. La pareja se quedó de pie en la acera, frunciendo el entrecejo y encogiendo los hombros con indignación.

—¿Y a ustedes qué les importa? —dijo Daisy—. No les estorbamos el paso. —La voz le tembló de una manera extraña.

—¡Chsss! —dijo Joey—. Déjales que vivan su vida.

—Sois unos maleducados —dijo la mujer—. Si aún estáis aquí cuando volvamos, llamaremos a la policía.

Empezó a marcharse, arrastrando a su marido. Probablemente tenían prisa.

Joey observó el vestido de la mujer alejándose ondeando por la acera.

—¡Qué raro! —dijo—. Me he sentado en muchas escaleras en mi vida y nunca me había ocurrido esto.

Daisy no respondió.

—Supongo que es diferente en el East Village.

Daisy sorbió por la nariz.

Él metió la mano en el bolsillo y sacó su bolsa de pastillas de goma. Se la tendió a Daisy, pero ella no le hizo caso. Tenía la cabeza gacha, y lentamente unas lágrimas silenciosas empezaron a resbalarle una tras otra por la nariz. Él la abrazó.

—Eh, vamos —dijo.

No recibió ninguna respuesta de ella. No se movió ni le miró.

Él dejó caer el brazo y apartó la mirada, confuso. Se comió las pastillas de goma y contempló el charco de luz de la farola en la calle oscura.

UN FIN DE SEMANA ROMÁNTICO

Iba a encontrarse con un hombre del que hacía poco se había enamorado repentinamente. Experimentaba un estado de ansiedad horrible. En primer lugar, él estaba casado con una coreana que, según la había descrito, era la encarnación de la feminidad y la elegancia. Y no solo eso, sino que un psiquiatra le había dicho que la relación con ese hombre la podía mutilar emocionalmente para el resto de su vida. Por si esto fuera poco, la atormentaba la sensación de que su aspecto no estaba a la altura. Quizá inclinaba demasiado el cuerpo hacia delante cuando andaba, quizá la chaqueta hacía que su torso pareciera demasiado voluminoso en comparación con las pantorrillas y los tobillos, que probablemente eran demasiado finos. Se sentía como un objeto que se desmadeja en todas direcciones. La noche antes de la cita no había podido pegar ojo; por eso se había tomado unas anfetaminas que habían intensificado la sensación de que se desintegraba.

Cuando llegó a la esquina él no estaba. Se apoyó contra el edificio, tratando de componer el cuerpo de manera que diera una imagen lo menos repulsiva posible. Su malestar aumentaba. Cruzó la calle y se situó en la esquina de enfrente. Tuvo la impresión de que todo el mundo iba comiendo. Un hombre de negocios alto y despistado pasó con un perrito caliente a medio comer en la mano. Después fueron dos chicas que compartían anacardos de una bolsa blanca. Todo esto hizo que aumentara su sensación de que el mundo era desordenado y feo. Fue agudamente consciente de la porquería que había en la calle. El viento la arremolinaba; un papel de caramelo se agitaba atrapado en la malla de una papelera. Todo estaba mal, horrible. Su encuentro con él debería ser perfecto y desprovisto de fealdad. No podía soportar la idea de la basura revoloteando. ¿Por qué no estaba ya aquí con ella? Pasaron los minutos. Los hombros se le iban encogiendo.

Entró en una floristería. La tienda se veía blanca y limpia, salvo por unas manchitas en el suelo de linóleo. Detrás del mostrador unos homosexuales hablaban a media voz. Arreglaban unos tallos con unos capullos absurdos que sobresalían de unos jarrones sobrios con las asas erizadas. Tuvo un paroxismo de fantasía. Él la sostenía, indefensa y desmayada, en sus brazos. Descansaban sobre un globo mullido como una nube azul. Unas rosas sin espinas les rodeaban la cabeza. Su mirada la penetraba tan profundamente que era como si le hubiera introducido la mano en el pecho y empezara a tentarle las costillas una a una. Ella se sentía de maravilla. «Nunca he conocido a nadie que me hiciera sentir así —decía él—. Te quiero». Él la empujaba a hacer cosas que ella nunca había hecho antes, y después iban a dar un paseo y contemplaban los nuevos tulipanes que debían de haber crecido en algún lugar. Nada de todo esto parecía estúpido ni cursi, aunque ella sabía que lo era. Tristemente, intentó adquirir un sentido de la medida. Se quedó mirando las flores. Su belleza brillante y organizada era un tormento. No podía evitarlo. Deseaba regalarle flores. Deseaba estar con él en una habitación llena de flores. Se veía a sí misma delante de él con un ramo de flores impecables aprisionadas en el horrible papel de tonos pastel con que el florista las habría envuelto. La imagen era brutalmente embarazosa, demasiado para permanecer en su mente más de unos segundos.

Salió de la floristería. Él no estaba. Su ansiedad rayaba en la desesperación. Habían quedado en pasar el fin de semana juntos.

Él estaba en un puesto de pizzas callejero en la acera de enfrente, comiéndose una porción grasienta y observándola mientras ella esperaba en la esquina. Se daba perfecta cuenta de la ansiedad que ella sentía y eso le desconcertaba y a la vez le atraía de una manera extraña. Por otro lado, ella no tenía un aspecto precisamente encantador. No habría sabido decir exactamente por qué. Quizá era la impresión de mansedumbre que daba su vestido, de un deseo de no llamar la atención o, lo que era peor, de una ignorancia total de cómo le sentaba la ropa.

La había conocido en una fiesta tres días antes. Enseguida le recordó

a una chica con la que había estado años atrás, Sharon, una chica terriblemente seria con una cara pálida y amable, a la que él había estado mortificando a intervalos durante dos años antes de dejarla por su mujer. Aunque le había complacido enormemente abandonarla, durante años había echado de menos el poder hacerle daño, y medio inconscientemente había estado buscando a otra mujer con una combinación similar de orgullo, debilidad y ansia vehemente de algo semejante a la pasión. Al conocer a Beth, quedó sorprendido por lo mucho que su aspecto, su manera de hablar y de moverse se parecían a su anterior víctima. Era delicadamente mórbida en sus gestos, sensible, arrogante, vulnerable a la adulación. Pasaba de las desmesuradas explosiones de opinión a las interrupciones repentinas e indecisas, durante las cuales parecía mirarle en busca de aprobación. Estaba enamorada del concepto de inteligencia y se sobreestimaba a sí misma. Su sentido del mundo, aunque ella lo mostraba agresivamente, podía serle arrebatado, intuía él, con poco o quizá ningún esfuerzo. Ella le dijo: «Espero que seas un salvaje».

La acompañó a su casa aquella noche. Se acostó con ella en aquel colchón individual hundido y nudoso, ladeando la cabeza para no echarle el humo a la cara. Ella golpeaba con la frente el pecho de él. El colchón crujía con cada movimiento. Él le habló de Sharon.

—Tuve una relación así cuando iba al instituto —dijo ella—. Aquella persona hizo que me abriera de tal forma que yo no podía controlar la situación. Me hizo mucho daño. Y me cambió por completo. Ahora no puedo tener una relación sexual normal.

La habitación estaba decorada de una manera patética: postales, ilustraciones de personajes de dibujos animados japoneses con los ojos enormes, y diminutos juguetes exasperantes que sin duda se había desvivido por encontrar, dispuestos apretadamente sobre la cómoda. Una frágil maqueta de avión pendía de la lámpara sobre la cómoda. Al lado había pegado un dibujo que representaba a una niña con el pelo rosa, encogida y con la boca abierta de miedo delante de un chico malvado con los pelos de punta, pantalón corto y gafas. La faldita que llevaba ella se inflaba por la fuerza de la expresión amenazadora de él,

y se le veían las braguitas. ¿Qué tipo de persona podía poner una mierda así en su pared?

—Me das miedo —murmuró ella.

—¿Por qué?

—No lo sé, pero es así.

—No te preocupes. No te haré más daño del que puedas soportar.

Se acurrucó contra él apretando los pies como un gato cuando se estira. Llevaba unos calcetines gruesos y feos, y tenía los pies demasiado grandes comparados con el resto del cuerpo. Generalmente, él solía sentir repulsión por detalles de este tipo, pero sintió ternura por aquellos pies grandes y mugrientos que se apretaban uno contra otro. Dijo:

—Quiero una esclava.

—No sé. Ya veremos —respondió ella.

Él le pidió que pasaran el fin de semana juntos, dentro de tres días.

Le había parecido una buena idea en el momento, pero ahora sentía una irritante combinación de culpa y de inquietud. Pensó en su mujer, se la imaginó preparando el desayuno con aquellos movimientos metódicos y delicados, o en el cuarto de baño, trazándose esmeradamente la raya de kohl bajo sus enormes ojos y quitándose el sobrante con el dedo en un gesto grácil como de pájaro, los codos finos levantados, la mirada totalmente concentrada. Se imaginó a Beth, desnuda y atada, con los ojos vendados y abierta de brazos y piernas sobre el suelo de su abarrotado apartamento. Los personajes de dibujos animados sonreían burlonamente mientras él la azotaba con un látigo. Le salían verdugones en los pechos, en los muslos, en el vientre y en los brazos. Chillaba y se retorcía, agitando violentamente el cuello a uno y otro lado. Le quedarían cicatrices de por vida. Tuvo otra fantasía en la que ella estaba sentada frente a él en un restaurante, muy erguida, un brazo sobre la mesa, el rostro serio y absorto. Las grandes gafas le alargaban la cara, le daban un aspecto más sombrío y elegante. Fumaba un cigarrillo y aspiraba el humo despacio y con tristeza. Estas imágenes se sobreponían unas a otras formando una cuadrícula terriblemente confusa. ¿Cómo iba a desenmarañarla? Se las arregló para separar la

imagen de su mujer de la original de Beth con los ojos vendados, y logró mantenerlas aparte. Se imaginó a sí mismo viajando alegremente entre las dos. Quizá, con el tiempo, podría llevar a Beth a casa y hacer que su mujer le pegara también. Podría lavar los platos y servirles la cena. La cuadrícula se entremezclaba otra vez y se le hizo un nudo en el estómago. El asunto era complicado y potencialmente agotador. Miró a la chica angustiada plantada en la esquina. Ella había dicho que quería que le hicieran daño, pero él empezaba a sospechar que no sabía muy bien lo que significaba eso.

Tal vez sería mejor quedarse en el puesto de pizzas y observarla hasta que se marchara. Podía ser entretenido ver cuánto tiempo se quedaba esperando. Sintió cierta compasión por ella. También sintió como si, desde su punto de mira privilegiado tras el cristal, estuviera torturando un insecto. Se relamió mientras comía la pizza.

Cuando ya la dominaba la angustia, ella le vio a través del cristal del puesto de pizzas. Se dio cuenta inmediatamente de su expresión de satisfacción maligna. Reconoció el punto de desdén en la mirada fría y en la manera de esperar, como resistiéndose a saludarla. Lo sufrió pero solo un instante; estaba perdidamente enamorada. Sonrió y cruzó la calle con una confianza insensata en el poder de su sonrisa.

—Estaba a punto de ir a buscarte —dijo él—. Tenía que comer algo antes. Estaba muerto de hambre.

Dobló el trozo de pizza que le quedaba y se lo metió todo en la boca.

Ella se fijó en un trocito de pizza de color naranja que se le había quedado entre los dientes y le resultó enternecedor.

Se fueron. Él daba grandes zancadas y el abrigo negro y pesado se balanceaba de una manera muy elegante, pensó ella, por encima de las botas. Era un chico delgado y esbelto, con la cara pálida y fina y el pelo rubio con el flequillo cayéndole sobre una ceja. Con aquel abrigo enorme parecía la joven mascota de un cuerpo de policía secreta en ciernes. Pensó que era muy guapo.

Él paró un taxi e indicó al conductor que les llevara al aeropuerto. Se giró para mirarla.

—Esto va a ser un desastre —dijo—. Probablemente acabe dejándote

allí y me vuelva solo.

—Espero que no —dijo ella—. No llevo dinero. Si me dejaras allí no podría volver yo sola.

—Es una lástima. Porque podría hacerlo.

La miró a los ojos esperando una reacción. Reflejaban incomodidad y excitación y algo que él solo podía calificar como estupidez, como si acabara de caérsele una bandeja llena de vasos en público.

—No te preocupes, no lo haré —dijo él—. Pero me gusta la idea de que podría hacerlo.

—A mí también.

Estaba muy turbada. Tenía ganas de estrecharlo entre sus brazos.

Él pensó: Aquí hay algo que va mal. Su pasividad resultaba agradable, y también su silencio y su deseo de ponerse en sus manos. Pero notaba que había otro elemento en ella que no podía definir y que no le gustaba. Sus manos cerradas con fuerza demostraban nerviosismo y eran repulsivas. La postura que adoptaba en público era frágil, no dócil. Había en ella una rigidez que en caso de resquebrajarse no ofrecería nada. De todas formas, le desconcertaba darse cuenta de que no sabía si podría hacer que se resquebrajara. Empezó a sentirse incómodo. Quizá el fin de semana sería un desastre.

Llegaron al aeropuerto con una hora de adelanto. Fueron a un bar a tomar algo. El bar era un cubículo abierto con un letrero de neón rojo que decía «Cócteles». No tenía ningún sentido refugiarse allí dentro. Las sillas eran endebles y desnudas y no había ninguna puerta que protegiera contra la mirada de los pasajeros aturdidos y poco atractivos que vagaban por el aeropuerto con su equipaje. Ella pidió un Bloody Mary.

—No puedo creer que hayas pedido eso —dijo él.

—¿Por qué no?

—Porque yo quiero una Bloody Beth.

Al decir esto, le lanzó una mirada que a ella le recordó a un perro neurótico que espera con la lengua fuera para morder a alguien.

—Oh —dijo ella.

Él le ofreció un cigarrillo.

—No fumo —dijo—. Ya te lo he dicho dos veces.

—Pues ya sería hora de que empezaras.

Se quedaron allí sentados unos minutos, en silencio y bebiendo.

—¿Te gusta mirar a la gente? —preguntó ella.

Estaba esforzándose claramente por entablar conversación. Él se dio cuenta de que su cara estaba muy tensa. Podría haber dicho algo para aumentar su incomodidad, pero de momento había perdido la energía para hacerlo.

—Sí —respondió—. Me gusta.

Pasaron un rato mirando a la gente que estaba a su alrededor, aunque no tenían mucho material. Solo había unos cuantos clientes en el bar; la mayoría eran hombres trajeados que estaban allí como atrapados en una telaraña de hábito y rencor acumulado a la que ellos llamaban su personalidad, tan completamente ignorantes del enredo en que estaban que se consideraban claramente hombres de mundo, aunque ya hacía mucho tiempo que habían dejado de darse cuenta de ello. Después entró una pareja arrastrando las maletas. La falda brillante de la mujer destellaba a cada paso. El hombre iba delante de ella. Andaba demasiado deprisa para que ella pudiera seguir su ritmo. Se la veía agobiada. Tenía unos ojos grandes y oscuros manchados de maquillaje, y un lunar en el mentón. El hombre se detuvo, como considerando la posibilidad de parar a tomar algo. Decidió que no y se alejó dando grandes zancadas. Los pendientes de ella tintineaban mientras le seguía. Dejaron tras de sí una estela apenas perceptible de sexo y decepción.

Beth observó las caderas de la mujer moviéndose bajo la falda.

—Había algo de desagradable en esos dos —dijo.

—Sí, es verdad.

Esto la animó a buscar un punto de contacto.

—Lo siento, no soy muy habladora —dijo.

—No te preocupes. —Sus ojos pequeños se volvieron de nuevo salvajes—. Las mujeres deberían estar calladas.

De repente se le ocurrió a Beth que parecería completamente natural que él se abalanzara y le mordiera la cara.

—Yo pienso lo mismo —dijo secamente—. Tampoco hay muchos hombres con los que valga la pena hablar.

Él se quedó perplejo por el tono displicente de ella. Tal vez, pensó, lo había imaginado.

Pero no.

Bebieron más en el avión. Les sirvieron un pedazo de tarta con pasas en una bolsa de papel rojo. Él no tenía hambre, pero aquel pastel tan ordinario le hizo gracia, así que se lo metió en el equipaje.

Mantuvieron una breve conversación sobre zapatos, desde el punto de vista de precio y estética. Hablaron de inteligencia y de arte. Hubo largos intervalos de silencio desalentadores para ambos. Ella empezó a hablar de las personas mayores, de lo agradables que podían llegar a ser. Él se la imaginó arrodillada en el suelo con medias negras y esposas. La visión se volvió confusa y borrosa, y luego quedó eclipsada por la conversación. Recuperó la imagen, pero ya no le dio ningún placer. Sobrepuso esta imagen a otra en la que estaba él en un nigthclub la semana anterior, sosteniendo una copa y hablando con una chica bastante combativa que quería su número.

—Algunas personas mayores son hermosas de una manera casi sobrenatural —continuó ella—. El otro día vi a una anciana en la farmacia que debía de tener más de noventa años. Era tan frágil y bonita que parecía un duendecillo.

Él la miró y dijo:

—¿Piensas ponerte un poco más divertida o vas a ser un rollo insoportable?

Ella no contestó inmediatamente. No entendía cómo podía seguir eso a su comentario sobre la anciana.

—No lo sé.

—No me pareces una persona muy sexual —dijo él—. No eres como me imaginé el día que nos conocimos.

Estaba tan dolida que no sabía qué contestar. Finalmente dijo:

—Puedo ser muy sexual o muy poco sexual dependiendo de con quién esté y en qué situación. Tienen que darse las circunstancias adecuadas. Yo soy una persona cerebral. Creo que respondo a las cosas de una manera cerebral casi siempre.

—A eso me refería.

Beth se quedó sin habla y presa de la frustración. Obviamente, ella le había decepcionado en algo, pero creía que solo se trataba de un malentendido. Si por lo menos pudiera encontrar la manera correcta de decirlo, estaba segura de que todo se aclararía. El globo vaporoso de color azul se desplegó ante ella con una fuerza nauseabunda. Era la misma imagen de él sosteniéndola y mirándola fijamente a los ojos con el propósito de desencajarle los huesos, ocultando ligeramente los muchos acontecimientos demoledores que ella había anticipado que ocurrirían entre ellos. El placer de la perspectiva la desorientó. El único problema era que aquella imagen no parecía tener mucha relación con lo que estaba ocurriendo ahora. Trató de pensar en el tiempo que habían pasado juntos en su apartamento, cuando él la abrazó y le dijo: «Eres mona». ¿Qué había ocurrido entre entonces y ahora para que estuviera tan decepcionado?

Ella todavía no se daba cuenta de lo mucho que le había decepcionado.

Él no sabía si él la había decepcionado o no. Le había desconcertado completamente, sobre todo después de su abrupto discurso sobre el cerebralismo. Ahora ni siquiera podía tener una idea clara de lo que quería hacer con aquella criatura tan poco atractiva, que tenía pinta de comerse las uñas y leer libros por la noche. Confusas imágenes a medio formar de su mujer, de Sharon, de Beth y de una prostituta china de dieciséis años que había visto un mes antes se superponían arrastrándose desordenadamente una sobre otra. Se quedó cavilando con aire malhumorado y ligeramente borracho.

Ella estaba sentada a su lado, sintiéndose pequeña e irritada, con estúpidas canciones de radio sobre sexo rondando en su cabeza.

Iban a alojarse en el apartamento vacío de la abuela de él, en Washington, D.C. La urbanización estaba formada por una serie de bloques aparentemente dispuestos sin orden ni concierto, pegados unos a otros y pintados con los colores menos atractivos del mercado. Alrededor había una zona de césped de color verde claro y una avenida circular, y estaba situada junto a una carretera tranquila que llevaba a la ciudad. Había un banco y una oficina de seguros al lado y estaba todo envuelto por el continuo y monótono ruido de los coches que pasaban más o menos a la misma velocidad.

—Es un edificio horrible —dijo ella mientras subían en el ascensor.

Se abrió la puerta y recorrieron un pasillo cubierto de tupida moqueta sintética marrón. El apartamento de la abuela se abrió ante ellos. Beth encontró la nevera y miró en su interior. Había una bolsa arrugada de pan francés, un bote de guindillas, varios paquetes envueltos con papel de aluminio, dos botellas de vino y media docena de cervezas.

—¿Tu abuela es alcohólica? —preguntó.

—No lo sé.

Dejó caer su pesada bolsa de cuero y la blanca de lona de ella en la sala de estar, se quitó la chaqueta y la tiró encima de las bolsas. Ella le miraba allí de pie, pálido y flaco, con una camisa ajustada por un cinturón de piel. Esta imagen de él la perseguiría durante años sin que hubiera una razón especial para ello, ni tampoco una trascendencia emocional. Él se dejó caer en un sillón, los delgados brazos apoyados desmayadamente en los del mueble. Señaló con la cabeza la bandeja de whisky y licores que había en la mesita que tenía ante él.

—¿Por qué no te sirves una copa?

Ella se arrodilló junto a la mesita y empezó a toquetear nerviosamente las botellas. Él la observaba callado, con expresión sombría. Sacó una botella de licor de cacao espeso, se sirvió una copa y, cogiéndola con las dos manos, se sentó en el sillón que había enfrente. Era imposible no fijarse en el aspecto del apartamento. Era brutalmente ridículo, casi sádico de tan absurdo. El sofá y los sillones

estaban tapizados con una tela estampada de flores. Una delgada alfombra vegetal zigzagueaba por el suelo. Había alfombritas por todas partes. Había flores artificiales. Había una gran profusión de mesitas y estantes que albergaban legiones de figuritas: doncellas sonrientes de cristal con suntuosos vestidos que llevaban cestas de rosas de cristal, pájaros de cerámica que trinaban pegados a un pie de cerámica, caballos de cristal que galopaban por prados de madera de teca. Un caniche-barómetro de cerámica y los gatitos de ojos de diamante que le acompañaban observaban silenciosamente la silenciosa escena que se desarrollaba en la habitación.

—¿Estás bien? —preguntó él.

—Detesto este apartamento. Es realmente horroroso.

—¿Qué esperabas? Santo Dios. Se parece mucho al tuyo, ¿no?

—Sí, es verdad, tengo que admitirlo.

Se bebió el licor.

—¿Te parece que podrías mejorar tu actitud respecto a todo esto? ¿Crees que serías capaz de intentar ser un poco más positiva?

Viniendo de él, esa pregunta era absurda. Debía de tener una inseguridad tan patológica que la percepción de su propio comportamiento quedaba totalmente distorsionada. Veía rechazo por todas partes, decidió ella; y ella tenía que devolverle la confianza.

—Pero estar aquí me hace sentir muy positiva —dijo. Hizo una pausa, buscando la mejor manera de expresar hasta qué punto sus sentimientos eran positivos. Imperceptiblemente le suplicaba que viera su cama-nubecilla azul y se montara en ella—. Tú no puedes decepcionarme. Solo pensar en ti ya me hace feliz. Todo lo que tú hagas me parecerá bien.

La generosidad de ella le enervó. Se preguntó si se daba cuenta de lo que estaba diciendo.

—¿Sabe alguien que estás aquí? —le preguntó—. ¿Le has dicho a alguien adónde ibas?

—No. —En realidad se lo había dicho a varias personas.

—No has sido muy lista.

—¿Por qué no?

—No me conoces en absoluto. Te podría ocurrir cualquier cosa.

Ella dejó la copa sobre la mesita, se acercó a él y se arrodilló entre sus piernas. Le rodeó los muslos con los brazos. Le frotó la ingle con la nariz. Le bajó la cremallera de los pantalones.

—Para —dijo él—. Espera.

Ella le cogió por los hombros —tenía una fuerza sorprendente en las manos— y lo atrajo hasta la alfombra. Él vio de repente cómo se le trastocaban todas las imágenes y planes que le rondaban por la cabeza, como si estuviera sentado a una mesa que de repente un loco desmadrado hubiera vuelto del revés. Se sintió invadido y agredido. Esto no era lo que había planeado, pero, si se negaba, de alguna manera ofrecería una imagen menos viril que la de ella. Asqueado, le quitó la ropa e hizo que sus cuerpos se colocaran en una posición más viable. Le acercó los dientes al pecho y la mordió. Ella dejó escapar un grito de sorpresa y se puso tensa. La mordió otra vez, con más fuerza. Ella chilló. Él quería hacerle sangre. Ella soltaba unos gritos cortos y sofocados. Él pensó que ella trataba de que le gustara que la mordieran, pero no lo conseguía. Él le mordisqueaba el pecho. Ella gritaba con fuerza. Se retorcieron. Se separaron y se miraron con recelo. Ella puso una mano sobre la de él con cautela. Él comprendió qué era lo que le molestaba de ella. Con las otras mujeres con las que había estado en situaciones parecidas había experimentado una relajante sensación de vacío interior que le había permitido penetrarlas y, una vez dentro, absorber todo aquel territorio íntimo hasta que sentía que ya no era de ellas, sino suyo. Con su mujer no tenía esa sensación de vacío, sin embargo la forma tan encantadora que tenía ella de vaciarse para él convertía su sumisión, hasta donde esta llegara, en algo mucho más intenso. Esta chica desesperante, por otro lado, tenía dentro un algo tangible que ella no solo se negaba a anular, sino que parecía expandirse deliberadamente en cuanto él lo embestía en cada intento de invadirla. No le molestaba ese algo; en realidad le gustaba, y había esperado con ilusión poder aniquilarlo. Pero ella se resistía a dejarle llegar. ¿Por qué le había dicho que era masoquista? Le miró el cuerpo. Tenía los miembros musculosos y alerta. Consideró la posibilidad de

agarrarla por el cuello y aporrearle la cabeza contra el suelo.

Se puso de pie bruscamente.

—Quiero comer algo. Me muero de hambre.

Ella le cogió por el tobillo. Su deseo de humillarse se había frustrado. Ella le había atraído hasta la alfombra convencida de que, si follaban, él la penetraría con una fuerza abrumadora y la haría perder totalmente el control. Sin embargo, apenas lo había sentido, y lo que había sentido era remoto y frío. Él la había estado mordiendo en algún lugar de su exterior, cosa que no había significado nada para ella y que además era bastante desagradable. Desesperada, le cogió el tobillo con fuerza y apoyó la frente sobre la alfombra. Por lo menos podía estar tendida a sus pies, en actitud de adoración. Él se retorció para soltarse y se alejó.

—Vamos —dijo.

El coche estaba en el aparcamiento. En realidad ese coche era el causante de que se hubiera organizado lo del fin de semana. Era el coche de su mujer, un trasto carísimo que le había regalado su exmarido. Hacía más de un año que lo tenía en Washington y él había venido a buscarlo para llevarlo a Nueva York.

A Beth la horrorizó el coche. Era un monstruo amarillo chillón que tenía una forma estrecha y agresiva y unas puertas absurdas que se desplegaban desde el techo hacia afuera como si fueran alas. Quizá en otro escenario habría resultado glamuroso, pero allí, detrás de aquel edificio igualmente monstruoso, sintiéndose tan poco atractiva con la ropa que llevaba, la idea de sentarse ahí dentro con él la hacía sentirse como si le pusieran una nariz de payaso para salir a cenar.

Bajaron por una carretera suburbana bordeada de pequeñas tiendas, galerías y restaurantes. Estaba anocheciendo; los letreros de neón parpadeaban reconfortantes.

—¿Crees que podrías hacer un esfuerzo para cambiar de humor? —dijo él.

—No estoy de mal humor —respondió ella con voz cansada—. Solo

que me siento vacía.

Aunque no lo bastante, pensó él.

Pararon en un restaurante de comida rápida Roy Rogers. Ella pensó: Ni siquiera me lleva a un lugar bonito. Se sintió insultada. Era como si él estuviera insultándola a propósito. Le pareció increíble.

Fue con él a la barra de autoservicio, pero no cogió ninguno de los platos que resplandecían en los estantes de aluminio iluminados por fluorescentes. Sintió una punzada de desazón. Se le había quitado el hambre, y él se inquietó al verle la cara pálida y ojerosa.

—¿No comes nada?

—No tengo hambre.

Se sentaron. Él empezó a comer, mirándola de reojo con disimulada alarma. A ella se le ocurrió que quizá le incomodara comer delante de alguien que no comía nada. Le preguntó si podía coger un poco de su ensalada. Él se apresuró a pasarle todo el bol de hojas mustias con aliño de naranja.

—Cógelo todo.

Comía con los hombros encogidos como un huérfano; el pelo rubio se le levantaba enmarañado como hierbajos taciturnos.

—No sé por qué no comes —dijo impaciente—. Después tendrás hambre.

Su predisposición a adorarle se despertó otra vez. Sonrió.

—¿Por qué me miras de esa manera? —preguntó él.

—Me gusta mirarte. Eres muy airoso.

La alarma asomó de nuevo a los ojos de él.

—A veces, cuando te miro, tengo la sensación de que veo un banco de pececillos, de esos tan brillantes que se mueven muy deprisa en todas direcciones.

Él dejó de comer, pasmado, sosteniendo el tenedor sobre el bistec con los bordes curvados hacia arriba.

—Empiezo a pensar que estás loca de remate.

A ella se le congeló la expresión de felicidad.

—¿Por qué cojones no puedes hablarme de una manera aunque sea un poco normal? —continuó él—. Como cuando hablábamos en el

avión, aquello estaba bien. Aquello era una conversación.

En realidad, tampoco le había gustado la conversación del avión, pero, en comparación con esta, resultaba bastante aceptable.

Cuando volvieron al apartamento, se sentaron en el suelo y tomaron más copas.

—Quiero que bebas mucho —dijo él—. Quiero que hagas cosas que no quieres hacer.

—Pero yo no voy a hacer nada que no quiera hacer. Tú tienes que conseguir que yo quiera hacerlas.

Se tumbó boca arriba, silenciosamente frustrado.

—¿Cómo son tus padres? —preguntó ella.

—¿Qué?

—Tus padres. ¿Cómo son?

—No lo sé. No tenemos mucha relación. Mi madre es maja. Mi padre es un capullo. Así son.

Se puso una mano sobre la cara; le vino a la cabeza una imagen de su familia, en formato cuadrado, tipo álbum. Estaban sentados a la mesa para desayunar, hablando y pasándose cosas unos a otros. Su madre se movía al fondo, una sombra inquieta y delgada con una bata rosa. Su hermana estaba sentada al lado de él, alta, rubia y arrogante, hablando y sacudiéndose las migas de tostada de las comisuras de los labios. Su padre presidía la mesa, abarcándolo todo con sus grandes brazos, inclinado sobre el plato como si tuviera que defenderlo, devorando su desayuno. Se sintió desgraciado, y después enfadado. Pensó en una italiana menuda que había conocido hacía algún tiempo en un bar de gogós, y se consoló con el recuerdo de sus ancas esbeltas y sus pies sobre tacones altos a cada lado de su cabeza, acuclillada sobre él.

—Eso es lo que parecen mis padres a primera vista. Pero en realidad mi madre es mucho más agresiva y, casi diría, más cruel que mi padre, aunque es más pasiva y dulce por fuera.

Ella empezó una larguísima y, al parecer de él, increíble e innecesaria historia de su vida familiar, incluida una descripción de su

hermano y de su hermana. La familia entera parecía tener una personalidad perturbada colectiva, caracterizada por largos silencios meditabundos, desidia desagradable y compulsiva (cadenas de váter sin tirar, kleenex usados por todas partes, ropa interior sucia tirada por el suelo) y explosiones de cólera irracional y violenta. Era horrible. Él quería volverse a casa.

Se apoyó sobre los codos.

—¿Eres mentirosa? —preguntó—. ¿Mientes a menudo?

Ella se interrumpió a media frase y le miró. Parecía considerar seriamente la pregunta.

—No —dijo—. La verdad es que no. Quiero decir, puedo mentir, pero normalmente no lo hago cuando se trata de cosas importantes. ¿Por qué me lo preguntas?

—¿Por qué me dijiste que eras masoquista?

—¿Qué te hace pensar que no lo soy?

—No actúas como una persona masoquista.

—Bueno, no sé por qué dices eso. Apenas me conoces. Casi no hemos hecho nada todavía.

—¿Qué quieres hacer?

—No te lo puedo decir y ya está. Lo estropearía todo.

Él cogió su mechero y lo encendió, le levantó la blusa y metió el mechero por debajo. No se apartó con suficiente rapidez. Chilló y se puso de pie de un salto.

—¡No hagas eso! ¡Es horrible!

Él se giró y se puso boca abajo.

—¿Ves? Te lo dije. Tú no eres masoquista.

—¡Mierda! Eso no ha sido erótico en lo más mínimo. Tampoco me corro cuando me doy con el dedo del pie contra algo.

En el silencio que siguió se dio cuenta de que estaba enfadada, y que llevaba así desde hacía un buen rato.

—Estoy cansada —dijo—. Me voy a acostar. —Y salió de la sala.

Él se incorporó.

—Bueno, ya estamos tomando decisiones, ¿eh?

Ella volvió a entrar.

—Por cierto, ¿dónde se supone que vamos a dormir?

Él le mostró la habitación de invitados y el sofá cama. Ella se puso a desplegarlo inmediatamente con movimientos rígidos y airados. Parecía tener el cuerpo lleno de una energía y una resolución antinaturales. Ella había arruinado el fin de semana, decidió él, se lo había arruinado a los dos. Aquel algo testarudo, masculino y estúpido había impedido su placer y satisfacción mutuos. La única línea de actuación que quedaba era la de la hostilidad. Abrió el escritorio de su abuela y sacó un papel y un rotulador. Escribió la palabra «estúpida» con gruesos trazos negros. Se la puso primero junto a los pechos, como un letrero, y después en la entrepierna. Ella le ignoró.

—¿Dónde están las sábanas? —preguntó.

—¿Cómo es que te has vuelto tan dura de repente? —Tiró el papel sobre el escritorio y sacó una sábana de la cómoda.

—Necesitaremos una manta también, si abrimos la ventana. Y yo quiero abrir la ventana.

Él la miró con gesto sarcástico.

—Comportándote así, no haces más que impedirte conseguir lo que quieres.

—Está visto que no sabes lo que quiero.

Se desnudaron. Él observó desdeñosamente la imagen musculosa y enérgica que ofrecía el cuerpo de ella. Parecía más un chico que una chica, a pesar de las caderas pronunciadas y los senos redondeados. El pelo rojo, corto y de punta, ya era más que suficiente para darle un aspecto masculino. Incluso la magulladura oscura que él le había causado en el pecho y la leve quemadura que le había hecho con el encendedor no conseguían darle un toque más femenino.

Ella abrió la ventana. Se metieron bajo la manta en el sofá desplegado y se tumbaron, sin tocarse, como si realmente fueran a dormir. Por supuesto, ninguno de los dos podría hacerlo.

—¿Qué está pasando? —preguntó ella.

—Tú sabrás.

—No lo sé. De verdad que no lo sé. —Su voz sonó débil y patética.

—En parte es porque no hablas cuando deberías hacerlo, y hablas

demasiado cuando deberías quedarte completamente callada.

Confusa, revivió los diferentes momentos que habían pasado juntos, intentando clasificarlos según si había sido oportuno o no hablar, para actuar en consecuencia. Cada vez estaba más confusa. Las lágrimas asomaron a sus ojos. Se acurrucó contra él.

—Estás hiriendo mis sentimientos —dijo—, pero no creo que lo hagas a propósito.

Él se conmovió un momento.

—Es un sufrimiento accidental —dijo con aire distraído.

Le cogió la cabeza con las dos manos y la empujó hacia abajo hasta ponérsela entre las piernas. Ella abrió la boca, sumisa. Después de todo, la había herido, pensó él. Estaba confusa y agotada, y en ese momento, de todas maneras, estaba haciendo lo que él quería. Sin embargo, no era suficiente. La soltó y ella se colocó encima de él y apoyó la cabeza en su hombro. Dijo con aire dramático:

—Haría cualquier cosa contigo.

—No es verdad. Te repugnaría.

—¿Qué es lo que me repugnaría?

—Te repugnaría solo oírlo.

Ella se apartó de él.

—Seguro que no es nada.

—¿Alguna vez te han meado encima?

Se recreó al notar que se ponía tensa.

—No.

—Pues eso es lo que quiero hacerte.

—¿Sobre la alfombra de tu abuela?

—Quiero que te lo bebas. Si se derrama un poco sobre la alfombra, tendrás que limpiarlo.

—¡Oh!

—Sabía que te escandalizarías.

—No es verdad. Es que nunca he deseado hacer algo así.

—¿Ves? Sabía que no eras buena para mí.

En realidad, estaba escandalizada. Después se sintió humillada, y no de la manera en que ella había planeado. Su nubecilla vaporosa se

desinfló con un flácido silbido, dejando tras de sí a dos personas bebidas, malhumoradas, incapaces y malolientes, parpadeando terriblemente incómodas. Se quedó mirando las cabezas caídas de las feas rosas marchitas y lentamente se dio cuenta de lo tonta que había sido. Entonces se puso furiosa.

—¿Te gusta que te meen encima? —preguntó.

—Sí. El mes pasado conocí a una chica genial en el Billy's Topless. Me meó en la cara por solo veinte dólares.

Hablaba en un tono alto y estúpidamente agresivo, como un chaval extraño que se te acercara por la calle y se ofreciera a hacerse cargo de tus necesidades sexuales. ¿Cómo, pensó ella tristemente, podía haber confundido a este imbécil hostil con el héroe misterioso y meditabundo que la aplastaría como un insecto y luego hablaría del arte y de la vida?

—Hay otras muchas cosas que me gustaría hacer también —dijo él de una forma extrañamente comedida—. Pero no creo que pudieras soportarlas.

—El asunto no es si puedo soportarlas o no. —Dijo las últimas palabras en un tono terriblemente sarcástico—. Hasta ahora todo lo que me has dicho ha sido increíblemente banal. No has expuesto nada de una manera que fuera ni remotamente atractiva. —Parecía una niña remilgada y prematuramente adulta quejándose a su maestra de que alguien le había metido un gusano por la espalda.

Él se sintió idiota. ¿Cómo se había podido liar con esta repipi de voz aflautada y frente ancha que examinaba y desmenuzaba todo lo que él decía? Anheló a alguna furcia menuda de mirada turbia con una boca grande y brillante y ropa interior de vinilo negro. ¿En qué estaba pensando cuando se trajo a esta chica aquí, de todas maneras? La cara seria y desesperada de ella presa del pánico y bañada en lágrimas. Su ridículo aire de sacrificio y abandono mientras él le extendía los brazos y las piernas y la ataba. La piel blanca que quedaba marcada enseguida. Los ojos asustados. Una personalidad desprotegida que podía serle arrebatada y puesta fuera de su alcance… oh, él podía verlo solo en fragmentos; la imaginación se revolvía torpemente y se escapaba de todo control. Miró su pequeña y compacta forma, odiosamente serena.

La empujó violentamente.

—Oh, haría cualquier cosa contigo —la imitó—. No lo harías.

Beth se apartó de su lado, encogida sobre sí misma. Él notó que temblaba. Ella rompió a sollozar.

—No me digas que te he roto el corazón.

Ella siguió llorando.

—No me estoy aburriendo en absoluto —dijo él—. La verdad es que me lo estoy pasando bastante bien.

Ella dejó de temblar. Se sorbió la nariz una vez, se giró y le miró con ojos perplejos. Parpadeó. De repente él se sintió cansado. No debería estar haciendo esto, pensó. En realidad es una buena chica. Por un momento sintió el impulso de abrazarla. Tuvo un impulso más fuerte de pegarle. Echó una ojeada a la habitación hasta que vio un bastón delgado que su abuela había dejado por alguna razón en un rincón. Lo señaló.

—Dame aquel bastón. Voy a pegarte con él.

—No quiero.

—Cógelo. Quiero humillarte un poco más.

Ella negó con la cabeza, los ojos abiertos de par en par por el miedo. Se había subido la manta hasta la barbilla.

—Vamos —le dijo él seductoramente—. Déjame que te pegue. Seré mucho más amable después de pegarte.

—No creo que seas capaz de ser tan amable como para que esto pueda interesarme.

—Está bien, lo cogeré yo.

Cogió el bastón y le quitó la manta que le cubría el cuerpo.

Ella se sentó con las piernas dobladas, como si estuviera arrodillada.

—No —dijo—. Tengo miedo.

—Deberías tenerlo —dijo él—. Voy a torturarte.

Blandió el bastón, que en realidad tenía pinta de romperse al segundo o tercer golpe. Los dos se quedaron inmóviles en su posición, mirándose fijamente.

Ella fue la primera en bajar los ojos. Miró reflexivamente la manta caída.

—Realmente me has decepcionado —dijo—. Todo esto ha sido una pérdida de tiempo absoluta.

Él se sentó en la cama, con el bastón en el regazo.

—No te importan mis sentimientos —dijo.

—Creo que me voy a dormir a la otra habitación.

No durmieron mejor separados de lo que lo habrían hecho juntos. Ella se quedó hecha un ovillo sobre el sofá, meditando sobre lo que parecía ser la desagradable esencia de su vida. Él pasó la noche envuelto en una manta, parpadeando en la oscuridad mientras una revisión confusa, demencial y desagradable de sus experiencias sexuales se abría paso en su memoria en un amasijo inquietante.

Por la mañana, decidieron regresar inmediatamente a Manhattan. A pesar del mal humor que compartían, volvieron a follar, más que nada porque mientras lo hacían era más fácil ignorarse el uno al otro.

Recogieron las cosas deprisa y en silencio.

—Va a ser un viaje largo —dijo él—. Intenta no hacer que me sienta como un idiota, ¿vale?

—Me trae sin cuidado cómo te sientas.

Le habría gustado dejarla plantada en la carretera, pero no era tan indiferente a las normas sociales como para hacerlo. Además, se sentía vagamente culpable por haberla hecho llorar, y aunque esto hacía que la mirara rencorosamente se veía obligado a no empeorar la situación. Lo ideal sería que desapareciera, llevándose aquella estúpida bolsa de lona con ella. Pero se sentó a su lado en el coche, con una presencia de ánimo que no había mostrado desde que se encontraron en la esquina de Manhattan. Parecía completamente dispuesta a guardar silencio durante las seis horas de viaje. Él puso la radio.

—¿Te importa bajar un poco el volumen?

—Por ti lo que sea.

Ella puso los ojos en blanco.

Sin muchas esperanzas, él empleó la táctica que utilizaba para apaciguar a su mujer cuando discutían. Le ofrecía algo y dejaba que fuera ella quien decidiera.

—¿Quieres comer algo? —preguntó—. Debes de estar hambrienta.

Lo estaba. Pasaron casi una hora recorriendo las calles en busca de un restaurante que a ella le gustara. Por fin escogió un lugar donde servían desayunos, pequeño y limpio. Su humor mejoró visiblemente cuando se sentaron a la mesa.

—Me encantan los huevos —dijo ella—. Son tan reconfortantes…

Empezó a hablar con ella por simple curiosidad. Hablaron de música, de la universidad, de conocidos comunes y de las drogas que habían consumido de adolescentes. Ella contó que, cuando tomaba LSD, a veces había perdido el sentido de la identidad tan absolutamente que no se reconocía en el espejo. Esta patética afirmación hizo que su atractivo perdiera puntos de golpe. Notó que los ojos de él se ensombrecían durante un segundo.

—Deberías haberme dejado que te pegara —dijo—. No te habría hecho mucho daño.

—Esa no es la cuestión. El momento no era el adecuado. No habría significado nada.

—Habría significado algo para mí. —Hizo una pausa—. Pero probablemente lo habrías estropeado. Te hubieras puesto a chillar hasta que yo parara.

Los albañiles que estaban sentados en la mesa de al lado les miraban intrigados. Ella les sonrió amablemente y volvió la mirada hacia él.

—Eso tú no lo sabes.

Él se sentía tan aliviado por cómo estaban yendo las cosas entre ellos que la rodeó con el brazo cuando salían del restaurante. Ella se puso de puntillas y le besó en el cuello.

—Teníamos una idea equivocada el uno del otro —dijo—. Nadie tiene la culpa de que seamos incompatibles.

—Bueno, pronto estaremos en Manhattan y todo habrá terminado. No tendrás que verme nunca más. —Esperaba que le discutiera eso, pero ella no dijo nada.

Siguieron hablando en el coche, del paso del tiempo, de sus padres y de la injusticia del racismo.

Ella estaba demasiado agotada como para intentar extraer algo de aquella conversación banal, pero el tono de la voz de él, su postura y su repentina receptividad la embriagaban. El tiempo adquirió un aspecto granulado y onírico que hacía imposible la conversación y factibles los gestos inverosímiles, como una cápsula espacial que permite a los que están dentro caminar alegremente por las paredes. Aquel coche tan especial se convirtió en un capullo cálido y arrullador, como la casa en miniatura que, cuando era pequeña, había hecho juntando objetos dispares para albergar a personajes inventados. Se sintió como en la infancia, cuando cada noción que aparecía en su mente era nueva y estaba desprovista de cualquier asociación, por lo que tenía que expresarla cuidadosamente para no deformarla. Deseaba exponer ante él cada una de estas nociones en una hilera, como aquella vez que le regaló a su padre una serie de dibujos presentados en una secuencia pulcra y multicolor. A veces él cambiaba ligeramente de postura o hacía un gesto que de repente le hacía parecer tan frágil y desamparado que ella deseaba meterlo en algún lugar para protegerle y mimarle, como un delicado animalito doméstico en una caja forrada de algodón. Apoyó la cabeza en su hombro y miró amorosamente las piernas con la rodilla doblada que se afinaban hacia los pies enfundados en las botas apoyadas en el pedal del freno o del acelerador. Esta imagen era tan buena como su fantasía original, quizá aún mejor.

—¿Puedo abusar un poco más de ti, ahora? —preguntó él dulcemente—. ¿En el coche?

—¿Qué quieres hacer?

—Amordazarte. Eso es todo, me gustaría amordazarte.

—Pero yo quiero hablar contigo.

Él suspiró.

—Tú no tienes nada de masoquista, ¿sabes?

Ella se encogió de hombros.

—Quizá no. Pero siempre he tenido la impresión de serlo.

—Puede ser que tengas fantasías, pero no creo que realmente tengas

mentalidad de esclava. Tienes demasiado ego para formar parte de otra persona.

—No lo sé, nunca he tenido la oportunidad de probarlo. Nunca he encontrado a nadie con quien haya querido hacerlo.

—Si fueras una esclava, no elegirías.

—Está bien, no soy una esclava. Conmigo es más una cuestión de amor. —Apenas se dio cuenta de que le salía un tono más agudo y suave de lo normal, por lo que su voz sonó como la de una niña de película de dibujos—. Es como la forma más elevada del amor.

Él pensó que esto era realmente encantador. Claro que era nauseabundo, pero también femenino como cierto tipo de canciones de radio.

—No parece que te interese mucho el amor. No te va nada.

—Eso no es verdad. No es verdad en absoluto. ¿Por qué crees que estaba tan antipática allí? En el fondo, tengo miedo de enamorarme de ti, de tener la necesidad de estar contigo, de follar contigo… para siempre.

Él estaba disfrutando ahora. Empezaba a verla como un jardín cerrado en el que podría entrar a hurtadillas y quedarse sentado durante días, arrancando las flores de los tallos.

Por un lado, ella estaba extasiada y fuera de sí. Por otro, le escrutaba cuidadosamente tras su opaca fachada mientras él se adentraba en la escena de cartulina llena de flora y fauna de ella. ¿Encajaría él en este paisaje? Se lo imaginó sentado enfrente de ella en un restaurante japonés, hablando de algo. La miraría fijamente a los ojos…

Él veía el apartamento de ella y después el suyo. Veía que entre los dos había una distancia marcada, que cada uno estaba delimitado por una frontera claramente trazada. El apartamento de ella era una eclosión de escenas que se le aparecían vertiginosamente en movimientos circulares de colores y luego de pronto quedaban fijas y se las distinguía claramente. La veía arrastrándose por el suelo con los ojos vendados. La veía atada y desnuda en un local sadomasoquista. La veía sentada a su lado en un taxi, con la falda subida, los dedos de él en la vagina.

… y después volverían al apartamento de ella. Le pegaría y la follaría por la boca.

Luego él regresaría a casa y su mujer le prepararía la cena. Era todo tan estable y equilibrado que solo imaginarlo ya le proporcionaba placer.

Al día siguiente le enviaría flores.

Soltó una mano del volante y le dio unas palmaditas en la cabeza. Ella le agarró la camisa frenéticamente.

Él pensó: Puede que esto salga bien.

ALGO AGRADABLE

—¿Cómo se llama, señor?

La mujer pecosa llevaba unos pantalones elásticos verdes y el pelo rojo oculto bajo un pulcro pañuelo rosa.

—¿Fred? —Dejó que su voz áspera se tornara dulce y pegajosa como mayonesa caliente—. Quiero que conozca a mis amigas, Fred.

Las cuatro chicas le miraban fijamente. Dos se irguieron en sus asientos y sonrieron, con el monedero agarrado con fuerza entre los dedos y las piernas apretadas a la altura de las rodillas. Una morena preciosa de pómulos salientes y labios gruesos y exuberantes estaba sentada indolentemente en un gran puf de color naranja, las largas piernas extendidas muy poco elegantemente sobre el suelo, medio abiertas y tirando del vestido de seda ceñido de manera que casi se le veía la entrepierna. Se lo quedó mirando con expresión asqueada.

—Ponte derecha, Jasmine —le espetó con una sonrisa la mujer de los pantalones elásticos. Tendió las manos pecosas hacia la última chica, que estaba sentada sobre una pierna mirando por la ventana—. Y esta es Lisette.

La chica llevaba un vestido muy corto a cuadros negros y rojos, calcetines blancos hasta el tobillo y zapatos negros de tacón. Tenía el pelo castaño y rizado peinado al estilo paje. Cuando se volvió hacia él, su expresión era ligeramente amistosa y normal; podía haber estado mirando a cualquier persona o cualquier cosa.

El hombre estaba encantado y fascinado por lo extraño que era todo aquello: la voz falsamente amable, el ligero desprecio, la elección de una chica desconocida que estaba sentada sobre su tobillo y miraba aburrida por la ventana.

—¿Ha visto a alguna chica con la que le gustaría estar?

—Veré a Lisette.

La chica se levantó y caminó hacia él como quien va al dentista, solo que ella sonreía.

La habitación estaba pintada de verde pálido. El aire estaba cargado de un ambientador dulzón. Había una mesita de noche con un recipiente de plástico lleno de toallitas de papel impregnadas de colonia, una radio, un cenicero, una caja de kleenex y un frasco viscoso de aceite corporal. La cama estaba cubierta por una sábana de diseño con un estampado de leones de colores beige, marrón y canela, que haraganeaban felices en las ramas de los árboles o se lanzaban zarpazos los unos a los otros. Había una silla de aluminio. Había un póster de una exposición de arte protegido por un cristal. Había una pecera con un castillo para peces de color naranja chillón. Se echó sobre la cama, desnudo, a esperarla. Encendió la radio. Estaba sintonizada en una de esas emisoras que ponen discos horribles. «Soy especialista en amor —cantaba una voz de mujer—. Te haré sentir como nuevo. Soy especialista en amor, deja que me ocupe de ti».

Sonrió mientras escuchaba la canción. Evocó las luces giratorias de las pistas de baile en las que nunca había estado, las melenas flotando y la ropa interior empapada de sudor de las chicas que bailaban y bebían toda la noche, chicas que él solo había visto en anuncios de tejanos. Se imaginó a Lisette como él deseaba que fuera, la firmeza de las manos de dedos decididos, la cabeza de pelo rizado sobre su hombro. ¿Iría ella a bailar a sitios de esos, con sus calcetines blancos y sus zapatos?

Entró con una sábana blanca bajo el brazo. Cruzó la habitación taconeando con fuerza. Apagó la radio. Se hizo un silencio tan desorientador como cuando se encienden de repente las luces en una habitación llena de fluorescentes.

—No lo soporto —dijo—. No te importa, ¿verdad? Tengo que poner esta sábana encima.

La desplegó con un movimiento seco y dejó que cayera flotando sobre él, quien se apresuró a salir de debajo y se golpeó contra la papelera cuando intentaba poner el pie en el suelo.

—Trae —dijo él. Cogió una punta de la sábana y tiró de ella torpemente por encima de la cama.

—No, deja, ya está bien así.

Se sentó en la cama y se lo quedó mirando con semblante grave. Tenía los ojos redondos y oscuros. El maquillaje negro y pastoso de los ojos parecía haber sido aplicado con los dedos. Él se le acercó más y le puso la mano sobre el muslo. Ella hizo como si nada. Él se sintió como si estuviera molestando a una chica sentada a su lado en el autobús. Le sudaba la mano y la apartó de la pierna de ella. ¿Qué pasaba? ¿Por qué no se quitaba el vestido por la cabeza, como solían hacer ellas?

—¿Vas a menudo a sitios como este? —preguntó ella.

—No mucho. Una vez por mes o así. Estoy casado y no es fácil escaparse.

Ella parecía preocupada. Alargó la mano con un gesto nervioso y cogió la de él.

—¿Qué es lo que suele hacer la gente ahora, en general? —preguntó ella.

—¿Qué quieres decir?

—Es que soy nueva aquí. Tú eres mi segundo cliente y no sé qué tengo que hacer. Bueno, sé lo que tengo que hacer, básicamente, pero no sé cómo van todos estos detalles, como por ejemplo cuándo tengo que quitarme el vestido.

Él notó que se le dibujaba una sonrisa idiota en la cara. ¡Su segundo cliente!

—Pero has trabajado antes, ¿no?

—¿Quieres decir haciendo esto? No, nunca.

La miró, sonriendo ávidamente.

—¿A qué te dedicas? —le preguntó ella.

—Soy abogado —dijo él—. Derecho corporativo.

Estaba mintiendo. Se sintió libre de sí mismo, soltero, no viejo, gracias a la mentira.

—¿Cuántos años tienes?

—¿Cuántos dirías tú?

Ella sonrió y la línea negra del maquillaje se curvó como una serpiente en el rabillo de los ojos.

—¿Cincuenta?

—Exacto. —Tenía cincuenta y nueve—. ¿Y tú?

—Veintidós.

Aparentaba tener esta edad, pero él tuvo la clarísima sensación de que le estaba mintiendo también.

—¿Por qué vienes a sitios como este? —Estaba atravesada en la cama, la cabeza apoyada en la mano y las piernas dobladas relajadamente—. ¿No te llevas bien con tu mujer?

Él estaba apoyado contra el cabecero de la cama, las desnudas piernas abiertas.

—Oh, no, quiero a mi mujer; nuestro matrimonio funciona perfectamente. Y tenemos muy buenas relaciones sexuales. Pero yo quiero otras cosas. Ella está dispuesta a probar cosas nuevas, pero en realidad no le interesa mucho. Te sientes un poco ridículo cuando estás haciendo algo y sabes que tu pareja no participa de la misma manera. Además, para mí es una aventura. Algo agradable.

—¿Agradable?

—Contigo va a ser muy agradable.

—¿Cómo lo sabes?

—Qué pregunta tan rara.

Ella se acercó en la cama para apretarse contra su cuerpo, para apoyar la cabeza sobre su hombro. Le acarició el vello del pecho.

—No es tan rara.

—Bueno, digamos que lo sé, simplemente.

Se besaron. Ella tenía una manera de besar dura y cargada de resolución.

Se quitó el vestido a cuadros, botón a botón, muy pulcramente. Tenía un cuerpo precioso: blanco, sinuoso y lleno. Cuando se quitó los zapatos de tacón alto, él vio que tenía las piernas demasiado cortas y los tobillos un poco gruesos, pero le gustaron de todos modos. Dejó el vestido doblado sobre la silla de aluminio y se volvió hacia él, con la barbilla levantada, con aspecto de ponerse a trotar en cualquier momento como un poni. Estaba orgullosa de su cuerpo.

Su orgullo resultaba penoso dentro de aquella absurda habitación. Eso le hizo sentirse superior y lleno de ternura. Sonrió francamente y

abrió los brazos. Ella se le unió con un abrazo sorprendentemente fuerte, el salto avasallador de un animal juguetón.

—Caramba, estás muy fuerte.

Ella sonrió burlonamente y se apretó contra él.

—¿Qué quieres hacer?

—Vamos a improvisar. No te pongas nerviosa. Va a ser estupendo.

La manera como ella le tocaba se volvió insegura. Le decía cosas mientras se acariciaban, y las palabras crudas y sinceras de ella eran como flores incisivas contra el gris de su timidez. Cuando él le tocó las caderas, pensó que podía sentir su vida interior a través de la superficie sensible de su cuerpo.

—Ha sido como estar de luna de miel —le dijo él después—. Exactamente como sabía que sería.

—No, no es verdad. —Su cara se reflejaba en el espejo mientras se pintaba los labios con brusquedad—. No seas tonto.

—¿Te has casado alguna vez?

—Je, je.

—Entonces no sabes cómo es una luna de miel.

Sin embargo, ella tenía razón. No había tenido nada que ver con una luna de miel.

Ella le acompañó a la puerta y él la besó delante de las otras chicas. La mujer de los pantalones elásticos sonrió.

—Buenas noches, Fred —dijo.

Al llegar a la carretera de Westchester, pulsó el botón para bajar las ventanillas y aceleró un poco más de la cuenta. Cuando entró en casa se dedicó a encender todas las luces de la planta baja. En realidad, su mujer estaba fuera de la ciudad y a él no le gustaba estar a solas en una casa poco iluminada. La nevera estaba limpia y bien provista de comida que su mujer le había dejado preparada. Se puso el pijama y las zapatillas y se hizo un sándwich de fiambre y mayonesa. Lo puso sobre

un plato de papel que tenía dibujado un gato sonriente y se lo comió de pie ante la encimera de la cocina. Pensó en Lisette atravesada en la cama como si fuera una apetitosa cesta de frutas, la mejilla contra el hombro, contemplándole mientras él se lavaba en el cuarto de baño con una esponja barata de color rosa. Ella tenía un aire curioso y serio en aquella cara redonda. Es una chica inteligente, pensó él. Se le nota en los ojos. ¿Por qué no le había dicho que era veterinario? Era la primera vez que mentía a una prostituta. Se preparó una piña colada, con mucho hielo picado y una pajita —su mujer había dejado un vaso de papel Dixie lleno de pajitas rojas y blancas junto a la batidora—, y se fue a la cama.

La noche siguiente condujo hasta Manhattan para verla otra vez.

—Hombre, me alegro de verte esta noche —dijo ella cuando entró taconeando en la habitación con la sábana.

—¿Ah, sí? ¿Por qué? —Se levantó para que ella pudiera desplegar la sábana sobre la cama.

—Es que ha sido una noche horrible. No podía soportar la idea de tener que vérmelas con otro idiota.

—Seguro que por aquí viene gente bastante indeseable.

—Tú lo has dicho.

—Nadie violento o algo así, espero.

—No, solo estúpidos. —Dejó que la sábana bajara flotando y luego se acercó para acurrucarse contra él.

Más tarde estaban abrazados sobre la cama, escuchando el triste gorgoteo de la pecera.

—Mira esos pobres bichos tontos nadando ahí dentro —dijo ella—. No tienen ni idea de la inmundicia que pasa por aquí.

—¿Qué querías decir cuando hablabas de los hombres que venían aquí? Cuando has dicho que eran… solo estúpidos. —Dijo «estúpidos» demasiado fuerte.

—No digo realmente que sean estúpidos. La mayoría son hombres de negocios. Deben de tener un poco de cerebro para serlo. Pero son

tontos en lo que respecta a las mujeres y al sexo. —Le empujó suavemente para que se echara de espaldas y se tendió encima de él, con los dedos sobre sus hombros y con la cara directamente sobre la de él—. Lo que ocurre es que se creen que pueden comprarte por ciento cincuenta dólares. Como si una fuera a excitarse sexualmente porque le dan dinero. Quiero decir que ellos pueden pagar para que hagamos ciertas cosas, pero no se puede comprar a nadie por ciento cincuenta dólares. —Se apartó de él y se dejó caer pesadamente a su lado—. Es tan atrasado… No tienen ni idea de lo que es el buen sexo; si no, no querrían comprarlo. —Volvió la cabeza hacia él—. Espero que no te sientas ofendido. No estoy hablando de ti.

Él se incorporó sobre un codo para poder mirarla.

—No, no, creo que es muy interesante. Me halaga que me hayas elegido a mí para hablar de estas cosas.

El vientre de ella sobresalía un poco, como una pequeña hogaza de pan. Él le hizo cosquillas suavemente.

Ella se rascó la barriga.

—¿Por qué has vuelto tan pronto?

—¿Ya no te acuerdas de anoche? Encuentro que hacemos el acto sexual de una forma, eh… muy erótica. No porque pague por ello, sino porque es así. —Hizo una pausa para darle tiempo a reaccionar. Ella le miró fijamente y parpadeó—. Además, tú me gustas. Creo que hay algo entre nosotros. Tengo la sensación de que si yo fuera unos años más joven y nos hubiéramos encontrado en circunstancias un poco distintas, quizá incluso habríamos llegado a establecer lo que ahora se llama una relación.

Ella sonrió y miró los leones que dormitaban felices en el dibujo de la sábana. Él le puso una mano sobre la suya.

—La primera noche que vine, tú te sentías insegura, un poco tímida. Fuiste sincera y lo admitiste, me hiciste preguntas. Confiaste en mí. Hoy, cuando estabas enojada, no has fingido una sonrisa forzada. Te has desahogado, me has dicho cómo te sentías. No me has tratado como a un cliente. Eso me gusta. No es fácil encontrar a alguien que sea tan auténtico con uno. A veces ni siquiera mi mujer es honesta con-

migo.

Ella apartó la mirada de los leones sonrientes.

—No deberías acudir a las prostitutas en busca de honestidad.

—Tú no eres una prostituta. No digas esas cosas de ti misma.

—Entonces ¿qué crees que soy?

—Eres simplemente una chica preciosa y muy sexy que…

—Hago el acto sexual por dinero.

—Vale, de acuerdo. —Le dio una palmadita nerviosa en el muslo—. Tienes razón. Eres una prostituta. —Sonaba tan horrible—. Pero sigues siendo una chica maravillosa. —La abrazó y se estrechó contra ella.

—No me conoces.

—Eres maravillosa.

La apretujaba como si quisiera romperle las costillas. Ella empujó la pelvis contra él, le rodeó con los brazos y una pierna y apretó con todas sus fuerzas. Sonreía con los ojos entornados y se mordía el labio. Él apretó más fuerte. Ella le clavó los codos en los costados y él emitió un débil «Uf».

Dejó caer los brazos, jadeando.

—Dios, eres muy fuerte. ¿Cómo una persona tan pequeña puede ser tan fuerte?

Ella sonrió como un lobo.

—No sé.

Le soltó, bajó de la cama y se deslizó con paso suave hasta el cuarto de baño.

Él la siguió.

—¿Eres gimnasta? ¿Bailarina?

—No, solía hacer pesas cuando estudiaba. —Se secó entre las piernas con una toalla blanca y rugosa.

—¿En la universidad?

—Sí. —Cogió un frasco tamaño familiar de elixir bucal mentolado, dejó caer la cabeza hacia atrás y se echó un buen trago a la boca. Las mejillas se le movían vigorosamente mientras se enjuagaba con el líquido.

—¿Muestras esa fuerza cuando tratas con la gente? Quiero decir

fuera de aquí.

Escupió una bocanada de enjuague verde en el lavamanos y le miró.

—Sí.

—¿Cómo la manifiestas?

Se apoyó contra el lavamanos de cara a él, con los brazos detrás y la expresión pensativa y dulce.

—Simplemente… no dejo que la gente influya en mi manera de pensar. Yo no cambio para amoldarme a la idea que la gente tiene de mí. —Se acercó a él y le rodeó con los brazos—. Es raro que encuentres atractivas a las mujeres fuertes.

—¿Por qué?

—¿No les gustan a la mayoría de los hombres mayores las mujeres pasivas y dependientes?

—Eso es un tópico espantoso. No te lo creas.

—¿Tu esposa es una mujer fuerte?

—Sí.

—¿Es abogada también?

—No, es anticuaria. Tiene un pequeño negocio de libros raros.

—¿La conociste en la universidad?

—Sí. Ella estudiaba historia del arte y latín. Me impresionó muchísimo.

—¿Fue la primera persona con la que mantuviste relaciones sexuales?

—Casi.

—Apuesto a que por eso vas con prostitutas. —Le soltó y se apresuró a vestirse. La carne de su trasero tembló ligeramente mientras mantenía el equilibrio sobre un zapato de tacón para meter la otra pierna por el agujero de las braguitas.

—¿Por qué dices eso?

—Tuviste tan pocas oportunidades de follar por ahí cuando eras joven que ahora intentas resarcirte. —Los dedos volaban sobre los botoncitos y los ojales del vestido a cuadros.

—¿Sabes? Creo que estás escribiendo un libro. Eso es lo que haces aquí. Eres una de esas periodistas de incógnito que está preparando un

reportaje sobre la prostitución.

Ella sonrió tristemente.

—No.

—¿A qué te dedicas, aparte de trabajar aquí? Me parece que haces algo más. ¿Tengo razón?

—Claro que hago algo. —Dijo «hago» en un tono muy sarcástico.

Se dirigió hacia el espejo y sacó el pintalabios de capuchón plateado y brillante.

—¿Qué? ¿Qué haces? —Se acercó a ella.

—No me gusta hablar de eso aquí.

Abrió su bolso negro de piel para meter el pintalabios. Él tuvo tiempo de ver un fajo de billetes y un paquete de condones envueltos en papel de estaño azul marino.

—¿Por qué no te gusta hablar de eso?

—Me pone triste.

El teléfono que estaba al lado de la cama zumbó, indicando que la hora había terminado.

Volvió a verla a la noche siguiente, y la noche de después. Le gustaba cómo se reía y le rodeaba juguetona el vientre con sus muslos fuertes y jóvenes, o se removía impaciente debajo de él para que cambiaran de postura. Su reacción indiferente a sus esfuerzos para impresionarla sexualmente le hacía pensar que su excitación, cuando existía, era real, que ella le deseaba. Pero si él ponía la mano donde ella no quería, se la apartaba furiosamente de un manotazo.

—No me gusta eso.

—Por eso me gustas tanto —decía él—. No me dejas salirme con la mía. Eres directa y sincera. Como mi mujer.

Ese día le dijo que su verdadero nombre era Jane. Aún no quería hablar de su vida fuera de la habitación de color verde pálido. En cambio, ella le hacía preguntas sobre la de él. A esas alturas le daba demasiada vergüenza decirle que le había mentido en lo de su profesión. La mentira se le volvió en su contra. A ella no solo no le

impresionaba para nada su falsa profesión, sino que además adoraba los animales. La conversación más larga que mantuvieron sobre un tema fue cuando ella le habló de un gato que había tenido durante quince años, hasta que un día el animal, gordo y asmático, estiró la pata.

—Tenía todo el pelo negro excepto en las garras y una mancha en el cuello. Parecía que llevara esmoquin con corbata y guantes blancos, y era más caballero que ningún ser humano que haya conocido nunca. Una vez vi cómo defendía a una gata de un perro.

¡Las historias tan bonitas que él habría podido contar sobre todos los gatitos y cachorros que venían a su consulta aferrándose a las camisas de sus amos, los pájaros con las alas rotas dentro de cajas salpicadas de manchas blancas!

La quinta noche que fue a verla no estaba en la sala con las otras chicas.

—¿Dónde está Jane? —preguntó nerviosamente a la mujer de los pantalones elásticos.

—¿Jane? Ah, debe de referirse a Lisette. Está ocupada en este momento —dijo con aquella voz plácida y untuosa—. ¿Quiere ver a otra chica?

Una muchacha muy joven con el pelo color borgoña le sonrió alegremente. Asía un bolso de charol rojo con sus manos de uñas pintadas de violeta.

—Esperaré a Lisette.

La mujer de los pantalones elásticos abrió más los ojos sin pestañas en señal de aprobación.

—Muy bien, Fred. Siéntese y póngase cómodo. ¿Quiere tomar algo?

Le trajo un whisky malísimo, soso y aguado, en un vaso de plástico. Él lo sostuvo en la mano, sonriendo y sudando.

La chica del pelo color borgoña enroscó las piernas sobre el sofá y se volvió para seguir jugando al Monopoly con la chica morena de expresión desdeñosa, que estaba tumbada sobre el sofá como una

anguila en un puesto del mercado. La mujer de los pantalones elásticos intentó entablar conversación con él.

—¿Trabaja por aquí cerca, Fred?

—No.

—¿A qué tipo de negocios se dedica?

—A ninguno. Quiero decir que estoy jubilado.

El sudor hacía que la camisa se le pegara a la piel bajo los brazos. A Jane la estaba manoseando un patán gordo a quien no le importaba que uno pudiera sentir su vida interior a través de su piel.

La mujer de los pantalones elásticos le pidió que pasara a la cocina. En esa casa se hacía gala de discreción y se aseguraban de que los hombres no se vieran unos a otros. Solo vio una figura con un traje negro fúnebre a través de las hojas de la puerta abatible de la cocina mientras permanecía allí de pie, con el vaso en la mano, los cubitos de hielo derritiéndose con un deprimente siseo. Oyó el murmullo pastoso de la figura de negro y la voz indiferente de Jane. Sonó mucho más amable al despedirse de él. La anfitriona de ojos claros abrió la puerta abatible y le dirigió una sonrisa desmayada.

—Bien, señor, si lo desea ya puede salir.

Jane estaba allí de pie, sonriendo con su vestido a cuadros, las manos en la espalda, los tobillos con calcetines blancos cruzados, la barbilla erguida. Recordó el día en que la vio por primera vez; podría haber sido una chica cualquiera, con una cara suave y más o menos amable detrás de algún mostrador. Sintió un hormigueo extraño en los huesos al darse cuenta de que el cuerpo de la joven, su voz, cada mínimo gesto suyo se habían convertido en parte de una red llamada Jane, un mundo de olores, sonidos y tacto que llegaba a su punto álgido de intensidad cuando ella le rodeaba la espalda con las piernas.

En cuanto ella entró en la habitación, él se le acercó y le rodeó las caderas con los brazos.

—Hola, Jane.

—Hola.

—Ha sido muy extraño no verte ahí fuera esperándome.

Ella se quedó perpleja.

—Supongo que de alguna manera me he acostumbrado a pensar que tú eres mi chica. No me ha gustado nada la idea de que estuvieras con otro. Qué tontería, ¿verdad?

—Sí. —Se apartó de él y extendió la sábana sobre la cama—. ¿Dices esas cosas porque crees que a mí me gusta oírlas?

—Puede ser. A algunas chicas les gusta, ¿sabes?

Percibió el sarcasmo que encerraba su silencio.

La observó mientras se quitaba el vestido por encima de la cabeza y lo dejaba caer sobre la silla de aluminio.

—Supongo que es normal que empieces a cansarte.

Ella soltó un bufido.

—Yo no lo llamaría así.

—¿Cómo lo llamarías?

Ella no respondió. Se sentó en la cama y se inclinó para quitarse los zapatos de tacón, dejándose los calcetines puestos. Cuando volvió a mirarle, dijo:

—¿Realmente crees que es buena idea venir a verme cada noche? Te sale carísimo. Ya sé que los abogados ganan mucho dinero, pero aun así… ¿No se preguntará tu mujer adónde va a parar todo ese dinero?

Él se sentó a su lado y le pasó el brazo por los hombros.

—¿Ves cómo eres especial? A ninguna de las otras chicas que he conocido en estas circunstancias se les habría pasado por la cabeza decir una cosa así. Todo lo que piensan es en la manera de sacarte más dinero y tú te preocupas por lo mucho que gasto. No trato de halagarte, pero tú eres diferente.

—¿No te da miedo coger el sida?

—¿De una chica como tú? Venga, no te menosprecies tanto.

Ella le dirigió una sonrisa triste y forzada, pero de alguna manera afectuosa, y le puso las manos sobre los hombros. Él tuvo la sensación de que era como uno de sus cachorritos que se aferraban a él cuando los llevaba hasta el otro lado de la consulta para ponerles una inyección.

—Lo siento, estoy siendo muy desagradable —dijo ella—. Pero es que odio este trabajo y este lugar.

—Mira —dijo él—, voy a pagar dos horas, así podremos relajarnos y estar tranquilos. Tú échate en la cama y acurrúcate bajo la sábana.

Se levantó y apagó la luz. Buscó una emisora de jazz melódico en la radio. Se desnudó y se metió con ella bajo la sábana, envolviéndolos a ambos en una especie de burbuja. La cogió por la nuca y sintió la frente de ella apoyada en su hombro. Tenía los brazos y las piernas relajados y dóciles, como si toda su rígida energía, de poni al trote, se hubiera esfumado. La débil luz que salía de la pecera gorgoteante arrojaba un tenue resplandor anaranjado a la habitación.

—Esto es tan agradable, tan glamuroso… —dijo él.

—¿Cuándo vuelve tu mujer? —preguntó una voz procedente del bulto acurrucado sobre su brazo.

—Dentro de tres días. —Suspiró y se quedó contemplando los estúpidos y encantadores pececillos que pasaban como rayos centelleantes alrededor de su horrendo castillo.

Por supuesto que era consciente de que ella no había sugerido que se vieran menos solo porque le preocupara su situación económica. Probablemente estaba harta de él. Recordaba haber salido con suficientes mujeres como para saber que no les gusta que les estén demasiado encima. Podía parecer un poco baboso, suponía, apareciendo allí con una gran sonrisa noche tras noche. Al día siguiente se quedaría en casa leyendo o mirando la televisión.

Disfrutó preparándose la cena. Todavía quedaban muchas cosas buenas en la nevera: arenque, una porción de ensalada de patata que estaba solo un poquitín rancia, queso de untar, un bote de corazones de alcachofa, pan. Era demasiado engorroso comer en la cocina: la encimera estaba atestada de sartenes y platos sucios llenos de cubiertos y de agua.

Puso las rebanadas en un plato y las lonchas aceitosas en otro, lo llevó todo a la sala de estar y lo colocó sobre la mesita de café.

Encendió la televisión con el mando a distancia, fue cambiando rápidamente de canal varias veces y después dejó de prestarle atención. Comió con los dedos y un tenedor de plástico, pasando revista mentalmente a los acontecimientos del día, como un ciego buscando a tientas dentro de un cajón de efectos personales. Había asistido al desfile habitual de perros y gatos, además de un pájaro exótico con una misteriosa enfermedad. No tenía ni idea de qué hacer con aquel bicho de cresta y plumaje pintoresco, que por lo visto valía un montón de dinero. Sin embargo, había hecho como si supiera qué le pasaba, y ahora estaba allí en su jaula, provocando furiosamente a los gatos con su pico ganchudo.

Después estaba el perro que había tenido que sacrificar, un viejo monstruito, desdentado, ciego y maloliente, con las garras como las de un dinosaurio. Le pareció que el perro más bien agradecería la inyección, y así lo dijo, pero la idea no consoló demasiado a la fea adolescente que insistió en sostenerlo hasta el último momento, con las lágrimas corriéndole por debajo de las gafas y bañándole la cara sonrosada llena de espinillas. Pobre niña solitaria, pensó. Le habría gustado decirle: «No te preocupes, crecerás y serás una belleza. Te casarás y tendrás un montón de niños preciosos». Solo que probablemente no era verdad.

Volvió a coger el mando a distancia y cambió varias veces de canal, meditabundo. ¿Qué habría pensado Jane al ver que no aparecía? ¿Creería que se había cansado de ella, que nunca más volvería? ¿Se iría a casa preguntándose si le había ocurrido algo? Trató de imaginársela en su apartamento. Le había contado que era muy pequeño, solo una habitación y un cuarto de baño diminuto. Le dijo también que el baño tenía unas ventanas muy grandes y una claraboya, y que había tantas plantas que uno no podía usar el váter sin tener que hacerse un sitio entre la vegetación. Le dijo que no tenía sillas ni sofá, que se sentaba a comer en el suelo. Cuando volvía del trabajo, muchas veces pedía comida china y se la comía directamente de la caja de cartón que colocaba en el suelo entre las piernas abiertas.

—¿Qué sueles tomar para desayunar? —le preguntó él.

—Helado, a veces. Cuando hace calor.

—¿Qué puedes hacer en esa habitación tan pequeña?

—Leo mucho.

—¿Qué te gusta leer?

Citó unos cuantos escritores, uno que a él le habían obligado a leer en la escuela y otros de los que no había oído hablar nunca.

Cogió un trocito de arenque y lo desmenuzó con el filo de los dientes. Quizá pudiera empezar a ver a Jane en su apartamento. Estaba claro que así ella ganaría más dinero. Le gustaría pasar tiempo en ese pequeño y simpático lugar. Podría comprarle una silla. Incluso una mesa, quizá.

No podría ver mucho a Jane cuando volviera Sylvia. Recordó a su mujer subiendo al avión con su vestido verde y blanco, agarrando el asa de su maleta de mimbre, el pelo gris recogido en un elegante moño que dejaba ver el grácil cuello y los hombros suavemente erguidos. Tenía una sonrisa preciosa cuando se giró para decirle adiós con la mano.

Imaginó a Sylvia sentada en su sillón favorito enfrente de él. La veía relajada pero sentada muy erguida sobre los cojines prietos tapizados de color salmón. Tenía los tobillos cruzados. Llevaba las gafas de color beige claro un poco bajadas sobre la nariz, contemplando extasiada su último catálogo de libros. Si él se levantara y le pusiera la mano en el hombro, notaría lo delgada y fuerte que aún estaba, lo bien definidos que tenía los pequeños huesos.

Pensó en su colección de libros raros, dispuestos en la vitrina cerrada de cristal que había en un rincón soleado del estudio. Eran muy bonitos de ver y extremadamente caros; otros tratantes de libros le habían ofrecido miles de dólares por alguno de ellos. Cada vez que los miraba se sentía deprimido.

Una vez, por Navidad, le compró a Sylvia un libro titulado *Beautiful Sex*. Se entristeció al recordar aquella noche en que, con el libro abierto sobre la cama mostrando una serie de fotos satinadas en blanco y rosa, ella servicialmente se colocó en una de las posturas más convencionales que ilustraba la obra, soltando un suspiro al hacerlo. «Ahora, querido

—dijo—, dime la verdad. ¿No te sientes un poco ridículo haciendo esto?».

Apagó el televisor y salió de la habitación, tomando nota mentalmente de que tenía que poner los platos en el lavavajillas antes de acostarse.

Al día siguiente, en cuanto salió del trabajo, condujo directamente hasta Manhattan sin pasar por casa a ducharse. Quizá Jane notara un cierto olor a animal en él. Incluso era posible que le preguntara por qué y él le podría decir la verdad sobre a qué se dedicaba.

Ya era casi de noche cuando llegó a la ciudad. Condujo despacio por Times Square, fascinado por la fealdad de la noche. Paró en un semáforo rojo y miró la marquesina de un cine que sobresalía en la esquina; su blanco frontal apagado anunciaba *Azotando a Cindy*. Había un hombre bajito con una cazadora de cuero negro junto a la taquilla, encorvando los hombros cadavéricos al viento. Ese es mariquita, pensó Fred. ¿Qué debe de estar haciendo delante de ese cine? Miró la marquesina de nuevo y se dio cuenta de que el cartel que había al lado mostraba a una chica con tejanos que sacaba el trasero, el pelo rubio ondeándole por la espalda y la boca abierta en una carcajada. Era un anuncio de tejanos, pero hacía juego con la película; pensó si lo habrían puesto a propósito. Giró la cabeza para mirar al otro lado de la calle y vio a una anciana tirada inconsciente en medio de la acera, la cara contra el cemento y el vestido desgarrado esparcido entre sus feos muslos. Le asqueó ver a un chico meando contra la pared a medio metro de ella. La gente levantaba los pies para pasar por encima de la anciana como si fuera un objeto, gente de mal vivir, le pareció a él, que agitaban las piernas y los brazos en todas direcciones, que movían la boca gritándose unos a otros, que comían perritos calientes o helados italianos. ¿Cómo debía de ser vivir entre ellos? Observó a una pareja de prostitutas con minifalda y botas de cuero, abriéndose paso a puntapiés entre un montón de basura mientras se reían a carcajadas.

En cuanto llegó a otro barrio, paró en una floristería china y compró

una rosa de tallo largo para Jane.

—Para que no pensaras que te había olvidado —le dijo cuando se la entregó.

—Gracias. —La dejó sobre la mesita de noche, entre el frasco de aceite para bebés y la caja de kleenex floreada—. ¿Has estado enfermo?

—No. Es que tenía… cosas que hacer. ¿Me has echado de menos?

—Sí. —Empezó a desabrocharse los botones.

—Escucha, Jane. Mañana será la última noche que podré venir a verte durante algún tiempo. Estaba pensando que podríamos hacer algo especial.

—¿Como qué?

—Podrías llamar diciendo que estás enferma y saldríamos a cenar por ahí.

Ella dejó caer las manos en el regazo y se le quedó mirando con cierta alarma en sus grandes ojos con la pintura corrida.

—Podríamos ir a cenar, ir al cine o a un concierto… lo que tú quisieras. Luego podríamos ir a un hotel, o a tu apartamento, y pasar la noche juntos.

Jane bajó la mirada y se contempló las uñas.

—Naturalmente —continuó él—, ya sé que no puedo pedirte que te tomes una noche libre sin cobrar nada. No saldrías perdiendo.

—¿Cuánto?

—Quinientos.

Ella no dijo nada.

—Lo pasaríamos muy bien. Tendríamos tiempo para actuar como dos personas que tienen una relación. ¿Qué me dices?

—No lo sé.

—¿Qué es lo que no te convence?

—No creo que dos personas en estas circunstancias puedan actuar realmente como si tuvieran una relación.

—Bueno, es posible que en eso tengas razón. Pero podría ser divertido de todas maneras. Me encantaría poder hablar contigo de una película que hubiéramos visto o…

—Me parece que te quedarías muy sorprendido si supieras cómo soy

fuera de aquí.

—Estoy seguro de que me gustarías igual.

—Pensarías que soy muy rara.

—No soy tan estrecho de miras como tú crees.

—Es que puede que no tengamos nada de que hablar.

No notó el olor a animal.

Él esperó media hora en el lugar que habían fijado para encontrarse. No le sorprendió en absoluto que le dejara plantado. En cambio, sí le sorprendió cuando llamó a la casa para concertar una cita y le dijeron que ella se había marchado. Ella le había dicho muchas veces que odiaba aquello y que lo dejaría pronto, pero las chicas siempre decían eso y se quedaban durante meses, incluso años.

Sylvia regresó al día siguiente, sonriente y bronceada, feliz de lavar los platos que había en la encimera de la cocina y de recoger las toallas húmedas y arrugadas que había en todas las perchas del cuarto de baño. Le contó unas historias magníficas sobre el desierto de Arizona y la feria del libro que se había celebrado allí. Hizo el amor con ella de una manera reposada y respetuosa. Ella le rodeó con sus delgados brazos y lo mantuvo abrazado con fuerza. Pero cuando él intentó enseñarle algunas de las cosas que había hecho con Jane, notó en su cuerpo una reacción de docilidad y paciencia.

Iba a Manhattan más o menos una vez por mes para acostarse con chicas. Acudía a un establecimiento diferente cada vez, esperando encontrar a Jane. Cada vez que estaba con una chica nueva, sentía nostalgia y una irritante tendencia a la comparación desfavorable.

Cuando pensaba en ella no sentía amor ni nada parecido. Sentía una especie de cariño doloroso. La única vez que recordaba haber sentido algo similar fue cuando se encontró por casualidad con una chica por la que había estado loco en la universidad y vio que había engordado mucho y estaba comprando una caja de pañales. Ahora resultaba

extraño sentir aquello por una chica a la que había conocido en un burdel.

Había transcurrido casi un año cuando fue una tarde a Manhattan para hacer las compras de Navidad. La ciudad tenía una cualidad diferente durante el día. Cuando pensaba en Manhattan de día, lo primero que le venía a la mente era una mujer bonita y joven de pelo oscuro y ondulado y un rubor artificial en las mejillas, que caminaba por las aceras anchas y concurridas más deprisa y decidida que nadie, sus zapatos gastados y de color brillante dando pasitos cortos y enérgicos, la chaqueta barata pero a la moda abierta mostrando el talle ceñido por un cinturón, el bolso cogido con fuerza bajo el brazo, la cabeza desviada evitando cualquier mirada, girada de manera que pudiera echar una ojeada a los escaparates mientras pasaba taconeando por delante, una mano embutida en el bolsillo de la chaqueta, cada cosa en su lugar. Y después veía a un hombre recio de mediana edad vestido con traje, las gafas sobre la punta de la nariz, un rosario de migas grasientas en las solapas, la cartera agarrada al costado, trotando por la calle tan deprisa como le permitía su cuerpo rollizo, la chaqueta abierta agitándose, los ojos aburridos pasando revista rápidamente a todas y cada una de las chicas que le recordaban a ella mientras se dirigía apresuradamente a la consulta.

Había algo triste y patético en esa imagen, pero ello no le impidió pasar tanto tiempo contemplando a las muchachas como haciendo compras. Al final del día solo había encontrado dos regalos: un broche de chaquetilla con dos conejitos plateados para una sobrina adolescente y, para Sylvia, un elegante reloj de pulsera de diseño antiguo que compró en una relojería del Village.

Para cuando hubo comprado esos dos regalos ya era tarde y tenía hambre. La relojería estaba cerca de un bar que le gustaba porque la comida era buena y porque era divertido ver a los jóvenes que solían entrar en el local vestidos de aquella manera tan extraña.

La camarera, una chica esbelta con una frente alta cubierta de sudor y unas mejillas graciosamente salpicadas de pecas, sonrió mientras se le acercaba con un largo menú plastificado y le acompañaba

apresuradamente a una mesa en el rincón que tenía encima una botella verde llena de flores amarillas. «Que aproveche», dijo jadeando, y se alejó corriendo. Se quitó el pesado abrigo y miró complacido a la gente a su alrededor. Cogió el menú y echó un vistazo a la mesa de su izquierda. A partir de ese momento, el resto de la gente que había en la sala se convirtió en un tropel de anónimas figuras de colores que, por lo que a él respectaba, podrían haber estado comiendo con los dedos. Jane estaba sentada en la mesa de al lado. Estaba con un chico. Ella le dirigió una mirada demasiado rápida como para que él pudiera ver su expresión. Ella puso inmediatamente el codo sobre la mesa y apoyó la cara en la mano.

Él apartó la vista. Estrujó el menú plastificado entre los dedos. Leyó tres veces la descripción de la pasta fría. Giró la cabeza y se quedó mirándola. Se había dejado crecer el pelo y lo llevaba recogido en una cola de caballo que parecía una madeja de lana marrón. Incluso con la mano tapándole la cara pudo ver que apenas llevaba maquillaje, que su piel se veía fresca y sonrosada a la luz del día. Llevaba un viejo jersey de color crema con un dibujo de tulipanes rosas y azules.

Miraba fijamente al chico que estaba sentado a la mesa frente a ella. Era un muchacho bastante feo de veintipocos años, con una mata espesa de pelo pajizo mal cortado que se le levantaba sobre la frente formando un copete horrible. Llevaba unas gafas de carey torcidas con una patilla pegada con un esparadrapo grisáceo, y un jersey marrón tan grueso que servía de abrigo. Su tez era áspera y rubicunda, su expresión terriblemente risueña.

En un impulso cruel, se inclinó hacia delante y dirigió una torva mirada al muchacho. El chico le miró con expresión afable y hundió la cuchara en el cuenco de estofado que tenía delante.

—Sí —dijo—. Simone ha estado sufriendo mucho rechazo por parte de sus antiguos amigos.

—Yo no la rechazo realmente —dijo Jane—. Solo quiero poner cierta distancia emocional entre nosotras. Suficiente como para que no sienta el impulso de llamarme cada vez que su novia psicótica empieza a soltarle bofetones.

Ella tenía intención de seguir allí sentada y continuar con su conversación.

—¿Cuántas veces van ya? —preguntó aquel chico tan feo con la boca llena de estofado.

—Cinco contando esta última, tres veces a las seis de la mañana. Quiero decir, por Dios, ¿de dónde saca a esas mujeres? Yo no sabía que las lesbianas se zurraran de esta manera.

Una camarera con una falda corta de cuero negro y medias de piel de leopardo era la encargada de atender la mesa de Fred.

—¿Sabe ya lo que va a pedir?

—No, no, aún no.

Sonrió y se fue. Él bajó la vista hacia el menú plastificado. No estaba muy seguro de por qué esta experiencia le resultaba tan desagradable.

—Quiero decir, su vida es su vida —dijo Jane—. Pero la última vez que me llamó me suplicó que fuera para que mediara entre ella y esa loca musculosa que es cinturón negro de Dios sabe qué, y estaban chillándose y Simone amenazaba con cortarse las venas, y, uf, se armó un follón horrible.

—Suena muy teatral.

—Parece como si además de ser una gilipollas masoquista, encima quisiera público. Ya sé que estoy siendo cruel.

—Yo no creo que seas cruel. La mayoría de la gente no habría aguantado tanto como tú.

—Pero es que resulta trágico. Ella es una persona estupenda. Y conozco por lo menos a dos chicas atractivas y encantadoras que se mueren por llevársela al huerto, pero a ella no le interesan. Le gustan las cabronas.

—Mira, Simone es un desastre. Siempre lo ha sido. Y después intenta arrastrar al fango a todo el que se le pone a tiro.

Masticaban aplicadamente. Jane aún tenía el codo sobre la mesa y la mano ocultándole la cara.

—¿Cómo te va lo de buscar trabajo? —preguntó.

—Hasta ahora parece que bien. Como te dije, creo que no me fue muy mal en Ardis Films. Y conozco a alguien que trabajaba allí. El

único problema es que esa gente tiene unos humos… Todos son «amigos íntimos» de Herzog o de Beth B. o de alguien. Todos tienen ese tono pretencioso cuando hablan, sobre todo cuando dicen la palabra «película».

—Así es el mundillo profesional de Nueva York —dijo Jane—. La gente que está metida en el arte siempre es así.

—A lo mejor voy a trabajar en el museo contigo.

—Si no estamos de huelga. Y por lo visto vamos a estarlo.

—¿Podrás sobrevivir trabajando por tu cuenta si eso ocurre?

—Quizá. —Dejó caer la mano que tenía bajo la barbilla y su cara quedó al descubierto—. No lo sé.

Fred se levantó de la mesa, mirando al frente, y lentamente se echó el abrigo sobre los hombros. Reparó en que ella no hacía ningún movimiento de cabeza para mirarle cuando salía del restaurante. Hasta que llegó a Westchester no se dio cuenta de que se había dejado bajo la mesa la bolsa con el broche de los conejitos y el reloj de Sylvia.

UNA RELACIÓN EN IMÁGENES

Cuando aquella mañana la vio por la calle camino del trabajo, disimuló, aunque hacía cuatro años que no se veían. Se habían conocido en la Universidad de Michigan. Había sido una relación tan breve y tumultuosa que ni siquiera la consideraba una exnovia. El recuerdo que tenía de ella era como el retazo velado de sueño que uno descubre en el suelo mientras camina soñoliento de la cama al cuarto de baño; o como una chica de anuncio que queda atrapada en la abarrotada red de la memoria y sigue allí, esperando a que se haga de noche, para tener relaciones sexuales contigo. El cuerpo delgado de la chica y sus movimientos delicados aumentaron ese efecto. Él tenía el walkman puesto cuando se cruzaron, y al llevar los oídos tapados le resultó más fácil hacer como que no la veía. Ella se fue acercando, con la cara girada hacia él, mostrando una expresión inquisitiva y temerosa. Pasó por su lado y desapareció, reemplazada por una chica con traje chaqueta y por dos hombres que andaban a grandes zancadas, con la mirada al frente y un maletín en la mano. Ella no pareció darse cuenta de que él había disimulado; de hecho, quizá ella también le había ignorado. Su relación había acabado muy mal.

Descendió hacia la humedad gris del metro, ligeramente regocijado ante aquella súbita aparición. Era la primera vez que recorría ese camino para ir al trabajo. Probablemente este era el trayecto que ella hacía cada día.

Trató de imaginar qué tipo de trabajo tendría ella ahora; llevaba unos tejanos embutidos dentro de unas botas negras bajas y gastadas, y un abrigo de tweed con una bufanda violeta enrollada al cuello. Pensó que debía de haberse sentido incómoda al verle con un traje, signo evidente de que él tenía un trabajo mejor. Cuando eran estudiantes habían hablado muchas veces de cómo había que desenvolverse en el

mundo para triunfar. La recordó tendida de costado sobre las sábanas arrugadas, apoyada sobre el codo, la entonces larga melena cayéndole desordenadamente sobre los hombros mientras le decía lo que opinaba del éxito. Sonrió ligeramente. El metro apareció traqueteando con estruendo y él se abrió paso entre el olor de la muchedumbre somnolienta a la que se sumaba cada mañana.

Salió a la calle en una zona más agradable de Manhattan y entró por la puerta giratoria de cristal de un edificio gris que era tan granulado y rectangular como las caricaturas de los edificios de oficinas que aparecían en *The New Yorker*. Trabajaba para una importante compañía distribuidora de películas independientes que comercializaba principalmente producciones extranjeras. Daba cierto prestigio trabajar allí, y estaba orgulloso de que le hubiera salido la oportunidad nada más acabar la carrera. Al principio se sintió muy emocionado al enterarse de que podría asistir a la proyección de películas importantes, llevar a sus amigos a verlas gratis y conocer a gente famosa de vez en cuando.

La oficina era pequeña y contenía una mezcla de muebles de patas torneadas y mesas cuadradas de color naranja para las secretarias y ayudantes. En la pared había un tablón lleno de titulares de revistas y fotografías entremezclados. «Hola, Joel», dijo la recepcionista. Otras dos secretarias le saludaron también al pasar. Se paró a hablar con Cecilia, una colega con la que había estado liado durante sus dos primeros años en la compañía. Ahora que todo había terminado, eran amigos y salían a comer juntos a menudo. Ella le habló de su cita de la noche anterior.

—Estoy intrigada —dijo ella—. Ha trabajado para... —nombró a dos directores de moda— y en verano irá a Francia a trabajar con Eric Rohmer. Es muy guapo. Y también divertido e inteligente. Lo tiene todo.

—Parece perfecto. ¿Y adónde te llevó esa maravilla de hombre?

—A Gloucester House. Ese restaurante de marisco que hay por la calle Cincuenta.

—¿Y después…?

Ella le devolvió la juguetona mirada de picardía y se lo contó.

Él no se sentía acomplejado por los amigos más ricos y prestigiosos que tenía Cecilia, en parte, suponía él, porque sabía que de alguna manera compartía su estatus gracias a la historia que había tenido con ella. Pero lo que sí le humillaba un poco era la rápida ascensión de Cecilia en la compañía, que le dejaba a él atrás en el mismo puesto que había ocupado durante tres años. «Mi reloj interno no es igual que el de los demás». Le vino a la mente que hacía mucho tiempo había dicho esa frase a la chica fantasma que ese día se había encontrado por la calle.

Se sentó a su mesa, revisó la correspondencia del día anterior y luego hizo acopio de fuerzas para descolgar el teléfono. Pasaba mucho tiempo llamando a grupos de estudiantes de cine y a asociaciones de todo el país, tratando de que se interesaran por Ariel Films. Siempre se le había dado muy bien, pero ahora tenía que rechazar la idea de que ese trabajo podía resultar bastante deprimente. Una de las mujeres con las que solía salir a cenar últimamente realizaba también una buena parte de su trabajo por teléfono. Una vez le había dicho, un tanto irritada, que el hecho de trabajar así empezaba a resultarle extraño.

—Piénsalo un poco —había dicho mientras con sus elegantes dedos asía fuertemente un tenedor coronado de fideos chinos—. Estás todo el santo día solo en esa habitación, hablando con voces incorpóreas. Cientos de voces a lo largo del año. Estás sumergido en un mar de palabras. No conoces a esas personas, ni siquiera sabes cómo son. Ni un apretón de manos, nada. Simplemente una serie de sonidos que salen de un chisme de plástico con agujeritos.

—Estás exagerando —había dicho él—. Te gusta dramatizar.

—No creas. Nunca debería haber aceptado este trabajo. Siempre he detestado hablar por teléfono.

¿Por qué siempre le habían atraído esas mujeres menudas y melodramáticas?

Descolgó el teléfono y empezó a vender el último estreno de Ariel, una película americana que no le gustaba y que no le apetecía distribuir. El argumento era ridículo; le sorprendió que hubiera tenido una respuesta crítica tan favorable. Trataba de una joven china que

trabajaba en un bar japonés de geishas de San Francisco y que quería encontrar a un pariente al que no había visto nunca, un tío que había desaparecido poco después de un asesinato ocurrido durante una reunión de un oscuro y estrafalario grupo político chino. La mujer no encontraba a su tío, a pesar de que alguien iba dejando fotos de él por donde ella pasaba, junto con extractos imposibles del *I Ching*. Era una estupidez, pero había tenido bastante éxito en círculos estudiantiles. «No es una película esencialmente política, aunque hay un elemento político presente. Trata más bien de la identidad y los engaños de la comunidad», les decía a los compradores.

Después de comer hubo una reunión para someter a consideración una serie de nuevas películas. Una de ellas estaba basada en una novela corta de un famoso escritor sudamericano sobre una niña obligada por su abuela a prostituirse. La discusión que originó la película le recordó otra vez a la chica que se había encontrado por la calle aquella mañana. El tema de la prostitución infantil casi siempre se la recordaba, incluso después de tanto tiempo. El motivo era que, al poco de conocerse, ella le había contado que se había ido de casa con quince años y, cuando tenía dieciséis, había trabajado de puta durante dos meses. Cuando él la conoció era una estudiante de veintidós años, pero la confidencia había tejido un velo de fascinación en torno a ella que la envolvió durante todo el tiempo que duró la relación.

Al salir del trabajo fue a la proyección de la película sudamericana. Era una alegoría política hermosamente fotografiada, el tipo de película que a él solía gustarle. Pero la imagen que se le quedó grabada no tenía nada que ver con la política. La niña morena, forzada por su brutal primer cliente, gira la cara para evitar que el hombre la bese, mientras la imagen de un pez plano y brillante que nada en aguas imaginarias se superpone, con un estremecimiento sutil, sobre su cara, un recuerdo, quizá, de la hermosa pecera que había en la mansión derruida de su abuela.

Cuando volvió a casa, llamó a una de las mujeres con las que solía salir.

—Nada especial —dijo—. Solo para saber cómo estabas.

Ella se quedó encantada con la llamada y le contó que toda la semana había estado muy deprimida por culpa de la reacción de un agente literario ante sus escritos. Él perdió el interés por la conversación antes de lo que esperaba. Le dijo que tenía que colgar, pero que la llamaría pronto. Después llamó a la mujer que odiaba los teléfonos. También estaba deprimida. Su padre había estado llamándola para contarle lo horrible que era su vida, a veces antes de que ella saliera del apartamento por la mañana. Esta conversación fue un poco más entretenida, pero la cortó pronto también.

Se preparó una cena rápida a base de fideos indios de sobre con sabor a verdura, aderezados con mantequilla. Luego abrió una lata de sardinas y se lo llevó todo al dormitorio para cenar frente a la tele. Lo mejor que encontró fue una entrevista a una bellísima actriz adolescente que hacía poco había intervenido en una escena erótica de desnudo en un gran éxito de taquilla. Le gustaba contemplarla. Tenía unos gestos precisos y cautelosos que habrían resultado estirados en una mujer adulta, pero que quedaban encantadores en una estrella juvenil de cine erótico. La vaga ilusión de que se encontraba con ella y la seducía le absorbió mientras se comía los fideos.

Se acostó temprano. Al despertarse, se dio cuenta de que había estado soñando. Una autoridad imprecisa le había confiado a una chica de catorce años bajo su custodia. Era una jovencita alta y encantadora, con unos ojazos solemnes y una larga melena oscura. Odiaba la ropa y se paseaba desnuda por el apartamento. No era que esto le excitara exactamente, más bien se sentía estimulado y conmovido por su inocencia. Recordó un momento en que ella iba en bicicleta calle abajo, indiferente a su desnudez zanquilarga, el pelo atrapando la luz del sol. El sueño tomó luego un giro inesperado. Una multitud de vecinos ansiosos empezaba a perseguirla tratando de cubrirla de ropa. Le daban caza y se la arrebataban de su custodia bajo acusaciones de indecencia y abuso de menores.

El sueño le dejó un regusto a desaliento irracional y la ligera comezón de haber perdido algo. Pasó la mopa mientras se lavaba los dientes. Deseó que su compañero de piso volviera pronto de Italia. Él

nunca había estado en Europa, ni en ninguna otra parte, y estaba harto de que todo el mundo se marchara.

Recorrió el trayecto del día anterior. La vio otra vez, casi en el mismo sitio. Esta vez ella le miró abiertamente mientras una ligera sonrisa le asomaba a los labios. Le saludó tímidamente con la cabeza. Rehuyendo su mirada, él inclinó un poco la cabeza y ella desapareció. Le quedaba bien aquel peinado al estilo paje un tanto severo, pero no estaba tan guapa como cuando llevaba el pelo largo.

A mediodía fue a almorzar con Cecilia. Comieron fiambre sobre pan de centeno y queso de untar con salmón ahumado en un comedor lleno de camareros cuya expresión reflejaba que habían experimentado el fracaso más absoluto y habían acabado acostumbrándose a él. Cecilia estaba más tranquila. No se comportaba ni de forma sumisa ni melodramática. La melena rubia le llegaba hasta los hombros y su cuerpo algo rollizo transmitía calma. Hablaba pausadamente y ladeaba la cabeza de una manera relajada, pero que recordaba ligeramente a un ave rapaz. Procedía de una familia rica, y se suponía que de ahí le venía esa confianza en sí misma. Sus antecedentes familiares formaban parte del atractivo de Cecilia. No es que él fuera tras su dinero (aunque tampoco le importaría, ciertamente, que algún día ella les hablara a sus padres sobre financiar un proyecto cinematográfico suyo); pero había algo diferente y encantador en esta chica rica que se había pasado la vida rodeada de dinero. El perfume de la riqueza la embellecía despreocupadamente, de la misma manera en que la hierba mancha la piel de un niño perezoso que se queda dormido en el jardín. Se la imaginó de adolescente, tendida indolentemente en una enorme cama deshecha con dosel y sábanas de seda. Estaba en ropa interior, leía a Tolstói, y cada tanto se rascaba o cogía un bombón de una caja, aunque él sabía perfectamente que a Cecilia nunca le habían gustado los dulces.

—Es curioso —decía ella—. Ahora que estoy tan cerca del éxito, está dejando de interesarme. Siempre he sabido que triunfaría, que no tenía más que esforzarme para conseguirlo. Pero siempre estaba fuera de mi

alcance, por eso me obsesionaba. Era mi objetivo. Ahora me parece más bien un resultado natural, otro elemento de mi vida que debo experimentar. Incluso ha dejado de ser importante. Hay otras muchas cosas en la vida. Es ridículo ser tan estrecho de miras.

—Eso te resulta fácil de decir ahora —dijo él—. Las cosas siempre son menos importantes cuando uno está seguro de tenerlas.

—No es que no sea importante; es que no quiero centrarme en esto para excluir todo lo demás. Pero estoy segura de que estaré encantada cuando ocurra. Si acaso, para mí es algo más real ahora, no lo veo como algo que voy a conseguir.

Él siguió masticando sin decir nada y ella se pasó rápidamente la lengua por las comisuras de la boca.

—Me parece que voy a ir a Italia dentro de unos meses —dijo ella—. Me hace muchísima ilusión. Quiero encontrar a un productor de películas italiano y ligar con él.

—Mi compañero de piso está en Italia —dijo él.

—Sí, ya me lo habías dicho.

Dentro de unos meses él diría «Mi amiga Cecilia está en Italia». Miró su cara serena, el cuello relajado, el mentón ligeramente erguido. Había estado acostándose con ella durante casi dos años. Ella se la había chupado con esa boca. Pensó: Mi amiga Cecilia. Mi amiga.

Cuando volvió al despacho conectó la línea WATS y llamó a Wilson. Wilson y él habían sido íntimos amigos cuando estaban en Ann Arbor. Ahora se dedicaba a dar clases a universitarios en un departamento de geología de Washington, D.C. Joel le llamaba un par de veces al mes para chismorrear un poco sobre la gente con la que habían ido a la universidad. Sabía que Wilson mantenía el contacto con la mujer que había vuelto a ver esa mañana.

—¿Tienes alguna idea de a qué se dedica Sara? ¿Sabes dónde trabaja?

Hubo un breve silencio antes de que Wilson respondiera.

—Está muy bien. Me parece que todavía trabaja en un bar del East

Village.

—¿Ha llegado a algo como pintora?

—No creo. Por lo menos nada después de participar en la pequeña exposición de aquel club. ¿Por qué?

—Me la he encontrado dos veces por la calle esta semana. No hemos tenido oportunidad de hablar. Solo quería saber en qué andaba metida.

Wilson había desaprobado la relación que Joel mantuvo con Sara, aunque le había fascinado de una manera un tanto morbosa. Aun así, había hecho aumentar la estima que sentía por Joel.

Joel colgó el teléfono y se quedó mirando el grupo de edificios taciturnos que se erguían al otro lado de la ventana.

Por su mente pasaban, veloces y silenciosas, imágenes interrumpidas y llenas de interferencias de los recuerdos que tenía de Sara, mutiladas y mal editadas: Sara antes de que él la conociera, una figura menuda y esbelta bajando por State Street con sus libros, vestida con tejanos y botas de color beige. Andaba muy rígida a pesar de sus caderas redondas, la boca firme y triste, los ojos grandes y ensimismados. Él siempre la veía sola, y siempre parecía vagamente sorprendida por todo lo que la rodeaba. La vio sentada en su cama, leyendo un libro sobre Sudáfrica. La vio sentada a una mesa frente a él, con una gamba cubierta de salsa roja entre los dedos, hablando de sus experiencias como puta, ajena a las miradas que le dirigían desde la mesa contigua. Se le apareció sentada en la oscuridad de una sala de cine, una mano apoyada en la mejilla, las piernas enfundadas en botas extendidas sobre los asientos contiguos, la lengua chasqueando sarcásticamente.

—Es tan poco honesto, es tan de clase media. ¿A quién se cree que impresiona? Es tan de reacción contra lo establecido. Es infantil.

—No comprendes bien el concepto de subversión —dijo él.

—Sé más de subversión que nadie en esta estúpida ciudad —repuso ella.

Las secuencias de imágenes se aceleraron y desenfocaron dando lugar a atisbos fugaces. Su melancólica palidez en la oscuridad, las sábanas arrugadas que dejaban ver el colchón teñido de gris. La rigidez de su espina dorsal y sus omoplatos al estirarse por delante de él para

alcanzar un «trapo para los mocos» de la caja. La dureza seca de sus talones. La humedad nerviosa de sus dedos. «Hazme daño —decía ella —. Hazme daño».

Notó que se le nublaban los ojos de intimidad mientras se deslizaba discretamente en una caverna oculta de fantasía sexual. El enfoque vaciló, y se deslizó de nuevo al exterior. En Ann Arbor se había perforado la oreja, a veces llevaba una boina. Había escrito artículos sobre sindicatos en el periódico estudiantil. Había traído a Andy Warhol a Cinema I. Se vio a sí mismo borracho en la acera frente a Del Rio, hablando con Wilson y vomitando. Hablaban de política y de sexo, Wilson sobre todo de política, ya que rara vez follaba. Joel acababa de conocer a Sara. «Es fantástica. El sueño de cualquier hombre. No te puedo decir cómo, porque me hizo prometer que no lo contaría». Se giró y vomitó.

Todo tenía tanta importancia en Ann Arbor, todo estaba tan cargado de tensión fuertemente contenida en el brote de la fantasía, antes de que reventara en un feliz intento.

—Me gusta imaginar que soy un anarquista en la Rive Gauche —le dijo a Sara—. Que pongo bombas y provoco disturbios.

—Yo quiero llegar a ser una buena pintora —dijo ella—. O una gran pintora.

—Escucha —dijo él, apoyándose sobre el codo—. Quiero que seas fuerte. Has llegado muy lejos a pesar de todos los obstáculos. Quiero que lo consigas.

—Soy fuerte —dijo ella. Tenía la mirada serena—. Soy más fuerte que todas las personas que conozco.

Se restregó los ojos y volvió a contemplar los edificios quejumbrosos que transpiraban en el calor de la tarde. Por supuesto que ella no había sido fuerte en absoluto. Recordó el gimoteo tembloroso que salía del teléfono durante su última conversación.

—Estoy asustada —dijo sollozando—. Me siento como si no existiera, no puedo comer, no puedo hacer nada. Quiero matarme.

—Mira, crecí en una familia normal y feliz —respondió él—. Soy una persona equilibrada. No puedo sentirme identificado con esta crisis de

autoestima, o lo que sea que te ocurra. De todas maneras, solo hemos estado juntos unos meses y no tengo por qué escuchar tus problemas. Deberías consultar a un psiquiatra, y además ahora tengo que darme un baño.

No soportaba a las mujeres débiles.

Por la noche fue a un club nocturno con su amigo Jerry y dos corpulentos abogados amigos de Jerry. Fueron a un club donde ellos y otras muchas personas tuvieron que hacer cola para esperar a que les inspeccionara un portero arrogante que podía permitirles o prohibirles la entrada, dependiendo de si le gustaba o no su aspecto. Joel y Jerry, junto con los abogados, tuvieron que esperar una barbaridad de tiempo, mientras una serie de clientes habituales entraban tranquilamente. Podría haber resultado humillante, pero era una manera interesante de entretenerse, una muestra de comportamiento digno de ser observado. Uno de los abogados no paraba de decir:

—De todos modos, yo no tengo ganas de entrar aquí. Es un rollo. Vámonos a otro sitio.

—No, de verdad que está muy bien —decía Jerry—. Ya lo verás.

Finalmente consiguieron entrar y vagaron por las tres plantas del club mirando ávidamente a su alrededor. Joel bebía sin parar de unos vasos de papel llenos de alcohol rebajado con agua y observaba a la multitud fatigada y empapada de sudor con un ademán de desprecio melancólico. Iban peinados como los personajes del Doctor Seuss y vestidos como niños con ropa de sus padres. Tiempo atrás había deseado ser como ellos. Ahora pensaba que eran estúpidos, aunque todavía le gustaba mirarlos. Vio a una chica que estaba sola en la barra y que iba vestida como la imagen que se tiene de una puta a los doce años. Un corpiño negro ceñido, falda corta acampanada de bailarina. Era bajita y estaba de pie con los tobillos juntos. Joel caminó despacio a lo largo de la pared, simulando examinar el material colgado que pretendía pasar por arte. Recordó la muñeca hinchable que había colgado una vez en su apartamento de Ann Arbor como decoración

para una fiesta. Le había puesto la ropa de Sara y un cartel pegado con cinta adhesiva que decía «Insúltame Pégame Fóllame». Wilson había dicho: «Venga, Joel. Te has pasado. No tiene gracia». Joel continuó avanzando hacia la chica de la barra, luchando contra la punzada de ansiedad que sentía en los hombros.

La breve conversación con ella no dio como resultado un pedazo de papel con su número de teléfono en el bolsillo. Encontró a los abogados y siguieron deambulando juntos al acecho, haciendo bromas. No encontraron a Jerry, así que los tres subieron a un taxi y se marcharon, un trío de hombros masculinos llenando el asiento trasero de risotadas y comentarios inconexos.

Se encontraba en un estado mental brumoso cuando entró en el recibidor estrecho y oscuro de su apartamento. Se paró un momento delante del lavabo, camino de la cama. Se quitó la ropa precipitadamente y la dejó caer al suelo. Se tumbó boca arriba y se cogió la polla con la mano. Imaginó docenas de imágenes insinuantes, examinando detenidamente el posible matiz de cada circunstancia. Estaba Cecilia. Estaba la chica del bar. Estaba Sara. «Coge mi cinturón —le había dicho él. Ella vaciló—. ¿No crees que te lo mereces?». Se masturbó imaginando a Sara con las piernas abiertas y la nuca arqueada frotándose la vagina visiblemente herida. Acabó. Se limpió el abdomen con un «trapo para mocos». Una imagen se descolgó de la fantasía y se quedó en su memoria.

—Te quiero —dijo Sara.

—No es real —dijo él—. Es un amor de niños.

—No. Te quiero.

Ella le frotó la mejilla con la nariz y los labios, y su ternura le penetró.

La escena se volvió diminuta y de una blancura antinatural, quedó rodeada de oscuridad, después se desvaneció como la imagen de un televisor que se apaga.

CONEXIÓN

Susan llevaba cinco años sin ir a Manhattan y esperaba que esta visita fuera un maravilloso baño de sentimentalismo impregnado del leve dolor del *déjà vu.* Los tres primeros días fueron exactamente así. Dio largos paseos, visitó a antiguos amigos y se sentó en cafés que había frecuentado cuando era una chica de pelo largo, solitaria e inquieta delante de una taza de té. Había vagado por esos días de una manera inconsistente, disfrutando de la extraña mezcla de recuerdos y emociones que asomaban juguetonamente y se desvanecían otra vez.

Se dirigía por Bleecker Street hacia Lafayette cuando de repente vio a una mendiga joven y menuda. Estaba en medio de la acera, una mano extendida y la otra sosteniendo delicadamente una pequeña bolsa de basura como si fuera un monedero, pidiendo a todo el mundo sin mirar a nadie. El suéter raído, la falda deshilachada y los calcetines de lana ofrecían una triste combinación de colores. La pequeña cabeza ladeada formaba un ángulo extraño parecido al de un pájaro, caricatura involuntaria de la curiosidad infantil. La cara, que sin duda un día había sido hermosa, estaba tan inmóvil como el cuerpo; sus labios carnosos, tan expresivos en potencia, permanecían quietos y apretados. Su inmovilidad en medio del ajetreo neoyorquino la hacía parecer perdida y desplazada, pero había una intensidad en ella, una sensación de calor, como si rezumara alguna sustancia pegajosa por los poros. Susan sintió una punzada de terror en el estómago que la impulsó inconscientemente a dar media vuelta y echar a andar en dirección contraria; cuando comprendió el motivo de su malestar se sintió aún peor. La mujer era idéntica a Leisha, su mejor amiga de hacía muchos años. Su cara, su postura, incluso el estilo de sus andrajos, recordaban a Leisha.

Susan dobló la esquina y se apoyó contra la pared, con el corazón

latiéndole de tristeza. Recordó un artículo, o un programa de tertulias o algo así, donde algún presuntuoso hablaba del problema que suponía encontrarse con antiguos amigos a quienes la vida había tratado peor que a uno, y de cómo hacer para evitar que se sintieran humillados. Pensó: Esa no podía ser Leisha. No la había visto ni hablado con ella desde aquella desgraciada riña de hacía seis años. La última vez que Susan tuvo noticias suyas fue cuando recibió la invitación a su boda (se casaba con un abogado en un club de campo), que ella había tirado desdeñosamente a la basura. Seguro que ni siquiera Leisha podía haber pasado de esposa acomodada a mendiga en solo seis años. Y si así fuera, tenía una familia de clase media dispuesta (y especialmente alerta al respecto) para acogerla en su seno. Sin embargo, todo era posible, y, como la misma Leisha había señalado repetidas veces, ella era una persona muy inestable. No tenía ninguna cualificación profesional, excepto la de camarera, y a Susan siempre le había preocupado lo que ocurriría cuando perdiera la belleza.

Doblar la esquina no había sido solo un deseo egoísta de evitar lo desagradable; Susan podía imaginarse cómo le dolería a Leisha que la reconociera, y eso la hizo estremecerse. Pero tenía que llevársela de esa calle, invitarla a comer, ponerse en contacto con su familia y todo eso. Se dijo, y luego desechó la idea, que su antigua amiga podía estar demasiado trastornada como para reconocerla, y se quedó horrorizada al darse cuenta de que en parte se sentía satisfecha, incluso complacida, ante la idea de Leisha como mendiga. Esa parte de ella quería ayudar a Leisha, pero solo por compromiso y por el placer de mostrarse condescendiente; su amistad había terminado mal. Susan bajó la cabeza y se tapó la cara con las manos, y al levantarla se encontró con la mirada perpleja de una adolescente que pasaba.

Volvió de nuevo a la calle doblando la esquina, pero la mendiga ya se había ido. No, ahí estaba, apoyada contra la pared. Susan fue directamente hacia ella y empezó a hablar, hasta que se dio cuenta de que la mujer no era Leisha. La desconocida la miró con ojos apacibles y vidriosos (color avellana, no marrón oscuro) y tendió la mano. Más tranquila pero desconcertada, Susan rebuscó dentro de su monedero,

encontró cinco dólares y los embutió con fuerza dentro de la pequeña mano encogida. La mujer la retiró sin mirar y dijo: «Jesús te ama».

Susan regresó caminando al apartamento de su amigo por la calle Ocho, cada vez más deprimida al recordar sus expediciones con Leisha en busca de zapatos. Leisha había formado parte de un conjunto amorfo de recuerdos provocados por esta visita a Manhattan, pero ahora se había convertido en la lente a través de la cual veía todos los demás recuerdos. Susan maldijo su carácter impresionable y trató de pensar en otra cosa.

Susan tenía treinta y cinco años y Leisha treinta y cuatro. Cuando eran amigas, Susan era una aspirante a escritora y Leisha, aspirante a actriz. Cada vez que tenía una imagen positiva de Leisha —algo poco frecuente durante los últimos seis años—, veía a las dos juntas en el apartamento de Leisha tomando té, bebiendo vino, esnifando algo de coca y hablando de sus carreras. A Leisha le encantaba la palabra «carrera».

—Yo creo que la tuya va a ser fulgurante —decía—. En plan… ¡*boom*!, tu carrera saldrá disparada como un cohete. Estoy segura.

No había sido así. Susan se había pasado la mayor parte de sus años en Nueva York escribiendo a máquina, corrigiendo pruebas o trabajando en un guardarropía, vendiendo uno o quizá dos artículos al año. Poco a poco había dejado de intentar ser una escritora famosa y había aceptado un puesto de baja categoría en un periódico del que no tenía una gran opinión. Su carrera editorial no había despegado exactamente como un cohete, pero se las había arreglado bastante bien. En Chicago, donde vivía ahora, editaba una revista de televisión con pretensiones y cada tanto escribía reseñas de películas para una guía local de espectáculos que apenas pagaba pero que le daba la oportunidad de pontificar sobre estética. Cuando pensaba en la revista, la juzgaba desdeñosamente y se consideraba a sí misma una fracasada. Cuando no pensaba en ella, se sorprendía disfrutando con el trabajo y decidía que aquel era el lugar al que pertenecía.

—¿Y tú qué crees que pasará con mi carrera? —preguntaba Leisha, echando los hombros hacia atrás para dejar al descubierto su largo y

expectante cuello.

Susan le había contestado con cautela y había acertado. Leisha había repetido el mismo curso de interpretación durante tres años seguidos hasta que el profesor le había dicho que no podía continuar. Consiguió un pequeño papelito, realizó una serie interminable de audiciones, y luego se pasó varios años retorciéndose las manos, visitando terapeutas y contrayendo deudas con el banco.

Susan pasó por delante del Eighth Street Theater y se fijó en la pandilla de chicos de pelo largo y pantalones negros que haraganeaban en la entrada con actitud desganada. Se acordó de cuando ella y Leisha se plantaban delante del St. Marks Bar and Grill en verano llevando pantalones piratas negros y los labios pintados de blanco. Hizo chasquear la lengua contra el paladar, reproduciendo el clásico sonido estudiantil de desprecio por su propio sentimentalismo, y luego recordó que el sentimiento era lo que había venido a buscar en esta visita a Nueva York.

Subió por Greenwich Avenue, echando un vistazo a los puestos de fruta coreanos que siempre le habían gustado tanto, a las pequeñas ferreterías que vendían artículos en su mayoría superfluos con pinta de juguetitos, a los cafés con las terrazas cargadas de tensión y los camareros moviéndose apresuradamente al son de la música clásica con pasitos cursis y neuróticos. Tanta abundancia casi resultaba repugnante en comparación con el pulcro y terso Chicago. Admiró a las ostentosas mujeres jóvenes vestidas con suéteres y chaquetas de cuero, y a los hombres de aspecto reservado con arrogantes movimientos de cadera al andar. Se imaginó a Leisha caminando junto a ella con una chaqueta de tweed y botines negros, una chica menuda con el pelo de punta, una forma de andar singular y decidida y un aire resolutivo que iluminaba su rostro anguloso.

Se habían conocido cuando estudiaban en Ann Arbor. Las dos habían estado liadas brevemente con el mismo hombre, que desgraciadamente resultó ser un canalla sin el menor interés, cosa que a ambas les llevó un tiempo excesivo descubrir. Leisha había sido la primera; conoció a Susan solo un mes después de romper su relación. Esta reparó por

primera vez en Leisha durante una fiesta que había organizado el que por entonces era su amante. Susan había estado apoyada contra la pared en la oscuridad, bebiendo vodka de un vaso de plástico y contemplando cómo aquella pequeña criatura de gestos teatrales se agitaba borracha alrededor de su pareja de baile, visiblemente más sobrio, toda ella codos, caderas agitándose y estúpidas flexiones de rodilla. De repente su compañero la alzó en brazos y dio solemnemente la vuelta a la sala, sosteniéndola en alto sobre su cabeza como si la ofreciera en sacrificio mientras ella chillaba «¡Para ya, Eliot, por favor!». A Susan le cayó mal inmediatamente. Pensó: Yo bailo mucho mejor; y, tras dejar el vaso en la repisa de la ventana, decidió demostrarlo. (Mucho después supo que Leisha tampoco había apreciado mucho su manera de bailar. «Era como… mira, ¿qué hace una chica cuando baila? Pues hace girar las caderas y saca mucho el busto y se mueve ondeante»).

Después de aquel día Susan la vio de forma esporádica, en fiestas, cafeterías, cines, o caminando a lo lejos con sus andares de caniche, con las caderas rígidas y el cuello oscilante. Oyó mencionar el nombre de Leisha en algunos intercambios de chismorreos, normalmente en un tono de tolerancia divertida y en el contexto de alguna relación amorosa desafortunada, en los que la palabra «loca» se oía con cierta insistencia. Después Susan se hizo amiga de una chica que se llamaba Alex y que casualmente compartía piso con Leisha y otra chica. A Alex tampoco le caía muy bien Leisha; a ella y a Susan les encantaba hablar de lo falsa y superficial que era.

Pero estas conversaciones tuvieron un efecto inesperado. Mientras analizaban y criticaban a Leisha, empezaron a sentir un extraño afecto por ella. Empezaron a decir cosas como «Bueno, es una gilipollas, pero hay que reconocer que tiene buen corazón». Cuando Susan la veía por la calle, la observaba como a un personaje de película, una figura misteriosa que podía revelarse o no. Sus famosos excesos y sus fracasos sentimentales empezaron a atraer a Susan. Sus ademanes exagerados parecían el plumaje chillón de algo demasiado refinado y frágil como para aparecer sin adornos. Además, la seria y melancólica Susan, que se

pasaba horas rumiando pesarosamente junto a su gafuda compañera de cuarto delante de una taza de té y tostadas cada vez que una relación terminaba mal, no podía evitar sentir una cierta admiración por esa persona que iba por toda la ciudad contando las situaciones más embarazosas y desagradables como si estuviera hablando de una comedia musical. Por supuesto que era algo vulgar, pero había cierta audacia en el hecho de que Susan empezara a sentir afecto por ella en contra de su voluntad. (De hecho, más tarde descubrió que Leisha era muy frágil, y que no hacía más que reaccionar ante cualquier escena indecente que un chico u otro ya había hecho pública antes de que ella hubiera abierto la boca; que su parloteo histérico era, por tanto, una forma de autodefensa).

Aquel interés incipiente por ella finalmente tomó cuerpo cuando Leisha se quedó embarazada… por tercera vez, dijo Alex. Guardaba cama con gripe y náuseas matinales cuando Alex y Susan fueron a visitarla. Estaba sentada en la cama medio deshecha con una vieja bata de pana azul, rodeada de revistas de moda y de refrescos, los ojos castaños vivos y alerta. Miró a Susan con cierta incomodidad pero también halagada. Susan se sentó en la cama.

—Me he enterado de que estabas enferma. He pensado que podía venir a ver cómo estabas.

Hablaron de guantes de piel, de zapatos de tacón y de sus escritores favoritos. Era la primera vez que Susan oía realmente la voz de Leisha: una voz rápida y grave, con influencias de un cierto tipo de estrella sexual adolescente de los años cincuenta y recuperada por las cantantes de pelo encrespado de los setenta, solo que en Leisha tenía un deje de inteligencia que no era irónico, sino franco y reconfortante, como si, querida, ya estuviera de vuelta de todo y supiera lo importante que era estar simplemente allí sentada, bebiendo algo y hablando; lo cual ahora parecía una afectación ridícula en una universitaria de veintiún años. Susan se dio cuenta de que casi cualquier cosa de la que se hablara con esta chica parecía importante. Y al parecer Leisha estaba experimentando la misma reacción respecto a ella. Aquel fue, como diría Leisha más tarde, el momento del flechazo.

Después de que Leisha abortara por tercera vez, empezaron a pasar tiempo juntas. Los domingos quedaban de forma casi ritual en el Dialtone Café para el brunch; así podían hablar de lo que hubiera ocurrido la noche anterior, o despotricar contra cualquier cosa que les hubiera preocupado durante la semana.

—Lo que me saca de quicio de todo esto es que Elena… bueno, no es más que una pánfila. Realmente pánfila.

Leisha estaba hablando de una fiesta a la que habían ido, y durante la cual un reciente ex de ella se había metido en el dormitorio con una chica sudamericana.

—Le parece exótica porque tiene veintiséis años y ha estado casada y porque es sudamericana, pero yo la he visto y no tiene nada de especial. No es más que una chica pasiva y callada, y su aspecto es de lo más ordinario. Él probablemente cree que ella tiene muchos que le van detrás porque estudia derecho y yo todavía no he decidido qué voy a estudiar. Pero yo sé que soy tan interesante como ella y cuando decida lo que quiero hacer… No sé.

Cogió el tenedor, lo dejó, se echó el pelo hacia atrás y se abrazó los hombros en la posición de camisa de fuerza que adoptaba cuando estaba enfadada.

Susan podía recordar exactamente su respuesta:

—Estoy tan harta de oír las palabras «decidir» y «carrera» que me pondría a gritar.

—Pero tú quieres forjarte una carrera, ¿verdad?

—No, cuando termine la universidad quiero trabajar en Donkin's Donuts. Quiero ser gorda. O volverme adicta a la heroína. Quiero ser un desastre.

—¿Por qué? Ah, estás de coña. Pero ya sé lo que quieres decir. Yo también estoy harta de toda esta gente de carrera tan estrecha de miras. Pero es simplemente que me estoy cansando de sentirme como una estúpida… bueno, como una estúpida zorra. Yo quiero hacer algo con mi talento. Yo sé que tengo talento.

Susan daba mordiscos a su tostada sin dejar de mirarla, sintiendo que la amaba, casi deleitándose en su contemplación. Amaba sus dedos

diminutos, su cara vehemente, su energía alegre y nerviosa, su patética afirmación de que tenía talento. Que hablara como el peor estereotipo de la niña más aniñada que pudiera imaginarse no hacía más que realzar su atractivo. Susan no podía explicarse ese amor perverso que sentía, pero estaba ahí. Quizá era tan fuerte porque apenas tenía otras amistades femeninas en la universidad; la mayor parte de su energía emocional la había gastado con los hombres; había tenido menos relaciones que Leisha, pero había pasado el doble de tiempo rumiando amargamente sobre ellas. Quizá los extremismos y la transparencia de personaje de dibujos animados era todo lo que ella podía soportar en otra chica. Probablemente esa fuera la razón por la que Leisha había elegido ser un personaje de dibujos animados, pensó con tristeza.

Lo curioso del caso era que Leisha había amado también a Susan, por lo menos al principio, como otro tipo de caricatura. A Susan le sorprendió enterarse de que durante meses ella había sido una fuente de celos y especulación, que Leisha se había sentido totalmente desconcertada ante aquella chica solemne, reservada y (para Leisha) misteriosamente silenciosa. Además, Susan ya tenía una reputación bastante importante por sí misma en Ann Arbor, gracias a ese novio que ambas habían tenido. «No es para nada lo que parece —había contado él a todo el que quisiera escucharle—. Es pervertida como ella sola». Luego se había explayado generosamente sobre cómo y de qué maneras lo era, arreglándoselas misteriosamente para dejar su propia perversión fuera de la historia.

—Me hacías pensar en tacones de aguja negros —había dicho Leisha —. Te imaginaba toda vestida de negro, con pantalones ceñidos y zapatos de tacón alto.

—¡Oh, por favor! —repuso Susan. Pero se sintió halagada.

El apartamento en el que se alojaba Susan pertenecía a un antiguo amigo llamado Bobby, que estaba pasando un mes en Europa y no se había molestado en subarrendarlo por tan poco tiempo. Estaba situado en el Village, a pocas manzanas del apartamento en el que ella había

vivido la mayor parte del tiempo que había estado en Manhattan. Este era mucho más grande que su antiguo piso, y también tenía más luz.

Su apartamento de Chicago era aún más amplio que el de Bobby. Tenía altos techos y grandes ventanales; estaba decorado a la moda, con colores suaves y muebles de diseño. Una vez por semana venía una asistenta que lo mantenía limpio. Tenía atractivos accesorios de cocina con colores a juego. Se acordó de Leisha visitándola en su diminuto estudio de Manhattan y riéndose de ella, sin dar crédito a que, después de cuatro meses, los utensilios de Susan se redujeran a dos tenedores, un cuchillo y una cuchara.

Fue al dormitorio de Bobby y se contempló en el espejo de cuerpo entero, una mujer rellenita adentrándose calmadamente en la mediana edad, rodeándose la cintura con un brazo y con una copa en la mano. Nunca había pensado que llegaría a ser rellenita y calmada. Diez años atrás, incluso seis, nunca ganaba peso, comiera lo que comiera. Su repentina redondez era una novedad tan grande que le hacía gracia y no la combatía, como hacían la mayor parte de las mujeres de su edad. «Por fin tienes tu… aspecto real —había dicho su madre con aprobación—. Has dejado de ser una niña delgaducha». Esta tardía aceptación materna la había complacido tanto que le había parecido hasta cierto punto triste; solo unos años antes habría rechazado aquellas palabras como las de una mujer que se alegraba de ver el final de un irracional recuerdo de juventud y despreocupación en la figura inusualmente esbelta de su hija.

Su vida en Nueva York había sido errática e inconexa. La mayor parte del tiempo había vivido al día, ocupada en una serie de trabajos insignificantes que la hacían sentirse aislada e inadvertida, aunque extrañamente segura. Comía arroz con frijoles o comida china para llevar sentada en el suelo. Se quedaba levantada hasta las siete o las ocho de la mañana trabajando en sus manuscritos, y luego dormía durante todo el día. Iba a Harlem a entrevistar a practicantes de vudú. Iba a clubes nocturnos y a bares de madrugada, manteniéndose al margen de cualquier escena sórdida, con Leisha o con alguna otra amiga menos íntima. Daba largos paseos de noche, especialmente

durante el invierno, disfrutando del sonido de sus pisadas silenciosas, los ruidos de la ciudad ahogados en la nieve medio derretida, y la visión de los borrachos que volvían tambaleándose a casa, arrebujados en sus abrigos y arrastrando los pies, levantando la mirada sorprendidos al ver a una mujer joven que andaba sola por las calles a las cuatro de la madrugada. La desolación y la crueldad del invierno de la ciudad la horrorizaban y la fascinaban. La asombraba que aquellos estratos de existencia opuestos convivieran tan estrechamente uno encima de otro, y que la desesperada supervivencia de vagabundos y marginados se introdujera en esas incómodas bolsas de aire y se arrastrara por los huecos que quedaban entre los estratos. Durante el primer año que vivió en la ciudad daba monedas a todo aquel que se las pedía. Con el tiempo ya solo daba dinero si llevaba algo a mano en el momento de pedírselo.

En aquella época sus relaciones con los hombres eran tumultuosas; mantenía continuas conversaciones con Leisha, angustiada por saber por qué siempre acababa con esa gente tan horrible. Los recordaba a todos con una imprecisión embarazosa: aquel drogadicto tan guapo y delicado, el muchacho chino masoquista, el pretencioso periodista italiano, el profesor casado, el pomposo estudiante de derecho, el dueño medio loco de un club que una noche estuvo a punto de estrangularla con el cinturón. El chico al que conoció y se tiró en los lavabos de algún pequeño bar del East Village, aquel que después la enredó en un agotador *ménage à trois* con su novia italiana. Leisha había desaprobado violentamente (y de forma mojigata, pensó Susan) esto último. Curiosamente, después de abandonar lo que ella calificaba desdeñosamente de «convencional» y «provinciano» por cualquier cosa «no convencional» sobre la que pudiera poner las manos sin peligro, Leisha había dado un giro de ciento ochenta grados indignante y repentino, y había pasado a tachar la vida bohemia que ella había adoptado de «pretenciosa» y «falsa». Cuando Susan no le siguió la corriente, Leisha llegó a decir cosas como: «Resulta terriblemente doloroso estar contigo cuando te encuentras metida en medio de esta basura adolescente y autodestructiva».

Era una lástima que Leisha no pudiera verla ahora con su trabajo fijo, sus utensilios domésticos a juego, su novio agradable y tranquilo. También le daba rabia saber que Leisha habría llegado a una conclusión feliz sobre ella basándose en los indicios de su vida actual («Qué bien que Susan haya sentado por fin la cabeza») y luego la habría comparado favorablemente con la Susan joven. De pie ante el espejo, Susan se examinó las arrugas claramente definidas de la cara. Había experimentado cambios durante estos seis años, en su mayoría positivos, creía. Pero aún era, para bien o para mal, la misma mujer que estando borracha se había follado a un desconocido en el lavabo apestoso de un bar cutre y después había salido corriendo y se había montado en un taxi, sonriendo mientras metía su número de teléfono en la mano del chico.

Suspiró y fue al «salón», se apoyó contra una pared de ladrillo descubierto y se puso a mirar por una ventana sin cortinas. Tenía la impresión de que su amistad con Leisha nunca había sido lo que ella entendía ahora por amistad, sino un complejo sistema de confianza y apoyo a las fantasías sobre ellas mismas que habían construido y mantenido entre ellas y reflejado por todas partes. Ahora Susan identificaba la fascinación que al principio había sentido por Leisha como una vicaria conexión erótica con el examante con el que ambas se habían acostado. No había fantaseado con Leisha y aquel hombre juntos, pero le había complacido enormemente el poder experimentar de segunda mano la dinámica existente entre él y aquella chica mala de voz gutural, y reflejar esa dinámica de vuelta hacia Leisha, a la vez que tomaba un aspecto más dramático al convertirse ella en otro personaje de la historia. Leisha había hecho lo mismo, divirtiéndose claramente con la doble vinculación que tenía con su amante y con la misteriosa, terca y perversa mujer que él le había descrito, aquel icono burdamente glamuroso de mujer de revista guarra que daba la casualidad de que era también su formal amiga Susan. Durante el primer año de su amistad hablaban de él y analizaban, con pros y contras, hasta detalles como su vello rubio o la extraña disposición sobresaliente de sus genitales, y se divertían muchísimo al notar que a él no le hacía

ninguna gracia cuando las veía juntas hablando y soltando risillas sofocadas.

Esa noche iba a cenar con su vieja amiga Barbara. Fueron a un restaurante de Bleecker Street donde servían cenas pulcras y frugales al son de la predecible música relajante. Barbara se dedicaba a la orfebrería, y, si bien no había llegado a hacerse un gran nombre en la industria, sus creaciones estaban constantemente presentes en revistas de moda y tiendas especializadas. Acababa de separarse del que había sido su marido durante doce años, un escultor a quien Susan conocía. Barbara estaba más horrorizada que preocupada por la separación.

—No puedo decir que de repente descubriéramos que no nos conocíamos, o algo así, porque en realidad yo conozco muy bien a John. Ni siquiera es que hayamos dejado de querernos, porque yo quiero a John, aunque lo que siento sea más bien un amor fraternal. La gente dice que eso ocurre después de llevar un tiempo casados.

Desmenuzó el filete de salmón con movimientos elegantes y tranquilos, como si estuviera haciendo una pausa en una discusión sobre arte o cine.

—Entonces ¿qué crees que es? —preguntó Susan.

Barbara se arrellanó en la silla.

—No sé cómo explicarlo. Era como si todo lo que sostenía nuestra relación viniera de fuera. Vistos desde fuera éramos una pareja absolutamente feliz y John era el marido ideal para mí: rico, rubio, alto, sensible a más no poder. Pero lo peor es que parecía que la mayor parte de nuestras conversaciones íntimas se basaran en lo que se esperaba que teníamos que decir, en lo que se esperaba que fuéramos. Era como si no nos saliera nada de dentro. ¿Comprendes lo que quiero decir? Ya sé que hablo como una hippy, pero…

—No, entiendo lo que quieres decir.

—No sé, antes no lo veía de esta manera. Solo sabía que él me sacaba de quicio y supongo que yo también le sacaba de quicio a él.

—Yo ya no sé en qué medida una relación puede estar basada en lo

que viene de dentro —dijo Susan—. Mi relación con Steve se basa en nosotros mismos, y todo es muy auténtico y agradable, pero a veces da la sensación de que estamos metidos dentro de una fantasía que no tiene nada que ver con el mundo real. Quizá no haya nada malo en ello, no lo sé, pero puede empezar a parecer solipsista.

Se acordó de lo que le había dicho su padre durante una discusión cuando ella tenía quince años: «Tú quieres extraer todo lo que hay dentro de las personas, esperas que ellas se vacíen para ti y tú para ellos, una y otra vez hasta que lo sepas todo, pero las cosas no funcionan así. Una relación se construye partiendo de "Hola, ¿cómo estás?" y "Bien"». Había dicho esta última palabra como si le clavaran una estaca en el corazón.

—¿Te acuerdas de Leisha?

—Claro. Aquella loca que tenía un novio músico. ¿Por qué?

—Me ha parecido verla hoy por la calle. Pero era una mendiga que era idéntica a ella.

—Dios mío.

—No me he dado cuenta de que no era ella hasta que la he tenido a un palmo de la cara.

—¿Y qué has hecho?

—Le he dado cinco dólares.

Se echó en el futón de Bobby y pensó en Steve. Era un hombre tranquilo al que ella consideraba brillante. Trabajaba en el departamento de relaciones públicas de una revista por la que nadie sentía ningún respeto. Se veían casi cada noche, los dos tenían las llaves del apartamento del otro. Tenían chistes privados e intercambiaban apelativos cariñosos. A veces parecía que hablaran un lenguaje distinto de la otra gente, que hubiera algo encerrado y frustrado en su intimidad. Pero se hacían felices el uno al otro. Entre ellos había, en lenguaje periodístico, una «conexión auténtica». Abrió los ojos. «Conexión» era una palabra muy vaga cuando se aplicaba al género humano. ¿Qué quería decir? Se acordó de un hombre con el que

había mantenido una breve relación antes de conocer a Steve. Era una persona tierna y práctica que nunca leía libros, que raramente salía y que no se tomaba en serio nada aparte de a unos cuantos amigos y del arte marcial que practicaba con una devoción fanática. No tenían nada en común. En general, él más bien la aburría. Pero cuando ella le tocaba notaba que había una sensibilidad en su cuerpo, una receptividad que pocas veces había encontrado en un hombre. Cuando él la abrazaba contra su pecho, se sentía segura y protegida de una manera que no tenía nada que ver con su cuerpo musculoso. Sentía que se nutrían el uno al otro de un modo importante e invisible. Pero apenas podían mantener una conversación.

A veces pensaba que esa era la única forma de conexión posible: intensa, inexplicable y, por último, incompleta. Durante los meses en que su amistad con Leisha empezaba a decaer, ella pensaba: Está bien, no puedo hablar con ella y no la respeto, pero tiene una belleza que quizá solo puede apreciarse a un nivel no intelectual. Como la súbita llamarada del movimiento perfecto de una bailarina poco excepcional, o la gracia y la energía de un animal.

Recordó una vez que bajaban por St. Marks juntas haciendo un ejercicio del curso de interpretación. Una persona decía algo y la otra lo repetía cambiando ligeramente las palabras o la expresión. Susan no le veía la gracia, pero a Leisha le encantaba el ejercicio.

—Me gusta ir por la calle y mirar a la gente —empezó Leisha.

—Te gusta ir por la calle mirando a la gente.

—La gente me mira cuando voy por la calle.

—Te gusta que la gente te mire.

—Te gusta que la gente te mire.

—Me da miedo que la gente me mire.

—Me da miedo que la gente me mire.

—Pero te gusta.

—¿Te gusta?

—Me pongo nerviosa y me tiro de los pendientes.

—Siempre te tiras de los pendientes.

—Odio tirarme de los pendientes.

—Quiero acariciar tus pendientes.

—Quieres acariciar mis pendientes.

Parecían rimas infantiles; eran dos chicas monas bajando por la calle y diciendo tonterías inofensivas, mientras a su alrededor el mundo estaba en plena actividad. Los vendedores desesperados exponían artículos sin valor sobre mantas sucias: camisetas, jerséis raídos y cinturones de plástico, revistas viejas y arrugadas, discos y libros descoloridos. Había basura desparramada por las calles y los humanos subían y bajaban de las aceras, mientras se dirigían a realizar cientos de acciones de una manera extraordinariamente ordenada. El aire era apaciblemente cálido y agradable y parecía como si esto fuera todo lo que se pudiera esperar de la vida. Susan sintió una punzada de vana ternura por Leisha y en un impulso alargó la mano y la pasó suavemente por los cuatro pendientes que llevaba, de la misma manera en que habría acariciado a un gato.

Durante su segundo año en Nueva York hubo un tiempo en que sus conversaciones empezaron a parecer intentos frenéticos de exprimirse la una a la otra en busca de un apoyo que ninguna de las dos podía ofrecer. Leisha se lio con un agresivo músico de rock. Solo llamaba a Susan, parecía, cuando estaba histérica en una cabina telefónica después de reñir con él. Cuando él la dejó por una cantante, Leisha ingresó en el psiquiátrico de Bellevue, fue dada de alta, se cortó las venas, volvió a su casa de Michigan y regresó en un estado de semihisteria que la acompañó durante el resto del tiempo que tuvo relación con Susan. Inmediatamente se fue a vivir otra vez con el músico, al que la cantante ya había abandonado. La mayoría de sus amigos de Michigan le dieron de lado diciendo que era demasiado autoindulgente y melodramática para poder soportarla. Susan no sabía si tenían razón o no, pero le pareció un poco cruel. Quería permanecer leal a Leisha, pero se debatía con tanta fuerza consigo misma que cuando hablaban parecían dos náufragos abrazándose el uno al otro para salvarse.

La primera vez que la dejó el músico, Leisha la llamó a las cinco de la madrugada, sollozando y suplicando que fuera a verla. Susan saltó de la

cama y cogió un taxi hasta la calle Ocho, donde hombres y mujeres fantasmales se inclinaban sobre los cubos de basura para examinar mejor su contenido. Se sentó en la cama tremendamente arrugada y llena de migas de Susan y la abrazó con fuerza, como si la presión de sus brazos pudiera compensar la intensidad del temblor de Leisha. «Me siento tan vacía, Susan, me siento tan horrible y vacía por dentro». Susan la besó en la frente y le acarició el cabello, y la tuvo entre sus brazos hasta que le dolieron, pero no supo qué decirle. Finalmente el temblor disminuyó y Leisha se quedó dormida, y Susan permaneció allí completamente inmóvil, contemplando las gordas y horrendas palomas que revoloteaban en el alféizar inmundo de una ventana vecina, mientras la piel de Leisha empezaba a pegarse a la suya y se le entumecían los miembros. ¿Por qué se sentía vacía Leisha? ¿Qué quería decir vacía? ¿Qué era lo que Leisha no tenía en su interior? ¿Era algo que le ocurría a otra gente? Trató de imaginar a Leisha por dentro y vio una serie de cables de colores apagados, algunos sin corriente, otros que cortocircuitaban y parpadeaban en la oscuridad, descargando una gran profusión de calor y colores vivos que refulgían violentamente, quemaban los fusibles y se apagaban.

Hubo más llamadas de este tipo y Susan empezó a estar harta, sobre todo porque cuando Susan necesitaba a alguien para hablar, Leisha no respondía a sus llamadas. Al parecer, Leisha estaba demasiado alterada como para hacer otra cosa que no fuera pelearse con el músico, pero le gustaba tener a Susan disponible en todo momento como testigo. Susan se sentía como un accesorio, especialmente cuando Leisha la invitaba a una cena en su casa que terminaba con Leisha y el músico tirando la pasta o peleándose mientras un batería gordito trataba en vano de separarlos. Finalmente él volvió a dejarla por la cantante y Leisha empezó a salir con otro. A veces salían los tres, pero la noche terminaba invariablemente con Leisha borracha en una cabina de teléfonos, chillando al contestador automático del músico mientras su nuevo novio miraba al vacío.

Lo más molesto de todo fue que, cuando Susan se decidió a decirle a Leisha que se sentía utilizada, esta le respondió que tenía la impresión

de que Susan solo la llamaba cuando estaba deprimida. Susan se quedó pasmada y humillada, y Leisha también cuando Susan le explicó sus razones. No se hablaron durante casi un año. Al parecer fue durante ese tiempo cuando Leisha se deshizo por fin del músico y empezó a salir con el abogado.

La amistad se reanudó cuando se encontraron casualmente por la calle y descubrieron que no podían parar de hablar. Empezaron yendo a almorzar juntas. Leisha hacía muecas y se encogía de hombros y decía muchas veces «No sé» cuando hablaba sobre su carrera de actriz. Dijo que quería tener un niño. Cuando bajaban por la calle Ocho exclamó:

—¿No odias a toda esta gente con ese pelo verde en punta?

—No —dijo Susan.

—Pero está tan *demodé*, quiero decir, ¿no podrían hacer otra cosa?

—Me parece que los adolescentes necesitan estas cosas.

Susan se abstuvo de puntualizar que hacía apenas un año Leisha también llevaba el pelo de punta, pero enseguida se pusieron a discutir sobre otras cosas.

—Tenemos que hablar —dijo Susan, y quedaron en una cafetería decorada frenéticamente con candelabros e irritantes figurillas.

—Tengo la impresión de que me estás consumiendo la energía —dijo Leisha—. Cada vez que estoy contigo tengo la sensación de que te aferras a mí, de que quieres algo que yo no sé qué es, y no puedo soportarlo.

—No sé de qué me hablas. Todo lo que quiero de ti es tu amistad. Si por eso sientes que te estoy consumiendo la energía, allá tú.

—Quizá todo esto viene de hace tiempo, porque aunque ahora pareces más positiva que antes, todavía me acuerdo de aquellas conversaciones que solíamos tener por teléfono, cuando me llamabas y me decías que te querías morir.

—Espera un momento. ¿No te acuerdas de cuando tú me llamabas *a mí* a las seis de la madrugada y me pedías que fuera enseguida o te suicidarías?

—Tú siempre me decías que no comprendías cómo la gente podía

soportar la vida. Cualquier persona.

—Por Dios, eso es una estupidez. ¿Quién fue la que empezó con aquellas conversaciones deprimentes, Leisha? Fuiste tú, después de… —Iba a decir «ingresar en Bellevue», pero no pudo.

—Yo no digo que todo fuera por tu culpa, así que no intentes convencerme de que fue todo culpa mía, porque no es verdad. Fue aquella extraña dinámica que de alguna manera se originó entre nosotras. Nos convertimos en una especie de hermanas lloriqueantes y todavía no sé cómo pasó. No sé lo que nos ocurrió, Susan. Cuando estábamos en Ann Arbor era diferente. —Leisha se la quedó mirando con sus ojos redondos llenos de una emoción ilegible.

—No me importaba ayudarte —dijo Susan—. Pero siempre era la misma historia, siempre Eddie y tú. Daba igual lo que yo dijera, porque de todas maneras tú nunca me escuchabas. Y si no era para hablar de Eddie, nunca me llamabas simplemente para charlar. Ni siquiera me devolvías las llamadas. Incluso le pedías a Eddie que me dijera que no estabas en casa, cuando sí estabas. Él me lo contó.

—Susan, yo estaba enferma entonces. ¿No lo comprendes? Me corté las venas, ¿recuerdas? Estaba enferma y hecha una mierda. —Le falló la voz; Susan reconoció el preludio de las lágrimas.

—No es verdad —murmuró Susan.

—Y de todos modos, veo que ahora estás haciendo lo mismo conmigo.

—¿Qué?

—De lo único de lo que hablamos es de ti. No te interesa mi relación con Jonathan, ni mi boda, ni mi terapia. Esas son las cosas que estoy haciendo en mi vida. Estoy tratando con todas mis fuerzas de ponerme bien y de tener una buena relación y casarme. —Su voz se convirtió en un chirrido trémulo, asomaron las lágrimas, su cara se arrugó frágilmente y se dio unos toquecitos con la servilleta.

Susan miró ceñuda su taza de manzanilla ya fría. No tenía fuerzas suficientes para decirle que despreciaba a Jonathan, que pensaba que su relación era una farsa, que detestaba las bodas tradicionales y que creía que Leisha utilizaba la terapia de la misma manera en que había

utilizado a Eddie: para escapar de su propia vida. Una oleada de música clásica invadió la sala, tan fuerte que podría derribar una mesa, amansando agresivamente a los comedores de cannoli y delicados pastelillos.

—Y tu manera de hablar de Stef constantemente… —Stef era el chico con el que Susan había estado en aquel lavabo público.

—Yo no hablo constantemente de Stef.

—Pues lo parece. Y lo que dices es tan horrible, que incluso si hablas poco de él ya es demasiado.

Cómo podíamos haber aparentado que éramos amigas durante tanto tiempo, pensó Susan.

—Especialmente cuando hablas de él y de esa chica italiana, es tan espantoso que se me revuelven las tripas. ¿No te das cuenta de cómo te están utilizando?

—No me están utilizando —dijo Susan muy tiesa.

—¿Ah, no? ¿Y qué me dices de aquella vez que intentaron que te metieras un pico en el lavabo de Area, o donde mierda estuvierais?

—No lo hicieron.

—Lo intentaron.

—No muy en serio, evidentemente. De todas maneras, no importa si me están utilizando o no. Me da igual. Hago estas cosas con ellos porque quiero. Sé cuidar de mí misma, no estoy intentando meterte en esto.

—Pero cuando me cuentas historias como aquella del piercing en el pezón, me estás involucrando *a mí.* ¿Por qué te metes en situaciones en las que te ves obligada a cuidar de ti misma?

Se lanzaron una mirada dolorosamente parecida al odio. Susan notó una sensación áspera en la garganta. Estaba sudando.

Leisha habló de forma lenta y llena de intención.

—Yo creo que vas con ellos porque no tienes otra cosa que hacer. Creo que tú piensas que es *interesante.* —Esta última palabra contenía sarcasmo suficiente para dos o tres palabras más—. Y no es interesante en absoluto. Es sórdido y repugnante. —Se le dilataron las ventanas de la nariz.

—¿Cómo te atreves? —dijo Susan—. ¿Cómo te atreves a juzgarme?

Susan abrió los ojos y contempló el contorno demencial de un sombrero con pluma que estaba colgado en el perchero de Bobby. Echando la vista atrás, tenía que reconocer que buena parte de su enfado venía de que de alguna manera la última acusación de Leisha era verdad. Pero Stef y Anna sí que *habían* estado interesados en ella entonces; y de todas maneras, ¿cómo se había atrevido a decir aquello?

Susan se giró en la cama. Sus fantasías habían cambiado, sus gustos por los objetos sexuales diferían, y ninguna de las dos podía ya satisfacer las necesidades de la otra. Cuando dejó de importar quiénes eran por dentro, se separaron. Susan había concluido un capítulo de su vida, y sin duda le había ocurrido lo mismo a Leisha, que probablemente veía su amistad como un símbolo de mala vida y de autoengaño. Una semana después de la discusión, Leisha envió a Susan una invitación impresa para que asistiera a su boda. («Nos sentiríamos muy honrados de contar con su presencia en la celebración de la boda de…»). Susan había dicho «Fantástico» a las paredes de su apartamento y sin pensárselo dos veces había roto la tarjeta en pedazos.

Susan dio otra vuelta en la cama. De todas maneras, deseaba saber dónde estaba Leisha. Le gustaría hablar con ella. Recordó aquella vez en verano que habían ido a bailar. Bailaron durante horas en un lugar caluroso y húmedo, hasta que cayeron agotadas la una en brazos de la otra, el pecho pequeño, sudado y palpitante de Leisha apretado contra el suyo. Recordó haber tenido la sensación casi tangible de que eran dos delicadas criaturas con finas antenas invisibles agitándose entre ellas por medio de las cuales intercambiaban calor y ternura.

Se sentó en la cama y encendió la luz de la mesita de noche. Podía encontrar a Leisha. Probablemente aún tenía amigos en Manhattan que sabrían dónde estaba. Después de pensar durante un rato, recordó los apellidos de dos amigas de Leisha. Llamó a información y le dijeron que una ya no vivía en la ciudad y que la otra no aparecía en el listín. Llamó al restaurante donde había trabajado Leisha; aún estaba abierto,

pero nadie la recordaba. La única posibilidad era el hombre con el que habían salido las dos; lo último que había sabido Susan era que vivía en Nueva York, pero hacía años que no se hablaban y eran más de las dos de la madrugada. Tuvo que pasear nerviosamente por la habitación durante quince minutos antes de encontrar el valor para llamar. Cuando finalmente él contestó, se quedó demasiado sorprendido para mostrarse desagradable, hasta que ella le preguntó si sabía dónde estaba Leisha.

—La verdad es que no lo sé. Oí que se habían mudado a Los Ángeles hace un par de años, pero puede que solo fuera un rumor. ¿Me estás llamando a las dos y media de la madrugada para preguntarme por Leisha?

Colgó bastante satisfecha de haberle irritado y molestado. Dio unas cuantas vueltas más por la habitación y se sentó en el salón, donde se quedó mirando al vacío. Recordó un relato que había leído una vez en el que el personaje principal, una mujer mayor que se moría por ver a un chico al que probablemente no vería nunca más, encontró un consuelo accidental en un programa de la televisión nocturna, donde salía un actor que era como una versión en mayor de su joven novio. Al fin y al cabo, Leisha había querido ser actriz. Encontró el mando a distancia y encendió el televisor. Salió el canal de porno. Ninguna de ellas se parecía a Leisha. Lo mismo ocurrió con *Superagente 86*, *Love That Bob* o la película de terror japonesa. El último canal que probó daba una especie de cosa italiana antigua y sin nombre sobre espionaje internacional, con un cierto aire erótico turbio y pervertido que la entretuvo durante unos minutos. Y, de hecho, salía una mujer morena e intensa que hacía un papel de zorra intelectual. Si Leisha hubiera llegado a actriz, habría interpretado ese tipo de papeles, pero Susan dudaba de que hubiera tenido suficiente tenacidad como para llegar a conseguir incluso un papel como aquel.

Apagó la televisión. Se sintió un poco avergonzada de seguir teniendo una opinión tan baja de las aptitudes de Leisha, pero no había desprecio en su reflexión. Leisha estaba hecha solo para sentir y para ser, no para hacer. Aunque vaya manera arrogante de acabar con las

posibilidades de Leisha. Al fin y al cabo, nadie que hubiera conocido a Susan seis años atrás habría podido predecir exactamente cómo terminaría, y muchos se habrían quedado muy sorprendidos.

Se reclinó en el sofá y cerró los ojos. Se imaginó a Leisha como actriz de una película de ciencia ficción, interpretando a una pequeña reina vestida de lamé plateado. Se la imaginó como una madre de familia, con una blusa a cuadros blancos y azules, arrodillándose en el suelo para jugar con su hijo. La vio como una hípster ya envejecida en un bar, con los ojos maquillados en forma de llamarada negra y plateada, quejándose de su relación amorosa de turno a cualquiera que quisiera escucharla. La vio como una mendiga. Luego esas imágenes se esfumaron y la vio de pie en un espacio vacío, con los ceñidos pantalones pirata que solía llevar; una chica soñadora con una media sonrisa, su intensidad momentáneamente apagada por alguna reflexión interior. Miró a esa chica y se dio cuenta de que, con toda la falsedad y tontería que había habido entre las dos, ella había cuidado de Leisha y Leisha había cuidado de ella. Quería hablar con ella, y mañana lo intentaría de nuevo. Se quedó sentada en el salón durante casi una hora pensando en qué le diría, y en qué le contestaría Leisha.

TRATANDO DE SER

Stephanie no era exactamente una «profesional»; el alterne era algo en lo que se metía, una vez por año o así, cuando estaba especialmente asqueada del trabajo de oficina o cuando no podía pagar las facturas. Incluso le gustaban algunos de sus clientes, pero nunca se le había ocurrido salir con ninguno; mantenía el secreto de sus incursiones en el mundo de la prostitución pulcramente encerrado y guardado aparte de su vida real. Por eso se sintió un tanto consternada al verse reflejada en aquel espejo manchado del «Cuarto de la Penumbra», con tacones y ropa interior, mientras le daba su número de teléfono a Bernard, el abogado. Se dio cuenta de que empezaba a sentirse demasiado atraída por algo que, para empezar, no debería haber hecho, pero no tenía novio, le gustaba el abogado y, como estaba casado, no parecía probable que él dejara una huella muy profunda en su vida.

Hacía tres noches que trabajaba en esa «casa» cuando le conoció. No era un lugar tan elegante ni tan caro como los otros dos en que había trabajado, pero era cómodo y seguro. No había querido volver al primero por las rarezas de la dueña, que cada día leía las auras de las chicas y les hacía entonar cánticos alrededor de unas velas de incienso en la cocina para «purificar el espacio»; y no podía volver al otro sitio porque lo había cerrado la mafia. No estaba tan bien conectada ni informada como para poder buscar sistemáticamente el mejor establecimiento, así que había optado por este: una decadente casa de apartamentos, mal ventilado y con una serie de olores enrarecidos y tristes que se colaban por las habitaciones. Se llamaba «Christine's» por la mujer que lo regentaba, una tirana frenética, rubia y menuda que creía desesperadamente que la horrible sala de espera enmoquetada era un salón y que se empeñaba en que las mujeres mantuvieran unos largos minutos de atroz conversación con los tipos antes de dejarles

subir a las habitaciones. «Se nos conoce por nuestras mujeres intelectuales —le dijo a Stephanie durante la primera entrevista—. Aquí todas hacen algo. Alana es artista. Suzie es diseñadora de moda y Beatrice es enfermera». Las tres mujeres dirigieron a Stephanie una mirada inexpresiva desde el sofá. Christine le puso «Perry» como nombre de trabajo, y le explicó que debía ir vestida de manera que pudiera «ir a almorzar con su madre y luego encontrarse con su novio para ir a tomar unos cócteles». Aquella pretensión tan ridícula, tirando a aspiración patética, le hizo gracia. Pensó: Serán solo unas semanas, y dos días más tarde apareció con un ceñido minivestido plateado.

Cuando fue requerida por el interfono para «conocer a alguien», se apresuró a bajar las escaleras, despeinada y con una media torcida, después de dejar solo a su gordo y malhumorado cliente para que terminara de hacer sus abluciones. Se plantó delante del nuevo cliente, sintiéndose algo patizamba con aquella falda negra tan corta, sonrió bobaliconamente y, por alguna razón, pensó en el show *I Love Lucy*. En su mente resonaron risas enlatadas mientras Christine cruzaba los brazos y preguntaba: «Bueno, Bernard, ¿le gustaría ir con Perry?». El hombre se levantó y dijo: «Sí, muchísimo». Aparentaba unos cuarenta y cinco años, era muy alto y delgado y llevaba una absurda corbata de pajarita y un traje clásico. Tenía una mirada amable y un aspecto inteligente e inquisitivo. Stephanie se dio cuenta de que algo en ella lo excitaba de verdad, y se sintió halagada.

Él la siguió hasta el horrible Cuarto de la Penumbra de color borgoña. Se desnudó y se tumbó sobre la cama, el torso apoyado sobre la almohada, el esbelto cuerpo desnudo plácidamente expectante, su casi alarmantemente largo pene descansando medio endurecido sobre el muslo. Ella se quitó los zapatos de tacón alto y se arrodilló a su lado sobre la cama. No la tocó ni se acercó a ella, simplemente se quedó allí tendido mirándola como si estuviera esperando que empezara la diversión. El viejo aparato del aire acondicionado soltó un quejido y goteó.

—Me gusta tu pelo —dijo él—. Te favorece mucho.

Inconscientemente, ella se alborotó el pelo de punta cortado a cepillo

y teñido de negro.

—Oh, ahora está de moda. Muchas mujeres llevan este corte.

—Sí, lo sé, pero a ti te sienta especialmente bien.

Ella le dio las gracias y se quitó la blusa por la cabeza.

Él le miró los pechos con aprobación evidente, pero tampoco hizo ningún movimiento para tocarla.

Ella decidió con cierto alivio que era un hablador y entabló conversación.

Pronto se enteró de que trabajaba para el Ayuntamiento en la remodelación del Lower East Side, que no amaba a su mujer aunque le tenía mucho cariño, y que hacían el amor muy rara vez. Seguía viviendo con ella porque no quería estar solo.

—¿Y tú qué? ¿Qué haces cuando no estás aquí?

Ella esbozó una mueca.

—Bueno, no sé si hago algo. Trato de ser escritora. Por eso he venido a Nueva York. —Hizo una pausa, preguntándose si aquello no le sonaría ridículo a ese hombre que llevaba traje y frecuentaba prostitutas—. ¿Te parece una estupidez?

—No, no, en absoluto. ¿Por qué iba a parecerme una estupidez?

—Porque muchas de las chicas que trabajan en este tipo de casas desean hacer algo diferente, pero es evidente que en la mayoría de los casos no tienen talento o están demasiado asustadas y, no sé, me parece que suena un poco patético. Nunca digo a la gente de aquí a qué me dedico. Les digo que soy secretaria, o que trabajo en una clínica dental, o cualquier cosa.

—Pero eso es una tontería. Da la casualidad de que yo sé que ha habido varias personas de talento trabajando aquí. Una vez había todo un conjunto de artistas. Una era actriz de teatro; se fue a Italia y empezó a trabajar con… este… un coreógrafo de vanguardia, ahora no me sale el nombre. Bueno, pues he oído que le va muy bien.

—¿Cómo es que sabes todo eso?

—Yo era cliente suyo y además nos veíamos fuera de aquí. Llevaba el pelo corto como tú, solo que ella lo tenía de color naranja. —Sonrió como si eso revelara el elemento que establecía definitivamente una

relación entre Stephanie y la chica del pelo naranja—. En realidad utilizaba este lugar para recoger material para su trabajo. Era extremadamente inteligente y se daba perfecta cuenta de las contradicciones en que incurría al trabajar aquí. —Sonrió dulcemente —. Podía hablar de esto durante horas.

Stephanie se quitó la falda y se tendió a su lado, apoyándose sobre el codo. Hablaron de la ficción en *The New Yorker* y en *The Atlantic*. Ella despotricó contra los novelistas de moda que despreciaba. Hablaron de compañías de danza que habían visto. Él describió una obra del Dance Theater Workshop en que los bailarines agitaban enormes animales de poliestireno unos contra otros y se revolcaban sobre pintura. Ella pensó que el espectáculo parecía un poco idiota, pero le inspiró ternura que él mostrara un deleite tan curioso por semejante bobada.

—Yo soy socio del Workshop y cada tanto me invitan a fiestas fabulosas donde todos los chicos lucen abrigos larguísimos y pendientes, y las chicas llevan el pelo como tú. —Esbozó una gran sonrisa.

Ella pensó: A este paso, no voy a tener que hacer nada.

Hablaron del pasado de ella, de la fría perfección de su padre, de la pasividad de su triste madre, de su hermana bajo tratamiento de litio, de su carrera universitaria, de su primer amor. Él escuchaba seriamente. Empezó a acariciarle el vello del brazo y luego el brazo.

Tenía una manera de tocar muy seductora; ella se acercó más y él la rodeó con los brazos. La acarició como si tratara de descubrir los lugares menos habitados por ella, no de una manera romántica, sino con ternura, como si explorara. Ella no estaba excitada exactamente, pero era agradable; hacía mucho tiempo que no la tocaban así.

Murmuró:

—Tu manera de acariciar me recuerda a mi madre.

—¿Ah, sí?

—Tiene una manera de tocar muy seductora. No le tengo mucho cariño, pero cuando empieza a acariciarme de repente me vuelvo completamente vulnerable a ella. Resulta aterrador.

A él eso le gustó mucho.

—Es hermoso —dijo.

Sonó el interfono para anunciar que les quedaban diez minutos. Ella «se ocupó de él» rápidamente y se levantaron para vestirse. Volvió a embutir los pies en los zapatos de tacón y deshizo la cama alegremente. Él se subió la cremallera de los pantalones, le dio veinte dólares extra y le dijo que había sido una hora muy relajante. Ella dijo que *sí*, de hecho, también lo había sido para ella, y luego salió corriendo para meter las sábanas pegajosas en una cesta de mimbre maloliente. Bajó las escaleras con él, pensando que con esa falda tan ceñida se la veía desgarbada y con las rodillas demasiado grandes. Fue consciente de que él acechaba en la oscuridad detrás de ella mientras se veía atrapada por la mirada especulativa y sombría de tres potenciales Romeos.

—Y esta es Perry —dijo Christine radiante.

—Hola —dijo ella, haciendo oscilar suavemente la cabeza. Se giró hacia Bernard y puso los ojos en blanco mientras le acompañaba hasta la puerta, sabiendo que él apreciaría esa muestra abierta de desdén.

—Hasta pronto —dijo él.

La retuvo un momento contra su cuerpo y ella experimentó una turbadora sensación de confort y seguridad que la hizo volver casi voluptuosamente al campo de las miradas invasoras de sus potenciales compañeros de cama. Se plantó ante ellos y en su mente volvieron a resonar las risas enlatadas.

Esa noche fue a una pequeña galería del Soho a ver una exposición colectiva en la que participaba su amiga Sandra. Como siempre, se contaba entre las pocas personas que no eran artistas. Sandra, nerviosa y estudiadamente elegante con un sombrerito redondo azul brillante y una falda larga de terciopelo negro, la presentó como «mi amiga Stephanie, que escribe para *The Village Voice*». Esto causó cierta impresión entre los asistentes, especialmente cuando Stephanie dijo:

—Solo he escrito una cosa para el *Voice*, y de eso ya hace un año y medio.

—Sí, pero tienes pinta de escribir para *The Village Voice* —dijo un

pintor.

—Eso me suena a insulto.

—No es un insulto, pero tampoco es un cumplido. —Y soltó una carcajada como un ladrido.

Stephanie se sumó a otra conversación sobre el estrepitoso fracaso de una galería de arte de la que nunca había oído hablar, que, después de un rápido cambio de participantes, se convirtió en una discusión acerca de la reseña de alguien del *Times* contra la reseña de alguien del *Voice*. Sandra iba de aquí para allá por toda la sala, metiéndose en diferentes conversaciones con aparente interés y animación. «*Aquí* no hay nadie», siseó al fin junto a las bandejas de canapés, a pesar de que había docenas de personas.

Stephanie fue vagando de conversación en conversación, notando casi con pánico que, aunque había gente interesante y agradable en la sala, la situación, que para todo el mundo parecía fácil y amistosa, le impedía conectar con lo interesante y agradable de ellos. Trató de entender por qué y no pudo, aparte de intuir que las conversaciones que se desarrollaban a su alrededor se abrían y cerraban siguiendo unas reglas sutiles pero claramente definidas que nadie le había explicado. Entonces vio a Dara, otra amiga de Sandra que tampoco era artista y que estaba dignamente sola en un rincón. Dara trataba de convertirse en diseñadora de moda y esa noche estaba extraordinariamente hermosa con su vestido de satén sin tirantes, aunque trágicamente descolorido en el medio, donde probablemente alguien había derramado algo mucho tiempo atrás. Stephanie siempre había admirado a Dara a pesar de que no era muy simpática y de que una vez había sido muy grosera con ella por teléfono. Pero Dara pareció alegrarse de verla y se aferró a su presencia con una conversación increíblemente sosa y nada fluida sobre el trabajo de Sandra, el trabajo del marido de Sandra, un escritor que le gustaba a Stephanie y una película. Sin embargo Stephanie se mantuvo resueltamente en la idea de que Dara era una persona interesante. Le dijo:

—Pareces una persona que se siente a gusto en el mundo.

A los ojos de Dara asomó una mirada de alarma; miró decepcionada

a Stephanie.

—Nada más lejos de la realidad —dijo secamente—. Dudo que conozcas a alguien que se sienta menos a gusto que yo.

Se quedaron calladas. El silencio de Stephanie era de desaliento. Creía que estaba haciendo un comentario sagaz que impresionaría a Dara por su capacidad de percepción; en cambio, había demostrado ser alguien que vivía en el país de los sueños. Siempre le ocurría lo mismo.

Al día siguiente, en Christine's, se sentía como alguien que vive en el país de los sueños; para ser más exactos, en un país de los sueños de una viñeta del *Playboy*, habitado por prostitutas de escasas luces con *négligés* cortos de color rosa, recostadas en almohadones en compañía de gatos blancos mientras hombres altos y trajeados les sonreían. Era una sensación extrañamente agradable. La tarde había transcurrido lentamente y las mujeres descansaban tendidas en el sofá, descalzas y con los pies en alto, mirando la televisión y comiendo patatas fritas excesivamente saladas de unos paquetes grasientos.

Stephanie estaba hablando con Brett, una despierta muchacha china con el pelo largo hasta la cintura. Brett llevaba diez años en «el negocio», desde que tenía diecisiete, y decía que estaba a punto de dejarlo. Contaba una historia tras otra de cómo los clientes siempre trataban de aprovecharse de ella, de humillarla o de entrometerse grotescamente en sus sentimientos.

—Fue espantoso —dijo como conclusión de una historia especialmente repugnante—. Solo por tener que escucharle decirlo fue casi como si el tipo lo hubiera hecho, ¿entiendes? —Se inclinó hacia delante para coger un puñado de patatas fritas, se metió unas cuantas en la boca y masticó pensativa—. Cuando era más joven tenía energía para sacudírmelos de encima. No importaba lo que hicieran o dijeran, los podía mantener alejados de mi verdadero ser. Pero cada vez me resulta más difícil y no sé cuánto tiempo más voy a resistirlo. De todas maneras, quiero dedicarme a otra cosa. Estoy harta de esto.

Las otras mujeres empezaron a hablar de las cosas terribles que les

habían hecho o querido hacer los hombres, y de cómo ellas lo habían impedido o qué habían hecho para desquitarse. Había una voluntad tenaz de defender el orgullo en aquella sala, del que Stephanie se sentía distante pero a la vez partícipe. Pensó en lo patético que le parecería ese orgullo a alguien como Sandra, que una vez hizo de camarera en un cóctel y luego contó muy disgustada que la habían hecho sentir «como una puta».

Sonó el timbre y apareció Bernard el abogado, con las manos en los bolsillos, un tipo sofisticado haciendo el papel, con velada satisfacción, del hombre de negocios desenfadado que va a divertirse con una mujer barata. Stephanie le sonrió y se recostó en el sofá, sintiéndose una mujer sofisticada que hacía de mujer barata. A los pocos minutos ya estaban en el Cuarto de la Penumbra.

—¿Te acuerdas de las viñetas del *Playboy*? —le preguntó ella mientras se tendían, aún sin tocarse, en la cama—. ¿Aquellas de las prostitutas que tenían todas la misma cara y el mismo cuerpo y que estaban recostadas sobre almohadones con camisones con lazos? ¿Y los hombres de pie a su lado con ramos de flores y bombones en la mano?

—Sí, claro que me acuerdo.

—Tiene gracia, porque yo solía mirarlas cuando tenía diez u once años y… bueno, no sabía exactamente qué eran las prostitutas, pero según el *Playboy* parecía algo bueno. Eran guapas y no tenían nada más que hacer salvo estar tumbadas sobre los cojines, y los hombres las amaban. Así que le dije a mi madre que cuando fuera mayor quería ser prostituta.

—Es fabuloso. —Sonrió como si fuera lo más interesante que hubiera oído en toda la semana.

—Naturalmente, se puso hecha una furia y me llevaron al psiquiatra.

—Oh, Dios…

—Pero después de unas sesiones el psiquiatra decidió que yo era normal; es decir, que sacaba buenas notas y tenía amigos y todo eso, así que no tuve que volver más. —Se encogió de hombros—. Mi pobre hermana no tuvo tanta suerte. A los once años ya estaba bajo tratamiento de litio.

—Pero el psiquiatra se equivocó contigo, ¿verdad?

Ella se rio, pero pensó: No se equivocó. En realidad soy muy normal.

—Entonces, eso es lo que estás haciendo. Estás jugando a las prostitutas. —Le acarició la cara y el pelo.

Le asombró el hecho de que él pareciera estar pensando en los mismos términos en que ella lo había hecho cuando estaba abajo. Se lo imaginó como un artista de performance con el pelo naranja y fumando un cigarrillo tras otro, y casi pudo percibir visualmente el deleite que él sentía por esa mujer culta que desafiaba abiertamente a la sociedad desempeñando de forma deliberada un papel que probablemente él consideraba bastante degradante, y luego analizándolo.

—En realidad, no estoy jugando. Esto va en serio. No creas que voy a devolverte el dinero.

—Ya sabes lo que quiero decir. —La atrajo hacia sí y le rascó suavemente la cabeza.

—Pero ya de niña me di cuenta de que había problemas en la relación amorosa prostituta-cliente. Porque una vez, cuando tenía unos doce años, estaba en el estudio de mi padre masajeándole la nuca (siempre se lo estaba haciendo) y había un calendario del *Playboy* sobre la mesa con una chica muy guapa, y yo le pregunté: «¿Te gusta?», y él respondió: «Claro», y yo dije: «¿Te gustaría conocerla», y él pareció sorprendido y dijo: «No, no es más que una fulana tonta». Me quedé horrorizada.

La sonrisa de Bernard casi se convirtió en una carcajada.

—Pero tú ya sabes que estaba mintiendo. Le habría encantado conocerla.

—No tiene ninguna gracia. A mí me dolió lo que dijo. Me dolió por ella.

—No, ya sé que no tiene ninguna gracia. Perdona.

Se tumbó encima de ella y la besó, sosteniéndole amorosamente la cabeza entre las manos. Se besaron y acariciaron y después se separaron para hablar un poco más. Ella le contó su conversación con Brett y lo mal que se había sentido. Después le habló de la inauguración a la que había asistido la noche anterior, sin mencionar la

sensación casi aterradora de aislamiento que había experimentado. Le preguntó cómo era su mujer.

—Es inteligente, y muy independiente. Se le da mejor que a mí estar sola. Y a su manera es una aventurera. El año pasado se fue a Sudamérica sola, algo que pocas mujeres de su edad se atreverían a hacer.

—¿Cuántos años tiene?

—Treinta y nueve.

—¿Y a qué se dedica?

—Da clases en un instituto y le gusta mucho. Me lo paso muy bien con ella, aunque no tengamos una relación apasionada. De hecho, dormimos en habitaciones separadas.

—Yo no podría estar casada de esa manera —dijo ella—. Necesitaría que hubiera pasión.

—Eres muy idealista.

—¿Tú no?

—No, yo no. De todas maneras, para mí el matrimonio no es una cuestión de pasión. Somos una excelente compañía el uno para el otro. Y yo no quiero estar solo.

Se quedaron unos instantes en silencio. Ella le acarició suavemente los lóbulos de las orejas.

—¿Por qué vienes a sitios como este?

—¿A ti qué te parece?

—Realmente no lo sé. No logro entender que un hombre adulto acepte que el sexo es lo que ocurre aquí dentro. Podrías tener todas las aventuras que quisieras, estoy segura de ello. Y, de todos modos, no parece que te interese mucho el sexo que se ofrece aquí. Entonces ¿por qué vienes?

—Para encontrar a las fascinantes criaturas que nunca he encontrado en la vida normal. Como tú. —Le tocó la nariz y sonrió.

Por supuesto, Stephanie se daba cuenta de lo que le gustaba a él de ella. Se sentía atraído por la idea de las chicas alocadas que se las dan de artistas, que viven como «bohemias» y rompen todas las normas. Era el tipo de vida que contemplaba con cierta admiración, pero que él no

quería llevar. Probablemente había tenido sus historias con mujeres excéntricas e imprevisibles en la universidad, y después se había casado con la mujer más estable, más socialmente deseable que pudo encontrar. Todo esto no la movía a despreciarle o a sentirse alejada de él. Le gustaba esa visión de sí misma a través de otra persona; la excitaba y le daba confianza. No era una chica sin rumbo y a la deriva en una ciudad monstruosa, vagando de una confusa circunstancia social a otra, teniendo estúpidas aventuras amorosas. Ella era una bohemia que experimentaba. La idea hizo que una música rock empezara a resonar en su cabeza. Le besó de una manera que podía ser apasionada.

—Me gustaría follar contigo de verdad alguna vez —dijo él—. Pero no creo que aquí puedas disfrutar del sexo. Y yo no quiero hacerlo si tú no puedes pasarlo bien.

Ella sonrió y le pellizcó la ligera capa de grasa de la cintura.

—Pero eso no es aplicable a las mamadas, ¿verdad?

Cuando él se marchó, empezó a haber mucho ajetreo de repente. La mayoría de los hombres con los que estuvo eran muy desagradables, y se sorprendió a sí misma refugiándose en el recuerdo de Bernard el abogado mientras soportaba su maloliente compañía.

Esa noche la llamó Sandra. Stephanie estaba sentada en la cama tomándose un sorbete de naranja de un envase de cartón de medio litro mientras trataba de ver su vida desde un ángulo positivo, y se alegró de la interrupción.

—Hola —dijo Sandra—. No estabas escribiendo, ¿verdad?

—No, en realidad lo estaba evitando.

—¿Otra vez?

—Me temo que sí.

Sandra suspiró.

—Quizá es que intentas escribir a horas en que no deberías. Mucha gente tiene momentos en que es más productiva que en otros. ¿Lo has tenido en cuenta?

—No, la verdad es que no. De todas maneras, yo tengo un empleo, ya lo sabes.

—Es verdad, no me acordaba. Tú no tienes tanto tiempo como yo.

A Sandra la mantenía su marido, un pintor a quien su padre le había regalado un edificio. Stephanie le había dicho a Sandra que trabajaba de doncella para una agencia que tenía varios apartamentos en el Upper West Side. En su opinión, eso estaba miserablemente cerca de la verdad, y justificaba que fuera difícil contactar por teléfono con ella. Sabía que Sandra veía su ocupación ficticia con una mezcla de respeto y de secreta repugnancia, maravillada de que una persona que ella conocía pudiera hacer ese trabajo sin una pérdida aparente de autoestima.

Sandra empezó a hablar de la inauguración. Después de que Stephanie se marchara, había llegado un importante crítico de arte del East Village, y Sandra había pensado que se fijaría en ella. Pero la ignoró por completo y se dedicó a admirar abiertamente la obra realizada por su amiga Yolanda.

—Ya sé que es mezquino, pero al final de la noche casi no podía ni hablar con ella. No fue solo por el incidente de anoche; es que siempre es ella la que llama la atención, desde que empezó a ponerse esos abalorios en el pelo y a salir con Serge. Y ya sé que no está bien decirlo, pero a veces pienso que eso pasa simplemente porque es negra y los otros quieren demostrar que no son racistas. Quiero decir, ya sé que es buena, pero yo me paso el día trabajando y ella solo hace un cuadro cada no sé cuántos meses. Y lo que hace no tiene absolutamente nada de original. Ya sé que de alguna manera nadie es original, pero tú ya me entiendes. Hace que me sienta como una mierda. ¿Crees que estoy siendo muy dura?

—Bueno… un poco —dijo Stephanie, que pensaba que la obra de Yolanda era claramente superior a la de Sandra—. Pero ya me imagino cómo te sientes. —Contó a Sandra lo mucho que le había molestado ver que el nombre de un escritor a quien consideraba bastante malo empezaba a salir destacado en todas las columnas de cotilleos—. Cuando vi una foto de él en *Vanity Fair* con China Smith en el Palladium, casi me da algo —dijo.

Hablaron de lo falso y superficial que era todo, y una vez más Stephanie contó la historia de aquel chico de veintitrés años que la

había llevado al borde de la desesperación contándole historias de su inminente publicación en *Esquire* y el subsiguiente contrato editorial, hasta que descubrió que era un loco diagnosticado que estaba tomando litio, por lo cual era imposible que hubiera dicho la verdad.

Stephanie colgó el teléfono sintiéndose vagamente humillada. Pensó en su trabajo en Christine's, casi con la intención de que la hiciera sentirse peor, pero en cambio se sintió extrañamente reconfortada. No tenía mucho sentido, pero aceptó la sensación de bienestar. Le habría gustado poder hablar con Sandra de su trabajo, pero no se atrevió. Quizá Sandra no se escandalizaría, pero pensaría que era autodestructivo y humillante para una mujer. Bueno, tal vez lo fuera. Nunca había podido escribir nada mientras ejercía de puta. De alguna manera, la idea de volver a casa después de pasar un día en Christine's y sentarse a escribir se le antojaba imposible. Tenía las ideas coaguladas por los fantasmas de los hombres exigentes y vociferantes con los que había estado ese día. Necesitaba prepararse una buena cena, sentarse y cuidar de sí misma, como solía repetir su madre. Trabajar en Christine's era una manera de ganar dinero y de descansar el cerebro, se decía. Lo de escribir ya vendría luego.

Se vio a sí misma en el futuro, una escritora de tanto éxito que podía decir que había hecho de puta sin que a nadie le importara. «No escribía mucho por aquel entonces —decía a su círculo de amigos triunfadores que la rodeaban sonrientes con una copa en la mano—. Pasaba la mayor parte del tiempo tratando de rehacer mi personalidad». Y todos se reían ante esa adorable confesión de su vulnerabilidad femenina.

La única persona a la que le había hablado de ello era Babette, su amiga de la universidad. Babette, aspirante a actriz, tenía un grupito de amigos del restaurante donde trabajaba que vestían de cuero y los fines de semana frecuentaban en masa los bares sadomasoquistas del West Village. No parecía que lo de la prostitución tuviera que escandalizarla mucho, pero cuando Stephanie le habló de su primera experiencia tres años atrás, Babette había dicho: «¡Oh, Stephie! ¿Cómo has podido hacerte eso a ti misma? ¿Cómo has podido?». Stephanie le explicó una

y otra vez que no creía que fuera algo degradante para su dignidad, pero aquello no consiguió ablandar a Babette. Stephanie sospechaba que la consternación de su amiga tenía poco que ver con la dignidad y mucho con la inquietud que le producía saber que su amiga era prostituta en vez de escritora. No obstante, Babette era una persona frágil que había tomado demasiada cocaína, había sufrido una crisis nerviosa, se había cortado las venas —superficialmente, pero aun así— y que ahora iba al terapeuta dos veces por semana, de modo que pensó que sería mejor no volver a hablarle de sus posteriores experiencias con la prostitución.

No vio a Bernard durante los tres días siguientes, pero sí que estuvo con una variedad de gente lo suficientemente poco atractiva como para echar por tierra sus dulces sueños de prostitutas felices y clientes paternales. A uno de ellos, aunque había insistido en ducharse y secarse vigorosamente antes de acostarse, empezaron a resbalarle gotas de sudor por la punta de la nariz que caían sobre la cara de ella con tanta vehemencia como las palabras cariñosas que le dirigía, y pareció sinceramente sorprendido, e incluso dolido, cuando ella giró la cara para evitar que la besara. Otro, un tipo corpulento y malhumorado que llevaba una cadena de oro con un signo de Piscis sobre el pecho rollizo, se tendió boca arriba y empezó a contarle que la época más maravillosa de su vida había sido cuando jugaba al fútbol americano en el instituto; no alcanzaba a imaginar por qué su vida había sido tan aburrida desde entonces. «Apuesto a que sé cómo eras tú entonces —dijo mientras se daba la vuelta—. Seguro que eras una de aquellas chicas reservadas que nunca salían por ahí. Y mírate ahora». No había malicia en su voz, fue simplemente un comentario sin gracia que hizo aún más deprimente la exactitud de la aseveración. Después vino aquel hombre bajito con el pecho hundido que la ofendió tanto con la sugerencia previa de que le «chupara las tetillas», que ella sin pensar levantó las manos y dijo: «No. No. Eso sí que no», y salió de la habitación y se fue abajo sin importarle que Christine la despidiera, cosa que no hizo. «Voy a mandar a otra

chica arriba —le dijo a Stephanie mientras se resguardaban en la cocina—. Has trabajado mucho hoy y puedo permitirme el lujo de perder a ese tipejo si decide no volver».

El cuarto día, cuando por fin apareció Bernard, ella se lanzó a sus brazos.

—Estoy tan contenta de verte —dijo, sintiendo casi automáticamente cómo él la tranquilizaba.

Le contó lo horribles que habían sido aquellos días.

—Aquel tipo se pasó media hora hablándome de sus estúpidos días en el instituto, de lo popular que era, de cómo todas las chicas guapas querían salir con él. Fue espantoso. —Al ver la cara de perplejidad que ponía Bernard, se echó a reír—. Supongo que dicho así no parece tan horrible, pero lo fue. Durante aquel rato yo formaba parte de su vida, y su vida era espantosa.

Él la miró seriamente.

—Tienes razón —dijo—. No deberías estar aquí. Este no es sitio para ti.

—Ya lo sé. Me voy la semana que viene.

—Si te vas, tienes que darme tu número de teléfono. Me gustaría mucho seguir en contacto contigo. No pretendo nada especial. Simplemente creo que eres una chica interesante.

No volvió a verlo antes de marcharse de allí, ni tampoco él la llamó inmediatamente después. Al cabo de una semana, llegó a la conclusión de que él había cambiado de idea. Se sintió un poco decepcionada, pero aliviada al mismo tiempo, y después dejó de pensar en ello. Poco a poco volvió a reanudar su vida, primero buscando otro trabajo y luego tratando de escribir cada día.

Babette estaba entrando en una época de enérgico optimismo y empezó a invitarla de nuevo a salir a los clubes nocturnos. Babette tenía muchos amigos dentro del negocio de los clubes, por eso podían pasar indefectiblemente por delante de las largas y apretadas colas de gente que trataba en vano de atraer la mirada de algún portero arrogante. Babette, una criatura menuda y angulosa con unos grandes ojos ligeramente almendrados, estaba fastidiosamente perfecta con su

chaqueta de seda china y sus botas negras de ante, la fina cintura inclinada hacia un lado, la pequeña cabeza hacia el otro. Stephanie siempre se sentía grandota y desgarbada en comparación con ella, como si luciera un sombrero inapropiado o llevara mal cosido el dobladillo.

Se pasaban horas vagando por los salones oscuros, con la copa en la mano e intercambiando comentarios a gritos. A menudo se encontraban a amigos de Babette que las invitaban a los lavabos a tomar cocaína. A veces Babette se iba a bailar y Stephanie se quedaba al borde de la pista, observando cómo los bailarines sonreían y agitaban los brazos con ciego deleite o miraban gravemente al suelo mientras sacudían sus miembros. Las luces destellaban y se apagaban, y el disc-jockey hacía girar un disco tras otro siguiendo un patrón de delirio controlado. Stephanie deambulaba por el local, mirando cómo los que no bailaban observaban sin comprender a los que bailaban o integrándose en grupos que se reían con una animación misteriosa. A los quince minutos aproximadamente se veía obligada a reconocer que se aburría. Entonces se acordaba de cómo era antes de venir a Nueva York y se daba cuenta de que esto era exactamente tal como se lo había figurado: ella en un club glamuroso lleno de gente sonriente o en pose taciturna. En su frustración, llegó a la conclusión de que la razón de que todo le resultara tan anodino era que solo veía la capa exterior de una sociedad muy compleja que se comunicaba mediante signos ingeniosos e impenetrables para los que estaban fuera, quienes, incluso si conseguían entrar físicamente en el club, eran incapaces de entrar en las conversaciones que tanto divertían a los otros. Era una idea un tanto desalentadora, pero era mejor que pensar que todo aquello era un rollo aburrido y sin sentido del cual la gente, increíblemente, anhelaba formar parte.

—Hola —dijo un hombre con una horrible mata de pelo—. Me gusta tu sombrero.

—Gracias.

—¿Quieres bailar?

—No, gracias. —Lo dijo mirándole directamente a los ojos, para que

quedara bien claro que no era que lo encontrara repulsivo, sino que estaba demasiado sumida en sus pensamientos como para bailar.

No funcionó; él apartó la mirada con aire ofendido y luego dijo:

—¿Quieres ir al Palladium?

—No, gracias.

La miró con un desdén teatral y ella se dio cuenta de que en realidad era muy guapo.

—¿Eres francesa? —le preguntó.

—No, ¿por qué? ¿Tengo aspecto de francesa?

—No sé. Tienes pinta de que podrías serlo. ¿Eres bailarina?

—No. ¿Por qué?

—No lo sé. Algo tienes que ser. —Parecía como si fuera a escupir.

—¿Y tú a qué te dedicas?

—Soy arquitecto. ¿Quieres un poco de cocaína?

—No, gracias.

La miró como si estuviera completamente loca y se fue. Después de ese encuentro se largó rápidamente hacia una sala llena de grupitos de gente, decidida a oír aunque fuera algún fragmento de conversación interesante. La paró un hombre para preguntarle si era italiana. Le contestó que no y huyó de él. Cuando se dirigía hacia un encantador grupo de travestis altos y algo maduros que eran lo más acogedor y agradable que había visto en toda la noche, un negro guapísimo la cogió por el codo y dijo:

—*Bon soir*. ¿Eres francesa?

—No.

—¿Italiana?

—No.

Su expresión cambió ligeramente.

—¿De dónde eres?

—De Illinois.

Le soltó el codo con un desprecio inequívoco y le dio la espalda. Aquello ya era el colmo. Salió del club sin ni siquiera molestarse en buscar a Babette.

Anduvo unas diez manzanas sobre aquellos altos tacones, y cuando

ya estaba casi en casa decidió entrar en un bar de lesbianas que había por allí cerca. Estaría bien, pensó, emborracharse en compañía de unas cuantas mujeres joviales. Y así fue, hasta que una conversación agradable que creía estar manteniendo se convirtió en una agria discusión, sin que ni siquiera se diera cuenta de cómo había ocurrido, sobre si las mujeres bisexuales eran o no unas cobardes mentirosas. Entonces se fue tambaleando a casa.

Al día siguiente, hacia el mediodía, contestó al teléfono poniendo una voz lo más débil y ronca posible para tratar de evitar la bronca de Babette con alguna excusa confusa. Al principio no reconoció su voz, ni siquiera cuando él mencionó el Christine's, y ya empezaba a sentirse molesto cuando por fin ella dijo «¡Ah, *hooola*!» con una voz agradablemente vacilante (para ella) que la hizo sentirse como una muñequita de película con el pelo revuelto y el rímel corrido en una cama medio deshecha. Él estaba por allí cerca y quería que fueran a comer juntos.

—Caramba, me encantaría, pero es que anoche salí hasta muy tarde y aún estoy en la cama y estoy horrible.

—Bueno, es una lástima. Quizá otro día.

—Espera. Tal vez podría… ¿Dónde estás?

Media hora más tarde estaba sentada con él en un elegante restaurante de lujo, con camareros con pantalón negro que se movían con pasitos cortos a su alrededor mientras una sinfonía de fondo identificaba el lugar como un refugio de la cultura occidental.

—Te llamé a casa pero no estabas y después tuve muchísimo trabajo. Se ha armado mucho revuelo con un par de manzanas del Village.

—Ya me he enterado —dijo ella—. De hecho, ojalá no estuvieran haciendo todo eso con el Village. Muy pronto será una zona terriblemente estéril.

—Puede ser —repuso él con naturalidad—. Pero también sería estéril, por no decir preciosista, que se mantuviera artificialmente el barrio viejo.

—Dejar un lugar en paz no es lo mismo que mantenerlo artificialmente. De todas maneras, esto es un desarrollo acelerado

artificialmente.

Discutió alegremente con él, haciéndole ver que ahora estaba contradiciendo la creencia que había expresado con anterioridad sobre que el gobierno debería gestionar la economía de manera que protegiera a los pobres.

—Sí, supongo que en eso tienes razón —dijo cuando ella terminó su breve discurso.

Esta rendición tan indiferente la dejó con sus poderosos argumentos apuntando tontamente a un blanco que se esfumaba, por lo que cambió de tema y le habló sobre lo ocurrido la noche anterior. A él le gustó especialmente la discusión cargada de alcohol con la lesbiana, y dijo «fabuloso» tres veces.

Trajeron los huevos en platos rectangulares. Los instrumentos de viento del hilo musical hablaban conmovedoramente de orden y decencia.

—¿Qué haces ahora que no estás en Christine's? —preguntó él—. ¿Estás trabajando o escribiendo?

—Ni una cosa ni la otra, en realidad. —Pensó: Estoy tratando de rehacer mi personalidad—. Estoy buscando trabajo, a ser posible alguna cosa de oficina. Quizá algo a media jornada.

—¿Has pensado en la posibilidad de trabajar en la redacción de un periódico?

—Ya lo intenté cuando acababa de llegar y no salió nada.

—¿Por qué no?

Ella se encogió de hombros.

—Supongo que no estaba realmente interesada.

Estuvo a punto de intentar explicarse algo más, pero en vez de ello decidió comerse los huevos. Se recordó a sí misma recién llegada a Nueva York, planificando nerviosamente el futuro. Vio los acontecimientos uno tras otro, enmarcados por un reborde negro como las viñetas de una historieta. La que veía más clara era la de cuando buscaba trabajo: allí estaba ella, la candidata de hombros caídos, frente al editor monótono de manos largas. Recordó su entrevista con el editor más respetado de la compañía editorial más prestigiosa de la ciudad.

—Claro que me acuerdo de Georgia Helman. —El hombre había puesto los ojos en blanco al mencionar a la mujer que había remitido a Stephanie a su despacho, una mujer que había estado dos años trabajando con él—. Un caso bastante patético. Si la contraté fue por hacerle un favor a un amigo. Estaba muy tocada por las drogas y los hombres, ya sabe. Pero hablemos de usted. —La miró como si ya hubiera estado muchas veces en su despacho—. Si realmente quiere ser escritora, no se venga a vivir a Nueva York. Acabará en algún cuchitril húmedo del East Village con rejas en las ventanas y… oh, no sé. —Hizo una mueca y agitó la mano en un gesto de repugnancia.

Ella le recordó que ya se había trasladado a Nueva York y él dijo:

—Bueno, en ese caso quizá debería probar en *The New Yorker*. Normalmente solo contratan a familiares y amigos, pero usted tiene un cierto aire, no sé… tan sano, tan del montón, que quizá les guste. Aquí yo ya tengo a mucha gente. ¿Quiere que vayamos mañana por la noche a tomar una copa?

Tenía que reconocer que gran parte de sus razones para buscar siquiera un trabajo era ganarse la aprobación de las personas que había conocido en Illinois, muchas de las cuales estaban viviendo en Nueva York y la consideraban una neurótica sin remedio que no servía para gran cosa.

Pensó en la última conversación que había tenido con una de esas personas, una ayudante de dirección de cine, mientras comían durante una pausa del rodaje.

—Stephanie —le había dicho—, simplemente tienes que cortarte el pelo. Ya sé que parece algo superficial, pero de verdad que esas cosas tienen importancia. Los editores son gente muy ocupada; solo pueden verte durante veinte minutos, así que se rigen por impresiones, y eso incluye el estilo. El pelo largo representa la universidad: ideales, búsqueda de uno mismo y todo eso. Aquí nadie lleva el pelo largo.

Y empezó a devorar metódicamente el montón de alubias refritas que tenía delante.

Pensó en Jackson, un examante al que había querido impresionar especialmente, y que estaba perversamente satisfecho de que ella nunca

hubiera logrado situarse profesionalmente. Recordó el extraño alivio que había sentido la primera vez que trabajó en la casa de citas, donde no tenía ninguna importancia tener un empleo de verdad, donde varones y hembras representaban la antigua, primaria y maravillosamente elemental danza de la copulación de forma anodina, previsible y tras concertar una cita.

—¿Te ocurre algo? —preguntó Bernard.

—Pensaba en alguien. —Vaciló—. Alguien a quien conocí en la universidad. Tuve una historia espantosa con esa persona y después no fui capaz de mantener relaciones sexuales durante un año. La primera vez que me acosté con alguien después de él fue con mi primer cliente de mi primera casa de citas.

—¡Me tomas el pelo!

Ella se rio.

—Suena como muy trillado, ¿verdad? Chica con el corazón destrozado por un canalla cruel se mete a prostituta.

—Tienes una vida de lo más melodramática —dijo él en tono afable.

—No es tan melodramática. Esas cosas ocurren. Quiero decir, ya lo he superado.

Bernard la acompañó andando hasta su edificio, pero para sorpresa de Stephanie no quiso subir a su apartamento, aunque a ella le habría gustado que lo hiciera. De hecho, no se acostaron juntos hasta la segunda vez que cenó con él. Todo transcurrió de manera tranquila y cariñosa. («No quiero hacerte daño», dijo él, refiriéndose a su problemático tamaño mientras estaba tumbado encima de ella y la agarraba firmemente por las caderas). La noche solo se echó a perder cuando al marcharse sacó su billetera y le tendió cien dólares.

Ella se lo quedó mirando, dolida.

—No lo quiero —dijo—. No es por esto por lo que estoy contigo.

Él pareció avergonzado.

—Ya sé que no estás conmigo por esto. Y tampoco es por lo que yo estoy contigo. Pero creo que deberías aceptarlo.

—No lo quiero.

Él se sentó en la cama.

—Stephanie, es muy sencillo. Yo tengo mucho dinero. Tú no. Necesitas dinero y yo puedo dártelo. Por favor, cógelo.

—No me diste dinero cuando salimos a cenar.

Buscó una explicación para eso, pero al final desistió.

—Está bien, la próxima vez que vayamos a cenar, te daré dinero.

—No lo cogeré.

—Si no lo coges, te lo mandaré por correo.

Finalmente lo aceptó porque resultaba menos pesado que discutir. Cuando él se hubo marchado, miró el billete que había quedado sobre la cómoda y pensó: Así que ahora esta es mi vida. Luego se levantó y lo metió en el bolso.

Las siguientes veces que se vieron no le pareció tan mal el asunto monetario. Incluso resultaba perversamente atractivo; eso le recordó a una amiga de Babette, Natalia, una morena imponente que quería ser actriz. Babette siempre le contaba a Stephanie, con cierto asombro sobrecogido, que Natalia coleccionaba hombres que le compraban ropa y le daban dinero y drogas. Si Bernard le comprara un vestido o algo así, quizá su relación parecería menos dudosa, pero a ella le gustaba su compañía, la complacía sexualmente y disfrutaba bastante con la novedad de la situación, probablemente mucho más que él. Dijo a sus amigas que se veía con un hombre casado que «a veces le daba dinero».

—Stephanie, eso me parece realmente estupendo para ti —le comentó Sandra—. A veces es bueno tener a alguien que simplemente viene a verte a tu casa y es amable contigo.

—Me gusta eso —dijo Bernard mientras la tenía abrazada—. Soy una persona que viene a verte a tu casa y es amable contigo.

Además, ya hacía tres semanas que se había ido de Christine's y aún no tenía trabajo, así que el dinero le venía bien. A veces eran cien, a veces doscientos o incluso trescientos; no dependía de nada, solo de su humor.

Los días empezaron a deslizarse pasivamente en una borrosa serie de sesiones de cine de tarde, galerías y clubes nocturnos. Babette le preguntaba si había empezado a escribir y ella decía que estaba tomando notas, lo cual era verdad. Estaba contenta de vivir sin rumbo

fijo, segura de que su inconsciente iba inconscientemente recopilando información.

Una tarde estaba tomando café en el Soho cuando Jackson entró en el bar. Andaba de la misma manera afectada, con los muslos juntos, la pelvis rígida, la barbilla levantada. La miró y ella le miró a él. Stephanie contuvo el aliento. Él la examinó rápidamente de pies a cabeza, y se sentó en el otro extremo del local sin responder al saludo que ella le había dirigido con la cabeza.

Pensó en algo que le había dicho Babette cuando Stephanie le contó su primera experiencia como puta. «Pero, Stephanie, ¿no te das cuenta de que esto es exactamente lo que Jackson dijo que harías? ¿Cómo has podido hacer que sea verdad esa idea tan horrible que él tenía de ti?».

Le explicó a Babette muy seria que aquello no tenía nada que ver con Jackson, y ella estaba convencida de que era así. Pero se sintió mal al pensar en la reacción de Jackson si alguna vez se llegaba a enterar. La última vez que le vio en Nueva York, ella le había llamado. Él le dijo que quedaran para almorzar, pero el almuerzo se convirtió en un vaso de plástico lleno de zumo de naranja en una cafetería mientras Jackson esperaba a que su colada saliera de la máquina en la lavandería. Dijo que no tenía mucho tiempo. Que tenía que encontrarse con los padres de su novia a las cinco. Los cuarenta minutos que duró la conversación estuvieron llenos de silencios y miradas dirigidas al suelo. «La gente está muy ocupada en Nueva York —dijo—. Yo reparto mi poco tiempo entre el trabajo y la vida social. Me doy cuenta de que mantengo una relación primaria con otros jóvenes profesionales».

Esa noche le habló a Bernard de su encuentro con Jackson, mientras estaban en un bar ruidoso bebiendo y comiendo sándwiches de beicon, lechuga y tomate.

—De alguna manera parece romántico —dijo él—. Se cruzaron en silencio entre la muchedumbre que llenaba la sala…

—Ha sido espantoso.

—¿Qué fue eso tan terrible que ocurrió entre vosotros dos?

Ella se encogió de hombros.

—Es difícil de explicar. Supongo que fue esa historia tan trillada de

la que te hablé. Yo le quería. Confié demasiado en él y él resultó ser una persona horrible. —Se dio cuenta de que Bernard se había distraído mirando a una rubia rolliza con pendientes de aro y botas blancas hasta medio muslo. Dejó de hablar hasta que él volvió a mirarla—. Pero era más complicado. Tenía mucho poder sobre mí. Él era bisexual… no te preocupes, en el test di negativo… y estaba saliendo con André al mismo tiempo que conmigo. A veces se levantaba literalmente de mi cama para irse con él. Después decidió que André y yo deberíamos ser amigos y que así podríamos salir los tres juntos.

—¿Cómo llevaste todo aquello? ¿Te gustaba?

—Bueno, formaba parte del montaje. Yo quería ser abierta, quería experimentarlo todo. Y quería a Jackson, o al menos eso creía. Al final acabé acostándome con los dos, y ahí fue donde se estropeó todo. Yo me asusté, Jackson decidió que era aburrida y me dejó. Eso es todo.

Bernard la miró más atentamente que nunca, con una sombra intensa, casi ávida, de algo que no pudo leer en sus ojos oscuros. Cogió la mano de ella por debajo de la mesa y la mantuvo firmemente apretada.

—Incluso después de que él se marchara de Evanston, sentía como si toda mi estancia allí estuviera marcada por mi historia con él. Allí todo el mundo sabía lo de nosotros tres. Fuera donde fuera, encontraba aquellas miradas. Jackson tenía muchos amigos que no eran precisamente las personas más compasivas del mundo… era angustioso.

—Pero una relación tan compleja, ¿no te hizo más interesante y misteriosa a ojos de los demás?

—No lo sé. Me importaba una mierda resultar más interesante y misteriosa. Yo solo deseaba que él me amara.

Durante un momento él puso una cara como si ella hubiera dicho algo verdaderamente extraño. Luego se le suavizó la expresión con ternura paternal. Le rozó la mejilla con la mano.

—Eres realmente una chica clásica —dijo—. No lo parece, pero lo eres.

Tres semanas después de empezar a salir con Bernard, un mes después de haberse marchado de Christine’s, ocurrió algo inesperado.

Alguien de una revista con quien se había entrevistado hacía tres años al llegar a Nueva York la llamó para un puesto de ayudante de redacción. Habían encontrado su currículum y los recortes del periódico estudiantil de Evanston en un antiguo fichero, y querían saber si estaba disponible. Era una publicación de arquitectura; no es que el tema le interesara demasiado, pero recordaba que era una revista bien escrita y con un diseño magnífico. Además, empezaba a estar desesperada por encontrar trabajo, así que fue a la entrevista y la contrataron al cabo de dos días.

Babette y Sandra opinaron que aquel empleo era lo más maravilloso del mundo. (Ahora Sandra ya no tenía que remontarse a la conexión de Stephanie con el *Voice* y podía presentarla diciendo simplemente que trabajaba «en una revista»). De hecho, Stephanie no estaba muy segura de que aquello fuera muchísimo mejor que trabajar en Christine's; hacía tiempo que había dejado de importarle ser «una joven profesional» para complacer a Jackson.

Mientras tanto, su extraña relación con Bernard empezaba a inquietarla. Aunque hablaban de muchas cosas, sus conversaciones eran más que nada corteses y parecían alimentar las fantasías que cada uno tenía sobre el otro. Sexualmente, seguían estando al mismo nivel. Ella no habría sabido decir si eso decepcionaba a Bernard o no. Y ahora que trabajaba para la revista, el asunto del dinero empezó a molestarla otra vez. No es alguien que simplemente viene a verme a mi casa y es amable conmigo, pensaba cuando estaba sola en la cama. Es alguien que me paga para que folle con él. Se vio a sí misma en Christine's, tumbada con medio cuerpo fuera de la cama, la cabeza boca abajo mirándose con paciente resignación en el espejo mientras algún zafio se la tiraba. Esa visión no encajaba en absoluto con la idea que tenía de sí misma sentada en su despacho de la revista, y era incapaz de separarlas.

A pesar de su ambigüedad, curiosamente se mostraba reacia a poner fin a aquella relación. Solo le veía una o dos veces por semana, él no era exigente, le gustaban los escritores que ella consideraba sus favoritos y, de algún modo, resultaba tranquilizador. De qué la

tranquilizaba, no lo sabía, pero estaba relacionado con aquella extraña sensación de que él la veía como una representante de la vanguardia más excitante… aunque también era de suponer que, si tenía dos dedos de frente, a esas alturas debía de haberse dado cuenta de que ella no era más que una criatura confusa y perdida.

—Me parece que ya sé por qué vas a sitios como Christine's —dijo ella.

—Soy todo oídos.

—Una de las veces que estaba allí, me quedé observando a Marissa, una chica flaca y no demasiado agraciada con unos ojos castaños inexpresivos. Era casi al final de la noche y ella estaba acuclillada en el suelo, con la falda subida hasta la cintura, contando el dinero con una expresión concentrada como de cachorrito peludo, y yo pensé en cómo debía verla alguien como tú, a pesar de su carácter desagradable: como un animalillo que se puede coger, acariciar, sentir y luego dejar en el suelo.

—Es fabuloso. —Parecía realmente divertido—. Tienes una manera maravillosa de expresar las cosas.

Ella pensó: Si vuelve a decir «fabuloso» esta noche, le doy un puñetazo en la nariz.

Era un frío anochecer de otoño. Hojas como garras con olor a ceniza se escabullían rumorosamente por la acera mientras ellos se dirigían al apartamento.

Iban callados y eso la ponía incómoda. Volvían de una cena que tenía que haber sido agradable, pero no lo había sido. Bernard había estado distraído y (lo había notado) aburrido de ella. Había flirteado sutilmente con la camarera, a lo cual ella había reaccionado con un despegado sentimiento de decepción, una sensación de celos fría y sin vida. Mientras subían las escaleras, tuvo la impresión de que se dirigían hacia un destino solo porque evitarlo suponía más esfuerzo que aceptarlo.

Una vez dentro del cálido apartamento, sin embargo, se sintió más a gusto en su compañía y percibió en él un cambio de humor similar. Se acurrucaron en la cama y empezaron a contarse breves anécdotas de

sus vidas. Él habló de una chica por la que había sentido auténtica pasión cuando iba a la universidad, una bailarina impetuosa de larga melena roja, y le contó cómo por fin la había seducido una noche después de una fiesta.

—Fue una de las experiencias más excitantes de mi vida. En el último momento le entró pánico y dijo: «No, deja que te lo haga con la boca».

—¿Por qué no quiso follar?

—Porque se sentía demasiado vulnerable y no quiso que la penetrara.

—¿Qué ocurrió?

—Bueno, me la tiré. —Pausa—. Y aquello fue el principio de una larga e intensa relación.

—¿Pensaste alguna vez en casarte con ella?

Vaya tontería, reflejó su expresión.

—No, no. Entonces yo no pensaba en esas cosas.

—¿Alguna vez sentiste una pasión como esa por tu mujer?

—No, en realidad no. Ella era con mucho la más hermosa de todas las mujeres con las que había estado, pero me atraía muchísimo menos que cualquiera de las otras. —Le tocó la punta de la nariz—. Te preocupa eso, ¿verdad?

Se besaron y se acariciaron, y aquella absurda cama crujió. Luego se separaron y empezaron a hablar de nuevo. Ella le contó la vez que el novio de su hermana había tratado de seducirla después de que hubieran reñido.

—¿Qué ocurrió? —preguntó él sonriendo.

—Nada. Yo no quise. Él no me gustaba y lo hacía claramente por despecho hacia mi hermana.

—Qué va. Probablemente no tenía nada que ver con eso.

—Bueno, quizá no. Creo que se sentía intrigado porque yo era una variación de ella.

—¡Exacto! —Lo dijo con un gran énfasis, como si ella hubiera dado en el clavo en un asunto importante—. Yo estuve a punto de seducir a la hermana de mi mujer la primera vez que nos separamos, pero los dos nos echamos atrás en el último momento, sobre todo ella. Estábamos en la mesa de la cocina, bebiendo ginebra. —Sonrió—. Pero está clarísimo

que el novio de tu hermana te deseaba. Un hombre las desea a todas.

Ella empezó a hablar de un antiguo amante suyo que le recordaba mucho a Bernard, pero mientras hablaba seguía imaginándoselo sobre las limpias baldosas del suelo de la cocina, tirándose a la rubia hermana de su rubia mujer. Le vinieron a la mente las historias del *New Yorker* sobre profesionales respetables que tenían aventuras extramatrimoniales. Cuanto más contemplaba la escena, más difícil se le hacía pensar en tener sexo con ese hombre… ese cliente. Sintió una súbita compasión por su mujer, sola en aquella cama individual, en aquella habitación separada, junto a la habitación de un hombre que las deseaba a todas. Empezó a sentir algo parecido a la culpa, y para ahuyentarlo comenzó a besarle. La cama crujió y él le abrió las piernas.

A partir de ese momento, la invadió la misma sensación de desapego que había sentido en el restaurante. Cuando todo terminó, hablaron un poco más, pero la conversación no fluía. Incluso discutieron con un sarcasmo inusual sobre si Nabokov era o no un buen escritor. Durante los silencios que se sucedieron, ella notó que él percibía el desagrado que de repente le profesaba. Le dio un poco de pena, porque él le gustaba, pero al mismo tiempo se sintió aliviada cuando él se levantó para marcharse. Cuando él le dijo: «Cuídate mucho», supo que no volvería a verle.

Hasta media hora después de que se fuera no se dio cuenta de que por primera vez no le había dejado dinero. Esto le produjo una reacción completamente inesperada; se sentó en la cama y rompió a llorar.

No habría podido decir por qué lloraba. Christine's, Brett, Jackson, su desgraciado y solitario primer año en Nueva York, Bernard el abogado… podía ser por todo eso, aunque no sabía si simplemente estaba echando mano de cualquier cosa que pudiera explicar su tristeza. Lloró hasta que estuvo segura de que ya había terminado. Luego se levantó, se puso los zapatos y salió a dar un paseo.

Hacía una noche preciosa, como de Halloween, y las calles estaban llenas de gente exultante. Caminó alegremente, admirando caras y cortes de pelo. Miraba personas y perros, coches y edificios, y todo le gustaba. Se paró frente a una tienda de comestibles coreana y

contempló la fruta. Se quedó sorprendida ante lo hermosa y pulcra que se veía amontonada de aquella forma tan tradicional. Se imaginó viniendo cada semana a comprar fruta, verdura, pan, cereales y leche, y decidió que era una buena idea. Se compró una manzana y se la comió mientras regresaba andando a casa.

SECRETARIA

La clase de mecanografía y secretariado se daba en una pequeña habitación del sótano del Business Building de la escuela pública local. La profesora era una mujer mayor con un pelo que le ondeaba en vagas nubecillas alrededor de las sienes y que llevaba unos kleenex doblados asomándole por la bocamanga del vestido para un futuro uso, probablemente nasal. Llevaba un cronómetro en una mano y ladeaba la cadera mientras nos observaba con ojos severos e imperiales sin importarle que se le viera barriga. La chica que estaba sentada delante de mí tenía unos rizos cortos y rubios sobre los hombros delgados. Cuando el tiempo era frío y seco, le salían disparados unos mechones solitarios.

Era una clase de dos horas con una pausa de diez minutos. Todo el mundo salía al pasillo durante la pausa, a buscar café o golosinas de las máquinas. Las chicas formaban grupitos y hablaban, mientras que los dos alumnos masculinos caminaban despacio arriba y abajo del corredor, encorvados y con el vaso de poliestireno en la mano, atisbando al pasar por los resquicios iluminados de las puertas de las clases de comercio.

Yo me iba al ventanal que daba al aparcamiento y me quedaba mirando las luces de la calle que se proyectaban sobre el capó de los coches.

Después de clase volvía a casa y dejaba los libros sobre la mesa del comedor, entre las sobras de la cena: servilletas hechas un rebujo, vasos de agua, un plato de judías verdes. El plato de mi padre siempre estaba ahí, con huesos roídos y restos de pimienta. Él se encontraba en la sala de estar con un plato de helado en el regazo, con la chaqueta del pijama puesta y el pelo levantado. «¿Cuántas pulsaciones por minuto has hecho esta noche?», preguntaba.

No era una pregunta descabellada, pero molestaba la forma previsible e impaciente de formularla. Reflejaba su manera de acumular detalles sin importancia y su miedo obsesivo a que yo pudiera acabar como mi hermana. Ella hacía ocho años que trabajaba en una residencia para gente retrasada. Llevaba tejanos y largos abrigos del ejército para ir al trabajo cada día. Cuando regresaba a casa, subía a su cuarto y se echaba en la cama. De vez en cuando bajaba y hacía un poco de broma o veía la televisión, pero no mucho rato.

Mi madre me acompañaba a buscar trabajo. Primero mirábamos los anuncios del periódico, los rodeábamos con círculos negros, los marcábamos con una X. El periódico pintarrajeado quedaba doblado en pliegues grises sobre la mesa del comedor y nosotras empezábamos a discutir.

—No soy agradable y no tengo don de gentes. No pienso contestar a un anuncio que pide a alguien así. Sería una estupidez.

—Tú puedes ser agradable. Y también puedes ser sociable cuando no te menosprecias.

—Yo no me menosprecio. A ti lo único que te interesa es creer que lo hago para tener algo de que hablar.

—Tiras piedras contra tu propio tejado, Debbie.

—Oh, mierda.

Cogí un envoltorio de caramelo y empecé a estrujarlo de mala manera. Tenía las manos rojas y ásperas. Por más crema que me pusiera.

—Venga, hemos empezado con mal pie.

—Cállate.

Mi madre cruzó las piernas.

—Está bien —dijo. Cogió la sección «Living» del periódico y volvió a desplegarla. Echó la cabeza hacia atrás y bajó los párpados. El labio superior era cada vez más hostil a medida que leía. Cogió la taza verde y bebió un sorbo de té.

—Soy fiable. Podría contestar a un anuncio que pidiera gente fiable.

—Sí que lo eres.

Acabamos cogiendo el coche. Notaba los dedos de los pies hinchados dentro de los zapatos de tacón. Mi madre y yo usábamos la caja de kleenex floreada de la guantera y metíamos los pañuelos usados en una bolsa marrón que había entre los dos asientos. Había mucho tráfico en los dos carriles. Pasamos por delante de la tienda de dónuts Amy Joy. Aún no habían puesto la letra Y en la Amy del letrero.

Primero paramos en Wonderland. Había una vacante en el departamento administrativo de Sears. El hombre que estaba allí tenía una nariz larga e inquisidora, y se cogía blandamente las manos apoyadas sobre la mesa. Casi no apartó la mirada de las manos. Dijo que me llamaría y yo supe que no lo iba a hacer.

De vuelta al aparcamiento pasamos por delante de una tienda de mascotas. Solo había hámsteres, peces y unos pájaros amarillos de aspecto agotado. Nos paramos a mirar los grupos de pececillos que iban de un lado a otro de la pecera de agua densa y verde. Había estado en esa tienda cuando tenía diez años. Acababan de inaugurar la galería comercial y fuimos toda la familia a dar una vuelta. Mi hermana, Donna, quiso entrar en la tienda de mascotas. Dentro hacía mucho calor y estaba húmedo, y olía a pelo de animal y a hámster. Cuando salimos, se notaba la diferencia de temperatura. Dije que tenía frío y Donna se quitó la chaqueta de cuero blanca, y, al ponérmela por encima, dejó su mano sobre mi hombro izquierdo durante un rato. Nunca me había tocado así antes y nunca más volvió a hacerlo.

La siguiente visita fue a una oficina de información fiscal en un altísimo edificio con una franja verde. Me dieron un test de inteligencia que en su mayor parte era de ortografía y de «¿Qué es incorrecto en esta frase?». La mujer salió sonriente de su despacho con mi test en la mano.

—Has obtenido la mejor puntuación de todos los candidatos que he entrevistado —dijo—. Realmente estás demasiado cualificada para este trabajo. No te supondría ningún estímulo. Te aburrirías como una ostra.

—Quiero aburrirme —dije yo.

Ella se rio.

—Oh, no lo creo.

Mantuvimos una agradable charla acerca de lo que la gente espera de su trabajo y luego me marché.

—Bueno, supongo que no te sorprenderá haber sacado la mejor puntuación —dijo mi madre.

Fuimos a la panadería francesa de Eight-Mile Road y compramos unas pastas llamadas orejas de elefante. Nos las comimos directamente de la bolsa por el camino. Me sentía tan cómoda que me habría pasado todo el día dando vueltas en el coche.

Luego fuimos al bufete de un abogado en Telegraph Road. Era un edificio retranqueado de ladrillo naranja. No había ninguna casa ni ninguna tienda en los alrededores, solo un aparcamiento y unos cuantos abetos tiesos que parecían recién cepillados. Mi madre se quedó en el coche. Sonrió, cogió un crucigrama y se concentró en él sin dejar de sonreír.

El abogado era un hombre bajo de ojos oscuros y brillantes y hombros rígidos y macizos. Me dio la mano con un apretón indiferente y agresivo. Me pareció que podría haberme introducido la mano entre las costillas, agarrarme el corazón, estrujarlo un poco para ver cómo era y luego soltarlo.

—Pase a mi despacho —dijo.

Nos sentamos y clavó los ojos en mí.

—No es un gran trabajo —dijo—. Tengo una pasante que se dedica a la investigación y al papeleo, la corrección de pruebas la hace una agencia. Así que todo lo que necesito es una mecanógrafa presentable que sea capaz de llegar puntual al trabajo y de contestar al teléfono.

—Yo puedo hacer eso —dije.

—Es un trabajo poco interesante —dijo.

—Me gustan los trabajos poco interesantes.

Se me quedó mirando, los ojos entrecerrados por la reflexión.

—Hay algo en usted —dijo—. Es hermética, rígida. Un poco como un muro.

—Lo sé.

Mi respuesta le sorprendió y sus ojos entornados se fueron abriendo.

Echó la cabeza hacia atrás y me miró, sus brillantes ojos de nuevo al descubierto.

—¿Se relaja usted alguna vez?

Las comisuras de mis labios se tensaron en un intento de sonrisa.

—No lo sé. —Me sudaban las manos.

Su secretaria, la que dejaba el puesto, me llamó al día siguiente para decir que me daban el empleo. Tenía una voz serena, monótona y absolutamente desprovista de inflexiones.

—Este curso de mecanografía ha sido realmente rentable —dijo mi padre—. Has hecho una buena inversión. —Entraba y salía del comedor nervioso y satisfecho, con el vaso de cerveza en la mano—. El despacho de un abogado puede ser un lugar fascinante. —Irguió la barbilla y se rascó el cuello.

Donna incluso bajó e hizo palomitas de maíz, y luego las puso en un gran cuenco amarillo sobre la mesa para que todos comieran. Ella lo hacía de manera indolente, acercando muy despacio su mano grandota al cuenco.

—Puede estar bien. Puede que vaya gente interesante. Aunque lo más probable es que ese abogado sea un gilipollas.

Mi madre estaba sentada en silencio, satisfecha del papel que había desempeñado en la búsqueda de trabajo, cogiendo puñados de palomitas con los dedos y metiéndoselos rápidamente en la boca.

Esa noche puse sobre una silla la ropa nueva para ir al trabajo y me la quedé mirando. Una falda marrón y una blusa beige. Me atraía aquella ligera fealdad, pero no sabía cuánto duraría. Miré aquellas formas grisáceas a la luz de la noche y luego me di la vuelta hacia el rincón oscuro de la cama.

El entusiasmo de mi familia hacía que mi actitud respecto al nuevo trabajo fuera un tanto sarcástica; de hecho, lo era respecto a todo aquello que implicara esfuerzo. En vista de su entusiasmo, la única manera inteligente de actuar parecía ser el inmovilismo y la tosquedad. Pero por la mañana, mientras me comía los huevos escalfados con

tostadas, no pude evitar sentir una cierta curiosidad y nerviosismo. Ese sentimiento aumentó mientras iba en el coche con mi madre hacia el edificio retranqueado de color naranja. Tenía la sensación de estar consiguiendo algo. Y quería hacerlo bien. Cuando pasamos por delante de la tienda de dónuts Amy Joy vi, a través de la pared acristalada, a unos alegres obreros de la construcción con pesadas botas y chaquetas que estaban sentados en taburetes de vinilo esperando el café y las bolsas de dónuts. Dediqué algunas consideraciones sentimentales a la clase obrera y a lo agradable de hacer un trabajo en el que no hay que pensar. Me sentí satisfecha de ser como ellos, en la medida en que yo lo era. Le devolví la sonrisa a mi madre cuando bajé del coche y le dije «Gracias» cuando me deseó «Buena suerte».

—Bueno, ya está aquí —dijo el abogado. Dio una palmada sonora con aquellas pequeñas manos, cortas y macizas—. En punto. ¡Buenos días!

Empezó a enseñarme cuál era mi trabajo y siguió haciéndolo durante toda la semana. No vino nadie interesante a la oficina. En realidad casi no vino nadie. Durante la primera semana solo tres personas. Una era una mujer nerviosa de mediana edad que llevaba un corte de pelo desigual y unas botas infantiles de goma de color lavanda. Se sentó en el borde de la silla de la sala de espera con las botas de goma muy juntas y se puso a ordenar el contenido del bolso. La otra era una mujer gorda con un vestido chillón en forma de saco, que tenía amarillento el blanco de los pequeños ojos fieros y que empuñaba el bolso como si fuera un arma. El último fue un hombre que se había sentado con la cabeza desesperadamente girada, como si quisiera despegarla del tronco. Le oí levantar la voz dentro del despacho del abogado. Cuando se marchó, el abogado salió y dijo: «Está completamente loco», y me pidió que mecanografiara una factura por valor de quinientos dólares.

Todos los que se sentaban en la sala de espera parecían visitantes importunos y casuales. Todos se removían nerviosamente. Los viejos y elegantes sillones y el mullido sofá tapizado también se veían fuera de lugar en medio de la rígida modernidad de la estancia. El macizo escritorio de roble que yo ocupaba tenía un aspecto idiota colocado ahí

junto a una pared cubierta de estuco beige. Las plantas melancólicas que estaban delante de mí daban la sensación de pesar mucho para ser plantas, aun cuando una de ellas era ligera y frondosa.

Me sorprendió que alguien como el abogado, que parecía ser una persona de mente organizada y bien amueblada, tuviera una oficina como aquella. Pero me sentía cómoda allí. Aquella mezcla era como un nido hecho con trapos aún aprovechables, amontonados apretadamente para dar calor. Las dos primeras semanas transcurrieron plácidamente. Yo disfrutaba de la monotonía de los días, de la repetición de los movimientos, de las breves y corteses interacciones entre el abogado y yo. Disfrutaba viendo cómo imponía con insensata confianza su sentido de la existencia sobre mí. Decía «Cópieme esta carta», y mi sensibilidad se contraía hasta que las abstracciones de la realización y la producción se materializaban en el mecanografiado de aquella carta. Me sentía útil.

Mi madre venía a buscarme cada día. Normalmente antes de ir a casa parábamos en el A&P a comprar una barra de pan francés, cerveza y salchichas para mi padre. Cuando llegábamos a casa, yo subía a mi habitación, me quitaba la falda y la blusa y las dejaba tiradas en el suelo. Me metía en la cama de sábanas revueltas con la ropa interior y los pantis puestos y escuchaba a mi padre chillándole a mi madre hasta que me quedaba dormida. Me despertaba cuando Donna aporreaba la puerta y gritaba: «¡A cenar!».

Entonces bajaba con ella y me sentaba a la mesa. Todos mirábamos las noticias en la televisión mientras comíamos. Mi madre ponía una expresión marchita y ensimismada. Mi padre se encorvaba sobre el plato como un animal se abalanza sobre su comida.

Después de cenar, yo me iba arriba a escuchar discos y escribir en mi diario, o a jugar al parchís con Donna hasta que era hora de acostarse. Me dormía mirando la falda y la blusa que iba a ponerme al día siguiente. Me despertaba mirando el caniche de cerámica que se suponía que debía volverse rosa, azul o verde según el tiempo que hiciera, pero que solo se había vuelto gris una vez y gris se había quedado. Oía a mi padre en el cuarto de baño, el parloteo de la radio, el agua, el ruido del vaso al depositarlo encima del lavabo, el chirrido y

el chasquido del botiquín al cerrarse. Donna esperaba delante de mi puerta a que él terminara, murmurando «mierda» o algo parecido.

Echando la vista atrás, no sé por qué aquella época fue tan satisfactoria, pero la verdad es que lo fue.

El primer día de la tercera semana, el abogado salió de su despacho, más rígido de lo habitual, los ojos brillándole de una manera peculiar e inquietante. Llevaba una de mis cartas en la mano. La puso sobre mi mesa, justo delante de mí.

—Mire esto —dijo.

Lo hice.

—¿Qué? —pregunté.

—En esta carta hay tres faltas de mecanografiado, una de las cuales, diría yo, es una falta de ortografía.

—Lo siento.

—Y no es la primera vez. Ha hecho otras que he dejado pasar porque eran sus primeras semanas. Pero esto no puede seguir así. ¿Se da cuenta de lo mal que quedo yo ante las personas que reciben estas cartas?

Le miré, mortificada. La catástrofe había estado oculta entre los pliegues de mi satisfacción durante dos semanas y él ni siquiera me lo había dicho. Parecía algo injusto, aunque, pensándolo bien, entendía su reticencia, su vergüenza incluso, a llamarme la atención sobre algo tan estúpidamente desagradable.

—Cópiela otra vez.

Lo hice, pero estaba tan alterada que cometí aún más errores.

—Me está haciendo perder el tiempo —dijo, y volvió a dármela.

Esa tercera vez la escribí correctamente, pero el resto del día el hombre estuvo de mal humor en su despacho.

Siguió ocurriendo lo mismo durante toda la semana. Cada vez eran mayores la irritación y la desconfianza del abogado. Además, yo notaba cómo crecía otra cosa en su interior, un sentimiento profundo que trepaba desde uno de sus rincones más oscuros, alimentado por la sensación de que había descubierto algo acerca de mí.

Yo estaba muy deprimida por la situación. Por la tarde, cuando

regresaba a casa, no podía descabezar el sueño habitual. Me quedaba allí tumbada, mirando el caniche de cerámica gris e imaginando que tenía una conversación con el abogado que dejaría las cosas claras, en la que le explicaría que me estaba esforzando para hacer mi trabajo lo mejor posible. Daba la impresión de que él creía que cometía las faltas a propósito.

Al final de la semana empezó a quejarse por la manera en que atendía al teléfono.

—Es usted como una máquina —dijo—. Parece como si hablara desde la Dimensión Desconocida. No piensa cuando responde a la gente.

Cuando me pidió que fuera a su despacho al final de la jornada, pensé que iba a despedirme. La idea suponía un alivio, pero también un jarro de agua fría. Me senté y me clavó una mirada que era especulativa pero benigna, viniendo de él. Se arrellanó en la silla, con una mano colgándole desde la muñeca. Me quedé de piedra cuando empezó a hablarme de mis problemas tal como él los veía.

—Tengo la sensación de que es usted una buena persona pero muy compleja, con cambios bruscos de estados de ánimo que se empeña en mantener ocultos. Cierra la casa y hace como si no hubiera nadie dentro.

—Es verdad —dije—. Lo hago.

—Bueno, ¿y por qué? ¿Por qué no se abre un poco? Probablemente la ayudaría a hacer mejor su trabajo.

No es en absoluto de su incumbencia, pensé.

—Debería tratar de hablar más. Ya sé que soy su jefe y que tenemos una relación preestablecida, pero debería sentirse con libertad suficiente como para hablar conmigo de sus problemas.

La idea de hablar con él de mis problemas resultaba ridícula.

—Es difícil imaginarse ese tipo de conversación con usted —dije. Vacilé—. Usted tiene una personalidad muy fuerte y… cuando me encuentro con una personalidad así, me echo atrás porque no sé cómo lidiar con ella.

La respuesta le complació visiblemente, pero dijo:

—No debería ser tan tímida.

Cuando más tarde pensé en esta conversación me pareció, por un lado, que el abogado no era más que un gilipollas. Por el otro, sus comentarios eran extrañamente conmovedores y habían dado como resultado que yo me sintiera muy susceptible. Nadie me había hecho unos comentarios tan personales en toda mi vida.

Al día siguiente hice otra falta. La conversación tan personal que habíamos mantenido el día antes hizo que la falta le resultara aún más repulsiva, pues se puso más furioso de lo habitual. Yo deseaba que me despidiera. Estuve a punto de sugerirlo, pero no dije nada. Permanecí allí sentada contemplando la carta mientras él gritaba:

—Pero ¿qué es lo que le pasa?

—Lo siento —dije.

Se quedó un momento callado. Luego dijo:

—Venga a mi despacho. Y traiga la carta.

Le seguí a su despacho.

—Ponga la carta sobre la mesa —dijo.

Así lo hice.

—Ahora inclínese de manera que la carta le quede delante de los ojos. Apoye los codos encima de la mesa y acerque la cara a la carta.

Aturdida y confusa, hice lo que me decía.

—Ahora lea la carta para usted misma. Siga leyéndola una y otra vez.

Leí: «Apreciado señor Garvy: Le estoy muy agradecido por haberme remitido…». Empezó a azotarme en el trasero mientras decía «remitido». Lo más curioso era que yo ni siquiera estaba sorprendida. De hecho seguí leyendo la carta, aunque me costaba comprenderla. Me eché a llorar y las lágrimas hicieron que se corriera la tinta. La palabra «humillación» me vino a la mente con tanta fuerza que bloqueó de forma poderosa todas las demás palabras. Además, comprendí que el concepto que representaba había sido una fuerza mayor en mi vida durante bastante tiempo.

Siguió pegándome durante unos diez minutos, creo. Solo leí la carta unas cinco veces, en parte porque pronto quedó demasiado mojada para ser legible. Cuando paró, dijo:

—Ahora póngase derecha y vaya a copiar la carta otra vez.

Me fui a mi mesa. Él cerró la puerta del despacho tras de sí. Me senté, me soné y me sequé la cara. Estuve unos minutos mirando al vacío, mortificándome de vez en cuando por el hormigueo que sentía en las nalgas. Escribí la carta de nuevo y se la llevé a su despacho. No levantó la mirada cuando se la dejé sobre la mesa.

Volví a salir y me senté, pensando en sumirme en un estado de estupor de algún tipo. Pero entró un cliente y no pude. Tuve que llamar al abogado por el interfono y comunicarle que había llegado el cliente. «Dile que espere», replicó bruscamente. Cuando le dije al cliente que esperara, se acercó a mi mesa y empezó a hablar conmigo.

—Ya he estado antes dos veces aquí —dijo—. ¿Se acuerda de mí?

—Sí, claro —dije.

Era un hombre de mediana edad, bajito y de aspecto rígido, que tenía unas pequeñas manos inquietas y una pálida cicatriz sobre el labio que le llegaba hasta la barbilla. La cicatriz no le daba aspecto de duro; era demasiado nervioso para tener aspecto de duro.

—Nunca pensé que pudiera ocurrirme algo así —dijo—. Nunca pensé que iría alguna vez al bufete de un abogado, y sin embargo esta es la tercera vez que vengo. Y no he conseguido absolutamente nada. Siempre he odiado a los abogados.

Me miró como si esperara que me sintiera ofendida.

—Eso le ocurre a mucha gente —dije.

—O hacía esto o me cargaba a esos malditos desgraciados del piso de al lado, y de todas maneras habría tenido que acudir a un abogado para que me defendiera. ¿Está al tanto de la historia?

Lo estaba. El hombre quería demandar a sus vecinos porque tenían un perro que «ladraba todo el santo día». Le dejé que me lo contara. Fue extraño, pero esa breve conversación me hizo recuperar la calma. Todo parecía completamente normal cuando el abogado salió de su despacho para saludar al cliente. Me fijé en que llevaba mi carta en la mano. Un momento antes de darse la vuelta para acompañar al cliente me la tendió sonriendo. «Muy bien la carta», dijo.

Cuando volví a casa esa noche, todo era igual que antes. Mi vida no

se había alterado por el incidente, exceptuando un ligero aumento en el distanciamiento entre mi familia y yo. Ni siquiera tenía el trasero rojo cuando me lo miré en el espejo del cuarto de baño.

Pero cuando me acosté y pensé en lo que había ocurrido, me excité. De hecho, estaba más excitada de lo que nunca había estado en mi vida. Tampoco me extrañó. Me sentía aturdida, abotargada; tenía la sensación de que nunca más podría mantener una conversación normal con nadie. Me masturbé despacio, para postergar el clímax lo más posible. Pero no hubo clímax, aunque lo intenté durante mucho rato. Luego no pude dormir.

Ocurrió dos veces más durante la semana y media siguiente. Una semana después, cuando cometí una nueva falta, no me azotó, sino que hizo que me inclinara sobre su mesa, mirara la errata y repitiera «Soy tonta» durante varios minutos.

Por lo demás, nuestra relación no cambió. Por la mañana seguía mostrándose enérgico y amable. Y como parecía tan seguro de sí mismo, yo no podía evitar comportarme con él como si continuara siendo el mismo jefe dominante pero al mismo tiempo afable. Sin embargo, no volvió a invitarme a hablarle de mis problemas.

Empecé a tener sueños recurrentes con él. En uno, el más frecuente, íbamos caminando por un campo de grandes amapolas rojas. Hacía un día radiante y cálido. Nos sonreíamos y entre nosotros había una inmensa sensación de buena disposición y de libertad. Él me miraba y decía: «Ahora te comprendo, Debbie». Luego nos cogíamos de la mano.

Una vez me sentí turbada por lo que estaba pasando en la oficina. Era la hora de cenar y mi padre estaba preocupado por algo que le había ocurrido en el trabajo. Le oía vociferar en el salón mientras mi madre trataba de calmarle. Gritaba:

—¡Preferiría trabajar en un circo! ¡En uno de esos sitios donde uno mete la cabeza por un agujero y la gente paga para lanzarle porquerías!

—Ya no hay esas cosas en los circos —dijo mi madre—. Tranquilízate, Shep.

Cuando bajé a cenar, todo había vuelto a la normalidad. Miré a mi padre y experimenté una repugnante sensación de amor mezclado con

desprecio y pánico.

La última vez que hice una errata y el abogado me llamó a su despacho, ocurrieron dos cosas insólitas. La primera fue que después de pegarme me dijo que me subiera la falda. El miedo se apoderó de mi estómago y me subió por el pecho. Giré el cuello y traté de mirarle.

—No tendrás miedo de que te viole, ¿verdad? —dijo—. No te preocupes, no me interesa en lo más mínimo. Súbete la falda.

Volví a bajar la cabeza. Pensé: No tengo por qué hacer esto. Puedo cortarlo ahora mismo. Puedo levantarme y marcharme. Pero no lo hice. Me subí la falda.

—Bájate los pantis y las bragas.

Una sensación de náusea me revolvió el estómago.

—Ya te he dicho que no voy a follarte. Haz lo que te he dicho.

La cara y el cuello me ardían, pero sentía las yemas de los dedos helados sobre mis piernas mientras me bajaba las bragas y las medias. La carta que tenía delante se distorsionó hasta ser irreconocible. Creí que iba a desmayarme o vomitar, pero no ocurrió ninguna de las dos cosas. Me mantenía en una especie de suspensión vertiginosa, como la que tengo en los sueños cuando puedo volar pero solo si estoy en una postura especial.

Primero no me pareció que hiciera nada. Luego noté un ligero frenesí de energía consumiéndose detrás de mí. Parecía como cuando un animalillo salvaje escarba frenéticamente entre la basura con sus pequeñas garras y dientes. Mis caderas quedaron rociadas de una porquería caliente y pegajosa.

—Ve a limpiarte —dijo—. Y copia la carta otra vez.

Me levanté despacio y dejé que la falda cayera por encima de aquella sustancia pegajosa. Él abrió enérgicamente la puerta y salí del despacho, sin ni siquiera subirme las medias, ya que de todas maneras iba a lavarme al cuarto de baño. Cerró la puerta detrás de mí y ocurrió la segunda cosa insólita. Susan, la pasante, estaba de pie en la sala de espera con una cómica expresión en la cara. Era una rubia que llevaba unos suéteres cortos de angora y bisutería dorada alrededor del cuello. En sus momentos de mayor cordialidad se le pegaba a la voz un tono

gimoteante y abrasivo. Ahora apenas podía decir «Hola». Sus labios estúpidamente carnosos estaban entreabiertos con gesto especulativo.

—Hola —dije—. Un momento.

Ella se dio cuenta de mi manera de andar tan extraña a causa de las medias medio bajadas.

Entré en el cuarto de baño y me lavé. No me sentía incómoda. Hacía los gestos mecánicamente. Quería que esa tonta se fuera de la oficina cuanto antes para volver al cuarto de baño y masturbarme.

Susan terminó lo que había venido a hacer y se marchó. Me masturbé. Volví a copiar la carta. El abogado estuvo todo el día metido en su despacho.

Cuando mi madre vino a recogerme esa tarde, me preguntó si estaba bien.

—¿Por qué lo preguntas?

—No lo sé. Te veo un poco extraña.

—Estoy tan bien como siempre.

—Pues eso no suena nada bien, querida.

No respondí. Mi madre subía y bajaba las manos sobre el volante, aferrándolo nerviosamente.

—¿Quieres que paremos en la panadería francesa a comprar orejas de elefante? —preguntó.

—No quiero orejas de elefante. —Mi voz sonó inesperadamente desagradable. Casi me entraron ganas de llorar.

—Está bien —dijo mi madre.

Cuando me eché en la cama para dormir un rato, noté mi cuerpo denso y pesado, como si hubiera de resultar muy difícil volver a moverlo, lo cual ya me estaba bien, pues no tenía ninguna intención de moverme. Cuando Donna aporreó la puerta y gritó: «¡A cenar!», no respondí. Asomó la cabeza y me preguntó si estaba dormida, y yo le dije que no tenía ganas de comer. Me sentía tan exánime que creí que iba a quedarme dormida, pero no pude. Me quedé despierta oyendo las discusiones y la televisión, y luego las idas y venidas al cuarto de baño.

Llegó la hora de acostarse, los cajones se abrieron y cerraron ruidosamente, hubo portazos, mi padre se adormecía con el murmullo de la radio. Los números color naranja de mi despertador marcaban la una y media. Pensé: Debería quitarme estos pantis y las bragas. Me senté en la cama y miré hacia la calle fría y gris por la ventana. Los arbustos de enfrente tenían un aspecto aterido y triste. Pensé en aquella época de hacía un año en que no podía dormir porque creía que alguien iba a entrar en la casa y matarnos a todos. Con el tiempo aquel miedo fue desapareciendo y pude volver a dormir tranquila. Me tumbé boca arriba sin quitarme la ropa y me abrigué bien con una manta fina. Más pronto o más tarde, pensé, me quedaría dormida. No tenía más que esperar.

Pero no me dormí, aunque me quedé con la mente en blanco durante largos y horribles periodos de tiempo. Pasaron las horas; la habitación se volvió gris. Empecé a oír los ruidos de la mañana: la cadena del váter, las toses, el reniego malhumorado de Donna. Antes, había veces en que me despertaba temprano y me quedaba en la cama escuchando a mi familia mientras trataba de organizarse torpemente para el día. La mayoría de las veces, aquellos ruidos me causaban una aversión irracional. Esa mañana estaba desesperada y sentía nostalgia de ellos, absolutamente convencida de que nunca en mi vida volvería a sentirme cerca de mi familia. Mis fosas nasales se llenaron de lágrimas que no llegaron a los ojos.

Mi madre llamó a la puerta.

—¿No vas a llegar tarde?

—No voy a ir al trabajo. No me encuentro bien. Llamaré por teléfono.

—Ya lo haré yo. Tú quédate en la cama.

—No, soy yo la que tiene que llamar.

No lo hice. El abogado tampoco llamó a casa. No fui ni telefoneé al día siguiente, ni al otro. El abogado tampoco. Me sentía ligeramente dolida porque no hubiera llamado, pero la sensación de alivio era mayor que mi dolor.

Después de pasarme cuatro días en casa, mi padre me preguntó si no

me preocupaba el hecho de faltar tanto tiempo al trabajo. Le dije que lo había dejado, delante de Donna y de mi madre. Mi padre se quedó de piedra.

—No has sido muy lista que digamos. ¿Qué vas a hacer ahora?

—Me da lo mismo —dije—. El abogado era un cabrón.

Y, ante el incómodo desconcierto de mi familia, me eché a llorar. Salí del comedor y todos se me quedaron mirando mientras subía las escaleras con paso decidido.

Al día siguiente, a la hora de cenar, mi padre dijo:

—No te desanimes porque te haya salido mal el primer empleo. Hay otras muchas posibilidades ahí fuera.

—No tengo ganas de pensar en otro trabajo ahora.

Hubo malas caras alrededor de la mesa.

—Vamos, Debbie, no vas a tirar por la ventana todo lo que has conseguido con ese curso de mecanografía —dijo mi padre.

—Yo la comprendo perfectamente —dijo Donna—. Estoy harta de trabajar para cabrones.

—Joder —dijo mi padre—. Si yo hubiera tenido que dejar todos los trabajos que he tenido por ese motivo, os habríais muerto todas de hambre. Quizá eso es lo que debería haber hecho.

—¿Qué ocurrió, Debbie? —preguntó mi madre.

—No quiero hablar de eso —dije, y me fui del comedor otra vez.

Después de aquello parecieron darse cuenta, con su intuición para las cosas desagradables, de que había ocurrido algo horrible, porque no se habló más del asunto.

El abogado me envió por correo el último cheque. Llegó con una carta que decía: «Siento mucho lo que ocurrió entre nosotros. Me he dado cuenta de la terrible equivocación que cometí con usted. Solo me queda esperar que lo comprenda y no empeore esta ya de por sí desagradable situación comentándolo con otras personas. Mis mejores deseos». En la posdata me aseguraba que podía contar con que daría unas referencias excelentes. El cheque era por valor de trescientos

ochenta dólares, unos doscientos y pico más de lo que me debía.

Estuve a punto de romperlo en pedazos, o de devolvérselo por correo al abogado. Pero no lo hice. Doscientos dólares valían más entonces que ahora. Con eso y el dinero que tenía en el banco ya podía pagar la fianza para el alquiler de un apartamento y todavía me sobraba. Subí a mi habitación y anoté «380» en la columna de ingresos del talonario de cheques. No me sentía como una puta ni nada parecido. Consideraba que estaba haciendo lo que debía hacer. Miré con satisfacción la cifra total de mi cuenta. Luego bajé al comedor y pregunté a mi madre si quería ir a comprar orejas de elefante.

Durante las dos semanas siguientes me olvidé de la idea de buscar un nuevo trabajo o de irme a vivir sola. Dormía hasta el mediodía sin oír los ruidos de la mañana. Me levantaba, comía cereales y ponía el lavavajillas. Veía la gris sucesión de viejas comedias televisivas. Hacía crucigramas. Me echaba en la cama entre el lío de colchas y mantas suaves y me masturbaba dos, tres, cuatro veces seguidas, siempre pensando en aquello.

Todavía estaba en esa fase cuando un día mi padre me plantó el periódico debajo de las narices y dijo: «¿Has visto a qué se dedica tu antiguo jefe?». Había un pequeño artículo sobre las próximas elecciones municipales en Westland. Se presentaba para alcalde. Cogí el periódico que me tendía mi padre. Por primera vez sentí una clara repugnancia por el abogado. En Westland no había más que centros comerciales, tiendas de dónuts y un enorme y espantoso teatro con un volcán artificial en la entrada. ¿Qué clase de imbécil podía desear ser alcalde de Westland? Una vez más, me fui del comedor.

A la semana siguiente recibí una llamada telefónica. Era una voz de hombre, una voz dulce, perspicaz, como de condolencia.

—¿Señorita Roe? —dijo—. Espero que perdone esta llamada inesperada. Soy Mark Charming, del *Detroit Magazine*.

No dije nada. La voz prosiguió, más insegura:

—¿Puede hablar, señorita Roe?

No había nadie en la cocina, y mi madre estaba pasando el aspirador en la habitación de al lado.

—¿Hablar de qué? —pregunté.

—De su anterior jefe. —La voz le salió ligeramente más áspera al decir estas palabras, pero inmediatamente volvió al tono de condolencia—. Por favor, no se asuste ni se preocupe. Ya sé que esta llamada puede ser molesta para usted, y soy consciente de que debe de parecer una intromisión. —Hizo una pausa para que yo pudiera reírme o algo parecido. No lo hice, y su voz se volvió más cautelosa—. Verá, estamos elaborando un reportaje sobre su exjefe a raíz de su candidatura a la alcaldía. Por decirlo de una manera suave, creemos que no debería de ningún modo presentarse para un cargo público. Opinamos que sería algo muy contraproducente para toda el área de Detroit. Tiene una reputación terrible, señorita Roe… cosa que no debe sorprenderla demasiado. —Hubo otra pausa cautelosa que yo tampoco llené—. Señorita Roe, ¿sigue ahí?

—Sí.

—Todo esto viene a raíz de que tenemos razones para creer que usted podría revelar alguna información sobre su exjefe que resultaría muy perjudicial para su carrera. Esta información no estaría en ningún momento relacionada con su nombre. Utilizaríamos un seudónimo. Su privacidad se vería absolutamente respetada.

Se apagó el aspirador y me rodeó el silencio. Se me hizo un nudo en la garganta.

—¿Necesita un poco de tiempo para pensárselo, señorita Roe?

—Ahora no puedo hablar —dije, y colgué.

No podía cruzar la sala de estar porque mi madre me habría preguntado quién había llamado, así que bajé al sótano. Me senté en un sofá mohoso con los muelles rotos, ajena a los ciempiés que corrían por allí. Apoyé el mentón en la rodilla y contemplé los cajones con los viejos libros en rústica de mi padre, y el montón de cajas de plástico de la Barbie llenas de accesorios y vestuario de la Barbie con el que Donna y yo solíamos jugar en el porche de la entrada. Un pie y un trozo de pantorrilla sobresalían blancos y tiesos de una caja azul celeste, con aire desvalido y conmovedoramente rígido.

Por alguna razón recordé aquella vez, hacía algunos años, que mi

madre me llevó a un psiquiatra. Una de las preguntas más obvias que me hizo fue: «Debbie, ¿has tenido alguna vez la sensación de que estás fuera de ti misma, casi como si de hecho pudieras verte desde otro lugar?». No la había tenido antes de aquel día, pero después sí. Y la verdad es que no era una sensación nada desagradable.

OTROS FACTORES

Constance quedó desconcertada por su encuentro con Franklin en el East Village, en parte porque dos años antes él se había pasado toda una semana tratando ardientemente de seducirla y después la había dejado de repente para casarse con una novia cuya existencia ignoraba. Pero había otros factores.

—¡Constance! —gritó él—. ¡Dios mío, qué alegría encontrarte! ¡Estás muy bien! ¡Bueno, la verdad es que estás espléndida!

La última vez que le había visto fue en la fiesta de la boda de él; Franklin había estado moviendo los labios al son de Grand Master Flash y bailando con tal agitación de brazos que las axilas de su esmoquin alquilado corrían peligro de descoserse. Desde entonces su nariz se había vuelto más voluminosa y desigual, la cara más ancha y los ojos más propensos a vagar frenéticamente sobre la cabeza de la persona con la que estuviera hablando. Pero aún tenía aquel porte amable y aquel aspecto de que, hablara de lo que hablara y con quien hablara, ambos eran igual y desesperadamente importantes. Recordó algo que él le había dicho hacía algún tiempo: «No te preocupes, Connie. Dentro de quince años yo estaré presentando mi retrospectiva en el Whitney y tú estarás publicando regularmente en *The New Yorker*. —Había hecho una pausa—. Pero para entonces ya estaremos muy feos».

Ella le sonrió en medio de la calle atestada de gente y ambos se hablaron alegremente a gritos. Él estaba ocupado, muy ocupado; escribía críticas de arte para tres publicaciones, impartía clases a tiempo parcial y pintaba. Ella era una periodista free lance y actualmente se había asegurado cierta estabilidad al entrar a trabajar como redactora a media jornada para una publicación trimestral literaria de postín. Se fueron a tomar café cogidos del brazo.

—Dios —dijo él, encorvado sobre su diminuta tacita de expreso—, es

agradable ver una cara nueva. Durante semanas no he visto más que a unas amigas de Emily que han venido de Dallas, unas mujeres realmente increíbles que son todas pintoras, todas cuarentonas, increíblemente inteligentes y, ¿puedes creerlo?, todas solteras. Son estupendas, pero tengo la impresión de que debo estar diciéndoles continuamente que poseen mucho talento y que son muy atractivas (¡y lo son, son increíblemente atractivas!), porque tienen más de cuarenta, no están casadas y no han triunfado.

—¿Y por qué crees que tienes que decirles siempre lo fantásticas que son?

—Es que es así. Es evidente. —Levantó la tacita marrón entre sus grandes manos y delicadamente metió dentro la punta de la lengua, volvió a dejarla sobre la mesa y empezó a juguetear con la servilleta.

—A mí no tendrías que decirme esas cosas si tuviera cuarenta años.

No respondió a eso, pero se quedó mirando fijamente a un rincón durante unos momentos y luego dijo:

—Bueno, ¿y a quién le estás destrozando el corazón ahora?

—¿Quieres decir quién me está maltratando actualmente? Ya no soy tan extrema, Franklin.

Franklin sonrió de aquella manera socarrona y totalmente satisfecha que exhibía cuando ella ridiculizaba y a la vez aceptaba su adulación.

—De hecho, tengo una novia. —Cogió el cruasán y lo sostuvo en alto como si fuera a batir las pestañas desde detrás—. Hace un año y medio que estoy con ella. Vivimos juntas.

—Pero, Connie, eso es estupendo. Es realmente fantástico. ¿Es nueva esta inclinación?

—No, siempre ha estado ahí. Solo que ahora es más seria de lo normal.

—¿Sabes? Si fuera con un chico, creo que estaría celoso. ¿Dónde la conociste?

Se sumergieron en una conversación en la que rozaron superficialmente el presente, luego construyeron un túnel por el que recorrieron los cinco años transcurridos desde que se habían conocido en aquella cabina de corrección de pruebas, donde la lánguida y

exhausta Connie se quedaba dormida en el suelo bajo la mesa, usando el gastado suéter de Franklin como almohada. Habían compartido esa cabina todos los fines de semana durante meses, rodeados de suplementos literarios, envases de comida preparada, paquetes de galletas y cuadernos de notas en los que garabateaban furiosamente entre un trabajo y otro. Era allí donde habían pronunciado sus largos y terriblemente detallados monólogos sobre sus respectivas relaciones sexuales. «La pesadilla de las dos mil y una citas», lo llamaba Franklin; o quizá era ella quien había inventado lo de la pesadilla, no se acordaba. El túnel se hizo más profundo cuando entraron en el reino densamente poblado de los viejos amigos, conocidos, escándalos y recuerdos que aparecían como frágiles animales de ojos grandes que se paraban a mirarles, hacían un guiño y se marchaban.

Connie se detuvo un momento mientras Franklin hablaba y asomó la cabeza para observar el mundo exterior; el oscuro café estaba lleno de gente joven con enormes chaquetas y zapatos pulcros y delicados. Le pareció que una chica ridículamente hermosa vestida de cuero rosa les estaba mirando. ¿Tenían un patético aspecto de hípsters envejecidos? ¿Acaso llevaba el pelo mal? ¿Hablaban en voz demasiado alta? Franklin estaba hablando muy fuerte de una desagradable discusión que había tenido con otro crítico en un club. Ella dio un respingo, se refugió en la inagotable confianza en sí mismo que él derrochaba y se sumergió de nuevo en la conversación. Luego otros factores les hicieron levantar la cabeza.

—¿Sabes? El otro día cené con Alice y Roger —dijo él dando un bocado a su bizcochito.

Constance regresó desde el túnel al mundo real.

—Creía que ya no te veías con ellos.

—¿Qué? ¿Por qué?

—¿Y aquella gran pelea que tuviste con Roger?

—¿Qué gran pelea?

—La del artículo que escribiste sobre él en *Art in America*.

—¡Ah, *eso*! No fue más que una discusión sin importancia. Nos vemos mucho. No te puedes ni imaginar cómo es su nuevo loft. Es fantástico.

Esta persona, pensó Connie, no tiene ni un solo sentimiento profundo respecto a nada. Se sintió como una mujer malhumorada y amargada encogida frágilmente sobre su taza de café.

—Deberías llamar a Alice; estaría encantada de saber de ti.

—Fue ella la que dejó de llamarme, por si no te acuerdas.

—Pero, Connie, si Alice te adora. De verdad.

—Y una mierda, Franklin. Me apuñaló por la espalda.

—Dios, las mujeres sois increíbles. Sois increíbles.

Siguieron hablando, pero a partir de ese momento Constance se removía constantemente en la silla; ya no se sentía la mujer que estaba emprendiendo una carrera que podía ser exitosa, feliz en su relación amorosa y con una posición social segura. Fue, durante unos desagradables momentos, la persona aislada, solitaria e insegura que había sido tres años antes; una inútil socialmente, una inadaptada incapaz de vender un artículo ni de decidir qué ropa ponerse. Reponte, pensó; no había sido tan horrible.

Pero lo había sido. Cuando fueron a pagar a la caja, ella caminaba encogida, convencida de que todo el mundo les estaba mirando con desdén.

—Pasado mañana doy una fiesta —dijo Franklin mientras salían—. Es el cumpleaños de Emily. Tienes que venir. Y tráete a tu amorcito.

—Roger y Alice estarán allí.

—Vamos, Connie, por favor.

—Está bien. A lo mejor voy. Dame tu dirección.

Franklin encontró un trocito de papel, la pestaña de un sobre arrugado, y garabateó su dirección con bolígrafo violeta mientras el viento de marzo le alborotaba el cabello elegantemente en todas direcciones. Pasó un chico vestido de cuero negro, con el pelo decolorado completamente rapado salvo por una franja que le descendía por el cráneo, laboriosamente encerada y esculpida formando la silueta de un dragón. Sintió una punzada de afecto y tranquilidad al ver que los chicos seguían haciendo las mismas cosas que habían hecho durante años, matizada por un toque de incredulidad de que no hubieran sido capaces de inventar nada nuevo.

—Aquí tienes. —Franklin la miraba mientras le metía el papel en la mano—. Y, Connie, quiero que sepas —sus ojos adquirieron aquella mirada vaga y a la vez noble y sincera que tomaban cuando se disponía a hablar de arte o algo por el estilo— que he pensado mucho en ti este año. De verdad que tenía muchas ganas de verte.

—¿Ah, sí?

—Sí, de verdad. —En sus ojos había una mirada tan intensamente vaga, y a la vez tan noble y sincera, que ella tuvo la sensación de que las órbitas marrones podían separarse de su centro y empezar a vagar por el globo ocular lentamente, con cierto aire majestuoso, expresando con cada movimiento su profunda sinceridad.

—Podrías haberme llamado.

—Sí, podría haberlo hecho. Pero estaba demasiado avergonzado. —Bajó la mirada y, efectivamente, durante un momento pareció sincero.

Ella le cogió el mentón con la mano y le besó en la mejilla.

—No te preocupes —dijo.

Se dieron un apretón de manos, se comunicaron un afable sentimiento de camaradería sexual y se fueron cada uno por su lado.

Bueno, pensó ella, le había gustado ver a Franklin, pero estaba claro que no iba a ir a la fiesta. Sería demasiado deprimente. Era extraño darse cuenta de que lo deprimente no sería el recuerdo del intento de seducción vertiginosa por parte de él —de todos modos, nunca tuvo un interés romántico por Franklin—, sino la presencia de su examiga Alice, la simple mención de cuyo nombre había despertado en ella un leve sentimiento de rencor. Se quedó mirando con disgusto y desdén a los desconocidos atildados con sombreros y botas, bien peinados y perfumados, que pasaban por su lado.

Alice y Roger eran los primeros neoyorquinos que había conocido en Manhattan. Se habían conocido por casualidad, cuando Constance les había subarrendado el loft junto con otras dos chicas. La impresionaron agradablemente. Eran tan guapos —Roger, rubio y alto, la simetría que habría podido resultar molesta rota por el terco remolino de pelo que se le formaba en la parte de atrás de la cabeza, y Alice, menuda y de un moreno lustroso, el cabello corto como las brillantes alas plegadas de

un escarabajo, con ropa y accesorios de colores perfectamente combinados—, tan desenvueltos y aparentemente seguros de sí mismos. Alice le había hecho muchas preguntas sobre sus planes y parecía examinar sus respuestas buscando indicios dignos de aprobación, mientras Roger sonreía y asentía afablemente. Al principio Constance se ofendió un poco, pero pronto se dio cuenta, con cierta turbación, de que se había sentido halagada cuando Alice había dado su aprobación definitiva. Alice se había portado especialmente bien cuando a Constance la echaron de su primer apartamento dos días después de haberlo alquilado con una compañera psicótica; había corrido a ayudarla con buenos consejos y una enorme bolsa de basura llena de ropa del Ejército de Salvación. «No debes irte de Nueva York por esto —le dijo—. A todo el mundo le va mal durante los primeros meses».

Subió penosamente los cinco tramos de escaleras hasta su apartamento, se le cayeron las llaves, soltó un taco nada elegante y al abrir la puerta descubrió que la calefacción estaba demasiado fuerte, que los gatos correteaban de un lado a otro con extraña desesperación, y que Deana no estaba en casa. Los felinos maullaban con fuerza entre sus piernas mientras ella se peleaba con la lata y el abridor, y se disputaron el mejor sitio mientras ella les ponía delante el amorfo amasijo frío de carne y harina de maíz de la comida preparada para gatos.

—Venga, chicos —dijo—. No puede ser que tengáis tanta hambre. No seáis cerdos.

Fue a la sala de estar, puso la radio en su emisora no comercial favorita y se vio asaltada por una música de violín horriblemente optimista. Pensó: Esto debe de ser el programa de música folk. Chasqueó la lengua, apagó la radio y empezó a dar vueltas por la habitación. El vecino de abajo silbaba de una manera machacona y ansiosa que normalmente la ponía histérica pero que ahora le pareció agradable y tranquilizadora simplemente porque resultaba familiar. Empezó a repasar mentalmente las cosas más mezquinas que le había hecho o dicho Alice. Por ejemplo, aquella vez que Constance estaba desesperada por un dolor de muelas fortísimo, que después resultó ser

un nervio al descubierto, y tuvo que marcharse del cine donde estaba con Alice. Alice insistió en salir con ella y luego se estuvo quejando durante todo el camino de vuelta a casa porque se había perdido la película. «Bueno, ha sido fantástico hacer este trayecto en metro contigo», le espetó mientras Constance se tambaleaba hacia la casa agarrándose la mandíbula.

Pero Alice no era simplemente una bruja. No era tan sencillo.

El vecino tocaba las castañuelas con una ansiedad amenazadora. Constance se dejó caer sobre el viejo colchón hecho polvo que ella y Deana habían cubierto con una tela y unos grandes cojines y que utilizaban como sofá. El colchón la deprimió porque era el tipo de cosa que los hippies tenían en su apartamento y porque era el mismo colchón estúpido que, en otra vida, había crujido y chirriado con las diversas actividades de los dos mil y un rollos que había tenido. De alguna manera todavía le tenía cariño, aunque estaba tan blando que cuando se sentaba en él tenía la sensación de que sus órganos internos se desparramaban unos sobre otros. Ahora ella se desparramó también sobre el colchón, apoyándose sobre un codo que se hundió profundamente y examinando las pelusas que se formaban debajo de la mesa y de la silla. Por mucho que Deana y ella barrieran, esas bolas con aspecto animal se desplazaban furtivamente de un rincón a otro y dejaban su residuo en los bigotes de los gatos. La luz del atardecer se filtraba en el interior, espectral y desvaída a través de la gasa del polvo que flotaba en el aire, y ofrecía una extraña perspectiva de la habitación, por lo menos desde donde ella estaba, que la hacía parecer más alargada y severa. El suelo astillado se veía desigual y descuidado con aquella vegetación muerta de pelusas.

Los gatos, repentinamente alerta, corrieron hacia la puerta. Se oyeron pasos, la llave en la cerradura: entró Deana, asediada por los gatos.

—Caramba, el tío de abajo se ha vuelto loco hoy —dijo. Se apartó el pelo de la frente con aquel gesto nervioso característico en ella—. ¿No les has puesto de comer a estos?

—Sí. Acaban de sacar la cabeza del plato. —Connie se levantó del colchón de la manera más airosa que pudo, abrazó a Deana por la

cintura y apoyó la cabeza sobre su hombro.

—¿Pasa algo? —Deana acarició tiernamente los músculos tensos de la espalda de Connie, demorándose entre las vértebras de la columna.

—Nada. Solo que estaba alucinando y la habitación empezaba a parecer un decorado para *Las hormigas gigantes de Plutón* o algo parecido.

—¿Qué?

—Nada, que estaba de un humor raro.

—Ya veo. —Deana le frotó vigorosamente la espalda, la soltó y se volvió hacia la nevera—. Estoy muerta de hambre. Tengo que comerme unas zanahorias o algo.

—¿Qué quieres para cenar? —Connie apoyó un pie sobre la otra rodilla y se quedó allí plantada como una aborigen en una fotografía de libro de texto.

—Estaba pensando que podríamos pedir algo de comida china al Empire. Estoy demasiado histérica para cocinar. Y tú estás demasiado rara para cocinar, por lo que parece. —Sacó la bolsa de zanahorias del compartimento de las verduras y empezó a sembrar el fregadero de peladuras de color naranja brillante.

—¿Por qué estás histérica?

—La misma mierda de siempre. Si hubiera sabido que iba a trabajar para un clon de mi madre, nunca habría aceptado el empleo. —Deana enjuagó cuidadosamente las tres zanahorias peladas y fue al cuarto de baño, donde arrancó una tira larga de papel higiénico, lo dobló sobre el mármol y puso encima las zanahorias para que se secaran. (Una de sus idiosincrasias, que aún producían en Connie un efecto cómico lleno de ternura, era su aversión a comer la fruta y la verdura mojadas; cuando cortaba la fruta en trozos, automáticamente los secaba antes de mezclarlos con los cereales)—. Bueno, ¿qué te pasa?

Connie se encogió de hombros y se hundió de nuevo en el colchón.

—Me he encontrado con alguien… alguien a quien en realidad no me molestaba ver, solo que lo asocio con una sensación de ansiedad.

—¿Quién?

—Alguien a quien hacía años que no veía. ¿Recuerdas haberme oído

hablar de Franklin Weston?

Deana mordió la punta de una zanahoria.

—¿Aquel con el que hacías las correcciones de pruebas, que luego se convirtió en una especie de crítico de arte casi famoso o algo así?

—Sí. —Rat Fink, el gato macho, se acercó y Constance lo agarró para ponérselo en el regazo como si fuera un conejito de peluche, los ojos llenos de curiosidad, las garras impotentes y colgando en el aire—. Aún mantiene contacto con una gente que yo conocía antes de estar contigo. Una persona que… que me hizo mucho daño, que de hecho me echó de su lado. ¿Te he hablado alguna vez de Alice?

—Un poco —dijo Deana, masticando lentamente.

—Bueno, pues salió en la conversación y me deprimió. Eso es todo. —Rat Fink maullaba y se debatía en sus brazos, agitando desesperadamente la cola aprisionada hasta que por fin saltó de su regazo y golpeó a la gata en el hocico—. La última vez que hablamos Alice y yo fue hace tres años. En esa época las cosas me iban fatal, todo me salía mal, lo que escribía era un desastre, me sentía muy agobiada y me cogió una depresión tan fuerte que no podía comer. Tenía miedo de contarle a alguien lo que me pasaba y al final decidí confiar en Alice y hablar con ella. Franklin no hacía más que decirme de aquella manera tan estúpida suya: «Connie, Alice *te adora*», y yo pensé: Bueno, hace dos años que somos amigas, así que hablaré con ella. Y ella me dijo: «Connie, a nadie le gusta tener cerca a una persona que es infeliz». Me aconsejó que fuera a ver a un terapeuta y nunca más volvió a telefonearme. Y tampoco me devolvió las llamadas.

—¿Y tú por qué no la llamabas y le pegabas cuatro gritos?

—No lo sé. No tenía fuerzas, supongo. Estaba demasiado hecha polvo.

—Da la impresión de que ella tenía miedo de ser también infeliz —dijo Deana.

—Solo que ella no tenía ningún motivo para serlo. Tenía… aún tiene, un marido rico, un apartamento precioso, una vida social prefabricada…

—Pero escucha, todo el mundo lleva su tristeza dentro. Y la mayoría

le tiene miedo. Supongo que ella es una de esas personas.

—Toda esa ropa, todos esos viajes por Europa… puro terror, estoy segura.

—Bueno, en todo caso no parece que fuera una gran amiga. Yo diría que fue una suerte que te libraras de ella.

—Sí, supongo que sí. —Connie se incorporó con dificultad en el colchón, reajustó su peso y se hundió en otro ángulo—. Es que… toda la conversación fue un vívido recuerdo de cómo me iban las cosas en aquella época. También por lo de Franklin. No sé si te he hablado alguna vez de él, pero justo antes de que pasara aquello con Alice él empezó a tirarme los tejos de un modo disparatado, diciéndome cuánto me quería, repitiéndome una y otra vez lo fantástica y especial que era, tratando literalmente de arrastrarme a su colchón; resultaba desconcertante y yo no me lo acababa de creer, y, tal como se vio más tarde, no andaba equivocada. Una semana después de aquello desapareció de repente, y cuando volví a hablar con él, al cabo de unas dos semanas, me dijo que iba a casarse con una tal Emily. Y eso hizo.

—Vaya otro personaje.

—Pero el caso era que Franklin hasta entonces había sido amigo mío. Prácticamente gracias a él publiqué en la revista *New York*. Por eso me sentía tan mal. Fue como si Alice y él hubieran decidido al mismo tiempo…

Deana dejó las zanahorias y, poniendo los dedos sobre los labios de Connie, la empujó hacia atrás hasta caer las dos en el centro del colchón.

—Dios, debes de estar realmente deprimida. Hacía siglos que no te oía hablar así. —Acarició el pelo de Connie y le atusó las cejas. El colchón chirrió y crujió mientras se acurrucaban la una contra la otra como gatitos en una caja de zapatos.

—Franklin me ha invitado a una fiesta a la que irá Alice. No sé qué hacer.

—¿Todavía estás pensando en eso?

Acababan de terminar de cenar. Sobre la mesa se alineaban los recipientes blancos de comida china con los mangos de los tenedores sobresaliendo erguidos de sus centros; un rastro de bolitas de arroz endurecido se extendía desde los envases hasta los platos; los gatos daban vueltas a su alrededor con pasos rígidos y ansiosos. Deana aún mordisqueaba perezosamente sus costillas mientras bebía Vita-C.

—Connie, si esa mujer te trae tan malos recuerdos, ¿por qué no te olvidas de ella? ¿Por qué sigues dándole vueltas? Ya no forma parte de tu vida.

Connie miró la flor de brócoli, brillante y fría, que reposaba graciosamente sobre el borde de su plato.

—El caso es que Alice y yo lo pasábamos muy bien juntas. Íbamos al cine y luego a tomar café, y hablábamos durante horas de la película, analizando cada personaje, cada gesto, cómo encajaba la música y todo eso. Me acuerdo de cuando ella pedía un sándwich con anchoas y una de aquellas bebidas dulces de almendras y decía: «Siempre que estoy contigo me dan ganas de comer estas porquerías tan divertidas y que me sientan tan mal».

—Ajá —dijo Deana.

—Y una vez ella y Roger me pagaron el billete de avión para que fuera a visitarles a su casita de veraneo en Pennsylvania.

—Entonces ¿por qué no vas a la fiesta de Weston y la ves?

—Porque otras veces tenía la sensación de que no era para nada mi amiga. Recuerdo que una vez me estaba hablando de una gran fiesta que había dado y a la que no me había invitado. Se quejaba porque había querido reunir a invitados de categoría en los que hubiera igual número de hombres que de mujeres, y no había podido encontrar suficientes mujeres que estuvieran a la altura. De repente se dio cuenta de que era una grosería hablar de eso delante de mí cuando ni siquiera me había pedido que fuera, así que dijo: «No pensé en ti porque no estás en ese ambiente y de todas maneras te habrías aburrido. Ya sé que te desenvuelves muy bien, pero no habrías sabido tratar con gente de ese nivel». ¿Te lo puedes creer?

—Connie, ¿estabas enamorada de esa mujer?

—¿Qué?

—Que si sentías algo por Alice.

—No. En absoluto. ¿Por qué lo preguntas?

—Por cómo hablas de ello.

Connie guardó silencio y se quedó mirando la graciosa interacción de tres largos fideos de sésamo que habían quedado en el plato.

—Bueno, no era amor, al menos no un amor romántico. Solo que soy especialmente sensible a que me traicionen las mujeres. Siempre me ha sido fácil ser vulnerable respecto a los hombres porque a una le está permitido serlo. Y puedo llegar a ser vulnerable con las mujeres sexualmente, pero me cuesta mucho con una mujer que sea amiga. Lo fui con Alice y me rechazó.

Deane mordisqueaba pensativamente el hueso de la costilla y parpadeaba con sus límpidos y grandes ojos.

Connie dobló una pierna, la subió a la silla y se sentó sobre el tobillo.

—Una vez fuimos a ver una película que trataba de una chica tonta y confiada que se lía con un psicópata quejica y asqueroso que la tortura y al final la mata.

—Una gran película.

—Bueno, fuimos a verla porque la actriz se había puesto implantes de silicona y queríamos ver cómo le quedaban. En fin, a Alice la afectó mucho la película. No paraba de decir: «Esa chica era tan estúpida que se merecía morir. No se la puede compadecer, era demasiado débil».

—Bueno, tampoco es una reacción tan extraña.

Deana cogió otra costillita roja del recipiente blanco y empezó a separar delicadamente la carne con los dientes.

—Vale, quizá no, pero se obsesionó tanto con aquello que parecía que le aterrorizara la simple idea de que alguien pudiera ser una víctima.

—Bueno, es que da mucho miedo.

La voz de Deana empezaba a adquirir el tono irritado y lleno de pánico de cuando veía que algo desagradable se le venía encima.

Connie se giró y miró por la estrecha ventana que daba al conducto de ventilación, una pared de ladrillo ennegrecido con un horrible

ventanuco tapado con un cartón mugriento y el harapo arrugado de una cortina muerta. Las palomas gordas y sucias de siempre, con ojos empañados como dos gotas brillantes, se reunían en el alféizar de la ventana de enfrente como chulos de puta empedernidos. Cuando se mudaron a ese apartamento, Constance hizo todo lo posible para que esa vista le pareciera algo menos deprimente. Simplemente mírala, se decía a sí misma. No emitas ningún juicio.

—¿Sabes? Tienes una manera especial de agobiar a la gente con tu vulnerabilidad. O eso que tú llamas vulnerabilidad. A veces lo haces en cuanto los conoces. Obligas a la gente a lidiar con ella. —Deana hablaba en un tono agitado pero preciso, con palabras que parecían astillas de color vainilla cortadas limpiamente.

—Deana…

—No, escúchame. No te enfades por lo que te digo; ahora ya no lo haces tanto, pero antes lo hacías mucho, y es bastante extraño verse enfrentada tan agresivamente con la debilidad de una persona. Algunos querrán protegerte, como hice yo, pero otros querrán hacerte daño. Otros simplemente tendrán miedo de ti, por la razón obvia de que esto les recuerda su propia debilidad, lo cual parece ser el caso de tu amiga Alice.

Connie subió las piernas, se abrazó las rodillas y miró de nuevo por la ventana. Era verdad que en verano el conducto de ventilación tenía un aspecto extrañamente poético. Los días en que el aire del apartamento se notaba tan pesado y sofocante como un pantano, los ruidos y los olores subían flotando en nubes de calor, mezclas líricas de fragmentos de voz y radio, discusiones y suspiros amorosos a la deriva, la sombra de la cena refrita de alguien, un microcosmos marchito que se filtraba en su apartamento y establecía una conexión entre ellas y las demás personas del edificio. Naturalmente, que esta relación fuera o no una sensación agradable dependía enormemente del estado de ánimo de uno, así como también de otros factores; el verano anterior el piso de abajo lo había alquilado un chico que cuando estaba borracho imitaba las voces de ellas cuando hacían el amor.

—¿Te ha molestado lo que te he dicho?

—No, no. —Connie levantó la mirada—. Comprendo lo que quieres decir, pero ese no fue el caso con Alice. Nunca me mostré vulnerable con ella. Y de hecho no estoy de acuerdo contigo. Quizá lo hice contigo como reacción sexual, pero en general no lo hago.

Deana se encogió de hombros.

—Bueno, yo solo sé lo que he visto. Simplemente trato de encontrar una explicación porque te veo muy afectada.

Se levantó y empezó a recoger los platos. Sus dedos y manos, pensó Constance, tenían una cualidad extrañamente fría y receptiva, como el hocico de un cachorro. Mientras la observaba quitar la mesa y llevar los platos a la cocina, podía ver los distintos rasgos de su amante que se hacían presentes y retrocedían tímidamente con cada movimiento: los brazos rígidos y resueltos, los hombros fuertes formando una curva suave y recatada, la barbilla severa, la frente luminosa, aquella manera tan peculiar y rígida de detenerse y luego de avanzar suavemente y con curiosidad… todo hablaba de sus gradaciones de ternura, tristeza e inteligencia radiante y entusiasta.

Se despertó en plena noche, pensando en sueños en Franklin. «Te quiero —decía él—, te quiero como no he querido a nadie en mi vida». «No sé qué quieres decir», decía ella. «Es que está loco —decían sus amigos—. Frank está histérico, eso es todo». ¿Qué pasaría si fuera a esa fiesta? ¿Se abalanzaría Franklin sobre ella y volvería a decirle lo mucho que se alegraba de verla, y luego desaparecería durante el resto de la noche? ¿Se sentiría ella ofendida por esto? Se imaginó a Alice de pie junto a la saqueada mesa de galletitas, sosteniendo un vaso de plástico lleno de alcohol, un sombrerito pulcramente colocado sobre la melena moldeada con secador. No era verdad que Alice no fuera desgraciada. Tenía una madre esquizofrénica que vivía en un hospital psiquiátrico (la familia de Alice no era rica) y que a veces no la reconocía. Alice notaba que su círculo no la consideraba como artista y a veces eso la afectaba tanto que se ponía a chillar y a tirar cosas. «Me siento como una mierda», le dijo una vez a Connie.

Connie se dio media vuelta y apoyó el vientre y el pecho contra la cálida espalda de Deana. Se acordó de la primera mujer de la que se enamoró locamente, una bailarina de striptease guapísima de pelo negro y ojos azules y penetrantes. Ella había ido a ver su espectáculo y quedó totalmente impresionada por la curva resignada pero arrogante de su mentón acusado, por la naturalidad con que ofrecía su cuerpo y la rigidez con que lo ocultaba, así como por su vulgar lencería negra.

«Tú no amas a las mujeres. Solo tratas de llevar hasta el final algún tipo de fantasía erótica inventada por los hombres con los tópicos más trillados que puedas encontrar», le había dicho una lesbiana.

Volvió a darse la vuelta y acomodó la curva de su espalda contra la de Deana. Cuando era pequeña su madre le había dicho: «Cuando los chicos se enfadan entre ellos, lo arreglan con una pelea y ya está. Pero las chicas son sucias. Hacen como que son amigas tuyas y te la clavan por la espalda». Recordó cuando era la nueva de la clase en primaria y trataba de entrar en los grupitos de niñas de piernas flacas que hacían estallar globos de chicle y hablaban de cosas que ella nunca lograba entender. Se vio sentada sola en la cafetería del instituto comiendo patatas fritas y una barrita de Cap'n Crunch.

Abrió los ojos y entrevió el perfil orejudo del gatito siamés de porcelana que le había regalado su tía cuando tenía doce años. En aquel tiempo creía que este y su camada de gatitos eran el colmo del buen gusto y de la elegancia, y aunque se le había roto la cara por la mitad y la había pegado con cola Krazy, aún conservaba un aire vagamente majestuoso y sofisticado. Aquel era uno de los objetos a los que Alice se había referido cuando miró la cómoda de Connie y dijo: «Cualquier día te despertarás, mirarás todas estas cosas y dirás: "Esto no tiene nada que ver conmigo", y lo tirarás todo».

Pero sí que tiene que ver conmigo, pensó Connie.

Al día siguiente tuvo que marcharse del despacho por culpa de un repentino y fortísimo dolor de muelas. Pensó que podía ser una reacción psicosomática al recuerdo del episodio del nervio al

descubierto cuando estaba en el cine con Alice, pero el dentista le aseguró que no era el caso.

—No, no, no. Esto es de verdad. Lo que pasa es que tienes la boca hecha un desastre. No se salva nada. Pero esto de aquí no afecta a la raíz. Solo será un empaste profundo y desagradable. —Le hurgó la muela con un instrumento y ella dio un grito sofocado de dolor—. Me extraña que no te haya empezado a doler antes. Te llega casi al ombligo. —Volvió a hurgar; ella gimió y trató de cerrar la boca—. Pero no te preocupes. Lo hemos cogido a tiempo.

Giró vigorosamente en su silla y empezó a manipular sus precisos instrumentos de punta de aguja. El doctor Fangelli tenía los antebrazos grandes y cubiertos por un vello espeso; las manos parecían extrañamente fijadas a las muñecas, y los dedos separados de forma desigual sugerían una excesiva actividad en direcciones totalmente diversas. No era un hombre corpulento, pero andaba como un tanque balanceando hombros y brazos y de pronto parecía necesitar mucho espacio.

—Bueno, ahora vamos a inyectarte un poco de…

La cara del hombre se acercó vertiginosamente a la suya, y por su mente pasó la perturbadora idea de que aquella proximidad feliz y porosa podía desencajar su mandíbula con el deseo proyectado y exuberante de abrirse completamente.

—¿Y el nitroso? —preguntó ella.

Él se enderezó.

—Había olvidado que te gustaba. Te repito que esto mata las células del cerebro, pero si te empeñas… —Hizo girar la silla enérgicamente y gritó—: ¡Carla! ¡Carla! Tráeme un poco de nitroso, por favor.

Carla, una chica morena y chata con las pestañas cubiertas de una costra de rímel, entró empujando el familiar aparato gris y le puso a Connie una fría máscara de goma no demasiado limpia sobre la nariz.

—Venga —dijo el doctor Fangelli—. Súbela un poco, Carla. Te vamos a dejar tranquila y relajada. Carla, trae la crema base dos seis.

Connie cerró los ojos. Un globo de aire caliente se expandía despacio por el interior de su cabeza. Pensó en los anuncios del pan Wonder

Bread que veía cuando era pequeña, en los que un afortunado niño era conducido por unas simpáticas mariposas al País de Wonderbread, un lugar lleno de flores y nubes y hogazas de pan.

—Bueno, Connie, ¿aún no te has casado? —preguntó el doctor Fangelli.

—No.

—¡No me digas! ¿Cuántos años tienes ya?

Estaba tumbada en la silla como una estrella de mar y se imaginaba el sonido de su voz, el tintineo de los instrumentos y el chirrido de las sillas penetrando en su cuerpo como finos rayos de luz, perforándole los huesos y subiendo y bajando alegremente por el esqueleto. Se imaginó que la auténtica fuerza vital del universo, en toda su horrenda complejidad, penetraba por cada uno de sus poros y cargaba su cuerpo de millones de diminutos rayos luminosos. Suspiró e inhaló profundamente; el óxido nitroso era magnífico.

—Bueno, ya te tenemos volando de verdad. Te sientes bien, ¿no, Connie?

A través de la saliva que llenaba su boca, Connie logró emitir un sonido afirmativo. Por el tono zalamero de la voz del doctor Fangelli se notaba que disfrutaba viendo a sus pacientes sentados ahí indefensos con la boca abierta, que le hacía sentirse poderoso y, de hecho, en ese momento era de alguna manera poderoso. Bueno, eso estaba bien. El universo necesitaba espacios donde el poder pudiera moverse. Le gustaban esos espacios y los valoraba.

—Es solo un pequeño pellizco… vamos allá. —Le cogió el labio y se lo meneó con rapidez—. Te sientes bien, ¿verdad? Apuesto a que hoy podríamos arrancarte todas las muelas y ni te enterarías. Claro que no vamos a hacerlo. —Le dio unas palmaditas en el hombro—. No es nada. No tardaremos ni un minuto.

El problema era que si estabas allí tumbada como una estrella de mar dejando que el universo se filtrase por tus poros, podría meterse también cualquier cosa. ¿Cómo se hace para que no entren las cosas malas? «No seas tan cristiana —decía Franklin—. Las cosas no son buenas ni malas; simplemente son». Bueno, eso era otra línea completa

de pensamiento. Se la imaginó como un organismo violeta que entraba retorciéndose en su espacio, y ahuyentó bruscamente la imagen. Trató de imaginarse una fuerza gris y selectiva que bajaba hacia los diversos puntos de su cuerpo donde querían entrar las cosas malas. Se quedó muy confusa. Franklin no estaba del todo equivocado. Los budistas y otras personas pensaban lo mismo que él. De todas maneras, si no se pensaba lo mismo que él, ¿cómo podía saberse con seguridad cuáles eran las cosas malas? El tubito de goma que le aspiraba la saliva de la boca la molestaba, y también el ruido del torno. Pero no eran esencialmente malos, no eran más que secos y estridentes. ¿Cómo se podían traducir la sequedad y la estridencia desde el punto de vista del universo? Seguro que esos elementos estaban interfiriendo en su experiencia con el óxido nitroso, pero ¿cómo?

El doctor Fangelli ejercía una presión sólida y agradable sobre la muela.

—Carla, ¿me pasas la otra fresa?

Luego estaban las cosas básicas. Pensó en el abrazo tierno y ligeramente blando de Deana, la tez pálida, la boca severa, las gafas en forma de mariposa y de montura pesada que daban un aspecto casi ridículo a su rostro sosegado y solemne. Esto también era una de las cosas básicas: estar tendido a oscuras bajo una manta y abrazando a una dulce amante, disfrutar de las sensaciones y de su carga emocional comprendidas bajo la calificación de «sexo». Eso era algo que ella contemplaba con un sentimiento cercano al alivio, algo parecido a como una persona exhausta vería una almohada inmensa y digna de una confianza infinita. Uno sabe lo que es eso. Todo el mundo lo sabe. De la misma manera en que todo el mundo sabe lo que significa «trabajo» o «éxito». Cuando lucha por conseguir el éxito, la gente está realizando un acto primario. En cierta ocasión Connie había leído algo sobre que las ratas de laboratorio se pelean por el dominio incluso en situaciones en las que necesitan ayudarse para sobrevivir. Se vio a sí misma sentada a su mesa revisando manuscritos. Se vio hablando por teléfono con el editor de una obra que acababa de terminar. Experimentó una sensación de distanciamiento mientras por su mente

pasaban esas imágenes, que parecían más abstractas que las instantáneas de un proyector de diapositivas. Eran como notas garabateadas en los recuadros blancos de los días de un calendario. Como el imperioso «Pedir hora a Fangelli», simplemente eran los emblemas más visibles, los símbolos más toscos de algo demasiado complejo como para ser descrito en el espacio dado. La imagen de ella escribiendo a máquina en su mesa se convirtió en una nota garabateada que significaba «trabajo», pero «trabajo» solo era otra nota que representaba algo que ella percibía apenas como un área oscura de elementos que se entrecruzaban una y otra vez formando una cuadrícula ilegible.

Hizo un esfuerzo para salir del área «trabajo» y se vio a sí misma comiendo con su amiga Helen, en el área marcada como «vida social». Helen contaba que su novio Patrick la había estrangulado ligeramente la noche anterior.

—Lo que no quiero oír es que yo no me merezco esto —decía Helen —. El año pasado, cuando George me pegó, recuerdo que se lo conté a una chica que no paraba de decirme: «Helen, tú te mereces algo mejor que eso», que es una cosa muy estúpida de decir, o sea, ¿qué significa?

Connie trataba de recordar si era ella la persona que le había dicho aquello a Helen; sonaba a frase que ella podría haber dicho perfectamente. Quizá fuera una estupidez decir eso, pero estaba claro que algo había que decir. Helen aún tenía unos morados pálidos en el cuello.

—Yo le dije después algo como: ¿Es que querías hacerme daño o qué?

Esta imagen —Helen congelada en sus gestos con cubiertos y cigarrillo— retrocedió hasta otro rincón oscuro de su fluido campo mental, de manera que otras escenas pudieran agolparse en primer plano. Estaba Connie, a veces con Deana, a veces sola, en un club nocturno donde un hombre le decía: «Con ese sombrero parece como si llevaras un pedacito del mundo en el bolso», o en bares y fiestas, rodeada de elegantes desconocidos que enarbolaban su personalidad como arma y escudo cuando se aproximaban a ella copa en mano.

Sumida en la confusión, se alejó de todas esas cosas que eran, después de todo, la sustancia de su vida, y las contempló con cierta perspectiva. Trabajo, vida social, relaciones. ¿Podían ser esas las cosas que ella hacía realmente cada día? ¿En qué lugar se encontraba ahora, cuál era esa distancia desde la cual todo parecía tan espantoso? Era como un espacio en blanco, silencioso y vacío, tan solitario que si no hubiera recordado que todo esto era debido al óxido nitroso, se habría echado a llorar.

Abrió los ojos y miró los pelos negros y tiesos de la barbilla del doctor Fangelli y luego sus plácidos ojos grises y soñadores. Detrás de él estaban los brillantes aparatos de colores monótonos que tan lúgubres le parecían a ella pero que probablemente le resultaban tan familiares y conocidos a él. Desvió la mirada y se encontró con los amables ojos de Carla, castaños y vivos como los de una ardilla. ¿Era el trabajo de Carla en este consultorio un conjunto de símbolos para ella también, o era una entidad completa en sí misma, una eficaz serie de movimientos e interacciones que surgían completamente y de una manera natural de sus necesidades y aptitudes, como un ramo de flores de broma que se abren cuando menos te lo esperas?

—Se siente bien, ¿verdad? —preguntó Carla.

Connie asintió con un débil gemido.

La garganta de Carla emitió una risita sensual.

—Está disfrutando de lo lindo ahora —dijo.

—Ya caaasi hemos terminado —dijo el doctor Fangelli—. Solo un poco… —E hizo una última maniobra extraña y dolorosa que le dejó un sabor asqueroso en la boca.

Volvió al despacho en un leve estado de aturdimiento que era a la vez combativo e inseguro. Entró en el lavabo de mujeres para mirarse en el espejo y se le cayó el alma a los pies al comprobar que un lado de la cara parecía sumido en un estado de desesperación total y que sus ojos se veían terriblemente cansados y tristes. Se puso un poco más de maquillaje y entró en el despacho. Por suerte solo había tres personas,

dos ayudantes y un socio que le caía muy bien.

Sobre su mesa había una copia de un relato que debían decidir si publicaban. Lo leyó dos veces y lo llevó al despacho del socio del editor.

—Steve —dijo—, ¿te gusta esto?

—¿Qué te pasa en la boca?

—No te fijes mucho. Parezco espástica, pero no lo soy. Es que vengo del dentista. ¿Te gusta esto?

—Sí, me gusta. Es…

—No, quiero decir de verdad. Dime la verdad. ¿Te gusta?

Steve pareció molesto, luego acorralado, después se recompuso.

—Sí, Connie. Me gusta. Es breve, original, te hace creer que estás a salvo y luego te encuentras de pronto al borde del precipicio.

—Ya, como todo lo que publicamos aquí.

—Connie, ¿qué quieres que te diga? Ya sé que te sientes frustrada por lo que publicamos, pero esto es lo que le gusta a Fulford. Y a mí no me molesta.

—Pues yo pensaba que te había gustado aquello que te mostré hace unas semanas.

—¡Y me gustó! ¡Me gustó mucho! Pero a Fulford no.

—A él nunca le gusta nada de lo que me gusta a mí. No entiendo por qué me contrató.

—Hay muchas cosas que no te gustan. Si hicieras la publicidad de las cubiertas, pondrías: «¡Mediocre!, opina Constance Weymouth».

—A ti te gusta todo.

—Tengo predisposición a que me gusten las cosas. Eso es cierto.

Se reclinó en el asiento y ladeó la cabeza ligeramente hacia atrás como si estuviera siendo entrevistado en un programa de televisión por un presentador excéntrico y odioso. Luego volvió a echar la silla hacia delante y sonrió.

Hablaron un rato más; Steve dijo que la calidad de un texto dependía en gran parte del marco de referencia que se le impusiera. Connie no estaba de acuerdo. Bromearon un poco y Connie volvió a su cubículo. Se quedó sentada y en silencio mientras se le despertaba la mandíbula,

mirando cómo la espalda cubierta con un grueso jersey de una de las ayudantes se movía de un lado a otro de su mesa. Otra ayudante, una mujer joven y bonita que creía en el trabajo que hacía, la distrajo con su ir y venir de un lugar a otro del despacho, y Connie pensó que si estuviera de mejor ánimo le parecería agradable ver aquel movimiento lento y predecible de gente ocupada en una actividad llena de sentido. Ahora le provocaba una reverberación desordenada de su experiencia con el óxido nitroso, y tuvo un agotador flashback en el que se veía cargando a duras penas grandes fragmentos de su vida, comprimidos en cajas de colores brillantes en las que podía leerse «Constance la escritora», «Constance el ser social», «Constance como parte de una pareja»… y luego todas dispuestas en el suelo mientras Constance estaba sola en su apartamento, esperando a Deana en la oscuridad, bajo una manta, abrazándose a sí misma. Vio cada caja rotulada como un peso que ella cargaba de un lado a otro, dejando una en un lugar aleatorio para poder coger otra y llevarla tambaleándose en una nueva dirección.

Apoyó la cabeza sobre la mesa.

En el camino de vuelta a casa decidió que iría a la fiesta de Franklin.

—¿Por qué? —preguntó Deana—. ¿Después de todo lo que estuvimos hablando?

—Porque creo que necesito cerrar un círculo o algo así. A lo mejor me emborracho y le pego un tortazo a Alice.

—No hablarás en serio, espero.

—No, pero puede que le haga bajar la mirada.

—Bueno, me temo que si es mañana no podré acompañarte. Tengo que cenar con mi madre a las nueve y después no estaré para relaciones sociales.

Por lo visto la fiesta había llegado a su apogeo una o dos horas antes de que llegara ella. Los invitados parecían agruparse dependiendo de a quién se agarraran del brazo camino del cuarto de baño, y estaban todos apoyados en las paredes, las mujeres asintiendo mucho con la

cabeza. Mientras se dirigía al centro de la habitación, algunos se giraron hacia ella y le dirigieron una sonrisa vagamente bienintencionada. Creyó reconocer a la pareja solitaria que bailaba en un rincón, la mirada baja en benigna concentración mientras desplazaban el peso de una cadera a otra y rozaban ligeramente con sus manos la cintura del otro. Sí que reconoció al hombre con un brillo histérico en sus ojos azules que daba vueltas agresivamente por la sala con un puñado de cacahuetes grasientos en la mano, y miró hacia otro lado.

—¡Connie! —Franklin apareció con el pelo y los ojos y los poros en magnánima eclosión—. ¡Has venido! —Se buscaron las manos a tientas y se lanzaron a las mejillas del otro con gran profusión de «mua, mua».

—¿Dónde está tu novia?

—Tenía un compromiso familiar.

Se quedaron así un momento, Connie escrutando rápidamente el otro extremo de la habitación mientras Franklin miraba por encima de la cabeza de ella.

—¡Eh, Dave! Tengo que hablar contigo antes de que te vayas. Connie, las bebidas están allí y hay pastel y cosas para picar en la cocina. ¡Y no vayas a esfumarte! Hay alguien a quien quiero presentarte.

Le apretó cariñosamente el hombro y se alejó, y ella se mezcló entre la gente para dirigirse hacia el discordante montón de botellas que reflejaban la luz y hacia las tambaleantes torres de vasos de papel. Cuando ya estaba cerca de la mesa y a punto de coger el fino cuello de una botella de vodka, una mujer se giró y encontró frente a Alice. La justa proporción de sorpresa, efusión y compasión de la exclamación que siguió, «¡Connie!», hacía pensar que Alice se esperaba aquello. Hizo un ademán vacilante con la parte superior del cuerpo parecido al primer paso de un abrazo; Connie hizo un ademán de respuesta y luego se detuvo, con lo que Alice se detuvo también y las dos se quedaron mirándose, restableciendo lentamente las distancias. Connie se preguntó si Alice le estaría inspeccionando las patas de gallo.

—Bueno, ¿y cómo estás? —preguntó—. ¿Qué tal te va con tus cuadros?

—¡Bien! Quiero decir, ahora soy mucho más productiva que cuando te conocí. No pierdo ni la mitad del tiempo tirándome de los pelos.

—¿Aún estás tan resentida como antes por el éxito de Roger?

La mirada de Alice se deslizó oblicuamente hacia ella en un corto estallido de expresión parecido al vuelo de un pájaro; aquello hacía alusión a las antiguas discusiones que habían mantenido sobre el éxito comercial de Roger y los amargos celos que sentía Alice.

—Sí, aún, pero ahora lo llevo mejor. Ya no me comporto como una bruja rencorosa. Mi mayor productividad hace que me resulte más fácil de sobrellevar. —Estaban allí de pie, unidas por una delicada membrana de intimidad recordada—. He oído que te va muy bien escribiendo.

—Sí, mucho. —Connie pasó revista a los logros que había cosechado en el último año y, durante unos incómodos momentos, se convirtió en aquella chica de provincias que trataba de impresionar a la arrogante Alice. La conversación no se desarrollaba como ella la había planeado; estaban hablando como si fueran simplemente dos conocidas que se encuentran en una fiesta, quizá porque eso es lo que eran—. Lo de la revista era divertido al principio —concluyó—. Pero ahora ya no estoy tan contenta allí. No tengo la influencia que pensaba que tendría. Y pagan muy mal.

—De todas maneras, es un buen lugar para hacer contactos, ¿no?

—Sí.

Desviaron ligeramente la mirada mientras el tejido conectivo empezaba a disolverse en una anomalía de música y charla desenfadada. Connie miró de reojo el rostro de Alice. Tenía pequeñas arrugas y una ligera sequedad que hacían que la piel presentara un aspecto frágil, pero la estructura de los huesos y el porte aún conservaban el aire majestuoso e impenetrable de una modelo que contempla altiva toda una vida de cámaras.

—¿Cómo está tu madre? —preguntó Connie.

De nuevo planeó la mirada de expresión franca.

—Murió hace unos años. Poco después de la última vez que hablé contigo.

Se estableció entre ellas otro hilo de unión, pero Connie no supo qué era exactamente.

—Debe de haber sido muy duro. Lo siento.

Alice se giró hacia ella y Connie vio otra cara que empezaba a emerger bajo la expresión adoptada para la fiesta, el cuidadoso maquillaje de ojos y la sensación de aplomo. No estaba segura de cómo definirlo, pero parecía la cara de una muchacha que ha pasado mucho tiempo examinando a las modelos de las revistas de moda.

—Sí, fue duro. Ya recuerdas cómo eran las cosas. Por un lado fue un alivio para mí. Pero fue horrible.

Alguien subió el volumen de la música y el sonido pasó entre las dos.

—¿Y tus padres qué tal?

—Mejor. —Connie asintió con la cabeza—. Vuelven a vivir juntos y por lo visto la separación despejó un poco los ánimos. Ahora parece que se quieren otra vez.

—¿Ah, sí? Estupendo.

Alice se volvió hacia la mesa, cogió una enorme patata frita y la usó como cuchara para llevarse a la boca un bocado de pasta de color verde. Connie encontró un vaso de plástico sin nada pegajoso dentro y se sirvió vodka. Buscó a tientas el resbaladizo cartón de zumo de naranja y un torrente de conversaciones las separó momentáneamente; Connie se vio envuelta en una charla con un hombre muy joven que quería hablar con ella de la revista donde trabajaba, mientras que Alice se vio atrapada por la mirada aguamarina del hombre de los cacahuetes que Connie había evitado. Fue un alivio para las dos encontrarse de nuevo unos minutos más tarde en otro rincón de la sala.

—Ya me ha contado Franklin que ahora vives con una mujer.

—Sí.

Los ojos de Alice se iluminaron con un destello de entendimiento; nunca había logrado comprender las maníacas aventuras amorosas de Connie, ni por qué rechazaba de plano a los hombres que le presentaba Alice, y ahí estaba la sencilla explicación: Connie era lesbiana.

—¿Te va bien?

—Sí. La quiero de verdad.

—Me alegra oírlo.

—¿Cómo van las cosas entre tú y Roger?

Alice desvió la mirada y se encogió de hombros.

—Bien, supongo. No estamos tan unidos actualmente. De hecho, él se está viendo con alguien. Esta noche estará con ella en alguna parte, me imagino.

—Vaya.

—No se trata de una crisis. Creo que puede ser bueno para los dos. A mí también me iría bien tener alguna aventura, pero de momento no hay nada. Roger tiene la oportunidad de tratar con muchas chicas solteras. Se ha convertido en alguien importante, ya sabes.

Se produjo otro cambio en la superficie de la cara de Alice y Connie percibió una repentina similitud con la persona que había visto en el espejo el día antes, después de la visita al dentista: una parte de la cara contemplaba vigilante el mundo, con expectación y confianza, mientras que la otra se había desplomado bajo el peso de la realidad. Los ojos expresaban la fatiga y el rencor de una persona pequeña y trabajadora que cargaba su vida sobre las espaldas como un conjunto de símbolos y circunstancias que en cualquier momento pudiera dejar a un lado para ponerse a ordenarlos.

—¿Piensas seguir casada con él?

—Sí, sí. Quiero decir que mi matrimonio con Roger es como… un proyecto que nunca abandonaría. Además quiero tener hijos pronto.

Connie vio la tristeza en su mandíbula y los ojos cansados, y le entraron ganas de rodearla con los brazos, de mantenerla abrazada y consolarla. Luego le cambió de nuevo la cara, o tal vez se lo pareció a Connie, y volvió a tener el aspecto de una mujer elegante, adinerada y segura de sí misma, de ojos amables, curiosos e impenetrables.

—Sabes que nos hemos mudado, ¿verdad? Hemos comprado un apartamento fabuloso en el Soho. Vamos a dar una fiesta un día de estos. Tengo que invitarte.

—¡Oh, Alice! —Un hombre con una chaqueta con estampado de cachemira y una sonrisa contundente como un mazazo se precipitó hacia ellas y cogió a Alice por el codo—. Tengo que presentarte a

Alex… Hola —le dijo a Connie—. ¿Eres pintora también?

Connie respondió que no, y Alice agitó fugazmente los dedos para despedirse y se fue a saludar a Alex. Connie se dirigió a la otra sala con su bebida, cogió un pedazo de tarta de chocolate y se lo comió directamente con la mano, dejando caer las migas al suelo. Un hombre le preguntó si era escritora y se vio metida en conversaciones impregnadas en alcohol con tres personas diferentes, en las que no se dijo casi nada. La última se vio interrumpida cuando apareció Franklin, con los párpados pesados y violáceos, y la cogió del brazo.

—Aquí hay una mujer a la que tienes que conocer. Es increíblemente inteligente y escribe para *The New Yorker*. ¡Cathy! ¡Cathy! Esta es Constance Weymouth, una escritora increíble, una de las escritoras más brillantes que conozco. Tenéis mucho de que hablar.

Una mujer atractiva con el pelo gris y enormes ojos azules estaba frente a ella, algo insegura pero con buena disposición. Connie le dio la mano e intercambiaron cotilleos sobre revistas hasta que se hizo evidente que, si bien existía la posibilidad de que se fraguara una gran amistad entre ellas, la situación del momento la excluía.

Otras dos parejas se movían ondulantes en el rincón, y Connie se las quedó mirando con una concentración melancólica y difusa. Sus pasos torpes no eran ni graciosos ni dinámicos, pero su buena voluntad infundía a sus gestos desgarbados —la mano estirada para apretar la mano del otro, el repentino contacto visual— un aura romántica dulce y desvaída que hizo que a Connie le entraran ganas de volver a casa y estar con Deana.

Encontró a Franklin metido en dos conversaciones, una sobre escultura y la otra sobre Libia, y se despidió de él rápidamente. Mientras se ponía el abrigo, Alice se giró hacia ella y le sonrió, con un dedo alzado ante la cara del hombre de la chaqueta estampada.

—¿Te vas? —Cruzó apresuradamente la sala—. ¿No quieres esperar un poco? Yo me voy a ir pronto.

Connie notó que sus ojos se iluminaban con un brillo ansioso, y luego se desvaneció. Vaciló un momento.

—Bueno, si tienes prisa vete. Pero espera, que te doy mi tarjeta. —

Alice tenía su tarjeta de negocios preparada en la mano—. Aquí está nuestro nuevo número de teléfono. ¿Nos llamarás?

Se dijeron que había sido agradable volver a verse, hicieron de nuevo ademán de abrazarse y lo dejaron en un apretón de manos.

Connie caminó tres manzanas antes de coger un taxi. «Te crees que sabes lo que estás haciendo, pero no lo sabes», la informó un borracho que estaba acurrucado en la acera. Le puso en la mano un billete de dólar y siguió andando, dándole la razón en silencio. ¿Por qué no había esperado a Alice? «Alice te adora, Connie», había dicho Franklin. Al otro lado de la calle una pareja se abrazaba contra una pared de ladrillo medio derruida; el hombre tenía la mano metida por debajo de la corta falda de cuero de la mujer. Porque había ido a cerrar un círculo y ya no eran amigas, pensó Constance. Se detuvo ante una papelera con la boca obstruida por la basura y sacó la tarjeta de Alice del bolsillo. Estaba a punto de tirarla cuando cambió de idea. Nunca se sabe. Puede que un día encontrara esa tarjeta y decidiera que sería agradable hablar con alguien a quien hacía años que no veía. Se metió en el bolsillo el trocito de cartulina y paró un taxi que bajaba rugiendo por la calle como un animal desesperado.

PARAÍSO

Cuando Virginia pensaba en la vida que habían llevado en Florida, la veía cubierta por una neblina tropical azul y verde. El agua del océano lamía la playa de arena blanca, había estrellas de mar en la orilla y las langostas se desplazaban torpemente. Había una casa blanca con un tejado azul. En el porche delantero había unas latas llenas de almejas malolientes y cangrejos de río que se movían en círculos rozando las paredes con las antenas; los había traído su hijo Charles, y los habían dejado allí para que él y su hermano, Daniel, se acuclillaran y los observaran de vez en cuando.

Se imaginaba a sus hijas con shorts rojos a juego, el cabello rubio echado hacia atrás y sujeto con gomitas del pelo. Los músculos de sus largas piernas vibraban cuando saltaban a la cuerda o se perseguían la una a la otra, las suelas de goma de sus chanclas golpeteando sus pequeños y sucios talones a cada paso que daban. En el patio delantero, sobre una vieja colcha de retales, se estaba celebrando un pícnic familiar. El jugo de la sandía les bajaba por las mangas.

Jarold estaba dentro del agua y sujetaba a Magdalen para que pudiera patalear y salpicar sin miedo. Él se reía, enrojecido por el sol; mechones de pelo mojado se le pegaban a la cabeza grande y hermosa.

Veinte años más tarde Virginia pensaba en Florida con un asombro afligido y supersticioso, pero también maravillado y reverente, como si fuera un paraíso que hubiera perdido sin saberlo. Pensaba en ello casi cada noche cuando se tumbaba en el sofá frente al borroso murmullo del televisor del salón de su casa en New Jersey. Apoyaba la cabeza en un pequeño y duro cojín, y a través del ventanal contemplaba el oscuro patio trasero con el brillo tenue de la barbacoa oxidada. Pensaba que, si se hubieran quedado en Florida, su hijo aún viviría. Sabía que no tenía ningún sentido, pero eso era lo que pensaba.

Cuando Virginia conoció a Lily, su sobrina de quince años, esta le había dicho:

—La abuela siempre nos hablaba de ti. Decía que podías coger naranjas en tu patio trasero. Y que una vez encontraste una langosta paseándose por la sala de estar. Decía que habría tornados y que tu casa se inundaría y entrarían serpientes horribles. Sonaba todo tan exótico. No parecía que pudieras ser de nuestra familia.

Iban en el coche con la calefacción encendida y los cinturones puestos. Virginia acababa de recoger a Lily en el aeropuerto de Newark porque la muchacha iba a vivir con ellos.

Virginia se había quedado encantada con el comentario.

La madre de Lily había venido a visitar a Jarold y Virginia. Hacía casi ocho años que Virginia no pasaba tanto tiempo con su hermana.

Anne era la hermana bajita y morena de sus dos hermanas altas y rubias, una niña nerviosa y conmovedoramente formal que parecía que siempre estuviera planchando o lavando o yendo a alguna parte con los brazos cargados de libros. Su boca pequeña era una línea severa, sus enormes ojos grises tenían una expresión difusa, húmeda. A veces daba la impresión de que iba a chocar contra la pared.

Como Anne era cinco años mayor, su madre le encargaba que se ocupara de cuidar de Virginia y Betty los fines de semana, mientras ella se iba a Lexington a limpiar las casas de gente rica. Anne aceptaba con entusiasmo esa responsabilidad. Se levantaba temprano para preparar huevos y leche para el desayuno, ponía la mesa con un cuidado exquisito, rodeando los platos con guirnaldas de tréboles. Virginia y Betty protestaban cuando las arrastraba fuera de la cama para sentarse a la mesa; se burlaban de su pulcro ritual del desayuno. Se negaban a ayudarla a fregar los platos.

Anne solo salía con chicos aplicados y estudiosos. Se pasaba largas y desesperantes horas en el porche con ellos, hablando de la vida y haciendo manitas. Luego subía las escaleras dando saltitos, la mirada absorta de pasión, la cara suave y ruborizada de placer. Sus hermanas

le tomaban el pelo, a veces hasta hacerla llorar.

A sus cuarenta y ocho años, Anne se había convertido en una mujer rolliza, sencilla y confiada. La piel alrededor de los ojos era flácida y llevaba unas gafas grandes de color beige. Tenía las cejas más pobladas, pero su tez se veía fina y juvenil.

Durante su visita fue Anne la que entablaba conversaciones simpáticas y animadas con Jarold y Magdalen. Fue ella quien se reía y les hacía reír durante las excursiones en canoa y las barbacoas. Virginia se quedaba sentada, sombríamente dócil y callada, observando a Anne con interés y cierto cariño. Sabía que su hermana quería ayudar. A Anne le habían dicho que Virginia no había superado la muerte de Charles y había venido a iluminar un poco la oscuridad de aquella casa. Estaba resuelta a animar a Virginia, del mismo modo que había estado resuelta a fregar el suelo o a hacer que se tomaran el desayuno.

Virginia se había acercado a Lily con el mismo deseo inquebrantable de ayudar.

La presencia de Lily en la vida de Virginia empezó con una serie de llamadas intempestivas y cartas frenéticas de Anne. Las cartas estaban llenas de signos de exclamación triples, puntos y rayas demenciales en lugar de puntos y aparte, palabras subrayadas enérgicamente y enormes mayúsculas retorcidas con el rabo desparramado a través de las líneas. «Lily está muy retraída y deprimida». «Lily tiene unos amigos muy extraños». «Lily está muy hostil». «Me parece que toma drogas…». «Creo que necesita ayuda —George se opone—, tal vez necesite el consejo de un especialista».

Virginia se imaginaba a la mocosa enfrentándose a su apacible hermana. Otra hija bonita y malcriada que se creía una princesa gitana, con los pies descalzos y adornados con abalorios brillantes, los senos en arrogante libertad, un caballero enamorado. Como Magdalen.

—Quiero casarme con Brian y celebrar una boda gitana —decía Magdalen—. La montaremos en la sierra que se alza detrás de la casa. Nuestros amigos harán un círculo alrededor de nosotros y cantarán. Yo llevaré un vestido de seda salvaje con un velo transparente. Y daremos un gran banquete.

—¿Y Brian quiere casarse contigo? —preguntó Virginia secamente.

Magdalen tenía diecisiete años. Acababa de volver a casa después de estar un año ausente. Llevaba una enorme mochila verde a la espalda y tenía los pies sucísimos.

—He vuelto a casa para despejarme las ideas —dijo.

Tomaba copiosos desayunos de huevos con beicon, horneaba bizcochos de plátano y se tumbaba en el salón para echar las cartas del tarot. La vida de la familia siguió su curso en torno a aquella figura que meditaba tristemente con las piernas cruzadas. La larga melena rubia le caía por encima de la cara. Revoloteaba por la casa con una gracia irritante, barriendo el suelo con los tejanos mientras tarareaba canciones que hablaban de mujeres en islas.

Al cabo de seis meses «decidió» casarse con Brian, y se fue a Vancouver a comunicárselo.

Virginia se alegró de que se marchara. Pero, incluso después de irse, los fantasmas persistentes de Magdalen estaban por todas partes: Magdalen a los trece años, los codos puntiagudos sobre la mesa del desayuno, encorvada con un jersey de cachemira exageradamente largo, los labios mohínos sádicamente pintados con una gruesa capa de carmín blanco: «Mamá, no seas tonta, todo el mundo lo lleva»; Magdalen a los doce años, radiante y llena de júbilo, con un examen de inglés en la mano calificado con sobresaliente alto; Magdalen en el despacho del director, las flacas piernas con los tobillos cruzados, la cabeza agachada remilgadamente —«Tiene una hija muy inteligente, señora Heathrow. Tendría que saltarse un curso, o quizá dos»—; Magdalen empujando desganadamente el carrito en el supermercado, con un pantalón corto de rizo y sandalias de goma, la barbilla ladeada y los verdes ojos gatunos fríos al notar que los jóvenes reponedores la miraban; Magdalen a los quince, sorprendida en el sofá con sus piernas entrelazadas con las de un melenudo universitario de primer año; Magdalen sentada a la mesa del comedor en silencio, picando del plato, las frágiles fosas de la nariz palpitando desdeñosamente; Magdalen actuando como una colgada bajo el efecto de las drogas, agarrada a las piernas de su madre y gimiendo «Oh, David, David, por favor, hazme el

amor»; Magdalen en la consulta del psiquiatra, los dedos blancos y torpes dejando caer la ceniza del cigarrillo al suelo; Jarold, con la boca como un alambre de espino, cogiendo por el pelo a Magdalen que daba alaridos mientras la arrastraba escaleras arriba bajo la mirada desconcertada y afligida de Charles y Daniel.

Durante años, Magdalen había eclipsado a dos chicos espléndidos y a su hermana, Camille. Camille permaneció quieta y callada durante años, observando en silencio el estrafalario espectáculo que ofrecía su hermana mayor. Luego Camille se convirtió en una chica de piernas largas que llevaba el pelo castaño claro recogido en una cola de caballo alta y saltarina. Estaba llena de energía. Le gustaba llevar blusas y faldas bien entalladas, pero en clase de economía doméstica se hizo un chándal de piel de serpiente verde y amarillo y se lo ponía para estar por casa. Hacía las delicias de su madre con comentarios como: «Cuando los chicos me dicen que soy remilgada, yo les contesto: "Tienes toda la razón. Lo soy porque quiero"». No era especialmente bonita, pero su mirada viva y sincera y su visible inteligencia la hacían más atractiva que la mayoría de las chicas guapas. Cuando Virginia empezó a prestar atención a Camille, no podía entender cómo había permitido que Magdalen la hubiera absorbido tan completamente. Sin embargo, había fantasmas.

Cuando llamó Anne, hacía más de un año que Magdalen se había ido. Era una noche de finales de verano. Virginia y Jarold estaban en el salón viendo *La leyenda del indomable* en la televisión. La habitación estaba sumida en una agradable penumbra, salvo por la oscilante luz blanca del televisor. El ventanal estaba abierto. El aire fresco de la noche estaba poblado de susurros y ruido de insectos. Virginia estaba sentada con un suéter rosa echado sobre los hombros y apoyada sobre el brazo de Jarold. Sus copas brillaban con luz trémula sobre la mesita baja que tenían delante. El cigarrillo de Virginia se consumía en un cenicero metálico. Habían cenado unas chuletas deliciosas.

Cuando Charles le dijo que la llamaban por teléfono, intuyó que

debía cumplir con su deber. ¿Qué habría pasado ahora con Lily? Cogió la copa y el cigarrillo, abandonó la agradable penumbra, recorrió el pasillo y entró en la cocina por la puerta de vaivén. La luz era brillante y flotaba un apacible aroma a comida. Pidió a Charles, que estaba tomándose un sorbete de lima junto a la encimera, que saliera de la cocina, y se sentó en el taburete rojo que había al lado del teléfono, con los codos sobre las rodillas.

—¿Qué hay, querida?

Lily acababa de salir del psiquiátrico.

—Se pasa el día tumbada a la bartola, comiendo sándwiches de mantequilla y bebiendo té sin parar. No creo que pueda volver al instituto de aquí, ahora que la han expulsado. Ya hemos intentado enviarla a otro de fuera, pero tampoco ha funcionado. No sé qué hacer.

Magdalen estaba en algún lugar de Canadá. Camille estaba en la universidad. Charles y Daniel estaban siempre jugando fuera.

—¿Y si se viene conmigo y sigue estudiando aquí? —dijo—. Ya sabes que ahora no tengo a las chicas. Mándamela.

Volvió al salón cuarenta minutos más tarde. Jarold estaba en el sofá, encorvado hacia delante con aquella expresión exasperada que ponía siempre que veía a los liberales en televisión. Estaba tan absorto en *La leyenda del indomable* que no preguntó quién había llamado. Ella se acurrucó junto a él en silencio.

Pensaba hablarle de Lily cuando terminara la película, pero no lo hizo. Estuvo unos cuantos días pensando en decírselo. Al final comprendió que lo iba aplazando porque sabía que él diría que no, así que decidió no hablarle del asunto. Durante toda la semana estuvo tratando de imaginarse a Lily y cómo sería aquello de tenerla allí.

Al cabo de una semana fue a buscar a Lily al aeropuerto. Mientras se hacía visera con la mano para ver a los pasajeros que bajaban del avión, se dio cuenta de que había esperado vagamente que se pareciera a Magdalen. Se quedó ligeramente conmocionada al ver a aquella chica bajita y pálida de cabello castaño. Virginia procedió a ajustar rápidamente sus expectativas, pero aun así la sorprendió el aspecto de Lily. No se había imaginado un semblante tan serio. Mientras Lily se

acercaba entre el grupo de pasajeros, Virginia percibió una extraña sensación de soledad en aquella chica. Tenía unos ojos grises grandes y penetrantes, pero parecían velados, como si quisiera mirar sin que la miraran. Su boca y su mandíbula tenían un gesto rígido y un tanto afligido. Virginia experimentó una mezcla de curiosidad y desconcierto.

Compró a Lily una lata de zumo de uva y la llevó hasta el coche. Hacía un día húmedo; los asientos estaban pegajosos y calientes. Bajaron todas las ventanillas y Virginia buscó una emisora de música rock en la radio. Lily no habló mucho hasta que llegaron a la autopista. Entonces hizo aquel comentario sobre Florida. Virginia se quedó sorprendida y complacida. Se rio y dijo:

—Bueno, sí que cogimos algunas langostas dentro de casa, pero haría falta algo más para que fuéramos exóticos. Lo que pasaba era que no había manera de tener las puertas y las ventanas cerradas a la vez.

—Quizá exóticos no fuera la palabra —dijo Lily—. Pero erais tan claramente diferentes de nosotros… Mi madre nos enseñaba fotos tuyas y siempre parecías muy segura de ti misma. Recuerdo una foto de Magdalen y Camille. Estaban las dos de pie, sacando la cadera, y una de ellas, Magdalen, creo, tenía el pie colocado encima de algo. Se las veía muy rubias y confiadas.

Virginia pensó en las fotografías que había visto de la familia de Anne. En una foto de grupo se les veía a todos muy apiñados y con aspecto sumiso, aunque sonreían abiertamente. Parecía como si fueran unos desconocidos para el mundo ajeno a su familia, como si hubieran salido guiñando el ojo, deseando mostrar al mundo su amor y felicidad, ofreciéndolos como un tímido regalo. Las hijas de Anne eran bonitas de una manera distinta a la de Magdalen y Camille. Se acordó de una foto de Lily con su hermana Dawn, agachadas en la arena del parque con unos trajecitos rojos con volantes. El pelo castaño les llegaba apenas a los hombros, y la sonrisa vergonzosa en sus labios finos y brillantes le pareció angustiosa y peligrosamente frágil.

—Bueno —dijo—, vosotros nos parecíais todos encantadores. Se veía que erais una familia dulce y cariñosa.

Virginia salió de la autopista y llevó a Lily a dar un paseo en coche

por las montañas. Subió una colina desde la que se veía un lago y unos viejos pinos de un color verde apagado. Estaban cerca de un convento, y en los bosques aledaños habían plantado margaritas blancas y flores púrpuras. Salieron del coche y caminaron hasta que Virginia notó una ligera transpiración en la piel. Entonces se sentaron en un banco de piedra junto al convento y se contaron historias de familia. A Virginia le gustó Lily. La intrigaba. Se preguntó por qué una chica tan inteligente no iba bien en la escuela.

Al llegar a casa, Virginia preparó unas tazas de té.

Charles y Daniel volvieron de la escuela. Se quedaron muy sorprendidos al ver allí a Lily y enterarse de que iba a vivir con ellos. Se sentaron a la mesa y Virginia les sirvió un trozo de pastel de coco. Los tres muchachos mantuvieron una conversación breve y educada. Charles dijo:

—Qué mochila tan chula. Mi hermana Magdalen tiene una parecida.

Cuando los chicos subieron a sus cuartos, Virginia empezó a preocuparse. Jarold estaba a punto de llegar y aún no había pensado qué le diría.

Decidió ducharse y ponerse una blusa bonita. Le dijo a Lily que hiciera como si estuviera en su casa y fue arriba. Cuando volvió a bajar, encontró a Jarold en la cocina; había salido antes del trabajo. Estaba de pie junto a la mesa, la cara roja, y sus ojos destilaban un cansancio lleno de amargura. Miró a Virginia como si fuera su enemiga. Lily también la miró, con expresión rígida y confusa. Jarold salió de la habitación.

Ella y Jarold hablaron del asunto por la noche. Aparte de la intrusión, a Jarold no le gustaba Lily.

—Es muy rara —dijo—. No tiene gracia ni encanto. Se te queda mirando y nada más.

Estaban acostados boca arriba con sus pijamas de verano, los brazos

separados del cuerpo debido al calor. El ventilador eléctrico hacía ruido.

—Jarold, es tímida —dijo Virginia—. Y está preocupada. Lo ha pasado mal estos últimos meses.

—¿Y quién tiene la culpa? ¿Por qué tenemos que cargarnos nosotros el que lo haya pasado mal, Virginia? Respóndeme.

Virginia se quedó callada y se miró los largos pies desnudos que sobresalían al final de la cama. No se le ocurría ninguna respuesta.

—¡Y esa cara tan paliducha que tiene! —continuó Jarold—. Parece algo que hubiera salido arrastrándose de debajo de una piedra.

—¡Jerry! —Su voz sonó apagada y trémula por el ventilador.

—Me parece que no le caigo muy bien a Jarold —dijo Lily al día siguiente.

Virginia estaba fregando los platos. Lily estaba a su lado, apoyada en la pared sobre una sola pierna.

—Necesita un poco de tiempo para acostumbrarse a ti. —Virginia metió la mano en el agua para coger los cubiertos e intentó pensar en algo que decir—. Anoche me comentó que le recordabas a Magdalen. Y quiere mucho a Magdalen.

Virginia notó que Lily se animaba.

—Pero Magdalen le hizo más daño que nadie en el mundo. Es un recuerdo doloroso para él.

—Ya me lo imagino —dijo Lily—. Me dijo que yo le parecía algo que saliera arrastrándose de debajo de una piedra.

Jarold era un hombre alto y guapo que vendía seguros a las compañías. Tenía una belleza masculina y austera. Los brillantes ojos azules eran severos y directos, y las cejas, finas y arqueadas, le daban un cierto aire de diablillo que contrastaba con su voz abrupta y grave. Raramente hacía algún gesto exagerado o torpe, aunque tenía una manera de andar un poco pesada. Se había situado bien muy deprisa. Nunca se

habían visto obligados a vivir en apartamentos pequeños con el papel de las paredes medio desprendido. Durante años Virginia creyó que Jarold podía superar cualquier cosa. De hecho podía, hasta lo de Magdalen.

Jarold sentía auténtica pasión por Magdalen. Durante el desayuno, se la quedaba mirando mientras ella empujaba hoscamente su huevo por el plato y los otros niños parloteaban, como si aquella cara malhumorada y pálida le diera la energía suficiente para ir al trabajo. Leía todas sus redacciones y tareas escolares; siempre quería sacarle fotos. Ella podía conseguir de él lo que quisiera. La dejaba salir toda la noche; cuando tenía quince años le permitía pasar el fin de semana en Nueva York. Dondequiera que estuviese, incluso cuando andaba viajando por Canadá en un autobús lleno de hippies y hasta con una persona negra, si ella le pedía que le enviara dinero Jarold le hacía una transferencia inmediatamente. Si trataba de ser estricto, ella le tomaba el pelo y le adulaba. Las pocas veces que él perdió los estribos y la castigó, ella le castigó a él con el silencio. Cuando la arrastró por la escalera y le dio unos azotes, ella se escapó de casa. Llamó una semana más tarde y habló con Virginia, pero colgó cuando Jarold se puso al teléfono. Fue la primera vez que Virginia vio llorar a Jarold.

—Magdalen tenía verdadero encanto —le dijo Jarold a Lily—. Podía encantar a los pájaros para que salieran volando de los árboles. Tú no tienes nada de eso. No tienes ni la más mínima personalidad.

A Virginia la sorprendía la intensidad de la aversión que su marido mostraba por Lily. Y aunque la muchacha nunca lo expresó abiertamente, notaba que Lily también odiaba a Jarold. Nunca discutía con él; prácticamente le ignoraba. Cuando tenía que hablar con él, le salía una voz entrecortada y con un ligero tono condescendiente, como si Jarold fuera indigno de su desafío.

Una tarde, Lily y Virginia estaban sentadas en unas sillas de jardín en el patio trasero cuando Charles y Daniel se acercaron a ellas con un largo tronco de madera. Los chicos habían matado a tiros a cuatro ardillas, las habían despellejado y habían clavado las pieles al madero. Las mostraron muy orgullosos, y Virginia les elogió. Lily no abrió la

boca hasta que se fueron, y entonces dijo que creía que iba a vomitar.

—Ya sé que es algo horrible —dijo Virginia—. Pero son niños y estas cosas son importantes para ellos. Lo hacen para impresionar a su padre.

A Virginia le turbó el repentino desprecio que vio en la cara de Lily.

—Lo sé —dijo.

La estancia de Lily se fue volviendo cada vez más y más desagradable, y finalmente se convirtió en un recuerdo desconcertante que se cernió sobre la casa durante bastante tiempo. Pero hubo momentos alegres que se destacaban de lo desagradable de una manera tan vívida, que parecían proceder de algún lugar completamente distinto.

Virginia pasaba las tardes con Lily cuando esta volvía del instituto. Se ponían unos tejanos y una camiseta, y se iban en el coche a las montañas donde habían estado el primer día. A veces paraban en un Dairy Queen y compraban unos helados con puntitos rosas y sirope derretido. Se sentaban en el capó del coche, balanceando despacio las piernas y comiéndose el helado con cucharitas de plástico rosa, y hablaban de la chica mandona de la clase de economía doméstica de Lily, o del chico que ella pensaba que era «diferente». Virginia le contaba cosas de la época en que ella iba al instituto, en que era guapa y popular y todas las chicas querían ser sus amigas. Daba consejos a Lily sobre cómo elegir sus amistades.

Cuando llegaban a las montañas, dejaban el coche y caminaban. Lo hacían en silencio, concentradas en el paseo. Encontraban senderos, rompían ramas de los árboles y las utilizaban para abrirse camino. Lily se paraba a observar plantas o insectos, perpleja y con el ceño tenso. Recogía una gran cantidad de cosas que se guardaba en los bolsillos, sobre todo castañas. Cogía una y la llevaba en la mano durante toda la caminata, acariciándola con los dedos o frotándola pensativamente contra el labio inferior.

Otras veces simplemente se sentaban a la mesa de la cocina y tomaban el té. Virginia se sorprendía de las muchas historias que le contaba a Lily durante esas tardes. Lily se enteró de cosas de su tía que

muy pocas personas sabían. Virginia no sabía muy bien por qué confiaba en ella. Se había sentido muy sola. Por la tarde el sol entraba en la cocina y se respiraba una atmósfera de calma. Lily escuchaba atentamente. Hacía preguntas. Hacía muchas preguntas sobre Magdalen.

—Pero ¿no te gusta la forma de ser de Magdalen? —preguntó una vez—. ¿No recuerdas buenos momentos de cuando era pequeña?

—Magdalen podía ser la niña más amable y encantadora del mundo cuando quería. Podía darte hasta la camisa… si estaba de humor. Solo si estaba de humor. Pero respondiendo a tu pregunta: no, no me gusta cómo es Magdalen. La quiero, la quiero muchísimo, porque soy su madre y no puedo dejar de quererla. Pero no me gusta.

Lily se la quedó mirando, pálida y preocupada.

—Nunca le cuentes esto a nadie. Es un secreto. Si algún día Magdalen viene y me dice: «Mamá, Lily dice que no te gusta cómo soy», diré que mientes.

Mientras hablaban, Lily tenía el codo apoyado sobre una pequeña pila de libros escolares. Cada día llevaba esos libros al instituto y luego los traía a casa. Había uno con una raja en la verde cubierta que dejaba al descubierto el relleno de cartón gris y el lomo roto pegado con una sucia tira de cinta adhesiva. Cuando Lily oía el coche de Jarold, cogía los libros y se iba. Jarold entraba y veía su taza sobre la mesa, con la costra de azúcar aún fresca en el fondo. Nunca decía nada, pero contraía la boca en un rictus sarcástico.

Virginia intentó que Jarold fuera un poco más amable con Lily.

—Creo que tiene un encanto especial —le decía—. Es amable y discreta. Sabe escuchar y tiene una intuición natural.

A veces parecía que Jarold prestara atención a sus comentarios.

Pero Lily no mostraba, o no podía mostrar, su encanto a Jarold. A él solo le mostraba sus aspectos más irritantes. Y eran realmente molestos. Casi nunca decía nada durante la comida; o masticaba con la cabeza gacha, o se quedaba mirando a la gente. Ignoraba a Jarold, y a veces también a Virginia. Tenía una actitud muy crítica; siempre hablaba de lo que estaba mal en el mundo. Nunca ayudaba con los platos ni con

nada. Siempre iba a la nevera y cogía el último pedazo de pastel o de tarta de queso o del postre que hubiera. Decía cosas de lo más extrañas, y cuando se le pedía que explicara lo que quería decir, respondía: «Oh, nada, no importa». Rondaba por la casa como un perro apaleado. Se apoyaba en las paredes. Era deprimente.

En septiembre, Lily se sentaba por las noches en el suelo del salón con sus libros y se ponía a leer o a subrayar frases con gruesas líneas de color turquesa. Virginia leía el periódico en el sofá, con las gafas marrones cuadradas en la punta de la nariz. El televisor estaba puesto, normalmente en un programa de entrevistas que ninguna de las dos quería ver. Sobre la mesita había un enorme tarro de aceitunas tamaño familiar del que las dos iban picando. Hablaban a ratos, y a Virginia le gustaba pensar que su silenciosa presencia animaba a Lily a estudiar.

En septiembre, Lily sacó buenas notas en los exámenes. Su profesor de arte hizo comentarios positivos de sus dibujos. Sacó un excelente alto en el ejercicio de humanidades y el profesor lo leyó en voz alta al resto de la clase. Virginia llamó a Anne por teléfono y se lo leyó.

Durante el mes de octubre Lily dejó de estudiar en el suelo del salón. Dejaba los libros de lomo destrozado sobre el sofá y subía a encerrarse en su habitación. Virginia oía la radio sonando durante horas al otro lado de la puerta. Se preguntaba, malhumorada, qué debía de estar haciendo Lily allí dentro.

Los fines de semana sus amigos melenudos venían a esperarla a la puerta y ella desaparecía durante el resto del día. Por la noche oían cerrarse la puerta de la entrada y Lily cruzaba el salón, con los pantalones de campana arrastrando por el suelo y la cara cálida y despreocupada. Se alejaba flotando por el pasillo sin decir ni una palabra.

La segunda semana de octubre el señor Shin, el responsable de disciplina de la escuela, llamó a Virginia. Le dijo que Lily se portaba

groseramente en clase y utilizaba un lenguaje obsceno. Al cabo de dos semanas volvió a llamarla, esta vez para decirle que creía que Lily tomaba drogas.

Virginia pensó que el señor Shin tenía una voz repulsiva. Pensó que le había cogido manía a Lily por razones que nada tenían que ver con el lenguaje obsceno o las drogas. Una vez Lily contó que el señor Shin le había dicho que su coeficiente intelectual estaba por debajo de la media, que debería estar en un centro psiquiátrico y que no culpaba a sus padres de que no la quisieran. Primero Virginia se enfadó. Pensó en decirle a Jarold que llamara al señor Shin y le pidiera que dejara a Lily en paz. Pero luego se dio cuenta de que Jarold pensaba lo mismo que él. Entonces se sintió avergonzada. Después de todo, el señor Shin tenía razón. Lily decía obscenidades, con toda tranquilidad y muy a menudo. Y tomaba drogas.

Era el cumpleaños de Lily. Jarold estaba fuera de la ciudad por motivos de trabajo. Daniel y Charles le habían comprado una baraja de tarot y unos pendientes, y en la nevera había una tarta. Virginia pensaba preguntar a Lily qué quería para cenar, pero cuando Lily llegó a casa iba demasiado colocada para responder a la pregunta. Trataba de comportarse como si estuviera normal, pero no podía. Decía cosas muy raras y soltaba risitas tontas. Lily casi nunca se reía tontamente; era un sonido extrañamente desagradable.

Virginia envió a los chicos a jugar con los niños de los vecinos. Luego se dirigió a Lily. «Eres un incordio continuo —dijo—. Nunca perdonaré a Anne por hacerme cargar contigo, aunque la pobre mujer probablemente estaba desesperada por librarse de ti». No recordaba lo que había dicho después de eso. Estaba furiosa, así que no debió de ser muy agradable. Sí se acordaba de que Lily no había dicho nada, que pareció encogerse y volverse cóncava. No paraba de estirarse del pelo y ponérselo delante de la boca.

Magdalen se había comportado de manera muy distinta cuando su madre descubrió que tomaba drogas. Virginia había podido chillarle y

ponerla de vuelta y media. Magdalen la había seguido por toda la casa, dando grandes zancadas con aquellas piernas tan largas, con los ojos encendidos y vociferando: «¡Mamá, mamá! Sabes muy bien que eso no son más que tonterías. ¿Y aquella época en que tú…?».

Pero Lily se había quedado allí sentada, cada vez más inexpresiva.

Virginia durmió con Lily esa noche. Fue a su habitación, ya no enfadada sino movida por un sentido del deber, queriendo hacerle ver que se preocupaba por ella, que no iba a dejar que pasara sola por la experiencia de las drogas.

La encontró en la cama con la ropa puesta y la mirada fija. Virginia hizo que se pusiera el camisón y se metiera bajo las mantas. Apagó la luz y se acostó en la cama con ella. Lily se hizo un ovillo y se giró de cara a la pared. Virginia tuvo la impresión de que no comprendía qué hacía ella allí.

—¿Y bien? ¿No quieres hablar? —le preguntó.

Lily se quedó un buen rato callada. Al final dijo:

—¿De qué?

—De lo que te pasa por la cabeza.

Otra larga pausa.

—No me pasa nada por la cabeza.

Las palabras sonaban como desconectadas, no solo de ella, sino la una de la otra. Virginia deseó de repente que se fuera, que volviera a su casa de Michigan. Sería fácil. Todo lo que tenía que hacer era contarle a Jarold que tomaba drogas.

—Es curioso. Magdalen no paraba de hablar.

—¿De qué? ¿De qué hablaba? —Parecía sinceramente interesada.

—Oh, pues de chicos. Había uno en especial, David. Me acuerdo del nombre porque lo repetía entre gemiditos una y otra vez. —No tenía la intención de sonar sarcástica, pero resultaba difícil no serlo.

Lily no dijo nada.

Se quedaron calladas y muy quietas, sin siquiera rascarse ni cambiar de posición. Cada vez que una de ellas tragaba saliva, era evidente que trataba de hacerlo de la forma más silenciosa posible. El camisón de Virginia daba mucho calor y sentía los pies resecos. Tenía la sensación

de que no podía cerrar los ojos. Recordó las conversaciones que mantenían por las tardes y sus paseos por la montaña. Ahora no tenían ningún sentido; eran como pedacitos de color atisbados a través de un caleidoscopio. La recorrió un escalofrío de tristeza.

Virginia se giró hacia ella y las mantas rasgaron el largo silencio. En un impulso violento y repentino, apretó su cuerpo contra el de Lily y la rodeó con el brazo. Esperó, casi atemorizada.

Durante unos segundos no hubo ninguna reacción. Luego Virginia notó que cada uno de los músculos de Lily se tensaba muy despacio hasta que todo su cuerpo se tornó rígido. Empezó a sudarle la espalda.

Se quedaron así, terriblemente incómodas, durante mucho tiempo. Después de aquel gesto, a Virginia le resultaba difícil volver a apartarse.

Al día siguiente se comieron la tarta de cumpleaños en platos de papel colocados sobre el regazo mientras veían la televisión. Jarold dijo:

—Bueno, ¿qué se siente teniendo quince años?

—No lo sé —dijo Lily.

Daba la impresión de que realmente no lo sabía. Se la veía muy alterada. Jarold no dijo nada más. Charles dejó de comer su tarta y se quedó mirando a Lily. Estaba desconcertado y preocupado; por una razón: a Lily le encantaban los pasteles y ni siquiera había probado el pedazo que tenía sobre el regazo.

Virginia no le comentó nada a Jarold sobre el asunto de las drogas, pero de todas maneras él se deshizo de Lily. Esta se pasó toda la noche fuera con sus amigos, y cuando volvió por la mañana encontró todas sus cosas empaquetadas. La llevaron al aeropuerto inmediatamente y la dejaron allí en la lista de espera, con toda su ropa metida en una gran bolsa blanca de plástico. Virginia se despidió de ella con un beso, pero no sintió nada.

Esa noche llamó Anne. Lily no había ido a casa. Había cogido un

avión a Canadá.

—Creo que esta vez no vamos a mandar a nadie a buscarla —dijo Anne—. No serviría de nada. Nada de lo que hemos hecho ha servido de nada.

—Tú no tienes la culpa —dijo Virginia.

Durante varios días Jarold estuvo hablando de lo horrible que había sido tener a Lily en casa. Después se olvidó. Charles fue la última persona que habló de ella. Fue poco después de que Virginia recibiera una llamada de Magdalen. Dijo:

—Tú y papá siempre os comportabais como si Lily y Magdalen fueran iguales. Pero no se parecían en nada.

Después de aquello, y durante un tiempo, todo fue bien. Magdalen aún seguía haciendo la idiota, pero parecía haberse estabilizado de un modo más inofensivo; tenía un trabajo fijo como camarera en un restaurante vegetariano de Carolina del Sur, y cuando la llamaban por teléfono hablaba de viajes astrales y de la curación por medio de cristales. Camille estaba en la facultad de derecho de Harvard. Se había prometido a un estudiante de medicina guapo y sonriente. Mandaba maravillosas cartas de doce páginas a su madre, escritas en hojas multicolores con tinta violeta o turquesa. Describía a sus profesores y amigos. Hablaba de lo mucho que amaba a Kevin, de cómo deseaba tener hijos y una carrera. Contaba los sueños que había tenido y las exposiciones de arte que había visto. Virginia se imaginaba a Camille sentada en clase. Las piernas cruzadas sosegadamente, el cuerpo inclinado en una postura desgarbada llena de arrogante naturalidad femenina, pero con el cuello erguido y los grandes ojos vigilantes. Se la imaginaba sentada en la terraza de un café, las rodillas huesudas puerilmente juntas debajo de la mesa, las manos largas alrededor de la taza de café humeante mientras se inclinaba hacia delante riendo con sus amigos. Vio a Camille paseando por el campus con Kevin. La chaqueta marrón de él le cubría los hombros, protegiéndola.

Daniel y Charles crecían sin problemas. Corrían en tropel por toda la casa con ruidosas pandillas de niños que agitaban los brazos enclenques y tenían unas voces chillonas y desagradables. A veces la expresión de sus ojos era sombría, brutal. Contaban chistes crueles y violentos y mataban animales. Trataban mal a los otros niños. Pero escondían una dulzura y una vulnerabilidad que quedaban al descubierto cuando menos se esperaba. Y todavía eran sus niños pequeños. Lo sabía por la manera en que Charles gritaba «¡Mamá!» cuando no podía dormir por la noche. Ella pasaba por delante de su habitación y oía la voz que salía flotando lastimeramente desde la oscuridad. Miraba dentro y le veía sentado en la cama con su pijama gris y blanco, delgado y enjuto contra el cabecero de la cama, el pelo rubio graciosamente de punta. Ella se sentaba en su cama y se quedaba allí por lo menos una hora. A veces le levantaba la parte de arriba del pijama y le rascaba suavemente la espalda. Le encantaba que le hicieran eso.

A los quince años Daniel se echó una novia. Ella tenía catorce. Era muy bajita y tenía el pelo oscuro y las manos suaves, la cara redonda y dulce y unos ojos inquietos. Se preocupaba por cosas como la ecología. Después de la escuela se sentaba en la cocina con Daniel, y comían sándwiches preparados por Virginia y hablaban de la EPA y de las ballenas. Los pies, embutidos en zapatillas de tenis con rayas, apenas le llegaban al suelo. Daniel la contemplaba embelesado mientras se comía su sándwich. A partir de entonces, dejó de matar ardillas con escopetas de perdigones.

Cuando Charles tenía doce años, actuó en una obra de teatro de la escuela. Era uno de los Niños Perdidos de la función escolar de *Peter Pan*, un niño llamado Tootles. Era un papel pequeño y no se lo tomaba muy en serio, pero le divertía disfrazarse con aquellos falsos harapos y pintarse unos ojos diabólicos con maquillaje negro. Volvía a casa

vestido así después del ensayo. Virginia veía un haz de luz en el camino de entrada, luego oía una puerta de coche que se cerraba y unas voces apagadas. Se oía otro portazo y aparecía Charles, pavoneándose ágilmente con sus pantalones deshilachados y las mangas ondeantes. Cogía cualquier cosa para comer de la cocina y entraba revoloteando en el salón gritando las frases de su papel en tono burlón. «¿Sabéis, señor? No creo que a mi madre le gustara que yo fuera pirata. ¿A tu madre le gustaría que fueras pirata, Slightly?».

Virginia fue a ver la obra la noche del estreno y se sentó en la primera fila con Jarold y Daniel. Charles vibraba sobre el escenario. Sus gestos airosos eran más convincentes que los de todos sus compañeros de reparto, salvo los del protagonista. No podía apartar la mirada de él. La niñita pálida que hacía el papel de Wendy yacía desmayada ante Charles con su camisón blanco, la larga melena castaña esparcida a sus pies. Él declamaba: «Cuando se me aparecía una dama en sueños, yo decía: "Madre hermosa, madre hermosa". Pero cuando por fin apareció de verdad, disparé contra ella». Se le llenaron los ojos de lágrimas. Miró a Jarold y vio que sonreía y parpadeaba rápidamente. Charles decía: «Ya sé que no soy más que Tootles y que nadie se preocupa por mí. Pero al primero que no se comporte con Wendy como un caballero inglés, lo castigaré severamente».

Cuando terminó la obra, Virginia fue a los camerinos. Se trataba de una antigua aula con pesados espejos de madera apoyados en la pared y cajas de cartón llenas de maquillaje y crema limpiadora en los estantes. Los niños brincaban por la sala, hablando y cantando canciones de la obra con voces burlonas. Vistos de cerca, sus ojos refulgían brillantes y demoníacos. Virginia divisó a Charles. Vio cómo hundía la mano en un tarro de crema limpiadora, se giraba y le embadurnaba toda la cara a una niña de aspecto tímido. La niña sonrió tristemente y trató de reír. Otra niña la señaló con el dedo y se rio. Charles se dio media vuelta y se alejó.

Soñó que hablaba con Lily. Estaban sentadas a la mesa de la cocina

tomando té. Virginia decía:

—Después de tener a Daniel, los médicos me dijeron que no debía tener más hijos, que podía ser peligroso. Estaba en la cama del hospital cuando vinieron y me dijeron: «Ahora que está usted aquí, vamos a hacerle una ligadura de trompas». Y yo les dije: «¡Ah, no! De eso nada». No les permití que lo hicieran, y al año siguiente tuve a Charles. —Mientras hablaba, sonreía tontamente a Lily.

La Lily del sueño le devolvía la sonrisa.

—Charles es un niño estupendo —decía—. Creo que podría ser un genio de una manera que la gente aún no comprende.

—Nunca les digas a Jarold o a Daniel que he dicho esto, pero Charles es mi favorito. Es muy querido y especial para mí. Cada vez que pienso en que alguien puede intentar hacerle daño (a los otros también, pero especialmente a él), me imagino convirtiéndome en una madre tigresa y repartiendo zarpazos a diestro y siniestro. Haría cualquier cosa para protegerle.

—¿Por qué piensas que alguien podría intentar hacerle daño? —preguntó Lily—. ¿Así sin más?

Se despertó sintiéndose culpable y asustada y furiosa con Lily. Intentó reponerse. ¿Por qué tenía que sentir ninguna de esas cosas? Los médicos no habían intentado hacerle una ligadura de trompas. No había existido esa conversación con Lily. Se durmió otra vez.

A los dieciséis años, Daniel tuvo otra novia. Era otra chica menuda, con el pelo oscuro y gafas de color marrón claro. Escribía poemas y hablaba mucho de feminismo. Virginia aún conservaba una foto de ellos cuando fueron al baile de gala estudiantil. La chica parecía turbada y agobiada con su vestido y su ramillete en la muñeca. Daniel se veía muy guapo, con gesto indiferente.

Charles se convirtió en un adolescente guapo y de aspecto delicado. Tenía unos grandes ojos verdes bordeados de largas pestañas y el cuello

esbelto. Se movía desgarbadamente como un gatito arrogante. Volvía locas a las chicas, que llamaban por teléfono y preguntaban si podían hablar con él con voz asustada y aguda. Él se mostraba brusco con ellas y les colgaba. La única que le gustaba era una muchacha nerviosa y poco agraciada con chaqueta de cuero y pelo decolorado. Pero todo terminó cuando a ella la internaron en algún tipo de institución.

Camille se casó un mes después de graduarse. Ella y Kevin volaron a New Jersey para celebrar la boda. Se hicieron las fotos en el salón. Se les veía radiantes con aquel revuelto telón de fondo lleno de zapatos y periódicos por todas partes.

Todo el mundo daba vueltas por la casa hablando y riendo y comiendo pedazos de pastel de boda. El padre de Kevin estrechó la mano de Jarold. La madre ayudaba en la cocina.

Camille y Kevin pasaron la luna de miel en España. Luego se trasladaron a Nueva York y encontraron trabajo. Las cartas de Camille estaban escritas en un grueso papel de suave tonalidad gris con «Dr. y Sra. Kevin Spaulding» impreso en la parte superior.

Magdalen contrajo matrimonio la primavera siguiente. Se casó con un abogado sureño a quien había atendido cuando trabajaba en el restaurante vegetariano.

—¿Es que no te lo esperabas? —dijo Anne—. Probablemente lo ha hecho para impresionaros. No podía permitir que Camille fuera el centro de atención.

—Es lo que ella siempre había deseado —comentó Betty—. Un padre.

John era diez años mayor que Magdalen. Era un hombre de espaldas anchas y movimientos parsimoniosos, con unos ojos grises indolentes. Magdalen se abrazaba a él amorosamente, con la mano posada sobre su solapa.

Jarold los contemplaba con evidente aprobación. Le tranquilizaba solo mirarles o hablar de ellos.

Virginia estaba contenta de que Magdalen hubiera encontrado a alguien normal que cuidara de ella. Se sentía orgullosa de la belleza de la novia y de su marido con buena posición. Gozaba de un ufano sentimiento de reparación ahora que lo de Magdalen había acabado de una manera tan convencional.

La pareja se fue a vivir a la granja de John en Carolina del Norte. Magdalen horneaba el pan y cuidaba de la casa. Tuvo un hijo, un bebé gordo llamado Griffin. Virginia sacó fotos de Magdalen sosteniendo a Griffin envuelto en una nube de mantitas; los ojos de ella se veían asustados y con un brillo desquiciado por encima de su sonrisa. John estaba de pie detrás de ella, con el mentón alzado, sonriendo con expresión apacible. Magdalen le pedía consejo a Virginia con voz dócil y emocionada.

Virginia llamó a Anne.

—Me encanta —dijo—. Él no le deja pasar ni una. Si ella levanta la voz, él la pone en su sitio inmediatamente. Y a ella le *encanta.*

Daniel se graduó en el instituto y luego se marchó a la universidad para estudiar ingeniería. Iba cargado de gruesos jerséis, calcetines y cajas de discos. Virginia le sacó una foto en la estación de tren con un enorme jersey color crema. Los pies con zapatillas deportivas muy juntos, los hombros encorvados. Sonreía al vacío con aire tolerante mientras un largo mechón de pelo rubio le volaba por la frente y le acariciaba las pestañas de un ojo.

Virginia estaba por la tarde en la cocina lavando los platos. Llevaba una sudadera, unos pantalones holgados y unos gruesos calcetines de color gris. Tenía el pelo recogido en una alta y fina cola de caballo. Hacía sol y notaba las manos calientes dentro del agua con algún resto de comida flotando. La radio estaba encendida y sonaban canciones de amor, canciones sobre niños y hogares. Mientras fregaba, Virginia cantaba sobre rosas y pajarillos y lágrimas de felicidad. Sabía que eran canciones estúpidas, pero de alguna manera hacían que se sintiera exultante. Hablaban de cosas que eran demasiado importantes y

misteriosas para ser descritas en una canción de radio.

Por la noche hacían barbacoas. Comían filetes y patatas y aceitosas ensaladas de hojas rizadas. Comían regiamente sentados en las sillas de jardín, contemplando su gran patio trasero con todos sus árboles. Charles y Jarold discutían acerca de lo que el chico debería hacer cuando acabara la secundaria, o de si Nueva York era una ciudad fea o no. Charles solía decir: «Bah, da igual», y seguía comiendo. Cuando terminaba, se levantaba e iba a dar un paseo hasta el arroyo que corría por la zona boscosa de detrás de la casa. Virginia y Jarold se quedaban sentados allí solos, radiantes y satisfechos, con las chaquetas echadas sobre los hombros.

Virginia cargaba el lavavajillas en la cocina tenuemente iluminada, tirando los restos de huesos y servilletas de papel en grandes bolsas negras de basura. Del salón venía el sonido de la televisión y el crujido leve que Jarold hacía al pasar las páginas del periódico. Charles entraba con aire abstraído, la fina chaqueta ondeando. Ella le rodeaba la cabeza con el brazo, le atraía hacia su hombro y le daba un beso antes de que él se soltara y se alejara por el pasillo.

A veces Virginia se sentaba en el sofá con una pila de álbumes de fotos. Un álbum abierto sobre el regazo mostraba imágenes de trajes invernales rojos, árboles navideños, brazos cargados de muñecas sonrientes, y niños altos, guapos y risueños que enseñaban dibujos y eran felices. Llevando cestas pascuales con figuras de chocolate sobre un lecho de hierba. Rastrillando hojas. Ganando trofeos. Bodas y ceremonias de graduación. Ramilletes de flores con largas cintas para el baile de fin de curso.

Tenía que recordarse constantemente que Anne y Betty tenían familias que eran estupendas en otros sentidos, que una de las hijas de Betty era un genio reconocido que iba a una escuela para niños superdotados.

Escribió a Anne y le dijo: «Estamos mejor que nunca».

Era invierno cuando llamó Camille. Preguntó a Virginia cómo estaban y esperó mientras su madre le contestaba. Preguntó por Magdalen y por los chicos. Luego dijo:

—Mamá, voy a abortar.

Virginia ahogó un ruido sofocado.

—¿Te han violado? —acertó a preguntar.

Camille rompió a llorar.

—No —dijo.

Virginia esperó a que Camille recobrara el dominio de su voz.

—No —dijo Camille—. Kevin no quiere tener niños. Yo me las arreglé para quedarme embarazada sin decírselo. Pensé que cambiaría de idea, pero no ha sido así. Está muy enfadado. Dice que si no aborto, pedirá el divorcio.

Virginia colgó sintiéndose muy distinta a como solía sentirse. Se preparó una taza de té y se la llevó al salón. Se sentó en el sofá apoyando sobre la mesita un pie enfundado en un calcetín gris. Se preguntaba por qué Kevin no quería tener hijos.

No le dijo nada a Jarold del aborto.

Camille vino de visita. Se paseaba por la casa con su viejo chándal de piel de serpiente, moviendo las delgadas caderas nerviosamente. Contaba historias de su trabajo como abogada laboralista y le tomaba el pelo a «papá». Virginia la miraba llena de admiración. Pero notó las rígidas líneas de expresión que se le formaban alrededor de la boca.

Camille también fue a visitar a Magdalen. Se quedó dos días en su casa antes de volver a Nueva York. Poco después escribió a Virginia diciéndole que tenía la impresión de que ocurría algo entre John y Magdalen. A ella se la veía muy frágil, decía. John le daba órdenes todo el rato en un tono bastante desagradable. Le contó que una noche se había despertado y había oído cómo pegaban a alguien de forma

rítmica y repetida durante unos cinco minutos. Por la mañana Magdalen tenía un aspecto bastante normal, y ella no se atrevió a preguntarle nada.

Esa noche Virginia llamó a Magdalen bastante tarde, cuando Jarold ya se había acostado. No notó nada extraño en su voz. Cuando Virginia colgó el teléfono, se puso un viejo suéter gris y deambuló por las estancias de la casa. Las habitaciones estaban oscuras y vacías. Parecían hostiles y misteriosas, pero eso no le hizo subir al piso de arriba ni encender la luz. Se quedó de pie en medio de la sala de estar oscura, con los pies muy juntos, arrebujándose en el suéter. Se quedó allí de pie sin pensar en nada, solo escuchando el viento y el débil murmullo de la casa.

Charles y Jarold se pelearon. Charles estaba a punto de graduarse en el instituto y no quería ir a la universidad. Solo quería irse de casa. Jarold le dijo que su actitud era estúpida y de persona débil.

—Magdalen creía que había tomado un camino poco convencional y friki —dijo Jarold durante el desayuno—, y mira cómo ha terminado. Casada, madre de familia y feliz por primera vez en su desordenada vida.

—Yo todavía creo que Magdalen es una friki —dijo Charles.

Aquello duró aproximadamente una semana. Al final, Charles explotó. Dijo:

—Prefiero acabar borracho tirado en la calle a ser un imbécil como tú.

—¡Charles! —dijo Virginia.

Jarold cruzó la habitación y golpeó a Charles en la cara, haciéndole caer de la silla. Virginia soltó el vaso en el fregadero y corrió hacia Charles.

—¡No te atrevas a pegar a mi hijo! —gritó.

—Apártate, idiota —dijo Charles. Y se limpió la sangre de la boca con gesto fastidiado.

Virginia empezó a quedarse en el salón hasta bien entrada la noche, bebiendo y mirándose los pies enfundados en gris. Hacía comentarios sarcásticos a los que nadie prestaba atención. Jarold la llamaba «mamá». «Ya, ya, mamá», le decía.

Charles se fue a vivir a Nueva York. Consiguió un trabajo en una tienda de discos y un apartamento en el Lower East Side de Manhattan. Aparte de eso, era difícil saber qué hacía.

Virginia llamó a Camille. Camille empezaba a conocer a gente interesante y a tener éxito. Explicó un montón de historias divertidas. Pero al final dijo:

—No sé si debería contártelo, pero me cuesta mucho guardármelo para mí sola. El mes pasado Magdalen me contó que John le pega. No muy fuerte ni nada. Pero le pega.

Hizo una pausa para que su madre pudiera decir algo. Virginia permaneció sentada en silencio, mirando fijamente la cocina.

—Por supuesto, tú y yo sabemos lo irritante que puede ser Magdalen —continuó Camille—. Pero eso a él no le da derecho a pegarle.

Cuando colgó, Virginia se sintió engañada. Camille le había contado lo de Magdalen al final de la conversación, después de todas las cosas buenas. Eso le pareció muy extraño. Se quedó largo rato sentada en el taburete debajo del teléfono con las piernas rígidamente cruzadas y los codos apoyados sobre una rodilla. Pensó en lo sucia que estaba la cocina. Había pelusas y migas diminutas en los bordes del suelo. Las sartenes llenas de agua grasienta se alineaban a lo largo de la encimera. La parte superior de la nevera estaba negra. Todo lo que había allí parecía no tener nada que ver con la función que debía cumplir.

En otoño, David decidió que no le gustaba la facultad de ingeniería y la dejó. Jarold discutió con él por teléfono durante un buen rato. Cuando colgó, se fue al garaje y se sentó en el coche con una bufanda alrededor

del cuello. Estuvo allí sentado más de una hora. Virginia oyó que el motor se ponía en marcha, petardeaba dificultosamente y luego se paraba. Esto ocurrió varias veces. Pero no sabría decir si en cada una de esas ocasiones Jarold estaba pensando en marcharse a algún lugar con el coche y luego cambiaba de idea, o si solo lo hacía para calentarse.

Camille se divorció de Kevin dos meses después. Metió sus pertenencias en maletas y cajas y se fue a vivir al apartamento de una amiga. Intentó darle un tono divertido cuando lo contó. Virginia se la imaginó sentada en el sofá con su amiga, las dos envueltas en mantas y tomando tazas de té, prestándose apoyo y consuelo. Era una imagen bonita, pero con cierto deje adolescente.

Todos vinieron a casa a pasar la Navidad. Magdalen y Camille se abrazaban constantemente durante todo el tiempo que duró la estancia. Se pasaron todo el día de Navidad en pijama y zapatillas. Se sentaban juntas con las manos entrelazadas. Mantenían conversaciones confidenciales que Virginia solo escuchaba a medias. Cuando hablaban con los otros se les endurecía un poco la expresión. A Magdalen le costaba mucho terminar una frase.

Nadie más pareció darse cuenta.

—Magdalen siempre ha sido una chica bastante voluble —dijo Jarold.

Charles estaba muy pálido. Durante la comida de Navidad se dedicó a picotear y apenas comió nada. Su plato era un revoltillo de todo lo que había ido cogiendo. Daniel comió mucho. Comía sin parar mientras hablaba o se paseaba por la habitación. A menudo tenía la camisa a cuadros llena de migas marrones.

Virginia solo sacó una foto de grupo. Salió horrible. Los ojos de Magdalen eran un borrón verde deslumbrado. Camille tenía el cuello rígido y estirado, los ojos saltones. Los de Daniel estaban en blanco, con

las fosas nasales muy abiertas. Charles aparecía detrás en el sofá, tapándose con la mano la cara de duende maligno. Jarold, cortado por la mitad y además de perfil, estaba congelado en medio de un gesto estúpido.

Cuando llamó Magdalen, Virginia y Jarold estaban en el salón viendo la película de la noche. Virginia hizo como si no oyera el teléfono. Sonó ocho veces.

—¿Lo coges, cariño? —dijo Jarold.

La voz de Magdalen sonó tranquila.

—Mamá, te llamo desde la estación de autobuses de Charleston. John y yo nos hemos peleado. Me ha roto la nariz. Griffin y yo vamos para allá.

Llegó a las cuatro y media de la madrugada. Virginia estaba en la puerta con un camisón de franela cuando el taxi paró en el camino de entrada. Magdalen apareció a la luz de la portezuela abierta del coche, una chica delgada con un voluminoso abrigo de corte militar. Se cerró la puerta y se convirtió en una figura lenta y arrebujada que arrastraba los pies haciendo crujir la gravilla. «¿Mamá?». Su voz sonaba dulce y cohibida.

Llevaba una maleta y una gran bolsa de plástico. Griffin ya empezaba a caminar. Se le veía cansado y melancólico. Llevaba el pelo rubio demasiado largo.

John llamó, pero le colgaron el teléfono. Amenazó con ir a buscar a Magdalen, pero Jarold le dijo que le mataría si lo hacía.

Magdalen encontró un pequeño apartamento en la ciudad y consiguió un trabajo en una floristería. Virginia cuidaba de Griffin durante el día mientras Magdalen trabajaba. Griffin era un niño tímido y pensativo que hablaba a ráfagas. Era meticuloso, analítico y observador. Hacía que Virginia se sintiera protectora y triste. Ella intentaba con todas sus fuerzas que no se le notara esa tristeza.

Al cabo de un mes, la florista accedió a que Magdalen se llevara el trabajo con las flores a casa para que pudiera estar con Griffin.

Los fines de semana, Magdalen y Virginia iban juntas a comprar comida o ropa. No hablaban mucho y se trataban con respeto. Magdalen le prestaba libros a Virginia para que los leyera y luego los comentaban.

A Virginia le sorprendía lo agradable que resultaba estar en el apartamento de Magdalen. Le gustaba presentarse allí por la mañana con fruta o con tarta de queso con cerezas. Solía encontrar a Magdalen con su bata de algodón en la amplia y austera habitación principal, sentada sobre un almohadón en el suelo. El sol entraba a través de una gran ventana sin cortinas. Había cubos de plástico llenos de rosas, tulipanes, lirios, fresias, claveles teñidos, aves del paraíso y margaritas silvestres color magenta. Había ramos de flores en el suelo, sobre papeles de periódico mojados. Las espinas desprendidas de las rosas reposaban sobre el papel como dientes de leche caídos.

Magdalen trabajaba con movimientos rápidos y diestros. Tenía una expresión serena y hermosa. Se la veía realmente contenta.

Virginia se sentía como si fuera una absoluta desconocida.

Virginia y Jarold se volvieron muy reservados el uno con el otro. Aún se quedaban a ver juntos la película de la noche, pero raramente se sentaban acurrucados como hacían antes. A Jarold le entraba sueño muy temprano y se iba la cama. Cuando subía Virginia siempre estaba dormido.

A veces pensaba que Jarold parecía tonto y obtuso. Durante el desayuno, cuando se inclinaba sobre el periódico, fruncía el entrecejo con tanta fuerza que la boca tiraba de toda su cara hacia abajo dándole aspecto de tiburón. Había desaprobación en su mirada y la nariz se le embotaba como un hocico.

Virginia sabía que él pensaba que sus hijos eran unos fracasados.

Camille encontró un apartamento precioso. Empezó a salir con un hombre que le gustaba mucho. Venía a New Jersey con frecuencia y normalmente se alojaba en casa de Magdalen. Virginia las llevaba en coche a dar paseos por la montaña. Comían helados y hacían bromas familiares. Las chicas se recostaban en el asiento trasero y soltaban risitas, la mano de Camille sobre el muslo de Magdalen, la cabeza de una apoyada en el hombro de la otra.

Fue por la mañana temprano cuando se enteraron de lo de Charles. Jarold acababa de meterse en la ducha. La radio despertador, oscilando entre dos emisoras, entrelazó la previsión del tiempo con una canción que hablaba de alguien que abandonaba a su novia. Virginia notó que se le arrugaba la frente al tratar de ignorar el ruido. Hundió la cabeza en la almohada y escuchó el cálido y sordo siseo de la ducha. Sonó el teléfono. Abrió los ojos; los números rojos marcaban las seis y cuarto. No habría contestado si no hubiera sonado tanto rato.

Charles conducía el coche de un amigo suyo por el norte del estado de Nueva York. Había estado bebiendo. Había adelantado a un camión en una curva, había chocado contra otro coche y se había salido de la carretera. Su coche volcó y se incendió. Ardió completamente. El otro conductor sobrevivió.

La vida de Virginia se convirtió en una serie de acontecimientos que no tenían sentido ni relación unos con otros. Ella era un planeta frío que orbitaba sin razón alguna en una galaxia de movimiento remoto y silencioso. La casa era un conjunto de objetos contra los que debía intentar no chocar. La comida no le pasaba por la garganta. Las caras de su marido y sus hijos eran dibujos abstractos que adoptaban formas diferentes para simbolizar mensajes distintos. Era agotador tratar de descifrarlos.

Cada noche dormía en el sofá del salón. Al principio ocurrió sin más. Se quedaba sentada delante del televisor con su vaso de whisky cuando Jarold le daba un beso en la frente y subía a acostarse. Ella iba a la cocina, cogía una botella y bebía directamente de ella. Observaba a la gente de color violeta y chartreuse que desfilaba por la pantalla. A veces resultaba confortador.

Se quedaba dormida con la cabeza apoyada sobre el duro y pequeño cojín. Siempre se despertaba con el cuello sudado y la nuca rígida.

Una noche Jarold le cogió la mano y dijo:

—Vamos, querida. Vente a la cama. Si no, te quedarás dormida en el sofá.

—Quiero quedarme dormida en el sofá —dijo Virginia.

—No, no quieres —dijo Jarold. Le tiró del brazo—. No es sano. Ven a tu cama agradable y calentita.

Ella se soltó de un tirón.

—No quiero dormir en la cama.

Era verdad. No soportaba la idea de estar acostada a su lado. Él podía verlo en sus ojos y aquello le hirió. Salió del salón. No volvió a hablar del tema.

Magdalen venía a verla casi a diario. Daba vueltas por la cocina limpiando y ordenando mientras Virginia permanecía sentada a la mesa. Virginia observaba sus largas manos mientras cerraba armarios, guardaba cubiertos, frotaba superficies con viejos trapos manchados y húmedos. Se acordaba de cuando Magdalen revoloteaba por la casa y hacía tanto ruido. El recuerdo era claro, pero no parecía que le perteneciera.

Virginia empezó a levantarse para volver a prepararle el desayuno a Jarold. Se ponía otro despertador al lado del sofá. Se ponía una bata

sobre la ropa arrugada y empezaba a trastear en la cocina. Colocaba el plato de huevos para ella frente al de Jarold y se los comía. Jarold masticaba con las mandíbulas rígidas; su garganta parecía de madera. Pero hablaban, y eso la confortaba.

Antes de irse, él le cogía la mano y le daba un beso. Ella esperaba hasta que se había ido, luego se sentaba otra vez y se echaba a llorar.

Cuando vino Anne, hacía ocho meses que Charles había muerto.

Virginia fue a buscarla al aeropuerto. Resultaba extraño volver a sentarse al volante de un coche, conducir con un montón de vehículos a su alrededor. Hacía sol y el metal de colores primarios de los coches tenía un brillo festivo. Puso la radio y bajó la ventanilla.

Anne estaba esperando en la terminal vestida con un traje gris. Cuando vio a Virginia ladeó la cabeza y sonrió; levantó la mano y empezó a saludar con ademanes rígidos y frenéticos.

Se abrazaron. Anne le llegaba a Virginia a la altura del pecho. Sin soltarse, se echaron un poco hacia atrás para contemplarse y se pusieron a reír. Anne llevaba unas gafas absurdas.

—Dios mío —dijo—, estás muy delgada. Vamos a llevarte a casa y darte de comer. Estoy muerta de hambre.

Siguieron charlando en el coche. Virginia no fue directamente a casa. Salió de la autopista y se dirigió hacia las montañas. Anne bajó su ventanilla y apoyó el codo gris en el borde.

—Aquí arriba se está en la gloria —dijo.

Almorzaron sándwiches de huevo y fruta. Virginia había limpiado la cocina y puesto un jarrón de claveles rosas y blancos sobre la mesa. La fruta estaba ya cortada en un cuenco grande de color crema. Se sirvieron con calma, y de vez en cuando comían la fruta jugosa y demasiado madura directamente del cuenco con los dedos. Entró el sol de la tarde, iluminando haces centelleantes de motas de polvo.

Virginia le habló a su hermana de Camille, Daniel y Magdalen. Le contó el éxito profesional de Camille y le comentó cómo la ayudaba Magdalen.

—Pero todavía vive como una hippy. No creo que eche de menos aquel rancho tan grande que tenían. Lo que está claro es que a John no lo echa de menos para nada. La única vez que habló de él fue para decir que seguía sorprendiéndole lo estúpido que había resultado ser. Es extraño. Es como si todo aquello no hubiera ocurrido nunca.

—Bueno, ya sabes que mucha gente funciona mejor en ese estilo de vida más libre —dijo Anne—. Lo llaman vida bohemia. Lily sigue siendo así también.

—¿Cómo le va?

—Oh, muy bien. ¿Sabes? Ahora ya no me preocupo por ella. Desde que se dedica en serio a la fotografía, lleva una vida mucho más estable. Trabaja muy duro. Colabora con todos los periódicos y revistas de Detroit.

Virginia se quedó mirando los trocitos de fruta que había en su plato.

—Siempre pensé que Lily saldría adelante si se lo proponía —dijo—. Era una niña muy sensible. Sentí mucho no poder hacer nada para ayudarla.

—No te sientas culpable. Tú no podías hacer nada. Era una niña demasiado difícil.

—Sí —dijo Virginia—. Lo era.

—Pero guarda muy buenos recuerdos de ti —dijo Anne—. Solía contarme que ibais de excursión a las montañas. Decía que las dos comíais tantas aceitunas cuando estabais juntas en el salón que durante años el color verde oliva le recordaba a ti. —Anne esbozó una gran sonrisa.

Virginia siguió mirando la fruta.

—¿Y luego sabes qué decía? Decía: «Pero no tiene sentido, porque el color de Virginia no es en absoluto el verde oliva. Es más bien el dorado».

—Oh, para ya.

—Pero así es como yo te he visto siempre, incluso cuando te ponías insoportable. Siempre te he visto con una luz dorada.

Anne sonreía otra vez, sus ojos como dos medias lunas tristes. Notó que Virginia se turbaba, así que bajó la mirada y cogió un trocito de melón jugoso. Se lo comió sonriendo débilmente. Movía las mandíbulas cuidadosamente y con pulcritud.

Durante un momento, Virginia temió que pudiera soltarle algún comentario desagradable a Anne, aunque no estaba segura de por qué. En lugar de eso, bebió un sorbo de café. Estaba frío y untuoso.

—¿Qué pasa? —Anne la observaba con una mirada franca y sombría.

Virginia apartó la vista.

—Nada.

Organizaron una barbacoa familiar al viejo estilo en honor de Anne. Era la primera que hacían ese año y Jarold estaba entusiasmado. Se le veía ceremonioso y varonil junto a la barbacoa humeante, con el tenedor en la mano. Anne mezclaba nerviosamente la ensalada y hablaba con Jarold de su trabajo como consejera de gente mayor en Detroit. Magdalen salió de la casa con una bandeja llena de pasta fría. La dejó sobre la mesa de jugar a las cartas y apoyó una mano sobre el hombro de Virginia.

—¿Qué tal, mamá? ¿Lo habéis pasado bien con Anne?

—Estupendamente. Hemos ido a dar una vuelta por las montañas.

—Oh, sí —dijo Ann—. Incluso hemos bajado del coche y hemos caminado un buen rato. Yo estaba encantada. Ha sido maravilloso.

—Anne se ha metido como medio kilo de piedras en los bolsillos —dijo Virginia—. Cada vez que me giraba, estaba cogiendo algo del suelo.

—Me encanta estar ahí arriba —dijo Magdalen—. Es mi salvación.

Se movía ágilmente alrededor de la mesa, doblando servilletas.

—¿Sabes? Algo que he notado al hacerme mayor es mi sensibilidad hacia la naturaleza —dijo Anne—. Cuando era muy joven, una adolescente, ver una puesta de sol o un paisaje de montaña me

conmovía tanto que se me ponía la piel de gallina. —Miró a Magdalen y se encogió de hombros—. Y después, hacia los veinte años, perdí esa sensibilidad.

—Bueno, pero no la perdiste. Lo que pasa es que tenías otras cosas en que pensar —dijo Virginia.

—Supongo que sí —dijo Anne—. Pero llegué al extremo de no responder en absoluto al estímulo de la naturaleza. Me gustaba, pero no me conmovía. Ahora que estoy a dos pasos de convertirme en una vieja, estoy empezando a responder a la naturaleza otra vez, a emocionarme por la sensación de estar al aire libre. —Miró a Jarold con cierto aire vulnerable, las gafas sobre la punta de la nariz.

—Eso es una buena señal —dijo él—. Significa que aún tienes ilusión por la vida. Y eso es lo más importante para mantenerse a través de los años, más que el dinero o el éxito. Muchos de nosotros lo hemos perdido.

—Yo también lo creo así —dijo Anne—. Por eso me gusta trabajar con los ancianos. Es maravilloso ver cómo algunos renacen, especialmente los que han estado en esos asilos horribles. A veces muestran una franqueza como la de los niños; es emocionante poder ofrecerles otra oportunidad.

—Eres una persona que se da a los demás —dijo Jarold.

Miró a Anne con un respeto protector y lleno de ternura, un poco avergonzado, como si supiera que darse a los demás era algo que estaba más allá de su capacidad, pero que se alegraba de que hubiera alguien que lo hiciera.

A Virginia le resultó extraño el comentario. Cuando eran jóvenes, Jarold opinaba que Anne era tonta y demasiado seria, además de un espantajo. Y ahora ahí estaba él, treinta años más tarde, mirándola de aquella manera.

—La carne está lista —dijo Jarold.

Magdalen puso los pedazos de carne en los platos. Anne y Virginia sirvieron la ensalada y la pasta. Se sentaron todos en las sillas de jardín y comieron con el plato caliente en el regazo. La carne estaba buena y no muy hecha. El jugo corría por el plato hacia la ensalada y la pasta

cuando Virginia movía las rodillas. Una brisa ligera les alborotaba los cabellos alrededor de la cara, haciéndoles ligeras cosquillas. Los árboles susurraban débilmente. Los insectos emitían un ruido agradable.

Jarold se detuvo un momento, con un trozo de carne pinchado en el tenedor a la altura del pecho.

—Como el paraíso —dijo—. Es como estar en el paraíso.

Se quedaron unos minutos en silencio.

El debut literario de Mary Gaitskill: un viaje a la lujuria exento de sentimentalismos.

Hace treinta y cinco años, Mary Gaitskill debutaba como escritora en la escena literaria con un libro de relatos punzante y divertido, cargado de erotismo, que cosechó rápidamente las alabanzas de la crítica. El libro en cuestión era *Mal comportamiento*, la *opera prima* que catapultó a la autora como una de las voces más prometedoras del momento por su asombrosa capacidad de retratar la perversión sexual entre los seres humanos.

En esta colección de nueve relatos, hallamos las vidas de hombres y mujeres que se entrecruzan en la crueldad y la intimidad más profundas para hablarnos de la adicción a las drogas, del trabajo sexual, de la curiosidad y de la desesperación. La única forma de aplacar su soledad es mediante encuentros sexuales de todo tipo: secretarias que se someten a juegos masoquistas con sus jefes,

veterinarios insatisfechos que se enamoran de intelectuales que ejercen la prostitución... Con un tono despiadado, los personajes asumen sus contradicciones para explorar el deseo hasta sus últimas consecuencias. Sin pedir perdón y sin pedir permiso.

Con una fuerza arrolladora, *Mal comportamiento* nos impulsa a abandonar nuestros prejuicios con una obra pionera en reflejar la voluntad sexual femenina en literatura.

La crítica ha dicho:

«La ficción de Gaitskill milita contra las respuestas fáciles».
The Sunday Times

«Pintoresca [...]. Gaitskill escribe con tal autoridad, con un radar tan perceptivo, que es capaz de hacer que incluso las situaciones más extremas parezcan reales [...]. Su franqueza periodística, sin compromisos con el sentimentalismo o el encanto voyerista [...] subraya la fuerza de su debut».
Michiko Kakutani*, The New York Times*

«Al escribir sobre la naturaleza humana en su forma más perversa y desesperada, Gaitskill ha creado una serie de imágenes íntimas y casi hermosas».
Publishers Weekly

«¡Ese cambio de perspectiva tan agudo! ¡Esa manera de diseccionar! Es muy buena. Muy hábil. Me encanta. Por no mencionar todo el trabajo que hace la imaginación de un solo personaje femenino. En esta obra no se malgasta ni una palabra».
Emily Temple*, Lit Hub*

«Esto es lo que más admiro de la escritura de Gaitskill [...]: su capacidad para seguirle el rastro a las mentes que luchan por salir de

sus caminos habituales. Al permitir a sus personajes esta libertad, Gaitskill empuja al lector a esos mismos espacios abiertos de conciencia y allí formula una pregunta: ¿puedes dejar de juzgar a estos personajes, a las personas que te rodean, incluso a ti mismo, para ver lo que no estás viendo?».

Alan Rossi, *Granta*

Mary Gaitskill (1954, Kentucky) es una escritora norteamericana, autora de novela, relato y ensayo. En 1988 marcó, con su colección de relatos *Mal comportamiento*, un antes y un después en la manera de relatar la relación de hombres y mujeres con el sexo. En 1998 fue nominada al Premio Pen/Faulkner por los relatos recogidos en *Because They Wanted To*. En 2005 fue finalista con su novela *Veronica* de dos prestigiosos premios literarios en Estados Unidos: el National Book Award y el National Book Critics Circle Awards. Sus relatos y ensayos han aparecido en *The New Yorker*, *Harper's Magazine* o *Esquire*, entre otros. Su último libro, *Esto es placer* (Literatura Random House, 2020), es una *nouvelle* centrada en las complejidades del #MeToo.

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Título original: *Bad Behavior*

Primera edición: enero de 2023

© 1988, Mary Gaitskill
Reservados todos los derechos
© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 1989, María Faidella, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Fotografía de portada: © Ken Schles / Gallery Stock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento,
promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-397-4142-8

Compuesto en: La Nueva Edimac, S. L.

Facebook: penguinebooks
Facebook: LitRandomHouse
Twitter: @LitRandomHouse
Instagram: @litrandomhouse
Youtube: PenguinLibros

[*] Traducción de Eduardo Iriarte, Debolsillo, Barcelona, 2006.

Índice

Mal comportamiento

Tarjeta de San Valentín

Un fin de semana romántico

Algo agradable

Una relación en imágenes

Conexión

Tratando de ser

Secretaria

Otros factores

Paraíso

Sobre este libro

Sobre Mary Gaitskill

Créditos

Nota